EL CLUB DE LECTURA DE LAS AEROLÍNEAS SKYWIND

SILVIA ALIAGA



NOCTURNA EDICIONES

SILVIA ALIAGA

EL CLUB DE LECTURA DE LAS AEROLÍNEAS SKYWIND

NOCTURNA EDICIONES

© Silvia Aliaga, 2023
Representada por Tormenta
www.tormentalibros.com
© de los detalles: Anastasiia Vasylyk/Shutterstock
y CRStocker/Shutterstock
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: julio de 2023
ISBN: 978-84-19680-07-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Desiré, porque solo nos faltó montar un club de lectura;
y para Betty, Dania, Naza y Nini, mis chicas
de la plaza Louis Lépine.

EL CLUB DE LECTURAS DE LAS AEROLÍNEAS SKYWIND

CAPÍTULO 1

LAS MUY IMPORTANTES REGLAS DEL CLUB DE LECTURA DE LAS AEROLÍNEAS SKYWIND



No fui consciente de todo lo que había perdido hasta que me encontré a mí misma en París. Hasta que me enfrenté a la temida soledad y salí triunfante. Allí me di cuenta de que, si yo permanecía, nada más importaba.

INGRID BAUDIN (escritora francesa):
Luz trémula sobre los tejados azules

ASUNTO: El club de lectura de las Aerolíneas Skywind

Han Minho (ICN Airport) a "BUZÓN: Todos los Destinatarios - Todos los Aeropuertos"

18 de enero a las 09:07 (KST)

Queridos compañeros:

Permitidme que me presente en primer lugar. Me llamo Han Minho y trabajo en el Servicio Terrestre de Atención al Pasajero del Aeropuerto de Incheon (Corea del Sur).

Como habréis leído en el último boletín, desde la dirección de Skywind se nos ha animado a idear nuevas iniciativas que nos ayuden a estrechar lazos entre todos los trabajadores de la empresa, romper las barreras culturales e idiomáticas y crear nuevas y provechosas relaciones de compañerismo.

Así pues…

¡Bienvenidos al club de lectura de las Aerolíneas Skywind!

El club de lectura de las Aerolíneas Skywind nace como un proyecto ambicioso que, como miembro fundador, me comprometo a sacar adelante con la máxima responsabilidad y dedicación. Os paso a enumerar las normas del club. Por favor, estudiadlas con detalle antes de decidir si queréis o no formar parte de él.

1. Se leerá una novela al mes.

2. Cada mes, uno de los miembros del club decidirá la siguiente novela que deberá leerse. Como miembro fundador, crearé un sistema justo para que todos los participantes del club tengan su oportunidad, en estricto orden, de elegir novela.

3. La novela escogida estará escrita por un autor originario del país en el que resida el miembro del club que la haya sugerido.

4. La novela escogida deberá haberse traducido al inglés para que sea accesible al resto de miembros.

5. Debido al punto anterior, se entenderá que todas las personas que se apunten al club de lectura de las Aerolíneas Skywind tienen la capacidad necesaria para comunicarse en inglés con fluidez.

6. Al final de cada mes, todos los miembros se comprometen a intercambiar las impresiones que les ha causado la novela. Para ello, se utilizarán los correos electrónicos profesionales de la aerolínea.

Estas reglas pueden estar sujetas a alguna modificación en los próximos días. De ser así, se informará al respecto.

Todos aquellos que quieran apuntarse al club deberán enviarme un e-mail con su nombre, apellido y el aeropuerto en el que trabaja. Las inscripciones se realizarán en orden de llegada. Cuando el número de miembros supere los cincuenta, se cerrará el periodo de inscripción

(cincuenta personas es un número más que suficiente para intercambiar impresiones valiosas y enriquecedoras sobre las lecturas seleccionadas).

En caso de recibir más de cincuenta solicitudes, me plantearé abrir un segundo club de lectura. Os informaré también a su debido tiempo.

Un saludo, compañeros.

Deseo que tengáis muy buen día,

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

ASUNTO: Recuperación de contraseña de acceso
Carolina Cabrera (JFK Airport) a "BUZÓN: Equipo Informático - Incidencias"
6 de febrero a las 11:24 (EST)

Buenos días:

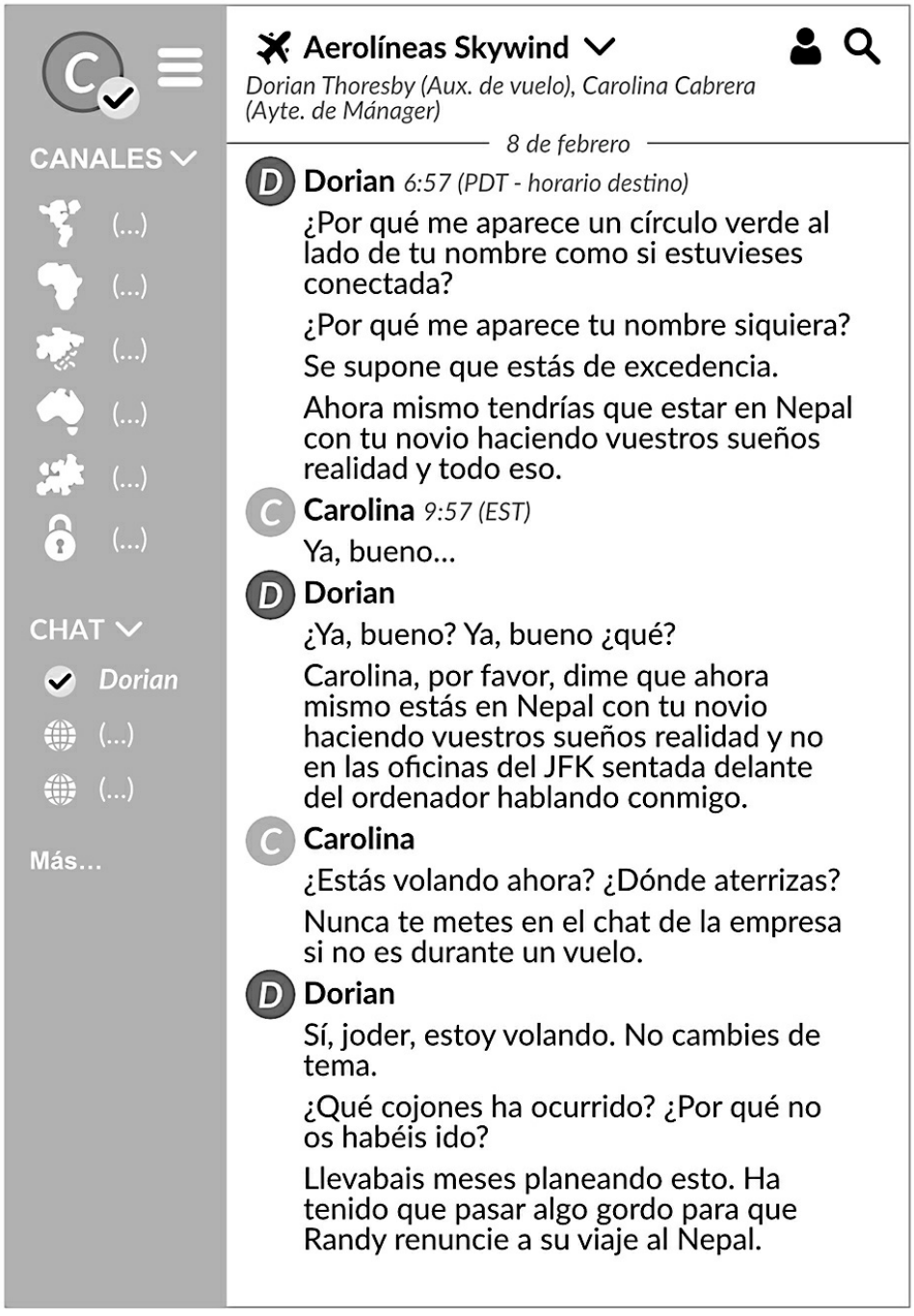
Necesito recuperar mi contraseña de acceso al sistema. Parece ser que mi usuario ha sido bloqueado. Mi nombre es Carolina Cabrera, con el número de empleado US547589.

Es posible que el error se deba a que me he incorporado antes de lo previsto de mi excedencia. Comuniqué a Recursos Humanos que iba a coger una excedencia hasta finales de mayo para hacer un voluntariado en Nepal, pero ha habido un cambio de planes y, finalmente, regreso hoy al trabajo.

Espero que se pueda solucionar cuanto antes.

Un saludo y gracias,

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.


CANALES
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
CHAT
Dorian
(...)
(...)
Más...
Aerolíneas Skywind
Dorian Thoresby (Aux. de vuelo), Carolina Cabrera (Ayte. de Mánager)
8 de febrero
Dorian 6:57 (PDT - horario destino)
¿Por qué me aparece un círculo verde al lado de tu nombre como si estuvieses conectada?
¿Por qué me aparece tu nombre siquiera?
Se supone que estás de excedencia.
Ahora mismo tendrías que estar en Nepal con tu novio haciendo vuestros sueños realidad y todo eso.
Carolina 9:57 (EST)
Ya, bueno...
Dorian
¿Ya, bueno? Ya, bueno ¿qué?
Carolina, por favor, dime que ahora mismo estás en Nepal con tu novio haciendo vuestros sueños realidad y no en las oficinas del JFK sentada delante del ordenador hablando conmigo.
Carolina
¿Estás volando ahora? ¿Dónde aterrizas?
Nunca te metes en el chat de la empresa si no es durante un vuelo.
Dorian
Sí, joder, estoy volando. No cambies de tema.
¿Qué cojones ha ocurrido? ¿Por qué no os habéis ido?
Llevabais meses planeando esto. Ha tenido que pasar algo gordo para que Randy renuncie a su viaje al Nepal.


Aerolíneas Skywind
Dorian Thoresby (Aux. de vuelo), Carolina Cabrera (Ayte. de Mánager)
CANALES
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
CHAT
Dorian
(...)
(...)
Más...
C Carolina
Randy no ha renunciado a nada.
Imagino que a estas alturas ya habrá llegado a Katmandú.
D Dorian
Mierda.
C Carolina
Lo sé.
D Dorian
Mierda.
Mierda.
Vale, escucha... Tengo una idea.
C Carolina
Espero que esa idea implique tomarnos unos buenos tequilazos libres de impuestos en el duty free del JFK mientras ponemos verde al gilipollas de mi exnovio.
D Dorian
Me has leído la mente.
Aterrizo en Los Ángeles, pero puedo pillar un vuelo a Nueva York en cuanto llegue.
Haré un cambio con otro auxiliar para regresar a Londres desde allí.
Puedo estar en el JFK en unas veinte horas. Quizá menos.
C Carolina
Eres mi héroe.

ASUNTO: ¿Todavía estoy a tiempo?
Kaya Baudin (CDG Airport) a Han Minho (ICN Airport)
8 de febrero a las 17:25 (CET)

Hola, Minho:

Imagino que se habrá superado el número de inscripciones para el club de lectura hace días. No suelo leer el correo corporativo muy a menudo y se me pasó por completo (hace ya casi un mes que lo mandaste, lo siento mucho, sé que voy supertarde). Aun así, si queda algún hueco o se va a abrir un nuevo grupo más adelante, cuenta conmigo, por favor. Me encanta leer, tengo buen nivel de inglés y me gustaría estrechar lazos con compañeros de otros países.

¡Gracias!

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia

ASUNTO: Re: ¿Todavía estoy a tiempo?
Han Minho (ICN Airport) a Kaya Baudin (CDG Airport)
9 de febrero a las 08:05 (KST)

¡Hola, Kaya!

¡Bienvenida al club de lectura de las Aerolíneas Skywind!

Tranquila, no se ha superado todavía el límite máximo de inscripciones. Empiezo a sospechar que quizá fui un poco ambicioso al respecto. Por ahora, solo estamos tú y yo.

Sin embargo, la literatura francesa siempre me ha interesado. Será la oportunidad perfecta.

Muchas gracias por animarte a participar.

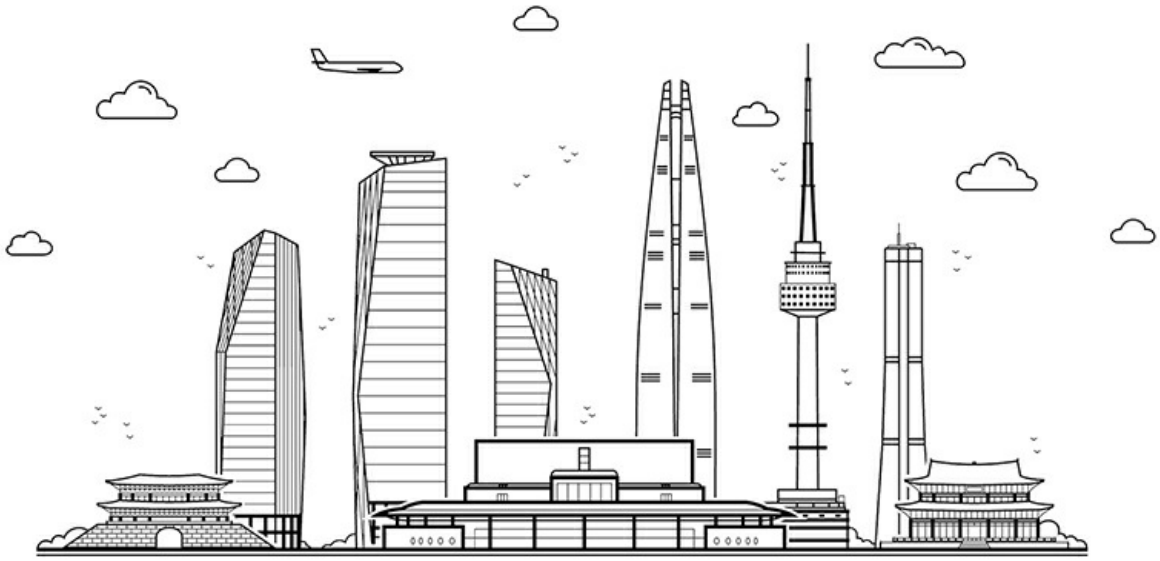
Un saludo,

Minho

P.D. Te envío un archivo adjunto con el carné del club, por si te lo quieres imprimir y plastificar.

Han Minho
Ayudante de Mánager

Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur



MINHO

Minho tenía una cita a ciegas esa tarde, otra vez. Aunque agradecía el interés que ponían su madre y su hermana mayor en su vida amorosa, ahora que Minho estaba a punto de cumplir veintitrés años, había terminado el servicio militar y había encontrado un empleo estable, estaba convencido de que no iba a funcionar. Igual que no habían funcionado las otras citas que le habían concertado los últimos tres sábados por la tarde. En esta ocasión, la chica se llamaba Somin y era la prima de alguien. Minho había olvidado de quién, quizá de un compañero de trabajo de su cuñado o de la mejor amiga de su hermana. Pero al menos en esta ocasión la velada había resultado un poco distinta: Somin le había gustado más que las otras chicas. Sonreía con facilidad y, aunque se mostró un poco tímida al principio, hizo un par de comentarios que le hicieron reír.

Además, Minho estaba casi convencido de que él también le había gustado un poco a ella. Se había percatado de su mirada cuando se encontraron en la puerta de una de las modernas cafeterías del barrio de Ikseon-dong, y se había ruborizado cuando le rozó la mano al pasarle la taza de café. En un momento dado, hasta había llegado a insinuar que quería volver a verlo: Minho había mencionado lo poco que conocía Seúl pese a vivir tan cerca de la capital, y Somin había dejado caer que ella era una excelente guía turística.

Minho no tenía mucha experiencia con los flirteos, su vida amorosa había sido muy limitada hasta la fecha, pero había sonado claramente a eso.

Cuando abandonaron la cafetería, Somin le ofreció que, si no tenía otros planes para esa noche, la acompañase a la exposición de fotografía que una amiga suya inauguraba no muy lejos de allí. Minho se excusó con delicadeza y le dijo que estaba ocupado. Creía que había ido todo bastante bien para una primera cita, y no estaba seguro de que fuera a sentirse demasiado cómodo en una de esas modernas galerías de arte de aquel barrio, rodeado de los amigos de Somin.

Así pues, se despidieron con una tímida sonrisa y se separaron en direcciones opuestas. Cuando Minho llevaba ya caminando unos metros, sacó el móvil del bolsillo. Para sorpresa de nadie, tenía un mensaje de su hermana, preguntándole qué tal había ido, hacía ya más de veinte minutos.

También había un mensaje de Jisub, su mejor amigo. En realidad, más de uno. De hecho, era una interminable sucesión de mensajes larguísimos adornados con stickers de animalitos.

Jisub
Si la cita ha sido un desastre, llámame y te pasaré a buscar.
Salgo ahora de trabajar, y ha sobrado un montón de comida: tengo pollo con chili, jjajangmyeon y calabacín frito.
Si lo piensas, soy como tu madre, intentando que comas de un modo decente para convertirte en un hombre de provecho.
Pero yo voy en moto.
El plan es cenar en casa de Inna y ver la tele.
Si no sé nada de ti, entenderé que la cita no ha sido un desastre y, en ese caso, hablamos mañana.
Espero que toméis precauciones, ya sabes a lo que me refiero.

Minho soltó un bufido, a medio camino entre la risa y la indignación, y pulsó el botón de llamada junto al nombre de su amigo.

—Hay un punto intermedio entre que la cita haya sido un desastre y que esté ahora mismo de camino a su apartamento dispuesto a acostarme con ella —comentó a modo de saludo antes de que Jisub pudiera decir una sola palabra.

La risa de Jisub sonó al otro lado, y Minho sintió un alivio inmediato al escucharla. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo tenso que se encontraba por estar allí, tan lejos de su ambiente y tratando de entablar conversación con una chica desconocida.

—Dijiste que habíais quedado en el barrio de Ikseon-dong, ¿no? —preguntó Jisub—. Si me mandas la ubicación, puedo pasar a buscarte en un cuarto de hora.

—No sé, quizá debería coger el tren y volver a Incheon. —Minho vivía en la ciudad de

Incheon, limítrofe a Seúl. Mucho más pequeña y, a ojos de Minho, mucho más sencilla que la ajetreada capital—. Tengo trabajo que hacer.

—¿Trabajo? —Incluso sin verlo, Minho estaba seguro de que su amigo había enarcado una ceja en uno de esos gestos dramáticos tan habituales en él—. ¿Un sábado por la noche?

—Es algo extralaboral; resulta que el club de lectura del que te hablé…

—Minho. —La voz de Jisub sonó firme—. Olvídate de ese club de lectura por hoy. Vas a venirte conmigo, vamos a ir a casa de Inna, vamos a ponernos hasta arriba de comida gratis y vamos a ver el nuevo drama de la KBS. El de la becaria de la revista de moda que se enamora de su vecino sin saber que él es una sirena abisal. Te necesito a mi lado para explicarle a Eunwoo por qué estoy invadiendo su casa por enésima vez esta semana y por qué a nadie le interesa el partido de la Liga de Campeones que van a retrasmitir en otro canal.

Minho rio, a su pesar. Eunwoo e Inna se habían casado a finales del año anterior y se habían mudado a Seúl. Él trabajaba como ayudante de gerente en unos grandes almacenes y ella de profesora de guardería. Inna era la mejor amiga de Jisub y de Minho desde la infancia: habían crecido juntos en la misma calle de Incheon y, desde que Minho tenía memoria, los tres habían sido inseparables. Una de sus aficiones favoritas desde pequeños era acurrucarse en el ático de casa de la familia de Inna todos los sábados por la tarde, cenar juntos y ver dramas ligeros para reírse de las tramas románticas, hasta tal punto que Jisub e Inna acabaron enganchándose sin remedio a ellos.

Aunque Minho no compartía del todo esa pasión, y tenía muy poco interés por saber qué ocurría con esa becaria de la revista de moda y su vecino sirena, tenía que admitir que le atraía la idea de pasar la noche con sus amigos y quedarse a dormir en el nuevo apartamento de Inna y Eunwoo. A pesar de sus excusas, no tenía muchas ganas de regresar a Incheon tan pronto. La casa de sus padres parecía más solitaria desde que su abuelo falleció, y más ahora que su hermana no vivía allí. Tampoco terminaba de hacerse a la idea de que sus amigos ya no estaban al otro lado de la calle. Puede que no se hubiesen ido muy lejos, apenas a cincuenta kilómetros de distancia, pero no era lo mismo. De lunes a viernes, la sensación de pérdida se disipaba un poco, distraído con el trabajo, las clases de inglés y el resto de obligaciones rutinarias, pero los fines de semana resultaban tediosos, con todas las personas de su edad con las que había crecido ocupadas en sus nuevas y emocionantes vidas. Aunque Inna y Jisub siempre intentaban animarle para que se acercara a Seúl en sus días libres, Minho llevaba un tiempo rechazando la oferta. No quería imponer su presencia. Inna acababa de casarse, al fin y al cabo, y Jisub trabajaba los fines de semana en un buffet libre para pagarse los estudios.

Echó un vistazo a su alrededor. No muy lejos de donde se encontraba, un grupo de jóvenes de más o menos su edad bromeaban entre ellos antes de entrar a un bar de copas. Lo hacían con la relajada familiaridad de saberse rodeado de la gente que mejor te conoce en el mundo, aquellos

con los que se te permite ser tú mismo. Minho sintió una opresión en el pecho. Él también necesitaba algo así, y llevaba tiempo privándose de tenerlo.

—Vale, me rindo —cedió entonces, y le mandó a su amigo la ubicación—. Ven a buscarme.

La voz de Jisub sonó suave, casi aliviada, cuando contestó:

—Ese es mi chico. No te muevas de ahí.



CAROLINA

Dorian le había prometido encontrarse con ella sobre las seis de la madrugada, pero se las había apañado para colarse en el último momento en uno de los escasos vuelos nocturnos que unían el aeropuerto de Los Ángeles con el de Nueva York. Antes de las cuatro, Carolina ya había recibido un mensaje de su amigo: acababa de aterrizar.

Ella lo agradeció. Llevaba en el aeropuerto desde aquella mañana: había trabajado en las oficinas hasta casi la hora de cenar, y después se había acercado a las tiendas del *duty free* para cotillear, aunque también había estado un rato dándole vueltas a su café en uno de los Starbucks cercanos a la zona de salidas. Podría haberse ido a casa a descansar antes de regresar al aeropuerto para encontrarse con Dorian, pero Carolina prefería estar allí. Volver a su apartamento la deprimía; quedarse en el aeropuerto le resultaba mucho más natural. El apartamento en Greenwich Village les había pertenecido a ella y a Randy por igual, y ahora, sin él, era como una cáscara vacía. Sin embargo, el aeropuerto JFK era suyo, solamente suyo.

Antes de reunirse con su amigo, regresó a una de las tiendas que todavía quedaban abiertas y compró una botella de tequila y otra de mezcal. Justo cuando iba a pagar, cogió un par de bolsas de Doritos y una chocolatina Toblerone gigante. La cajera esbozó una sonrisa al reconocer la acreditación del personal de tierra que colgaba del cuello de Carolina.

—¿Un día complicado? —le preguntó

—Los he tenido peores —contestó, devolviéndole la sonrisa.

Dorian y ella tenían un lugar favorito en ese aeropuerto, un lugar que Carolina sabía que estaría vacío a esas horas y donde Dorian podría descansar un poco antes de coger otro vuelo de regreso a Londres. Un lugar perfecto para emborracharse y hablar: la pequeña sala de espera para clientes VIP de las aerolíneas Skywind, justo al lado de los salones y las cafeterías privadas. Una zona de paso apenas transitada de madrugada, cuando los clientes VIP ya descansaban en las salitas individuales donde se les facilitaban camas, duchas y servicio de restaurante y cafetería. No era la primera vez que Dorian y ella se escondían allí; habían pasado horas muertas tumbados en los sillones reclinables contemplando la enorme cristalera que mostraba una panorámica perfecta de la pista de aterrizaje.

La simple idea de reunirse con su mejor amigo le hizo sentir una emoción familiar en su interior. Echaba de menos a Dorian. Casi nunca le asignaban vuelos a Nueva York, y cada vez tenían menos oportunidades de estar juntos, siempre robando pequeños momentos de sus apretadas agendas.

Cuando subió las escaleras y llegó a la salita, Dorian ya estaba allí. Una figura alta y espigada, apoyada de medio lado en la cristalera, con la mirada perdida en el exterior. Todavía llevaba su uniforme de auxiliar de vuelo, de chaleco beige y camisa blanca, pero su pelo rubio estaba un poco revuelto y se había remangado las mangas a la altura del codo. Se giró al oírla llegar, y Carolina pudo apreciar lo cansado que estaba. Llevaba casi un día entero volando. Ella esbozó una sonrisa de disculpa y levantó la mano, a modo de saludo, para que viera la bolsa repleta de alcohol que había llevado. Dorian le devolvió la sonrisa y se acercó, acortando la distancia que les separaba en un par de zancadas. Antes de que Carolina pudiese reaccionar, él ya la había envuelto con los brazos y la había levantado varios palmos del suelo, en un gesto inesperado. Dorian y ella no solían abrazarse a menudo. Pese a llevar tantas horas fuera de casa, Dorian olía muy bien, una tenue mezcla de *aftershave* y tabaco. Por un instante, Carolina se transportó a Queens, el barrio de Nueva York donde había crecido y donde se conocieron siendo unos adolescentes. A todas esas tardes de verano fumando a escondidas en los porches detrás de la cancha de fútbol.

—Randy es gilipollas —le susurró Dorian al oído, con la cabeza enterrada en su cuello—. El tío más gilipollas que he conocido jamás. Espero que se tropiece haciendo senderismo por Nepal, se caiga de cabeza al río Bagmati y coja una buena infección testicular. ¿Sabías que el Bagmati es uno de los ríos más contaminados del planeta? Lo he googleado mientras venía hacia aquí.

Carolina soltó una carcajada y, al fin, se separó de él. Se miraron a los ojos, a pocos centímetros de distancia. Ahora que lo tenía más cerca, distinguió la sombra de preocupación en su rostro.

—Iba a escribirte hoy mismo y contártelo todo —se apresuró a decir antes de que Dorian volviera a hablar—. Ha sido tan repentino que necesitaba procesarlo primero, pero no quería que

te enterases por un círculo verde junto a mi nombre en el chat interno de la empresa. Sé que Randy te gustaba, aunque ahora desees que se le caigan los huevos al río Bagmati.

—Bueno, tampoco me gustaba tanto —murmuró Dorian, y le arrebató a Carolina la bolsa que llevaba en la mano para echar un vistazo a las botellas de alcohol. Hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera y se dejó caer, con un suspiro de alivio, en uno de los sillones reclinables. En algún momento de todo ese proceso, debía haber abierto uno de los botellines de cerveza, porque le dio un trago, emitiendo un sonoro gemido—. Lo toleraba porque era tu pareja y porque sabía diferenciar entre Inglaterra, Gran Bretaña y Reino Unido, lo cual es algo que jamás se debería dar por sentado en lo que refiere al novio estadounidense de tu mejor amiga.

Carolina se tumbó a su lado y cogió el botellín a medio beber que le tendía Dorian. Se lo terminó del tirón y cogió otro.

—¿Sabes qué es lo que me dijo? Me dijo que no sentía que estuviésemos caminando en la misma dirección. ¿Qué significa eso?

—Significa que es gilipollas —respondió Dorian. Entonces, abrió el Toblerone y se lo ofreció a Carolina. Ella prefirió la bolsa de Doritos.

—No sé. Llevaba unos días raro, quejándose por todo. Según él, gasto demasiado dinero en cosas que no tienen ningún valor real.

—¿Como qué?

Carolina se recostó más en el sillón y levantó los pies en el aire para enseñarle a Dorian los zapatos que llevaba: unas botas tobilleras de color negro y suela roja de la marca Lauboutin.

—¿Son caras? —preguntó Dorian.

—Un poco —contestó Carolina, reprimiendo una mueca—. Fueron mi autorregalo por cumplir dos años en la empresa; me gasté gran parte del sueldo de noviembre.

No le mencionó los casi doscientos dólares que le había costado su nuevo corte de pelo. La media melena y las mechas castañas a la última moda que Carolina lucía en esos momentos habían sido otro de los puntos de conflicto en su última discusión. También era una de las cosas que más lamentaba de su ruptura: ni siquiera podía hacer un acto dramático y cortarse el pelo tras ser abandonada. Podía dejárselo más corto, incluso raparse al cero, pero sería tirar los doscientos dólares. Carolina estaba triste y algo confundida, pero no era idiota.

—Bueno, como si Randy no gastara dinero en sus caprichos… —la defendió Dorian—. Esos micrófonos y la mesa de mezclas que me enseñó la última vez que estuve en vuestro piso no tenían pinta de ser baratos.

—Él te diría que los necesita para trabajar en su podcast. Que es una inversión de futuro.

—Randy es farmacéutico. Un podcast mensual sobre *Juego de Tronos* no es un trabajo ni ninguna inversión de nada. —Exhausto, Dorian emitió otro suspiro y abrió la botella de mezcal sin mucha ceremonia, derramando un poco sobre los pantalones de su uniforme—. ¿Lo ves? Por

culpa del gilipollas de tu exnovio ahora hablo como mi madre —se quejó—. En realidad, me gustaba el podcast de Randy. Me lo ponía a veces de fondo cuando salía a correr. Pienso desuscribirme hoy mismo.

—Yo lo hice ayer —le dijo Carolina, y se metió en la boca un buen puñado de Doritos—. Que le jodan a Jon Nieve.

Dorian soltó una carcajada y Carolina le imitó, sin poder contenerse, todavía con la boca llena. Resultaban una imagen curiosa allí tumbados, rodeados de botellines de cerveza, chocolate y comida basura. Frente a ellos, al otro lado de la cristalera, un avión de mercancías aterrizó en la lejanía. El tenue hilo musical de esa zona del aeropuerto reprodujo una melodía que Carolina estaba más que acostumbrada a escuchar varias veces al día. Cerró los ojos un segundo, sintiéndose en casa.

—Vuelvo a Queens —anunció por fin, girándose un poco hacia su amigo—. A casa de Lily. No puedo seguir pagando el alquiler de un apartamento en el Village con mi sueldo, y Randy tiene razón en algo, no he estado ahorrando mucho últimamente.

Dorian asintió, en silencio. Tendría que habérselo imaginado. Liliana Rivas había sido la tutora legal de Carolina hasta que esta cumplió la mayoría de edad. Carolina se había criado en Queens, en una casa de acogida regentada por ella, junto a un puñado de chicos más. Ahora, rozando los ochenta años, Lily apenas acogía ya a un par de niños, y había sitio de sobra para Carolina. De vuelta a su viejo barrio, a su vieja habitación y a sus viejos recuerdos.

El barrio donde había nacido, donde había aprendido a hablar inglés y español, a patinar sobre cuatro y tres ruedas, y a cocinar shucos y enchiladas. Donde había dado su primer beso, a la salida del cine, y se había fracturado la clavícula y el omóplato durante el festival de fin de curso. Donde había robado una revista en una tienda de prensa y gominolas solo para demostrarles a sus amigos que era capaz de hacerlo, y había regresado al día siguiente para dejar a escondidas un par de monedas sobre la máquina de palomitas de maíz.

El barrio donde se había enamorado por primera vez. De un chico inglés que huía de sus padres y del apartamento que habían alquilado de forma temporal en el Distrito Financiero de Manhattan, y que acabó pasando un verano entero al cargo de Lily, en la habitación contigua a la de Carolina. Un chico inglés que no tardó en regresar a casa y, pese a la distancia que en esos momentos parecía insalvable, se convirtió en su mejor amigo.

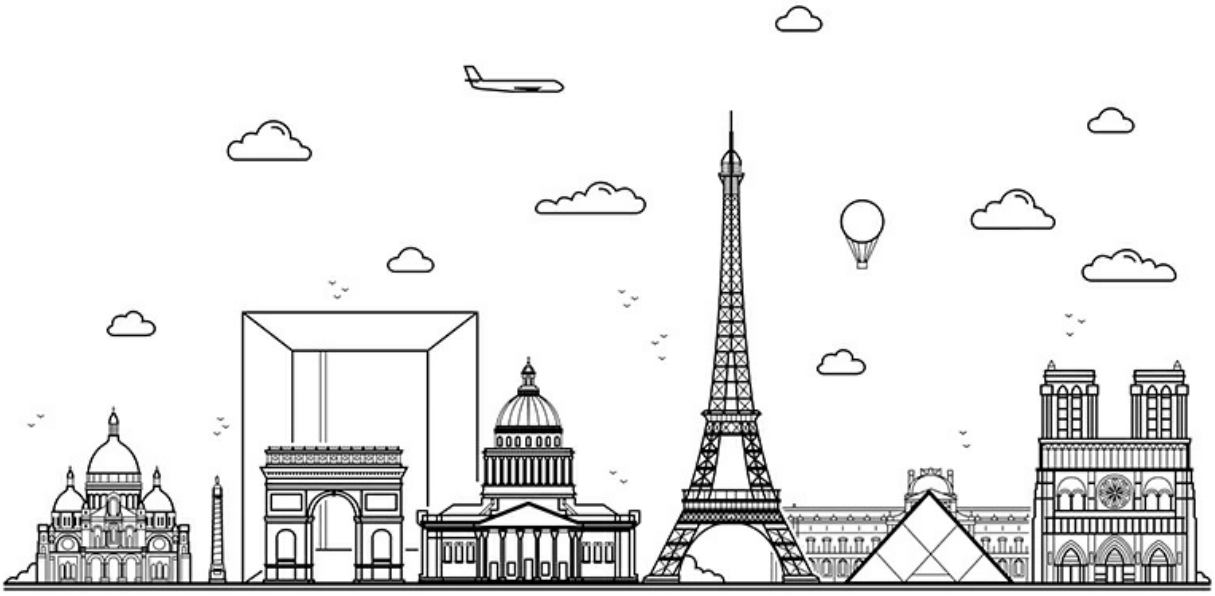
Carolina observó el elegante perfil de Dorian, tumbado en su sillón, con los mechones rubios cayéndole sobre la frente y los párpados casi entrecerrados por culpa del alcohol y el cansancio. Su relación siempre había sido complicada, pero la llegada de Randy había facilitado las cosas. Antes de eso, había sido Dorian el que había estado saliendo con una chica en Londres un par de años. Una relación turbulenta que acabó agonizando durante meses, hasta que ambos se rindieron. Después hubo otra chica durante unos pocos meses más. Desde entonces, Dorian había

estado encadenando rollos de una noche con relaciones sin compromiso algo más largas.

De hecho, acababa de darse cuenta de que esa era la primera vez desde que tenían diecisiete años que Dorian y ella estaban solteros al mismo tiempo.

Bueno, en realidad sí que hubo una brevísima ocasión en la que ninguno de los dos había tenido pareja: hacía dos Navidades, antes de que Carolina conociese a Randy, justo cuando Dorian acababa de romper con su última novia. Pero ambos llevaban dos años fingiendo que esa Nochevieja, cuando Carolina viajó a Londres para visitar a Dorian, jamás había ocurrido.

Carolina alargó la mano para coger la botella del suelo y le dio un buen trago.



KAYA

Por primera vez en su vida, Kaya tenía una cita a ciegas esa mañana. No se trataba de una cita romántica, gracias a Dios, porque no se creía capaz de actuar de un modo funcional en ese tipo de encuentros. Ni siquiera estaba segura de que fuese a ser capaz de desenvolverse bien en una cita amistosa. Hasta unas semanas antes, Kaya había vivido en un pequeño pueblo de la región de Normandía de apenas dos mil habitantes, y allí todo el mundo se conocía. No estaba acostumbrada a presentarse ante una persona nueva y empezar desde cero, como un lienzo en blanco.

Aun así, aunque le asustase un poco la perspectiva, aquello era lo que más le había atraído de la idea de mudarse a París, por mucho que sus padres insistieran en que para trabajar de camarera no hacía falta irse tan lejos: las infinitas posibilidades del lienzo en blanco.

Allí nadie la conocía lo suficiente como para tener creada una opinión sobre ella. Era maravilloso. Además, con las únicas limitaciones de su horario de trabajo, Kaya por fin se sentía libre. Podía hacer lo que quisiera, podía comer lo que quisiera e irse a la cama cuando quisiera. Sobre todo, podía vestir como quisiera. Ya no había normas: estaba en París.

Sus padres temían que se sintiera algo sola tan lejos de casa. Pero no era una soledad tan terrible como cuando vivía en su pueblo, donde nunca llegó a sentirse integrada con los chicos de su edad y apenas tenía amigos. Era una soledad distinta, mucho más sencilla de sobrellevar. El piso donde vivía era enorme para ella, pero era consciente de la inmensa suerte que tenía de vivir

gratis en el centro de París. En el barrio de Montmartre, ni más ni menos, en el apartamento de su tía abuela Ingrid. Quizá, cuando Ingrid se mudó allí en los años setenta, Montmartre aún era un barrio artístico, bohemio y de reputación algo dudosa, y los pisos tenían precios razonables. A día de hoy, Montmartre resultaba carísimo y muy popular entre turistas y parisinos.

Hasta ahora, Kaya había abrazado su nueva y bienvenida soledad manteniéndose ocupada durante sus días libres. Trataba de familiarizarse con su nuevo barrio, organizaba la casa y paseaba por la ciudad. En especial, le habían fascinado los pequeños puestos de libros junto al Sena y las tiendas de ropa de segunda mano del distrito de Le Marais. Se había comprado una increíble cazadora de cuero a un precio casi irrisorio, y no se la había quitado desde entonces. Jamás se habría atrevido a ponerse algo así en su pueblecito de Normandía.

A pesar de todo, empezaba a sentir la necesidad de compartir esos momentos con alguien, y la última semana ya no había sido tan divertida como las demás. Hacía unos años, afortunadamente, Kaya había entablado relación con una chica de Burdeos en unos campamentos en el sur de Francia. Seguían manteniendo el contacto desde entonces y, al enterarse de que se mudaba a París, le había ofrecido presentarle a un par de amigas que vivían allí.

Por eso Kaya tenía ese sábado una cita a ciegas: había quedado con esas dos desconocidas en una de las salidas de la estación de metro de la plaza Louis Lépine, para dar un paseo por el barrio latino y el mercado de las flores.

Mientras las esperaba, Kaya se apoyó en el murete de cemento de las escaleras del metro y revisó el correo electrónico del trabajo. Acababa de instalarlo en el móvil porque cuando estaba en el aeropuerto apenas tenía tiempo de mirarlo. Como camarera, no disponía de ordenador propio, y ya había perdido varios e-mails importantes, como aquel en el que se abría el periodo de inscripción para apuntarse a un club de lectura.

Lo había recibido semanas antes, pero no lo había visto hasta la tarde anterior. Antes de marcharse, Kaya había escrito rápidamente al organizador para preguntarle si aún había hueco, aunque tenía pocas esperanzas. No esperaba una respuesta demasiado rápida. Sin embargo, para su sorpresa, nada más entrar a su cuenta vio que ya había contestado.

Tenía plaza, al parecer. No se había completado el cupo máximo de miembros; de hecho, ella era la primera persona que había mostrado interés en el club de lectura. Kaya soltó una risita de sorpresa. El organizador, un tal Han Minho que trabajaba en el aeropuerto de Incheon, le adjuntaba el carné del club para que lo imprimiese y plastificase.

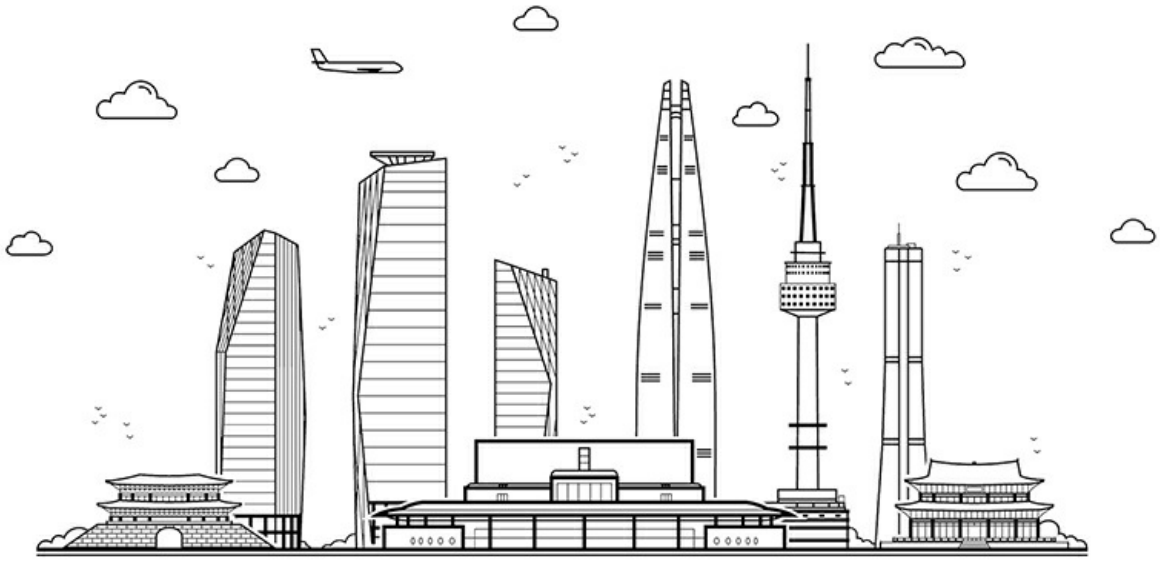
La risita de Kaya se convirtió en una verdadera carcajada, mientras le invadía una oleada de ternura al releer el correo de Minho. ¿Para qué iba a necesitar imprimir y plastificar el carné de un club online? Sobre todo, un club que solo contaba con dos miembros.

En ese momento, llegaron las dos chicas con las que había quedado. La saludaron con afabilidad y le informaron de que, debido a las buenas referencias que habían recibido de ella y

lo absolutamente genial que era la cazadora de cuero que llevaba, no les había quedado otro remedio que «adoptarla» y ayudar a que se integrase en la gran capital. Kaya se olvidó entonces del club de lectura y se dejó llevar por las callejuelas del barrio latino, disfrutando de la agradable mañana de sábado, que había resultado inusitadamente cálida para tratarse del mes de febrero, y puso al día a aquellas chicas sobre su vida y su trabajo en el aeropuerto. Después de haberse tomado un par de vinos en un bistrot, una de ellas, que se llamaba Celine y trabajaba como recepcionista en un centro de taekwondo, propuso ir a comer a un restaurante coreano que conocía, no muy lejos de allí.

Fue entonces cuando Kaya recordó el correo electrónico. Lo había recibido de madrugada y, teniendo en cuenta la diferencia horaria con Seúl, Minho debía de haberlo escrito esa misma mañana, nada más despertarse. Se preguntó si Minho sería un chico joven, como ella. Su puesto como ayudante así lo sugería. Se preguntó también si estaría muy decepcionado por no haber obtenido mucho interés con su propuesta y si, en algún momento de su vida, se había llegado a sentir tan solo como se había sentido ella antes de mudarse a París. Por suerte, Kaya acababa de descubrir que un simple gesto (como que un par de chicas de su edad hubieran decidido adoptarla y pasar el sábado a su lado, o un correo entusiasmado dándole la bienvenida a un club de lectura) era capaz de transformar una semana un poco gris en algo mucho más luminoso. Quizá ella también podía tratar de devolver ese favor al destino poniendo algo de su parte.

—Antes de ir al restaurante, ¿os importa que pasemos un segundo por una reprografía? —preguntó a sus acompañantes.



MINHO

—Hay una cosa que no entiendo —comentó Eunwoo, que contemplaba escéptico la pantalla de televisión frente a él. Estaba sentado en el suelo, entre el sofá y la mesita baja donde Jisub había dejado la comida que había traído del restaurante—. Si se supone que la protagonista va tan mal de dinero que tiene que alimentarse a base de ramyeon y mantener dos trabajos a tiempo parcial, además de su nuevo empleo como becaria de moda, ¿de dónde ha sacado la pasta para comprarse un móvil Samsung de última generación? Y por otro lado…

Jisub se tapó los oídos con las manos, acomodado en el sofá junto a Minho e Inna.

—Por favor, ¿quieres dejar de cortarnos el rollo? Estás estropeando la experiencia inmersiva.

—Es cierto, cariño —intervino Inna, y le revolvió el pelo a su marido con la mano—. Está a punto de salir el otro protagonista masculino. Es un momento clave en cualquier primer capítulo de *drama* romántico que se precie. Así que, por favor, guarda un poco de silencio.

Eunwoo puso los ojos en blanco y alargó el brazo para atrapar con los palillos un par de trozos de calabacín. Minho se inclinó hacia delante y le dio una palmadita cariñosa en la espalda. Eunwoo era un buen tipo, siempre le había gustado. En el fondo, se esforzaba por encajar entre los amigos de su esposa. Minho era consciente de lo difícil que podía resultar lidiar con ellos cuando estaban los tres juntos.

—¿Y tú qué tal? —le preguntó Eunwoo a Minho, girándose un poco para encararlo. Debía de haber comprendido que él era el eslabón más débil de la cadena en cuanto a *dramas* románticos

se refería. El único con el que quizá pudiese mantener aquella noche una conversación—. ¿Cómo van las cosas por el aeropuerto?

—Todo bien. —De repente, Minho recordó algo—. He abierto un club de lectura —comentó con orgullo.

—Creí que lo habías abierto hace semanas… —intervino Inna, distraída con la televisión—. ¡Espera! —exclamó, agarrando el brazo de Jisub y señalando al atractivo actor que acababa de aparecer en pantalla—. ¡Ahí está! ¡El otro protagonista! ¿Ponía en la sinopsis que es el heredero de un importante conglomerado hotelero?

—Siempre son herederos de conglomerados, y la protagonista siempre se queda con el primer chico y pasa de este —dijo Minho con desdén. Era la segunda vez en la misma noche que alguien le cortaba cuando empezaba a hablar de su club de lectura—. La serie se llama *Mi novio es una sirena abisal*, así que no creo que este personaje tenga ninguna posibilidad con la becaria.

Los tres se giraron hacia él, sorprendidos. No solía hablar de esa manera. Minho sintió que se ruborizaba al acaparar su atención.

—Lo siento. Es cierto que propuse el club de lectura hace varias semanas, pero hasta ayer nadie se había interesado por él —les explicó—. Esta mañana he visto un e-mail nada más despertarme. Antes de que digas nada… —añadió con rapidez, y levantó una mano en dirección a Jisub—. Sí, me meto en el correo de la empresa los sábados por la mañana; y sí, soy un adicto al trabajo.

Inna le sonrió con ternura.

—Tienes razón, Minho, perdona. Es genial que se haya apuntado alguien. ¿De dónde es? Creo recordar que vais a leer novelas del país de cada participante, ¿no?

—De París —respondió él, contento. Incluso con un solo miembro, el club de lectura le hacía mucha ilusión. Empezaba a convencerse de que no podría sacarlo adelante—. Se llama Kaya y trabaja en la cafetería de la sala VIP de la aerolínea, en el aeropuerto Charles de Gaulle.

—Así que Kaya, ¿eh? —repitió Jisub, esbozando una sonrisa de medio lado—. ¿Es guapa?

Minho se giró hacia su mejor amigo, ofendido.

—¿Qué? No sé si es guapa, y no me interesa saberlo. Hablamos de un club de lectura.

—¡Vamos! Vais a estar los dos solos comentando literatura francesa y coreana, intercambiando mensajitos constantemente… Dime que no te has preguntado ni un segundo cómo será.

Minho notó cómo volvía a ruborizarse.

—Creo que has visto demasiados *dramas*. No sé nada de ella, salvo su nombre y su puesto de trabajo. Puede que tenga cincuenta años.

De hecho, pensó, era más que probable que tuviera cincuenta años. Quizá tenía un hijo de la edad de Minho y por eso se había compadecido de él; se habría imaginado que nadie en su sano

juicio se apuntaría a su triste club de lectura. Estaba convencido de que en algunos aeropuertos se habrían partido de risa al leer su correo. O quizá se había apuntado de forma legítima, pero al enterarse de que iban a estar los dos solos ya no le interesaba seguir adelante. No se había planteado esa posibilidad hasta entonces.

Inna chasqueó los dedos delante de su cara para hacerle regresar al mundo real. Siempre era capaz de reconocer cuándo Minho entraba en una espiral de pensamientos autodestructivos.

—Ignora a Jisub, os lo pasaréis en grande en ese club. Para estas cosas siempre es mejor un aforo pequeño. Ya verás cómo lo disfrutas. ¿A que sí? —añadió, y le dio un codazo a Jisub en las costillas.

—Eso es verdad —dijo Jisub rápidamente—. Además, no necesitas buscarte una novia francesa, te ha ido bien con la chica de esta tarde, ¿no?

Minho soltó una carcajada nerviosa ante los gestos de sorpresa de Inna y Eunwoo, que no estaban al tanto de su reciente cita a ciegas y que, durante los siguientes minutos, le bombardearon a preguntas sobre el tema. Hasta que, en la pantalla del televisor, el protagonista sireno, que en ese momento caminaba sobre dos piernas humanas, se abalanzó sobre la becaria de moda para evitar que la atropellase una camioneta de reparto; aquello acaparó de nuevo la atención de Jisub e Inna, esta vez de forma permanente.

Minho se dio por vencido, así que se acomodó mejor en el sofá y se relajó por fin. En ocasiones resultaba difícil mantener a raya su ansiedad, pero la presencia de sus amigos siempre le ayudaba a sentirse un poco más centrado. En ese momento, su teléfono móvil se iluminó con una notificación nueva encima de la mesa. Eunwoo lo cogió y se lo tendió, sin retirar él tampoco la mirada del televisor. Posiblemente se negaría a aceptarlo, pero también parecía interesado en cómo se desarrollaba el primer encuentro entre la becaria y el sireno abisal.

Minho frunció el ceño al descubrir que tenía un correo en su cuenta de las aerolíneas. Lanzó una mirada furtiva en dirección a sus amigos antes de abrirlo. Cuando lo hizo, tardó en comprender qué era lo que estaba viendo.

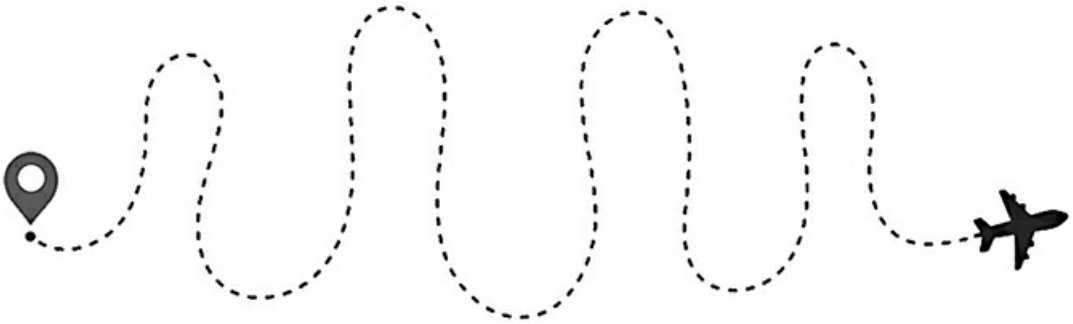
Se trataba de un e-mail sin asunto, solo con una fotografía adjunta. En ella, una chica de no mucho más de veinte años sonreía a la cámara. Tenía la piel clara, los ojos azules y llevaba el pelo oscuro recogido en dos trenzas un poco despeinadas. Vestía con una cazadora de cuero y un jersey granate holgado muy deshilachado, un jersey que la madre de Minho hubiese tirado a la basura hacía varios años, lo cual hubiese sido una pena porque a esa chica le quedaba genial.

Sujetaba algo en la mano y se lo mostraba a la cámara. De no ser por aquello, Minho jamás habría podido imaginar de quién se trataba antes de leer el nombre de la dirección de correo. Hizo zoom sobre la imagen para asegurarse bien y esbozó una sonrisa casi igual de brillante que la de aquella chica. Era Kaya Baudin, la camarera del Charles de Gaulle, y estaba sujetando un carné plastificado que la acreditaba como miembro del club de lectura de las Aerolíneas

Skywind.

CAPÍTULO 2

LUZ TRÉMULA SOBRE LOS TEJADOS AZULES



Hoy hice la brujería
que me recomendó Marien:
«Para estar segura de olvidar
—me dijo—, la receta es estupenda,
al momento mismo
lo dejas de amar…».

LUZ MÉNDEZ DE LA VEGA (escritora y poeta guatemalteca):
Brujería útil

ASUNTO: ¿Empezamos?
Han Minho (ICN Airport) a Kaya Baudin (CDG Airport)
11 de febrero a las 09:15 (KST)

¡Hola, Kaya!

Espero que tengas un buen lunes. Vi la foto que me mandaste con el carné del club, así que supongo que ya no hay vuelta atrás: ¡el club de lectura de las Aerolíneas Skywind está en marcha!

Según las normas, hay que leer un libro al mes, así que ya podemos decidir qué novela leeremos en marzo. ¿Has pensado en algo? Quizá podríamos empezar por ti y escoger una novela francesa. Tenemos tiempo, así que medítalo con calma.

Vamos hablando sobre el tema. Pasa una semana genial.

Un saludo,

Minho

P.D. Creo que en la foto estabas en un restaurante coreano, ¿no? Imagino que París tendrá unos cuantos, nunca he estado allí.

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

ASUNTO: Re: ¿Empezamos?
Kaya Baudin (CDG Airport) a Han Minho (ICN Airport)
11 de febrero a las 13:06 (CET)

¡Hola!

¡Sí! Era un restaurante coreano. Me encantó la comida. Nunca había ido a uno; llevo poco tiempo viviendo en París, y en mi pueblo solo había una pequeña tasca y una heladería. No me acostumbro a todo lo que se puede comer aquí, y creo que tardaré una vida en probarlo todo. Supongo que en Seúl pasará igual. Parece una ciudad increíble.

Si te hubiera conocido cuando todavía vivía en mi pueblo, me habría muerto de envidia al imaginarte allí, pero estoy demasiado emocionada con París como para envidiar nada ahora

mismo.

Dame un par de días para decidirme con el asunto de la novela. Tengo una en mente, pero antes quiero asegurarme de algo.

Pasa tú también una buena semana.

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia

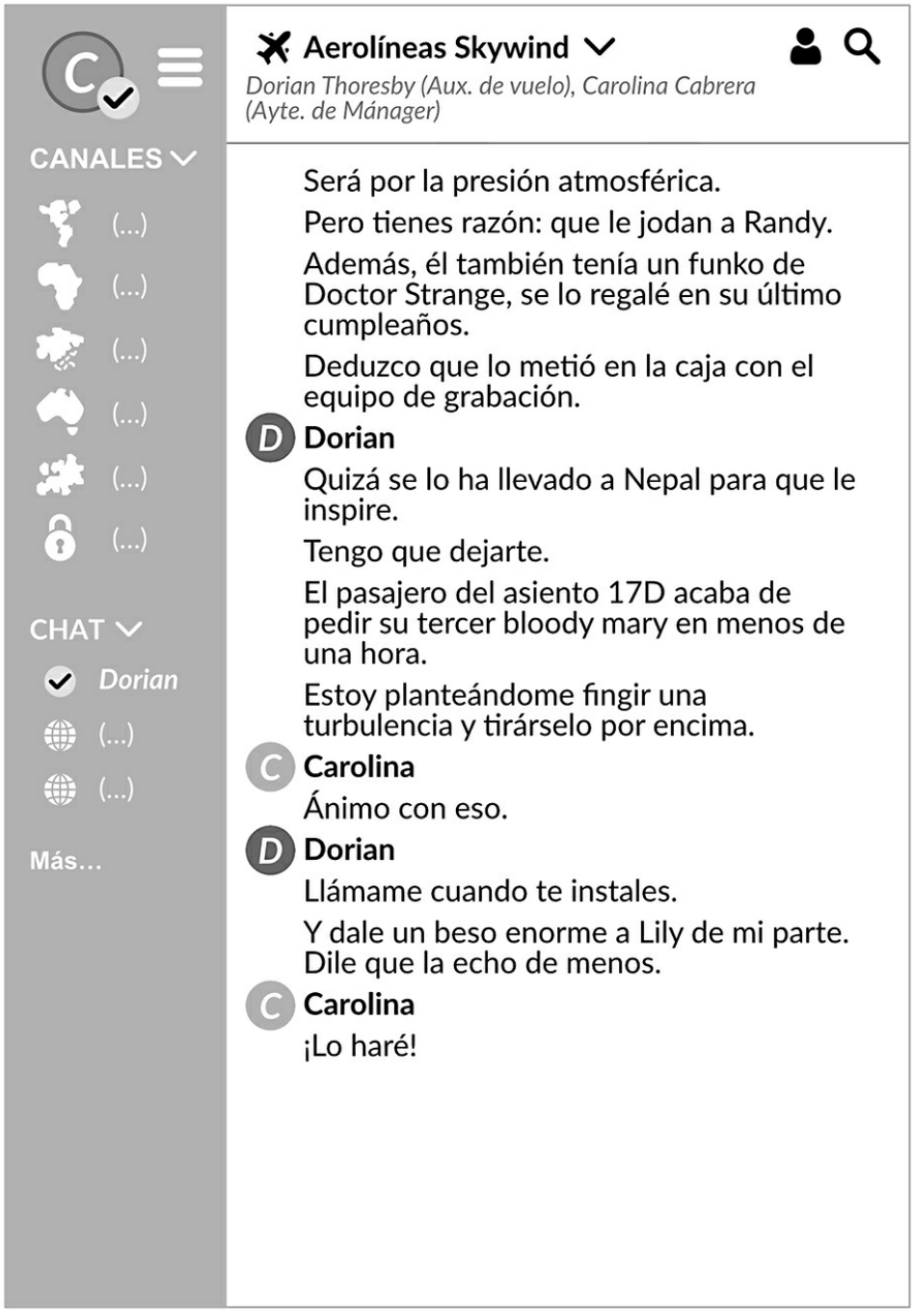
ASUNTO: Re: Re: ¿Empezamos?
Han Minho (ICN Airport) a Kaya Baudin (CDG Airport)
12 de febrero a las 09:05 (KST)

En realidad, creo que te entiendo. Yo tampoco vivo en Seúl, sino en Incheon. Nací aquí y, aunque está tan cerca de Seúl que mucha gente no distingue cuando empieza una y termina la otra, para mí son muy diferentes. En Incheon las cosas son más sencillas. Seúl es una ventana al mundo entero (lo cual no deja de ser curioso porque es en Incheon, y no en Seúl, donde se encuentra el aeropuerto).

¡Tranquila! Tómate tu tiempo escogiendo la novela.

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur


CANALES
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
CHAT
Dorian
(...)
(...)
Más...
Aerolíneas Skywind
Dorian Thoresby (Aux. de vuelo), Carolina Cabrera (Ayte. de Mánager)
13 de febrero
Dorian 12:25 (PDT - horario destino)
¿Te has instalado ya en casa de Lily?
Carolina 15:25 (EST)
Aún no, haré la mudanza este viernes.
Es sorprendente la cantidad de ropa y tonterías que he acumulado en dos años.
Tengo un funko de Baby Yoda, y ni siquiera he visto nada de Star Wars.
Lo compré solo porque me pareció adorable.
Dorian
Es que es adorable.
Carolina
Menos mal que Randy no está aquí para verme con tantas bolsas y maletas.
Soy incapaz de entender cómo pudo meter todas sus cosas en una mochila y marcharse a Nepal tan tranquilo.
Solo dejó atrás una caja con su equipo de grabación, que pasó a recoger ayer su hermano.
Dorian
Tener muchas cosas no es malo, igual que tampoco lo es no tenerlas.
Lo malo es juzgar a la gente por ello, como hacía Randy.
Carolina
Cuando estás en el aire te pones muy profundo.


Aerolíneas Skywind
Dorian Thoresby (Aux. de vuelo), Carolina Cabrera (Ayte. de Mánager)
CANALES
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
CHAT
Dorian
(...)
(...)
Más...
Será por la presión atmosférica.
Pero tienes razón: que le jodan a Randy.
Además, él también tenía un funko de Doctor Strange, se lo regalé en su último cumpleaños.
Deduzco que lo metió en la caja con el equipo de grabación.
Dorian
Quizá se lo ha llevado a Nepal para que le inspire.
Tengo que dejarte.
El pasajero del asiento 17D acaba de pedir su tercer bloody mary en menos de una hora.
Estoy planteándome fingir una turbulencia y tirárselo por encima.
Carolina
Ánimo con eso.
Dorian
Llámame cuando te instales.
Y dale un beso enorme a Lily de mi parte. Dile que la echo de menos.
Carolina
¡Lo haré!

ASUNTO: He pensado en algo
Kaya Baudin (CDG Airport) a Han Minho (ICN Airport)
14 de febrero a las 8:03 (CET)

¡Hola, Minho!

¿Qué tal está yendo la semana?

Te escribo desde el tren de camino al trabajo. Esto está lleno de gente con ramos de flores y apenas son las ocho de la mañana. Seguro que van a buscar a alguien al aeropuerto para celebrar San Valentín. Una de las cosas que más me gusta de trabajar en el Charles de Gaulle es pasarme por las puertas de llegada y ver todas esas caras emocionadas, esperando que aparezcan sus seres queridos. ¿Celebráis San Valentín en Corea? Imagino que sí. ¿Se vuelve la gente tan loca en Incheon como en París?

He estado pensando en qué novela podríamos leer primero. Tengo una en mente, pero casi me da miedo sugerirla porque vulnera una de las normas del club. He estado revisando el correo que enviaste de presentación y mi propuesta incumple la número cuatro:

4. *La novela escogida deberá haberse traducido al inglés para que sea accesible al resto de miembros.*

Siento de verdad estar proponiendo saltarnos las normas con nuestra primera lectura, pero pensé que, ya que estamos tú y yo solos, tal vez podríamos hacer una excepción. También siento haber cotilleado tu ficha de empleado en la Intranet antes de mandar este correo. Sé que son datos públicos y que cualquiera de la empresa puede hacerlo, pero quizá debería haberte pedido permiso primero. Lo hice porque necesitaba comprobar si has estudiado francés y si puedes leer textos en este idioma. ¡Y resulta que tienes muy buen nivel! Según tu ficha, un C1 hablado y un C2 escrito. Enhorabuena.

Como ya habrás imaginado, el problema de la novela que quiero proponerte es que no ha sido traducida al inglés, ni a ninguna otra lengua. No tuvo mucho éxito en su momento, pero es muy especial para mí. Se titula *Luz trémula sobre los tejados azules* y su autora es Ingrid Baudin.

Supongo que habrás notado que comparto apellido con ella. Es mi tía, la hermana de mi abuelo, pero hace mucho que no la veo. Se mudó a París siendo muy joven, en los años setenta. Después, ha ido cambiando de residencia continuamente. Creo que ahora está pasando una temporada en el norte de Italia, no estoy muy segura. El apartamento en el que vivo, en el barrio de Montmartre, es suyo. No tiene una mala relación con mi familia, aunque en casa tampoco hablamos demasiado de ella, y creo que soy la única que ha leído su novela.

De verdad que es una historia fantástica y me encantaría que alguien más la conociese. ¿Qué

me dices? ¿Nos saltamos las reglas?

¡Espero tu respuesta!

Kaya

P.D. La novela está descatalogada y no se encuentra fácilmente, pero yo tengo varios ejemplares de la primera (y única) edición en casa. Puedo hacerte llegar uno sin problemas.

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia

ASUNTO: Re: He pensado en algo
Han Minho (ICN Airport) a Kaya Baudin (CDG Airport)
14 de febrero a las 14:15 (KST)

¡Hola, Kaya!

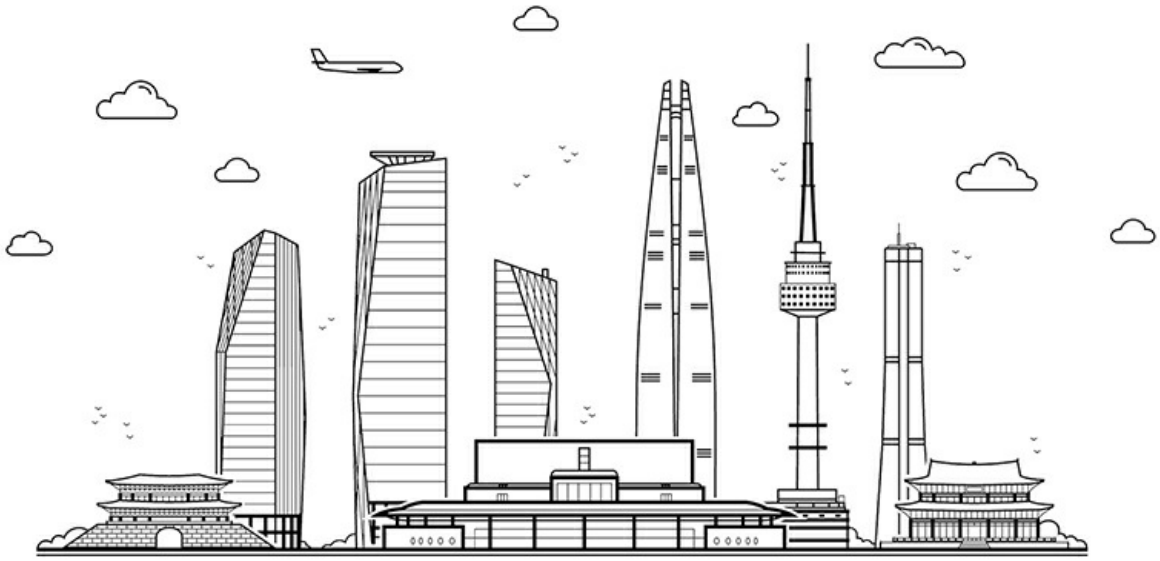
Sí, aquí también se celebra San Valentín.

Y también suelo fijarme en el rostro de la gente cuando paso por las puertas de llegada. Me alegra saber que te gusta tanto como a mí trabajar en un aeropuerto. No puedo imaginar un lugar mejor.

No tengo mucho tiempo para explayarme, el día está siendo complicado en la oficina y luego tengo que salir corriendo al centro de Seúl, pero quería escribirte para decirte que… ¡adelante con tu propuesta! Nos saltamos las reglas.

Un abrazo,

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur



MINHO

Minho se quedó mirando el correo que acababa de enviar, horrorizado. Lo había escrito deprisa, casi sin pensar, y desde luego no lo había releído. De ser así, no se le hubiese pasado por la cabeza despedirse de Kaya con «un abrazo».

«Un abrazo» no era nada profesional; nada apropiado entre dos compañeros de trabajo. Sin embargo, Kaya le había contado tantas cosas sobre sí misma y su familia en su último mail que Minho había olvidado de qué se conocían y le había respondido como si fuera Inna o Jisub, con total confianza. Cerró la pantalla del correo electrónico y volvió a su hoja de Excel, con un suspiro derrotado. No merecía la pena darle más vueltas al asunto, tenía demasiado trabajo por hacer, y el daño ya estaba hecho.

Quizá a Kaya no le importase, pensó al cabo de unos segundos, desviando la atención de nuevo del informe de gastos que debería estar calculando. Parecía una chica bastante abierta, incluso le había confesado haber buscado su perfil en la Intranet. Al recordarlo, Minho volvió a minimizar la hoja de Excel y tecleó su propio nombre en el Portal del Empleado. La ficha pública con su foto y sus datos básicos se abrió ante él. Se fijó en la foto. Se la hicieron su primer día en la aerolínea, hacía dos años y medio. Había terminado el servicio militar apenas un mes antes, y llevaba el pelo mucho más corto que ahora. Además, ese mismo fin de semana se había escapado con Inna y Jisub a la playa para celebrar su nuevo trabajo y había vuelto con las mejillas y el puente de la nariz quemados por el sol. Se inclinó un poco hacia la pantalla y

entrecerró los ojos. No se apreciaba demasiado, por suerte. Su hermana le había ayudado a disimularlo para la foto con un poco de maquillaje. En términos generales, no estaba mal del todo. Mejor que Kaya viese su rostro por primera vez en la Intranet de la aerolínea que en un *selfie*. Minho odiaba hacerse *selfies*, se sentía muy torpe posando y casi nunca le gustaba el resultado. Jamás hubiera sido capaz de imitar la que Kaya le había enviado desde aquel restaurante coreano de París.

—Minho, ¿has sacado ya el informe? —preguntó una de sus supervisoras.

Él se enderezó de golpe en su asiento, sintiéndose culpable.

—Lo siento. Estoy en ello, dame diez minutos más.

Ella levantó en ese momento la mirada en su dirección. Era una mujer de mediana edad de aspecto severo, pero con la que Minho había simpatizado desde el principio.

—Estás un poco ausente —comentó con una ceja levantada—. Hoy es San Valentín, ¿no? ¿Tienes otra cita con la chica de la semana pasada? Puedes estar tranquilo, aunque haya trabajo saldrás a tu hora.

Minho se sonrojó. No estaba distraído por eso (al menos, no solo por eso), pero su jefa había dado en el clavo.

—Hemos quedado para tomar una copa en Seúl. Ha reservado en un bar del barrio de Gangnam donde sirven mojitos y tteokbokki.

La mujer soltó una carcajada.

—Extraña combinación.

—Debe de ser un sitio muy de moda. El otro día estuvo allí con sus amigas y se encontraron a uno de los presentadores de la SBS.

—Te dejaré salir media hora antes para que te dé tiempo a llegar con calma, pero, a cambio, mañana tienes que contármelo todo. Seguro que será mucho más romántico y emocionante que cenar comida recalentada con mi marido, que claramente se habrá olvidado de que hoy es San Valentín, y nuestros dos hijos adolescentes.

Minho sonrió, tratando de disipar el nerviosismo que se acababa de apoderar de él ante la perspectiva de los planes de aquella noche.

—Trato hecho.



CAROLINA

Aunque Carolina era consciente de que Queens era un barrio enorme, a ella siempre le había parecido muy pequeño. Al menos, la zona en la que había crecido y que conocía como la palma de su mano. Cuando era una niña, su mundo se limitaba a unas pocas manzanas de calles familiares con fachadas humildes y a la gran avenida Roosevelt, de edificios un poco más grandes, donde el metro avanzaba de forma ruidosa sobre un carril aéreo sostenido por gruesos pilares de hierro. Aquel metro, decían, podía llevarte hasta Times Square en muy poco tiempo a un módico precio, esa extraña zona de Nueva York donde solo se hablaba en inglés y apenas se podía caminar por la cantidad de turistas.

Hasta que, un buen día, ese mismo metro regresó de Times Square trayendo con él a un chico que llevaba demasiado perdido y que acabó encontrando en Queens su hogar, al menos durante un verano.

En aquella época, cuando Dorian Thoresby y Carolina Cabrera se conocieron con quince años, la ciudad de Nueva York comenzaba y terminaba en torno a la casa de acogida de Liliana Rivas. O así era para Carolina. No le interesaba lo que había más allá de la barbería de don Orlando, pasado el puesto callejero de libros de Yusef, que había venido desde Yemen y cuya hija mayor iba al mismo colegio que ella, hasta el apartamento de Marien, la mexicana, cerca de la parada de taxis, donde las mujeres latinas acudían a que les leyera la buenaventura.

Carolina nunca había llegado a desvincularse del todo de Queens. Solía ir a comer a casa de

Lily al menos un domingo al mes, para ponerse al día de las novedades y pasar un poco de tiempo con la que había sido su tutora legal durante tantos años. Pero, cuando se encontró de nuevo frente a aquella casa de madera blanca y muro de ladrillo rojo, con un montón de maletas, cajas repletas de ropa y un funko de Baby Yoda, con sus botas Lauboutin y su nuevo corte de pelo de doscientos dólares, Carolina tuvo la sensación de que acababa de regresar de un viaje muy largo y extenuante. Un viaje que no había sido demasiado consciente de haber emprendido.

Lily la recibió como siempre: con un abrazo cariñoso que, esta vez, duró un poco más que de costumbre.

—Vamos, chachita —le dijo en español—. Tu antigua habitación te aguarda.

Era una mujer bajita y menuda, aunque, cuando se dejaba abrazar por ella, a Carolina le parecía enorme, capaz de protegerla del mundo entero. Tenía la piel oscura y curtida, y el pelo canoso permanentemente recogido en un moño repleto de trenzas que se sujetaba con lazos de colores vivos. Carolina tenía la teoría de que Lily combinaba el color de sus lazos dependiendo de su estado de ánimo, aunque no había sido capaz de sacar un patrón claro al respecto.

Lily nació en Mérida, en la península mexicana de Yucatán, y llegó a Estados Unidos a los once años con sus padres. La casa donde vivía era grande, de tres plantas y cinco habitaciones, y resultaba imposible ignorar las raíces mayas de su dueña cuando te adentrabas en ella. Como su pasión por las figuras de obsidiana, que decoraban casi todos los rincones de la casa, o las vasijas de cerámica de Ticul. La cocina-comedor abarcaba la planta baja casi por completo, a excepción del pequeño despachito donde Lily hacía sus gestiones en un ordenador de lo más anticuado. En su última visita, Dorian le había ofrecido comprarle un ordenador de pantalla plana, y alegó que ya nadie usaba ese tipo de monitores cuadrados más propios del siglo XX, pero ella se negó en rotundo.

—Si mi ordenador ha sobrevivido hasta ahora prestando un buen servicio, no merece que lo abandone durante su vejez. ¿No crees, muchacho? —le había dicho—. Más os valdría a los jóvenes de hoy en día aplicaros el cuento. Estáis acostumbrados a sustituir las cosas, o a las personas, en cuanto dejan de ser una novedad.

Dorian no volvió a sacar el tema, y Carolina tuvo que contener la risa ante la expresión frustrada de su amigo.

Desde luego, era raro instalarse de nuevo allí, en una casa colmada de recuerdos en cada rincón. Sabía que la que había sido su habitación durante tantos años había tenido algún que otro inquilino de forma temporal cuando ella se marchó para ir a la universidad. Aun así, seguía igual que la última vez que había dormido en ella: la misma colcha bordada con flores de colores brillantes, el mismo escritorio donde había pasado tantas horas estudiando para los exámenes del instituto, las mismas cortinas blancas y las mismas vistas al patio trasero.

Así se lo hizo saber a Lily, maravillada, mientras colocaba una de las maletas a los pies de la

cama.

—Solo faltan los pósteres que solías colgar en las paredes —comentó Lily desde la puerta, con una sonrisa—. ¿Qué ha sido de ese grupo que te gustaba de niña? El de los tres jovencitos.

Carolina soltó una carcajada.

—Pues que se hicieron mayores, igual que yo. No les va mal. Uno de ellos se casó con una actriz de Bollywood y otro, con la reina de Invernalia.

Lily asintió con naturalidad. Carolina sospechaba que no había pillado la última referencia, pero Liliana Rivas era una experta en fingir que siempre estaba al tanto de todo. A sus casi ochenta años, odiaba admitir que había temas que no controlaba. Aunque, pensándolo bien, concluyó Carolina, quizá sí que había oído hablar de Sansa Stark. Quizá ella también escuchaba el podcast de su exnovio.

—Instálate con calma —le dijo Lily—. He preparado una buena cena para celebrar tu regreso. Mandaré a uno de los niños a buscarte cuando esté puesta la mesa.

Carolina asintió, agradecida.

—Tengo que llamar a Dorian para decirle que ya estoy aquí. Le prometí que lo haría. —Se acercó a Lily, que todavía estaba en la puerta, y le dio un sonoro beso en la frente—. Esto es de su parte, por cierto.

Lily sonrió.

—Dile que lo espero pronto por casa, y que se me cuide mucho. También dile que, si sigue con esa nueva moda de no comer carne, que al menos coma huevos con frijoles. Cada vez que viene está más descolorido, y eso solo puede ser por la falta de proteína. ¡Y dile que sea amable con las muchachas con las que sale! —añadió mientras se alejaba por el pasillo—. Y que beba manzanilla, el ambiente de las cabinas de los aviones es terrible para las defensas.

Carolina soltó una carcajada. Cuando se quedó sola, sacó el móvil del bolsillo de su abrigo, se tumbó bocarriba sobre la cama, con los pies en alto de la maleta, y llamó a Dorian. Al segundo tono, obtuvo respuesta.

—Lily te manda recuerdos —le dijo, todavía risueña.

No recordaba estar de tan buen humor desde hacía tiempo. Mucho antes de su ruptura con Randy. Aunque no podía verlo, por el tono de su voz supo que Dorian también estaba sonriendo.

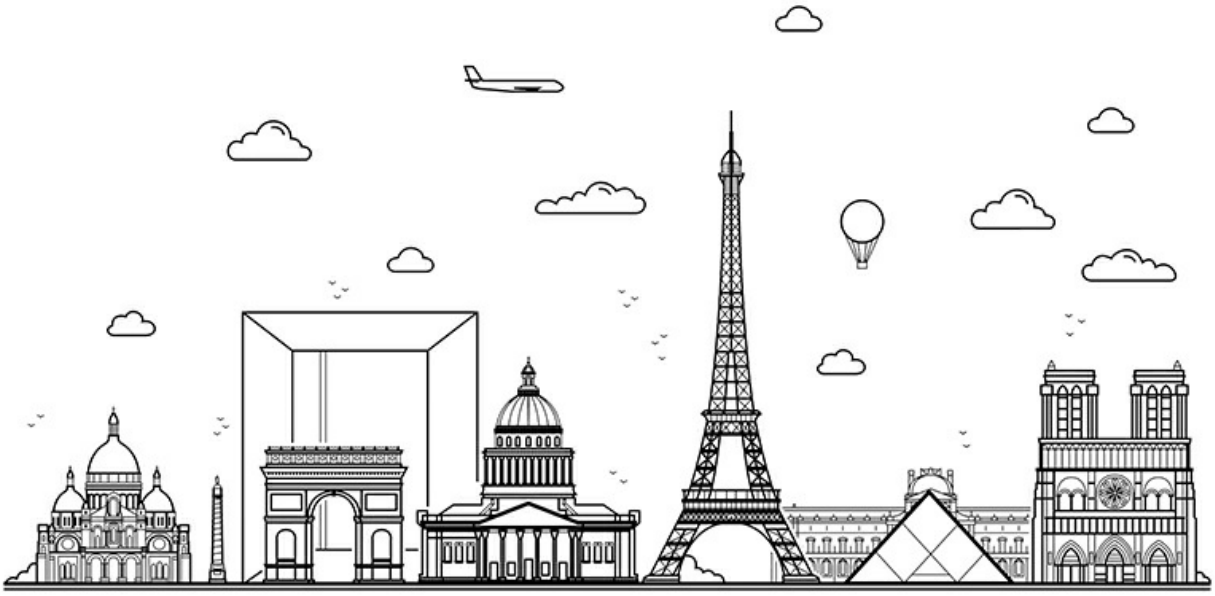
—¿Ha mencionado ya que debería tomar frijoles y manzanilla? —preguntó.

Carolina volvió a reír, más fuerte aún.

—Eso me temo.

Al otro lado de la línea, Dorian soltó un suspiro cargado de ternura.

—Joder, cómo echo de menos aquello.



KAYA

Ese mediodía, en el aeropuerto Charles de Gaulle, Skywind operaba un solo vuelo con destino a Incheon, y Kaya no podía perdérselo. No es que planease subir a bordo, a pesar de que la posibilidad de encontrarse a menos de doce horas de Corea del Sur le resultase tentadora y terrorífica a partes iguales. En realidad, quería interceptar a uno de los miembros de la tripulación y entregarle el paquete que sostenía en la mano. Un paquete que la noche anterior se había esforzado en envolver con esmero y al que había pegado una etiqueta:

Para Han Minho
Miembro fundador del club de lectura de las Aerolíneas Skywind
Ayudante de mánager del Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon

Era la mejor manera que se le había ocurrido para hacerle llegar un ejemplar de *Luz trémula sobre los tejados azules* sin gastarse un montón de dinero en un servicio de mensajería. Solo necesitaba que alguno de los auxiliares que iban a subir a ese avión estuviese dispuesto a ayudarla.

Programó su descanso justo a tiempo para escaparse a la terminal de salidas antes de que la tripulación comenzase a embarcar. Cuando consideró que era el momento preciso, recogió el

paquete con el libro en su taquilla y salió rápido de allí. Al pasar de nuevo por el mostrador de la cafetería, cogió un *pain au chocolat* y lo metió en una bolsa de papel. Si iba a pedir un favor a un desconocido, era buena idea ofrecerle algo a cambio.

Cuando llegó a la puerta de embarque, los pasajeros todavía estaban haciendo tiempo en las salas de espera. Solo unos cuantos, los más impacientes, hacían ya fila junto al mostrador. Una trabajadora del personal de tierra de Skywind, vestida con los colores blanco y beige típicos de la aerolínea, tecleaba en el ordenador sin prestarles demasiada atención. Retirados en un lateral, había un pequeño grupo de auxiliares de vuelo esperando para embarcar en primer lugar. Charlaban entre ellos, y Kaya se puso nerviosa al verlos a todos juntos. Sujetó con fuerza el paquete contra el pecho. Si quería hacerle llegar el libro a Minho, tenía que armarse de valor y acercarse.

A Kaya le intimidaban un poco los auxiliares de vuelo. Parecían diferentes al resto de trabajadores de la empresa. Siempre en el aire, de un lugar a otro. Se despertaban en Francia y terminaban el día en Corea del Sur, en un huso horario completamente distinto, sin que eso significase nada especial para ellos. No estaban sujetos a las reglas del tiempo y del espacio. Kaya, en cambio, no había montado en un avión en toda su vida, y la única vez que había estado fuera de Francia fue cuando sus padres la llevaron de excursión a Andorra.

Estaba a punto de armarse de valor, cuando alguien más atrajo su atención. Había otro auxiliar de vuelo que no participaba en la conversación grupal. Estaba apoyado en una pared, a un par de metros del mostrador de embarque, y tenía la mirada perdida entre los pasajeros, sin prestar demasiada atención a nadie en concreto. Llevaba unos auriculares inalámbricos y parecía aislado en su propio mundo.

No es que a Kaya ese auxiliar solitario le intimidase menos que los otros. De hecho, el aspecto del chico hubiera intimidado fácilmente a cualquiera. Era alto, rubio y bastante atractivo, pero, al menos, estaba solo. No iba a sentirse observada por varios pares de ojos más mientras le pedía el favor.

Se aproximó un poco a él, con sutileza. Lo suficiente como para leer el nombre grabado en la placa identificativa que llevaba enganchada al chaleco: Dorian Thoresby. Bajo el nombre, tres pequeñas banderitas revelaban los idiomas en los que los pasajeros podían dirigirse a él: inglés, español y japonés. Aquello sorprendió un poco a Kaya. ¿No hablaba francés ni coreano? Extraño, teniendo en cuenta que formaba parte de la tripulación de aquel vuelo.

—Eh, disculpa… —comenzó Kaya, dando otro paso hacia él y tratando de no vacilar mucho con el inglés—. Perdona, ¿tienes un segundo?

Dorian se quitó uno de los auriculares y la miró con curiosidad.

—Sí, claro. Dime.

Tenía una voz bonita, con un marcado acento británico.

—Verás, soy una compañera de la aerolínea —aclaró Kaya, sintiéndose tonta. A no ser que Dorian fuese la persona menos observadora del mundo, ya lo habría deducido al ver su uniforme —. Me preguntaba… ¿Vas a subir a este avión? —Y señaló las puertas de embarque, todavía cerradas.

Dorian asintió, con una ligera sonrisa resignada.

—No es mi ruta habitual, ni de salida ni de llegada, pero tenía que devolverle el favor a un compañero.

—Vale, genial… Oye, ¿te importaría si te dejo esto? —Kaya le tendió el paquete para Minho —. Necesito hacérselo llegar a uno de los trabajadores de Incheon. En la etiqueta están escritos sus datos.

Dorian miró el paquete y enarcó una ceja, divertido.

—Nada ilegal, espero. Porque, si es así, deberíamos empezar a hablar de mi comisión por los servicios.

Kaya rio, algo cortada.

—No te preocupes. Es un asunto del club de lectura —aclaró. Ante la mirada confusa de Dorian, continuó—: Ya sabes, el club de lectura de las Aerolíneas Skywind. —Dorian continuaba observándola con aire confuso—. Recibimos todos los empleados un e-mail en enero donde se hablaba de ello, quizá te llegó a la carpeta de *spam*. Puedes pedirle al destinatario del paquete que te informe sobre ello, si te interesa.

—Lo tendré en cuenta —comentó Dorian, que parecía poco interesado en el tema, a decir verdad. Alargó la mano, cogió el paquete y leyó lo que Kaya había escrito en la etiqueta—: Así que ayudante de mánager del Servicio Terrestre de Atención al Pasajero. —Por algún motivo, aquello le puso de buen humor, sus ojos grises brillaron divertidos—. Sí, vale. No hay problema. Se lo haré llegar.

—¿Crees que podrás encontrar las oficinas donde trabaja? —preguntó Kaya—. El aeropuerto de Incheon es enorme, no quiero causarte demasiadas molestias.

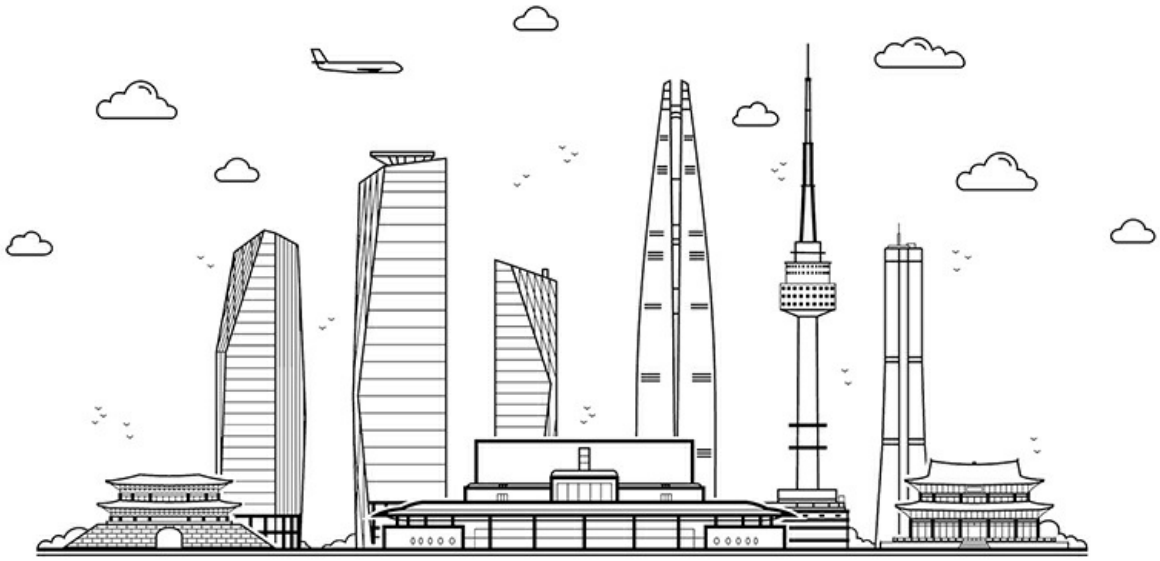
—Tranquila, estoy familiarizado con ese departamento en concreto. Mi mejor amiga trabaja en el mismo puesto en el JFK de Nueva York. Todos los aeropuertos son iguales, a grandes rasgos.

Kaya no tenía tan claro que el JFK y el aeropuerto de Incheon se parecieran tanto. Es más, el aeropuerto de Incheon tenía un casino y un campo de golf, y jamás había oído algo así del JFK, pero Dorian exudaba una confianza en sí mismo que resultaba contagiosa.

—¡Muchísimas gracias! —contestó Kaya. Le dio la bolsa de papel con el *pain au chocolat*—. Está recién hecho. Nos los traen todas las mañanas desde una de las mejores pastelerías de París. Considéralo parte de tu comisión por los servicios prestados.

Dorian cogió la bolsa, maravillado.

—Siempre es un placer hacer negocios contigo.



MINHO

Era jueves 21 de febrero y, entre otras cosas, el cumpleaños de Minho. Ese día todo parecía girar a su alrededor. Por muy buenas intenciones que tuviese todo el mundo, a veces tanta atención le sobrepasaba. Su madre le había preparado sopa de algas para desayunar, siguiendo la tradición, y su padre le había regalado un reloj de la joyería en la que trabajaba. Esa misma mañana, había recibido un paquete de su hermana con un jersey de color negro, de tacto muy suave y aspecto caro. Había incluido una pequeña tarjeta donde animaba a Minho a estrenar el jersey en su próxima cita con Somin. Incluso Somin le había mandado un mensaje, felicitándolo y sugiriendo que lo celebrasen juntos el próximo fin de semana, aunque había tenido la prudencia de no intentar quedar con él justo ese mismo día. Minho agradeció aquello. Somin era encantadora y, durante su segunda cita el día de San Valentín, ambos habían abandonado poco a poco la timidez inicial y habían acabado dándose un largo beso de despedida en las escalinatas de la Estación Central de Seúl. Aun así, Minho prefería pasar la noche de su veintitrés cumpleaños con sus amigos y de un modo más relajado: había quedado con Jisub e Inna a la salida del trabajo para ir a cenar a su restaurante favorito de Incheon. Sus amigos habían optado por pasar la noche en casa de sus familias en lugar de hacer que Minho se desplazase a Seúl para verlos. Era un cambio agradable que le hacía recordar los viejos tiempos. El mejor regalo que podían hacerle.

Por eso, porque todo parecía girar en torno a Minho el día de su cumpleaños, no le sorprendió demasiado cuando, sobre las once de la mañana, alguien dejó un pequeño paquete envuelto con

papel de regalo en su escritorio. Lo que sí le sorprendió un poco más fue la persona que se encontró frente a él al levantar la mirada de la pantalla de su ordenador.

Un auxiliar de vuelo de las aerolíneas, uno de aspecto extranjero y aproximadamente su edad que Minho no recordaba haber visto en su vida, lo contemplaba desde arriba con los brazos cruzados y una media sonrisa torcida en el rostro.

—Han Minho, supongo —dijo el joven en inglés a modo de saludo—. ¿Tengo ante mí al miembro fundador del club de lectura de las Aerolíneas Skywind?

La supervisora de Minho se giró hacia el recién llegado, con curiosidad. Minho tuvo que parpadear dos veces, y miró de nuevo el paquete y al joven que tenía delante antes de contestar.

—Eh, sí. Creo que soy yo.

El joven asintió con solemnidad.

—Perfecto, te envían esto desde el Charles de Gaulle. —Señaló el paquete con un gesto de la cabeza—. Supongo que mi misión aquí ha terminado. Cuídate, Minho. —Se volvió hacia la supervisora y le dedicó una sonrisa encantadora y una pequeña inclinación—. Disculpe la interrupción, señora.

—No es ninguna molestia —dijo la mujer, aturdida, mientras el joven salía del departamento de atención al cliente con pasos ágiles y decididos, como si tuviera un montón de paquetes más que entregar por todo el aeropuerto. Cuando lo perdió de vista, se giró hacia Minho—. ¿De dónde ha salido ese chico?

—No lo sé. Ni siquiera he tenido tiempo de darle las gracias.

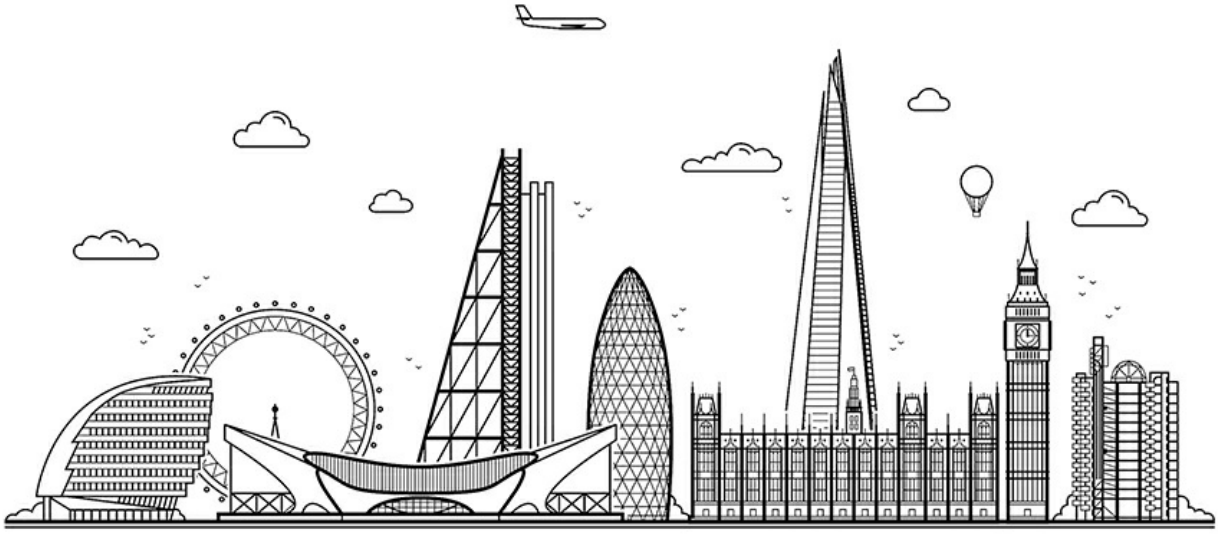
—¿Te mandan un regalo de cumpleaños desde Francia? ¿Conoces a alguien de allí?

—Solo a una persona, pero no sabe que hoy es mi cumpleaños —respondió él mientras abría el paquete—. Creo que ha sido una casualidad.

—Pues para ser casualidad ha dado en el clavo —comentó ella, y estiró un poco el cuello para ver mejor—. Un libro. Justo lo que más te gusta.

Minho no contestó. Tenía toda su atención puesta en *Luz trémula sobre los tejados azules* de Ingrid Baudin. Era bastante antiguo: una primera edición de finales de los años setenta, tal como le había explicado Kaya en su último correo. Un ejemplar en cartoné, con encuadernación cosida y la cubierta de color verde menta. Las letras del título y del nombre de la autora estaban estampadas con tinta plateada. Si en algún momento había llevado una sobrecubierta con una imagen más comercial, había desaparecido. Minho abrió el libro por la mitad y se lo acercó con cuidado, respirando el tacto empolvado de sus páginas.

Lo volvió a cerrar y lo contempló con orgullo. Aquella era la primera novela del club de lectura de las Aerolíneas Skywind. Aunque la fecha de nacimiento no aparecía entre los datos de los empleados de la Intranet, y Kaya no tenía manera de saber que hoy era su cumpleaños, a Minho no se le ocurría un día mejor para recibir ese regalo.



DORIAN

El resto de los miembros de la tripulación con los que Dorian había viajado hasta Corea se habían encerrado en sus habitaciones de hotel, para descansar y prepararse para el vuelo que partiría de Incheon de regreso a París en algo menos de dieciséis horas. En otras circunstancias, Dorian hubiese hecho lo mismo. Era su proceder habitual cuando volaba a Los Ángeles un par de veces por semana. Solía marcharse directamente al hotel asignado por la empresa y se desfogaba un poco en el gimnasio o en la piscina para estirar los músculos entumecidos tras las horas de viaje. Después, pedía que le subieran un sándwich y una ensalada y se aislaba del mundo, esperando el vuelo de vuelta a Londres.

Pero aquel viaje había sido distinto. Por una extraña carambola de favores entre compañeros, Dorian había acabado cubriendo un servicio que ni siquiera partía de su aeropuerto habitual y que aterrizaba en un país en el que nunca había estado. Aunque no tuviese mucho tiempo, y siendo consciente de que tenía que dormir algo antes del regreso, quería pisar tierra firme y explorar un poco el entorno. El hotel estaba muy cerca del aeropuerto, así que subió a su habitación para darse una ducha rápida y cambiarse de ropa. Se quitó el uniforme y se puso unos vaqueros y una sudadera. Ni siquiera estaba seguro de que en esa zona del hotel se pudiese fumar, si es que se podía fumar en algún lugar del edificio, pero se tomó la libertad de encenderse un par de cigarrillos y de abrir un paquete de patatas fritas y una lata de Sprite del minibar. Lily lo mataría si lo veía alimentándose así tras doce horas de vuelo. El recuerdo de la anciana le hizo sonreír. Le tranquilizaba muchísimo saber que Carolina iba a quedarse en su casa

una temporada.

Carolina. Últimamente intentaba no pensar demasiado en ella. Al menos, en esos momentos en los que se sentía cansado y vulnerable, y resultaba tan sencillo dejar volar la imaginación. Hacía pocas semanas que se habían visto, y el ambiente había sido un poco extraño entre ellos. Como durante aquel primer verano y todo lo que vino después. Como la última Nochevieja que pasaron juntos en Londres, cuando ella fue de visita y Dorian creyó que iba a perderla para siempre, antes de que Carolina regresase a Nueva York y conociera a Randy, simplificando así las cosas.

Apagó el último cigarrillo contra el mármol del lavabo y abandonó por fin la habitación. Necesitaba respirar aire puro.

Por un momento, se sintió tentado a coger uno de esos trenes exprés que unían la zona del aeropuerto con el centro de Seúl, pero finalmente decidió quedarse en Incheon. No necesitaba ver monumentos, solo perderse entre la gente corriente. Pasó el resto del día paseando por el muelle de la ciudad y los parques. Entró en un par de tiendas de *manhwa* y en otra de discos, e incluso llegó a admirar desde fuera unos templos religiosos. Para tratarse de una zona costera, hacía bastante frío.

Cuando se cansó de pasear, sobre las seis de la tarde, buscó un sitio para cenar en condiciones. Acabó decantándose por un restaurante situado en el interior de un pequeño pasaje comercial, junto a una estación de autobuses. No era el lugar más glamuroso de la ciudad, pero desde fuera parecía animado y acogedor.

Al abrir la puerta, le llegó un olor agradable a especias y cerveza. Era un local alargado y un poco ruidoso que no parecía haberse remodelado desde los años sesenta. Pero la temperatura del interior era cálida, y tenía mucha clientela. Daba la impresión de que los comensales que habían venido solos se sentaban en la barra, así que Dorian los imitó. Había un grupo de adolescentes jugueteando con una máquina de discos cerca de los baños. Parecía una de esas máquinas clásicas que funcionaban con monedas, pero, cuando una chica tecleó el código de la canción que quería escuchar, lo que sonó en el restaurante fue pop actual. Una canción dulce y vibrante al mismo tiempo, cantada en coreano, que a Dorian no le disgustó en absoluto.

El camarero se acercó a él, con una sonrisa tímida, y le preguntó acompañado de gestos qué quería beber. Dorian se dio cuenta de que era el único extranjero en el restaurante, y era muy posible que nadie más allí hablase inglés. Señaló los grifos de cerveza de la barra y el camarero asintió, aliviado, antes de apresurarse a servirle una jarra. Le dio también la carta, que estaba escrita exclusivamente en coreano. Dorian dio un largo trago a la cerveza. No estaba nada mal. Al menos, había superado la primera prueba. Ahora solo tenía que averiguar cuál de los platos de ese menú, ininteligible para él, no contenía animales muertos.

Intentó durante varios minutos comunicarse con el camarero, sin éxito. Hizo el sonido de una

vaca y de un cerdo, atrayendo las miradas curiosas de algunos comensales a su alrededor, y después una equis con los brazos delante del pecho. El hombre le miró alarmado, sin tener nada claro lo que preguntaba Dorian. Cuando el chico ya estaba a punto de rendirse, una voz masculina y juvenil a sus espaldas le habló en inglés:

—¿Necesitas ayuda?

Dorian se giró, justo para encontrarse cara a cara con un rostro conocido. Han Minho, el chico del Servicio Terrestre de Atención al Pasajero al que le había llevado un paquete esa misma mañana, lo miraba divertido.

—Oh, gracias a Dios —exclamó Dorian—. El insigne miembro fundador del club de lectura de las Aerolíneas Skywind ha venido a salvarme la vida.

La sonrisa de Minho se intensificó.

—Casi no te reconozco sin el uniforme. —Minho también se había cambiado de ropa. Había dejado atrás la camisa y los pantalones de traje, y vestía mucho más juvenil, con un jersey negro que parecía bastante caro y unos vaqueros del mismo color—. Esta mañana saliste pitando del despacho sin apenas darme tiempo a reaccionar. Te hubiera invitado a un café si te hubieses quedado; mis supervisoras y yo compramos una Nespresso a medias hace un par de meses.

Dorian sintió una oleada de simpatía inmediata hacia Minho. Los trabajadores de tierra podían resultar muy tiernos, con sus pequeñas máquinas de café y sus escritorios tan bien organizaditos. A veces, Dorian deseaba ser como ellos: tener un horario y un lugar fijo donde trabajar. Desarrollar una rutina diaria y estable. Otras veces, la simple idea le aterraba.

—Lo siento —se disculpó Dorian—. Me moría de ganas de salir del aeropuerto para encenderme un cigarrillo. Odio las salas de fumadores.

—En Corea no es tan sencillo fumar en la calle, hay zonas delimitadas.

Dorian soltó una risita resignada.

—Me he dado cuenta. ¿Has venido solo? —Señaló una banqueta a su lado—. Puedes sentarte conmigo si quieres. Kaya me dijo que me pondrías al día sobre ese club de lectura que habéis montado.

Minho negó con la cabeza, ruborizándose un poco.

—No me vendría mal practicar mi inglés, pero estoy con unos amigos. —Hizo un ademán hacia una de las mesas, desde donde un chico y una chica de su edad los observaban con curiosidad. Tenían jarras de cerveza a medio beber y unos cuantos platos de aperitivos frente a ellos—. De todos modos, deja que te ayude a pedir algo, ¿vale?

Dorian asintió agradecido.

—Necesito un plato vegetariano y que no pique mucho —le explicó.

Minho analizó la carta.

—Creo que el bibimbap te puede gustar —le dijo—. Es un plato a base de arroz, verduras y

huevo. En este restaurante le añaden carne solo si se lo pides. ¿Tienes problemas con el huevo? —Dorian negó con la cabeza y Minho siguió hablando—: Lo sirven en una cazuela caliente, y ni siquiera tendrás que manejarte con los palillos porque se come con cuchara.

Dorian había vivido un año en Osaka y se le daba bastante bien comer con palillos, pero supuso que Minho no estaría interesado en saber aquello.

—Me parece genial. ¿Lo podrías pedir por mí?

—Claro. Les diré que no te echen salsa picante. ¿Necesitas algo más?

Dorian estaba a punto de decir que no cuando, al estirar Minho la mano para atraer la atención del camarero, reparó en una cosa.

—Ese reloj que llevas… —murmuró sorprendido, y acercó los dedos para acariciar la correa metálica, pero los retiró en el último momento. Quizá a Minho le resultase un gesto demasiado invasivo por parte de alguien que apenas conocía—. Creo que mi mejor amiga tiene exactamente el mismo.

Carolina había ahorrado durante meses para comprarlo cuando cumplió dieciocho años. Era un modelo bastante caro y de corte masculino. Se había enamorado del reloj nada más verlo en una joyería. Al parecer, se trataba de una edición limitada y se habían fabricado pocos. Ese chico era la primera persona, aparte de su amiga, a quien Dorian se lo veía. Carolina solía bromear diciendo que, si alguna vez se encontraba a otra persona llevando el mismo reloj que ella, se acercaría para entablar conversación. Lo consideraría una señal del destino.

—¿Eh? —Minho bajó la mirada hacia su muñeca, como si se hubiese olvidado de que llevaba un reloj, y sonrió de nuevo—. Ah, sí. Me lo ha dado mi padre esta mañana, ha sido un regalo de cumpleaños.

Dorian no pudo devolverle la sonrisa. Examinaba a Minho bajo una luz nueva. Era un joven atractivo y vestía con ropa cara. Ahora que se fijaba mejor, el pequeño logo bordado en el pecho de su jersey indicaba que era de Dior. Se preguntó si él también se habría gastado casi todo su sueldo de noviembre para comprarlo. Además, parecía amable y considerado, y trabajaba exactamente en el mismo puesto que Carolina. Era extraño, pensó, cómo dos personas tan compatibles podían vivir una tan lejos de la otra sin tener oportunidad alguna de conocerse. Ese era el gran problema de las personas que se quedaban en tierra, concluyó. Daban la espalda a las infinitas oportunidades que el mundo podía ofrecerles. Se limitaban a existir en una pequeña parcela de la realidad.

Dorian odiaba que Carolina se conformase con aquello. Por ejemplo, estaba convencido de que, de haber coincidido con Minho, ella le habría pedido el número de teléfono sin dudarlo. Los imaginó en un restaurante algo diferente a aquel, en Greenwich Village, no muy lejos de donde Carolina había tenido su apartamento hasta hacía unos días. Minho charlando con sus amigos mientras bebía cerveza y cenaba una pizza. Carolina tomándose un cóctel en la barra. Igual de

bien vestida que él, preciosa con su nuevo corte de pelo. Los imaginó cruzándose de camino a la máquina de discos. Bromeando y cediéndose el uno al otro el turno para elegir la canción…

Espera, ¿acababa de decir Minho que hoy era su cumpleaños? ¿Hoy? ¿Precisamente hoy? ¿El 21 de febrero?

—Mierda —murmuró Dorian. Minho le miró, extrañado—. Quiero decir, felicidades. Feliz cumpleaños.

—Gracias —contestó Minho con una sonrisa indulgente. Quizá pensaba que Dorian era un bicho raro, no podría culparle—. Eh, voy a pedirle al camarero un bol de bibimbap, ¿vale? —añadió despacio, como si intentase reconducir la conversación.

—Y otra cerveza, por favor. La voy a necesitar.

Minho rio.

—Muy bien.

—¿Has oído hablar de las almas espejo? —preguntó Dorian cuando Minho volvió a levantar la mano para que les atendieran.

—No, creo que no… —contestó él con aire distraído, antes de dirigirse al camarero en su idioma natal.

—Es una vieja leyenda mexicana —continuó Dorian, pese a que en ese momento Minho apenas le prestaba atención. Parecía estar añadiendo al pedido algo para su propia mesa, y luego sacó la cartera para pagar—. Bueno, creo que no se trata de una leyenda mexicana propiamente dicha, pero una adivina mexicana que vive en Queens me habló de ella por primera vez.

—Sí, perdona, ¿qué me decías? —dijo Minho cuando el camarero se hubo marchado—. ¿Algo de una leyenda?

—Olvídalo —respondió Dorian, y trató de esbozar una sonrisa natural—. Es una tontería.

Minho asintió, devolviéndole la sonrisa.

—Vale, tengo que irme. He pagado tu cena, por las molestias con el paquete. —Se alejó un poco de la barra e inclinó levemente la cabeza a modo de despedida—. Ten un buen viaje de vuelta y escríbeme un correo si quieres saber algo más del club, ¿de acuerdo?

—Perfecto. Gracias por la cena.

Dorian observó cómo se marchaba, pero de golpe sintió que debía hacer algo más. Cuando Minho ya se había alejado unos cuantos metros, volvió a llamarle. El chico se giró, en medio del pasillo de mesas, y lo miró con curiosidad. Dorian sacó el móvil y le hizo una fotografía allí mismo. Minho arqueó una ceja, sorprendido.

—Para Kaya —se justificó él—. Le prometí que le enviaría pruebas de que había entregado el paquete sano y salvo.

Hubiese jurado que Minho se sonrojaba antes de llegar por fin con sus amigos. Dorian se volvió hacia la barra, demasiado concentrado en su móvil como para prestar atención al camarero

cuando regresó con otra jarra de cerveza y un bol humeante repleto de comida.

No había mentido del todo. Justo antes de embarcar, Kaya le había facilitado de forma apresurada su número de teléfono por si le surgía algún problema a la hora de localizar a Minho. Así que, aprovechando las circunstancias, le escribió un mensaje y adjuntó la foto del chico. Después, buscó el nombre de Carolina para enviársela a ella también.

Dorian
No te lo vas a creer, pero creo que acabo de conocer
a tu alma gemela.
Vive en Corea del Sur, ya solucionaremos eso.
Hablamos cuando regrese a Londres. Te quiero.

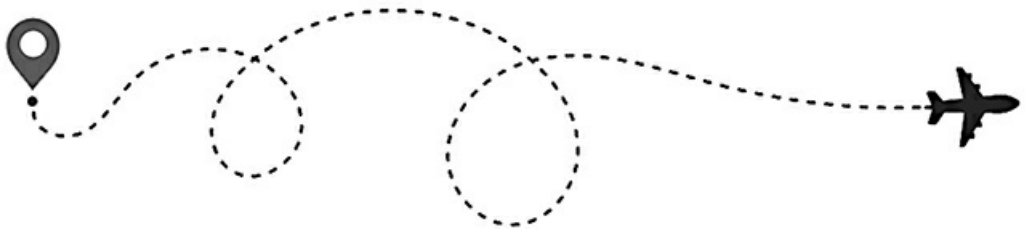
«Te quiero». No era extraño que Dorian y Carolina se despidiesen así en sus mensajes. Lo eran todo el uno para el otro, al fin y al cabo. Mejores amigos, compañeros de trabajo y familia por elección. Habían pasado juntos algunos de los mejores y de los peores momentos de sus vidas. Pero Dorian era consciente de cuándo había dejado de despedirse de ella de ese modo: el instante exacto en que se enteró de que Carolina y Randy ya no estaban juntos.

Lanzó un último vistazo a la mesa de Minho mientras clavaba la cuchara en el bol de bibimbap. El otro chico gesticulaba con los brazos mientras les explicaba algo a Minho y a su amiga, y los tres reían a carcajada limpia.

Le invadió una sensación agridulce y tuvo que dejar de mirar en su dirección. Quizá pronto las cosas volviesen a ser más sencillas entre él y Carolina, si ella encontraba a otro hombre del que ilusionarse. Sobre todo, si ese hombre era su alma gemela, ni más ni menos. Su alma espejo.

CAPÍTULO 3

LOS INSIGNES MIEMBROS DEL CLUB DE LECTURA DE LAS AEROLÍNEAS SKYWIND



Tantas canciones, tantos poemas sobre el amor y, cuando lo tuve delante de mí, no fui capaz de reconocerlo.

INGRID BAUDIN (escritora francesa):
Luz trémula sobre los tejados azules

ASUNTO: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS!
Kaya Baudin (CDG Airport) a Han Minho (ICN Airport)
21 de febrero a las 22:08 (CET)

Creo que voy con un poco de retraso porque, aunque aquí todavía es 21 de febrero, en Corea me temo que ya ha terminado hace un buen rato tu gran día. Aun así…

¡¡¡Feliz cumpleaños!!!

Dorian me ha mandado un mensaje con una foto tuya en un restaurante en el que ponía B-DAY BOY, pero he estado liadísima y no lo he visto hasta ahora. ¿Te fuiste con él a celebrarlo? Parece simpático.

De haber sabido que era tu cumpleaños, habría metido algo más en el paquete. Una tarjeta o unos bombones, no sé.

Un abrazo,

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia

ASUNTO: Re: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS!
Han Minho (ICN Airport) a Kaya Baudin (CDG Airport)
22 de febrero a las 10:27 (KST)

¡Hola, Kaya!

Muchas gracias por la felicitación.

Qué vergüenza, Dorian me sacó la foto a traición. Por cierto, acabo de enterarme gracias a tu e-mail de cómo se llama. Me he dado cuenta de que no llegó a decírmelo en ningún momento, y yo tampoco se lo pregunté. Supongo que el nombre le pega. La verdad es que sí que parecía simpático, aunque no celebré mi cumpleaños con él: me lo encontré por casualidad allí. Me siento un poco culpable por no haberle invitado a unirse a mí y a mis amigos, pero sabía que ellos se pondrían nerviosos porque no hablan bien inglés. Además, parece el tipo de chico seguro de sí mismo que se siente cómodo solo en un restaurante. Todo lo contrario a mí.

¿¡Por qué no estamos hablando de *Luz trémula sobre los tejados azules*!? Qué ilusión me hizo recibirlo. Olía estupendamente (no me juzgues).

Voy a tener que contenerme mucho para no empezar a leerlo este fin de semana y esperar a

marzo.

Un abrazo,

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

ASUNTO: Re: Re: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS!
Kaya Baudin (CDG Airport) a Han Minho (ICN Airport)
22 de febrero a las 13:46 (CET)

¡Hola de nuevo!

No puedo juzgarte por haber olfateado el libro, porque yo hago exactamente lo mismo. Me encanta el aroma de los libros y cómo varía a lo largo del tiempo. El olor a tinta e imprenta de los libros nuevos creo que es mi favorito. Algún día me llamarán la atención en cualquier librería, estoy segura, y me pondrán una multa por olisquear libros sin comprarlos antes.

Por cierto, ¿sabes que en París hay pequeños quioscos de libros de segunda mano en la rivera del Sena? A veces paso por allí y miro a ver si tienen la novela de mi tía. Si algún día vienes de visita, tienes que ayudarme a buscarla.

Cuando me instalé aquí, tampoco me sentía muy cómoda comiendo sola en un restaurante, pero me he acostumbrado y he aprendido a disfrutarlo. Aunque agradezco que mis nuevas amigas me escriban para quedar.

Pasa un buen fin de semana, espero que la resaca postcumpleaños no haya sido demasiado terrible y hayas sobrellevado bien el viernes.

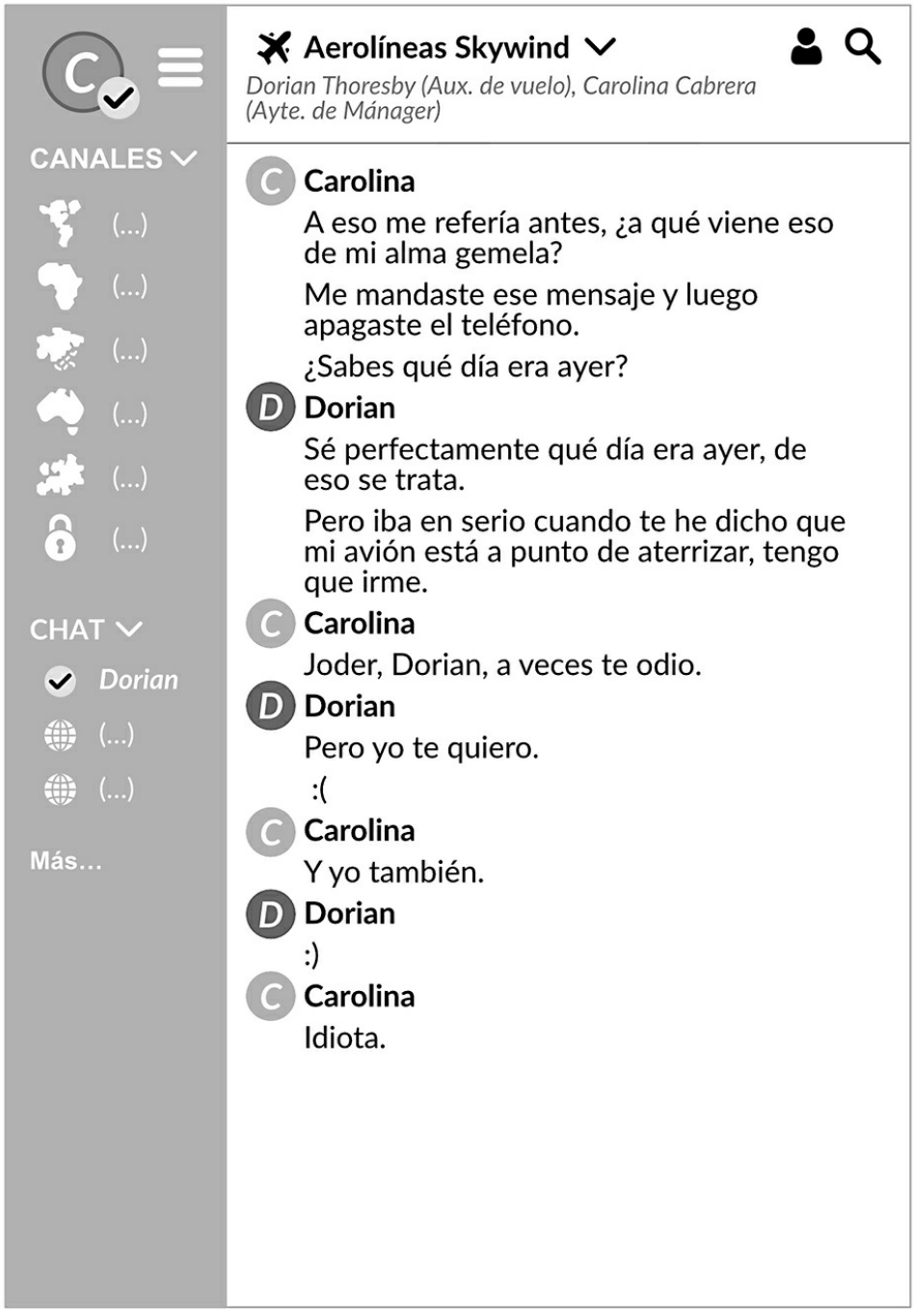
Un abrazo,

Kaya

P.D. Yo también creo que le pega mucho el nombre de Dorian. Ya sabes, «todos llevamos dentro el cielo y el infierno».

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia


CANALES
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
CHAT
Dorian
(...)
(...)
Más...
Aerolíneas Skywind
Dorian Thoresby (Aux. de vuelo), Carolina Cabrera (Ayte. de Mánager)
22 de febrero
Carolina 08:01 (EST)
Ni de broma voy a esperar a que llegues a casa para hablar contigo.
Dorian 14:01 (CET - horario destino)
¿Hace literalmente un minuto que has entrado a trabajar y ya estás conectada al chat interno?
Hablamos luego, ¿vale? Mi avión está a punto de aterrizar en París.
Carolina
¿Estás de camino a París?
¿Qué hacías ayer en Corea?
Tu vida no puede ser más caótica.
Dorian
Pues, ya que quieres saberlo, resulta que el tipo al que pedí hace dos semanas que me cubriera en el regreso a Londres desde Los Ángeles (para yo poder volar a Nueva York para emborracharme y zamparme un Toblerone gigante contigo) le debía un favor a otro tipo cuya ruta habitual es París-Incheon.
Carolina
Vaya, ahora me siento fatal.
Dorian
Tranquila, ha sido divertido.
Y he conocido a alguien.
¿Viste la foto?


Aerolíneas Skywind
Dorian Thoresby (Aux. de vuelo), Carolina Cabrera (Ayte. de Mánager)
CANALES
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
CHAT
Dorian
(...)
(...)
Más...
C Carolina
A eso me refería antes, ¿a qué viene eso de mi alma gemela?
Me mandaste ese mensaje y luego apagaste el teléfono.
¿Sabes qué día era ayer?
D Dorian
Sé perfectamente qué día era ayer, de eso se trata.
Pero iba en serio cuando te he dicho que mi avión está a punto de aterrizar, tengo que irme.
C Carolina
Joder, Dorian, a veces te odio.
D Dorian
Pero yo te quiero.
:(
C Carolina
Y yo también.
D Dorian
:)
C Carolina
Idiota.

ASUNTO: Re: Re: Re: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS!
Han Minho (ICN Airport) a Kaya Baudin (CDG Airport)
22 de febrero a las 22:11 (CET)

¡Igualmente, Kaya! Pasa un finde genial.

La resaca no fue demasiado terrible, tranquila.

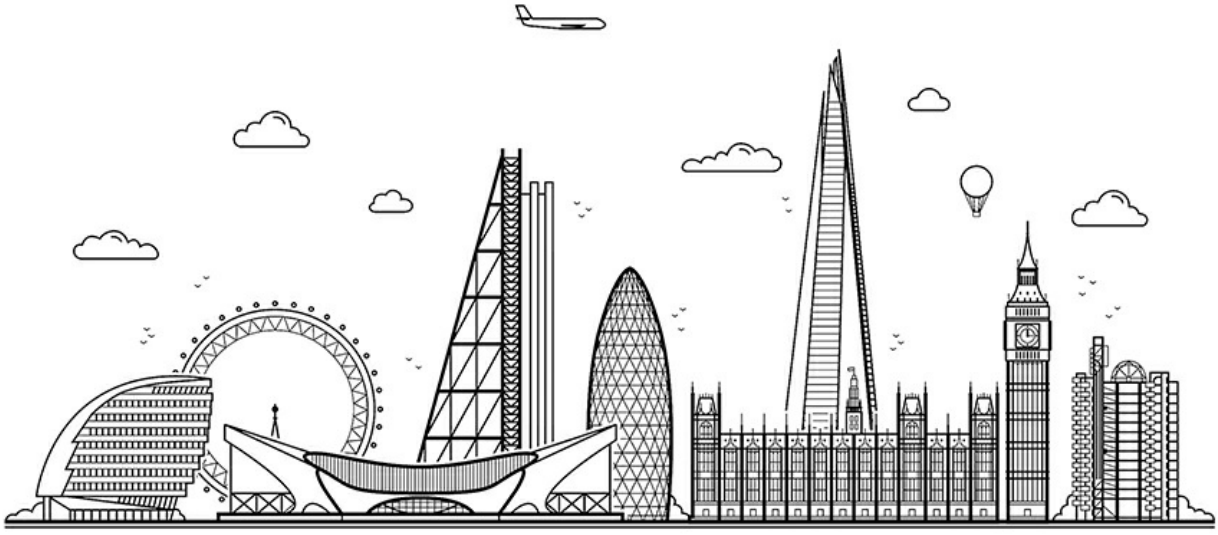
Si algún día viajo a París, cuenta conmigo para buscar la novela de tu tía en esos quioscos junto al Sena. Ahora mismo no se me ocurre un plan más perfecto.

Un abrazo,

Minho

P.D. Intenta que no te detengan por olisquear libros que no son de tu propiedad, pero, si lo hacen, prometo testificar a tu favor en el juicio.

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur



DORIAN

En cuanto aterrizó en París, Dorian se despidió de forma apresurada de sus compañeros de tripulación y buscó la primera puerta del aeropuerto abierta al mundo exterior. Necesitaba un cigarrillo antes de subirse a otro avión. Cuando ya estaba fuera, caminando por el largo andén desde donde partían los autobuses regionales, sacó el paquete de tabaco y se colocó uno de los auriculares para llamar a Carolina.

—¿Te pillo ocupada?

—Tranquilo. ¿Ya estás en tierra?

—Sí, aunque por poco tiempo. En hora y media sale mi vuelo hacia Londres. —Estiró el brazo y puso la mano bocarriba, fuera de la protección de los enormes aleros metálicos del techo del aeropuerto—. En París hace un día terrible, creo que está cayendo aguanieve. Nunca he tenido muy claro por qué la llaman la ciudad de la luz. Te juro que, pese a la mala fama, Londres es mucho más luminosa.

—Genial, Dorian. Sigamos hablando del tiempo, ignoremos el hecho de que has conocido a mi supuesta alma gemela.

Dorian rio entre dientes y le dio una calada al cigarrillo que acababa de encenderse.

—Se llama Minho, por cierto. Han Minho. Por si en algún momento quieres dejar de llamarle «mi supuesta alma gemela».

—¿Y dices que ayer fue su cumpleaños?

Dorian se obligó a caminar un poco más deprisa por el andén para no quedarse congelado.

—Así es. ¿Te lo puedes creer? Y lo peor es que ni siquiera fue la primera señal que me hizo pensar que acababa de conocer a tu alma espejo.

—No me digas. —Aunque Carolina seguía sin parecer convencida, y el tono de su voz sonaba bastante irónico, era obvio que había despertado su curiosidad.

—En primer lugar, tiene tu mismo trabajo aburrido. Exactamente el mismo.

Carolina soltó un bufido.

—Hay mucha gente en Skywind que trabaja como ayudante de mánager en el Servicio Terrestre de Atención al Pasajero. Una o dos personas en cada aeropuerto. No pretendo que todas sean mis almas gemelas.

Dorian la ignoró y continuó enumerando:

—En segundo lugar, tiene tu reloj.

Durante un instante, se hizo un silencio absoluto al otro lado de la línea.

—¿Estás seguro? —preguntó Carolina por fin. Su tono de voz había cambiado por completo.

—Joder, claro que estoy seguro. Lo vi con mis propios ojos. El mismo reloj que te compraste en aquella joyería del Soho, después de matarte a trabajar durante un verano entero en la oficina de correos, y que no te quitas nunca.

Carolina carraspeó un poco antes de volver a hablar:

—Bueno, es cierto que se trata de una edición limitada, pero tampoco es que fabricasen solo dos en el mundo. Habrá al menos doscientos relojes iguales rondando por ahí.

Dorian puso los ojos en blanco. Lanzó la colilla al suelo húmedo y la pisó para apagarla del todo. Si Lily le viese hacer aquello lo mataría, pero no había ningún cenicero cerca.

—¿Y a cuántas de esas doscientas personas has conocido a lo largo de tu vida? Siempre dijiste que, si te encontrabas a alguien que tuviera tu mismo reloj, te acercarías y le invitarías a tomar una copa.

—Supongo que no he tenido mucho éxito por el momento —dijo Carolina de mala gana.

—Tranquila, ya he encontrado yo a alguien por ti. Uno que cumple años precisamente el 21 de febrero: fecha en la que, en teoría, debería haber nacido tu alma espejo.

Carolina soltó una carcajada resignada.

—No me sorprende que alucinases un poco.

—¿Un poco? Me quedé pasmado. Fue como tener un puto *flash-back* de nuestro primer verano en Queens.

La voz de Carolina sonó cálida cuando volvió a hablar, había eliminado cualquier rastro de cinismo:

—Hacía años que no pensaba en la profecía, desde que empecé a salir con Randy, creo, pero llegué a obsesionarme con el tema, ¿te acuerdas?

Dorian sonrió, sin poder remediarlo.

—Cómo olvidar nuestra curiosa adolescencia. Tú estabas obsesionada con las profecías de Marien Velázquez y yo, con *Ataque a los Titanes.*

—¡Cierto! Levi Ackerman casi hizo que te replanteases tu orientación sexual.

—Todavía lo hace, a veces.

Carolina volvió a reír. Dorian había echado muchísimo de menos escuchar esa risa.

—No te negaré que ese tal Minho es guapo —admitió ella al cabo de unos segundos—. Y que viste bien.

Dorian apretó los labios. Sabía que a Carolina iba a gustarle la foto.

—Y lo mejor es que no es como ese tipo de chicos que son plenamente conscientes de lo guapos que son y actúan en consecuencia.

—Como tú, quieres decir, ¿no? —bromeó ella.

—Exacto. Minho es guapo, pero no se da cuenta, un poco como la protagonista de *Crepúsculo*.

—Me alegra saber que existe un hombre tan perfecto para mí allá fuera, en serio —dijo Carolina, divertida—. Pero creo que los miles de kilómetros y las trece horas de diferencia horaria pueden impedir que surja algo entre nosotros.

Dorian suspiró. Por supuesto que diría algo así tarde o temprano.

—Tonterías. Trabajas en una puñetera aerolínea. Puede que para vosotros, los terrestres, la distancia sea un problema, pero no lo es —declaró con vehemencia—. Solo hay que buscar una manera de que os conozcáis de un modo natural, y yo ya la he encontrado.

—Ah, ¿sí?

—¿Nunca te has planteado apuntarte a un club de lectura? Resulta que tu chico ha abierto uno para los empleados de la empresa.

Volvió a producirse un pequeño silencio al otro lado de la línea.

—Ni se te ocurra…

Antes de que pudiera seguir hablando, Dorian la cortó:

—¡Yo me apuntaría contigo! Para darte apoyo moral.

—¿Y qué pintamos tú y yo en un club de lectura? Seguro que está lleno de gente muy leída.

—¿Perdona? Nosotros también somos dos personas muy leídas —contestó él con tono ofendido—. Acabo de hacer una referencia a *Crepúsculo* y la has pillado, ¿no?

Carolina soltó un gemido.

—Vas a hacerlo, ¿verdad? Da igual lo que te diga, vas a apuntarnos a ese club.

—Claro que no. No voy a hacer nada que tú no quieras. Es cosa tuya ignorar las señales. Si prefieres dejarlo correr, fingiré que nada de esto ha ocurrido y no volveré a sacar el tema.

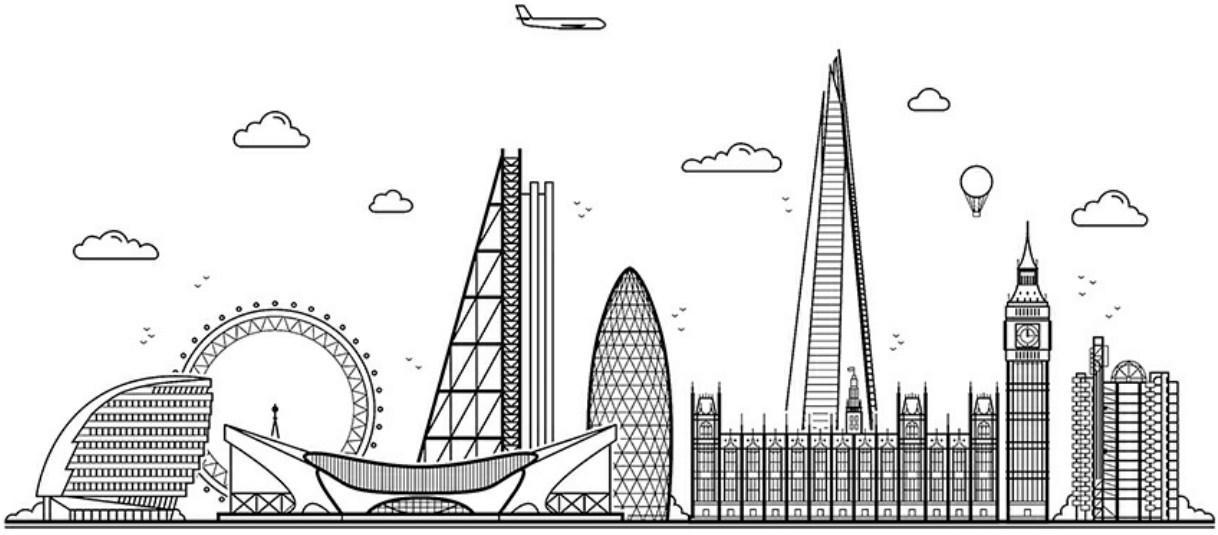
Aun sin poder verla, Dorian estaba seguro de que Carolina le estaba dedicando una mirada fulminante.

—No utilices la psicología inversa conmigo, Dorian Thoresby.

—Nunca se me ocurriría hacer tal cosa —contestó, adulador—. Quizá lo de las almas espejo sea una idiotez. Quizá Marien no sea una verdadera adivina y solo quería entretenernos un rato.

Dorian supo que había ganado tras oír un suspiro resignado.

—Está bien. Seguro que me arrepiento de esto, pero está bien. Mándale un correo a Han Minho y dile que nos apuntamos a su club.



MINHO

Tras aquel beso del día de San Valentín en medio de las escalinatas de la Estación Central de Seúl, Somin y Minho quedaron para su tercera cita, durante la noche del sábado, en casa de la chica. Era un apartamento pequeño, pero decorado con buen gusto, que compartía con una compañera de universidad en el barrio de Hongdae. La otra inquilina estaba pasando el fin de semana en casa de sus padres, así que estaban solos.

En teoría, iban a pedir comida a domicilio y ver una película en Netflix. De hecho, habían decidido qué iban a cenar mientras Somin le servía una cerveza y abría una botella de soju. Sin embargo, Minho no recordaba que hubiesen llegado a llamar al restaurante. Casi sin darse cuenta, Somin y él se estaban besando de nuevo, recostados en el sofá. Ella apoyaba todo su peso sobre él, con una pierna entre las suyas y la falda arrugada a medio muslo. Sus manos, pequeñas y suaves, tanteaban la camiseta de Minho a la altura del abdomen. En un momento dado, Somin se separó un poco y le miró a los ojos, tirando de la tela hacia arriba, lo justo para rozar con las yemas de los dedos la piel bajo su ombligo. Él se estremeció al contacto.

—Quieres esto, ¿verdad? —preguntó Somin.

Minho no estaba seguro de qué significaba «esto». ¿Quitarse la camiseta? ¿Enrollarse en el sofá? ¿Tener sexo con ella más tarde, en la habitación? ¿Pasar la noche en aquel piso tan agradable? No se oponía a ninguna de esas cosas, en realidad. Somin tenía los labios un poco hinchados y húmedos por culpa de los besos, y el elegante recogido que se había hecho esa noche se le empezaba a soltar a un lado. Estaba más guapa que nunca. Sin embargo, Minho se

sorprendió a sí mismo incorporándose y carraspeando con suavidad, para recuperar un tono de voz normal antes de hablar.

—Creo… —comenzó, tentativo—. Creo que deberíamos ir más despacio.

Somin se separó un poco más, para permitir que Minho se sentase en condiciones, y retiró las manos de su abdomen. Se había ruborizado, pero soltó una carcajada tenue.

—Por supuesto, tranquilo. La mayoría de los chicos no suelen interpretar una invitación para ver Netflix en casa como una simple invitación para ver Netflix en casa.

—No es que no quiera… —alegó Minho.

—No pasa nada si no lo quieres —insistió Somin, con una sonrisa sincera—. Podemos ir despacio. Además, me muero de hambre. No sé en qué estábamos pensando… ¿Llamo al sitio del pollo glaseado?

Minho asintió, agradecido. Cogió la mano de Somin y le dio un beso en el interior de la muñeca, mientras ella se estiraba para alcanzar el móvil que había dejado en el suelo. Tenía una piel muy suave y siempre llevaba las uñas preciosas, como recién salidas de la manicura. Ni siquiera podía comprender por qué no había sido capaz de seguir adelante. Si bien la vida amorosa de Minho no era ni de lejos digna de protagonizar una novela romántica, tampoco es que fuese totalmente inexperto en la materia.

No fue hasta esa noche, cuando apareció sin previo aviso a la una de la mañana en el apartamento de Jisub tras haberse despedido de Somin, que Minho fue capaz de aclarar sus ideas.

Jisub también vivía en el barrio de Hongdae; compartía un piso de estudiantes bastante menos cuidado y acogedor con otros tres chicos, que extendieron un futón para que Minho pudiese dormir en el salón. Mientras contemplaba el techo desconchado de aquella casa y escuchaba los sonidos tenues de la noche de Seúl al otro lado de la ventana, Minho comprendió algo.

No se trataba de que Somin no le atrajese. El problema eran las malditas citas a ciegas. Somin no era una chica a la que acababa de conocer en un bar, o a la que le había presentado uno de sus amigos y con la que podía sentirse relajado y libre de ser él mismo. Somin era la sobrina de uno de los socios del marido de su hermana, la mitad de su familia trabajaba en el bufete de su cuñado y, dado que estaba estudiando derecho, Minho sospechaba que ella tampoco tardaría en hacerlo. Había demasiada gente alrededor de ambos pendiente del cauce que fuese a tomar su relación. Todas las mañanas, su madre le preguntaba qué tal iban las cosas con «la chica del despacho de abogados» y si planeaban volver a quedar pronto. Somin le gustaba, pero no estaba seguro de si le gustaba tanto como para involucrarse de lleno en algo así.

—Nadie espera que te cases con ella solo porque os acostéis una noche —le tranquilizó Inna al día siguiente, cuando ella, Minho y Jisub quedaron para comer juntos y dar un paseo por el mercado Gwangjang—. Los tiempos han cambiado.

Su amiga se estaba probando un sombrero *vintage* en una de las tiendas de ropa del mercado; Jisub le sujetaba el té de burbujas que se había pedido de postre con su mano libre, mientras con la otra se comía un cucurucho de helado.

—Inna tiene razón —farfulló él, con la boca llena de menta y chocolate—. No te agobies tanto con lo de las citas a ciegas. Si Somin todavía está en tercero de carrera, no creo que esté buscando algo serio.

—Supongo que no —susurró Minho, distraído, mientras acariciaba con los dedos un *hanbok* de segunda mano que tenían allí expuesto—. Quizá deberíamos aclararlo la próxima vez que quedemos. —Suspiró—. Es mucho más fácil hablarlo con vosotros.

—Claro que es más fácil hablarlo con nosotros —contestó Jisub, apresurándose a salir de la pequeña tienda cuando la dueña lanzó una mirada aterrorizada al helado que había estado sujetando peligrosamente cerca de las prendas de ropa—. Con nosotros la relación es distinta —insistió cuando ya estaban fuera—. Somos tus amigos y ella es tu ligue. Con nosotros quedas en tugurios de mala muerte para hablar de gilipolleces y ponerte hasta arriba de pizza; con ella vas a coctelerías elegantes y os enrolláis en su sofá.

—Me gusta quedar con vosotros en tugurios de mala muerte —replicó Minho, con un mohín —. Es lo que más me gusta hacer, de hecho.

—Ya lo sabemos —intervino Inna, y le cogió del brazo mientras atravesaban otro de los pasillos del mercado—. Lo que Jisub intenta decir es que no es malo que las cosas resulten más complicadas al lado de esa chica, es lo natural.

—Es que, cuando quedo con ella, apenas hablamos de verdad. A ver, sí que hablamos de muchas cosas, pero no de cosas importantes.

—¿Cosas importantes como qué? —preguntó Inna, intrigada, y le dio un trago a su té de burbujas.

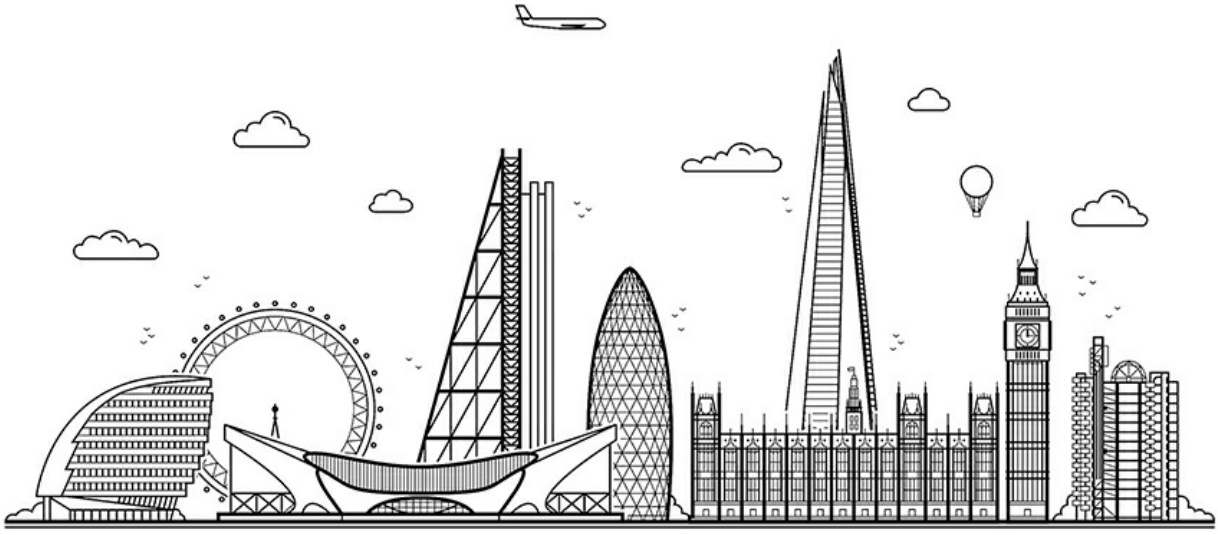
Minho se encogió de hombros, desviando la mirada hacia un puesto de *souvenirs* para turistas.

—No sé, cosas normales. Si nos gusta sentarnos solos en los restaurantes, o si preferimos el olor a libro antiguo o a libro nuevo.

No le pasó desapercibida la mirada confusa que se intercambiaron sus amigos.

—¿Por qué ibais a hablar de si os gusta sentaros solos en un restaurante? —preguntó Jisub con genuina curiosidad—. Es decir, si estáis en una cita, se entiende que vais a sentaros los dos juntos, ¿no?

—Tienes razón —contestó Minho, volviendo a clavar la mirada en los ositos de peluche ataviados con trajes tradicionales que tenían expuestos ante ellos—. Olvidadlo, es una tontería.



CAROLINA

El verano de su decimoquinto cumpleaños

A Carolina le costaba imaginar cómo habría sido el verano de su decimoquinto cumpleaños si Dorian no hubiese entrado en su vida. Si no hubiese escapado de sus padres y hubiese cogido un metro a Queens, sin apenas reparar en lo que hacía o qué dirección tomaba, o si ella se hubiese quedado en la cama un rato más esa mañana de junio, disfrutando de su primer día de vacaciones.

No había nada de aquel verano que no estuviese marcado por la presencia de Dorian. Incluso en los momentos en los que él no se encontraba allí físicamente, su presencia seguía ahí, en la mente de Carolina. Porque para ella, a partir de entonces, y sobre todo durante los primeros años que siguieron a aquello, todo empezó a girar en torno a él.

Aun así, si hacía memoria, Carolina todavía podía recordar los días previos a ese 12 de junio. Sobre todo, recordaba la música. Recordaba las melodías de Selena Gomez, con las que había sustituido en su corazón a los Jonas Brothers, y también el sonido electrónico de Avicii. Recordaba cómo, de la noche a la mañana, una canción de lo más pegadiza, que animaba a los latinos a sacar su bandera, no cesaba de sonar en las radios de cualquier establecimiento de Queens abierto al público. Probablemente, se podría escuchar en algún lugar no muy lejos de allí, mientras Carolina atravesaba a paso ligero la avenida Roosevelt, haciendo resonar sus zapatillas de deporte contra el asfalto caliente. Apenas eran las diez de la mañana, pero el sol del verano

caía implacable sobre su cabeza. En aquella época, Carolina llevaba el pelo bastante más largo y todavía de su color natural, un castaño brillante y muy oscuro. Esa mañana, se lo había recogido en una coleta alta para protegerse del calor.

Tenía que hacer unos cuantos recados para Lily. Acercarse a la tienda de electrodomésticos y preguntar si ya estaba arreglada la aspiradora que habían llevado a reparar, y, de no ser así, «enojarse para que reaccionen». Después, tenía que visitar a *Lady Orquídea* para darle de comer, limpiarle el arenero y jugar con ella un rato. Los chicos de la casa de acogida llevaban días turnándose con ese tema. Marien Velázquez, la dueña de *Lady Orquídea*, se había tenido que marchar a Pensilvania un par de semanas y había dejado a la gata sola en casa. De regreso, le habían encargado comprar varias cosas en el *minimarket*. No tenía tiempo que perder.

Por eso, cuando alguien de más o menos su altura se chocó con ella justo a la salida de la tienda de electrodomésticos, apenas prestó atención a la apresurada disculpa susurrada en voz baja y siguió caminando. Al menos, hasta que ese alguien la detuvo, dirigiéndose a ella con voz aprensiva:

—Disculpe, señorita. ¿Podría decirme dónde me encuentro?

Carolina se giró, extrañada. Jamás la habían llamado «señorita». Frente a ella había un chico de su misma edad, rubio, de piel clara y ojos grises. Iba vestido de un modo informal, con pantalones cortos y camiseta, igual que ella, y que cualquier otro chico de Nueva York en plena ola de calor. Aun así, Dorian destacaba en esa zona de Queens. No tanto por su aspecto. Aunque los muchachos rubios no eran lo más habitual allí, tampoco resultaba algo tan extraordinario. Lo que llamaba más la atención eran sus modales y su acento. Durante las siguientes semanas, algunos chicos del barrio lo llamarían «Harry Potter», pese a que Carolina siempre pensó que se parecía mucho más a Draco Malfoy, con ese pelo y esos ojos. Bueno, al Draco de los *fanfics*, más que al de los libros. A Carolina siempre le habían gustado mucho más los *fanfics* de *Harry Potter* que las propias novelas en sí.

Aunque recordaba a la perfección las primeras palabras que le había dedicado Dorian ese día y cómo había sonado su voz al hacerlo, no estaba tan segura de qué había contestado ella a su pregunta de dónde se encontraba. «En la avenida Roosevelt», sospechaba que le habría dicho algo así. Quizá su tono le indicó a Dorian que no hacía falta que siguiese tratándola con tanta cortesía porque, cuando volvió a hablar, lo hizo de un modo más informal:

—¿Y seguimos en Nueva York? Llevo un buen rato subido en ese tren.

Carolina siguió con la mirada el carril aéreo del metro que tenían frente a ellos y después volvió a centrarse en Dorian.

—Claro que seguimos en Nueva York; esto es el barrio de Queens. ¿Adónde pretendías ir? Me da la impresión de que te has equivocado de línea.

Dorian asintió, meditabundo, y permaneció un momento en silencio, observando todo a su

alrededor con expresión analítica, antes de contestar. Los peatones, los carteles en varios idiomas, los edificios de ladrillo oscuro de tres y cuatro plantas a ambos lados de la avenida, y el escaparate de la tienda de electrodomésticos.

—Supongo que el barrio de Queens me sirve tanto como cualquier otro —murmuró el muchacho, más para sí mismo que para Carolina. Finalmente, clavó su mirada gris en la chica—. Me llamo Dorian, por cierto. Dorian Thoresby. ¿Y tú?

Carolina sintió cómo se ruborizaba al recibir una atención tan directa.

—Carolina Cabrera.

—¿Te importa si te acompaño a lo que sea que tengas que hacer? Me gustaría familiarizarme un poco con el lugar.

«¿De dónde has salido tú?», le habría gustado preguntarle. Sin embargo, Carolina se limitó a encogerse de hombros y fingir indiferencia.

—Pues lo que tengo que hacer es ir a alimentar a una gata al piso vacío de una adivina que ha tenido que viajar a Filadelfia para ayudar a su hermana. Parece que se ha roto el fémur intentando seguirle el ritmo en la cama a su nuevo novio, quince años más joven que ella. ¿Te ayudará eso a familiarizarte con el lugar?

Hubo un brillo risueño en los ojos de Dorian, pero su rostro permaneció impasible antes de contestar:

—Entonces, ¿no lo vio venir?

—No vio venir, ¿qué? —preguntó Carolina, confusa.

—Tu amiga, la adivina —aclaró Dorian—. ¿No predijo que su hermana iba a partirse una pierna follando con su nuevo novio?

Carolina soltó una carcajada nerviosa. En casa de Lily, estaba prohibido usar un lenguaje como aquel, y chocaba muchísimo con la forma de hablar tan remilgada que utilizaba ese chico.

—Ella te diría que los buenos adivinos son incapaces de ver nada malo que les pueda afectar directamente a ellos o a sus seres queridos —contestó Carolina, sonriente—. Quizá sea una excusa barata, no lo sé.

Dorian le devolvió la sonrisa, por fin.

—Te acompaño a darle de comer a esa gata si luego buscamos un sitio donde pueda comer yo también. Llevo dinero, y estoy muerto de hambre. Si quieres, te invito.

Carolina asintió, haciendo un gesto con la cabeza para que Dorian la siguiera.

—Vamos, compraremos algo y nos lo comemos allí. Te va a encantar su casa.

A Dorian no solo le encantó la casa de Marien y *Lady Orquídea*, decorada con pesados cortinajes, lámparas estrafalarias y artefactos extraños del mundo del ocultismo, también le encantaron las hamburguesas para llevar que Carolina compró de camino. Hasta el punto de que ella le acabó cediendo parte de la suya.

—Puedes terminártela, he desayunado hace no mucho —le dijo—. Me he cogido una solo porque iba a salirme gratis.

Él esbozó una sonrisa, con los carrillos llenos, y alargó la mano para cogerla. Sus dedos se rozaron levemente al hacerlo.

—Lo siento —dijo Dorian—. Tengo las manos llenas de kétchup.

—No pasa nada —mintió ella.

Sí que pasaba, aunque todavía no era consciente de qué. Desde luego, no se debía al kétchup. Se habían acomodado en el mirador que Marien tenía en el salón. Una cristalera enorme con vistas a la avenida. *Lady Orquídea* restregaba la cabeza contra las piernas de Carolina, reclamando atención. Era una gata enorme, de pelo largo y blanco, y nariz achatada. La cogió y se la subió al regazo.

—Pareces el malo de una peli de *James Bond* —le dijo Dorian, divertido—. Con esa gata encima. —Se había terminado en dos bocados la media hamburguesa de Carolina y se estaba limpiando las manos con una de las servilletas de papel que les habían metido en la bolsa—. No suelo tener estos modales comiendo —se disculpó—. Ayer me encerré en mi habitación antes de la cena, porque estaba furioso con mis padres, y esta mañana me he largado de madrugada, sin pararme a desayunar.

Aquello confirmaba las sospechas de Carolina.

—Así que te has escapado de casa…

—No es mi casa —soltó él, frunciendo el ceño—. Mi casa está en Londres, aunque hace tres años que casi no la piso. Me he escapado del ático que mis padres han alquilado en Manhattan para los próximos dos meses. No quiero vivir allí; me paso el día solo sin nada que hacer mientras ambos trabajan. Estoy un poco harto de que todo gire en torno a ellos.

¿Tres años sin apenas pisar su verdadera casa? Carolina observó a Dorian, asombrada.

—¿Tus padres tienen un trabajo muy importante?

Dorian soltó un bufido cínico.

—Supongo que ellos creen que sí. Mi padre es *coach*, ha escrito varios libros de autoayuda y viaja para promocionarlos. ¿Te suena el título *Las herramientas del llanto*? —Carolina negó con la cabeza—. Mejor para ti. El caso es que, durante los próximos meses, participará en un coloquio todas las mañanas para un programa de la televisión de Nueva York. No recuerdo el nombre, lo presentan dos mujeres…

Carolina dio un respingo en su sillón y *Lady Orquídea* abandonó su regazo, ofendida.

—¿*Good Day New York*? —preguntó—. Lily no se pierde el programa; espera que se entere de esto… ¡Tu padre es famoso!

—En realidad —contestó Dorian, con un suspiro de hastío y una sonrisa avergonzada—, la famosa es mi madre. Mi padre aprovecha los destinos que le asignan a ella para promocionarse

allí, pero es a ella a la que reclaman en todo el mundo. Es catedrática, especialista en literatura irlandesa. Da clases y conferencias en las mejores universidades. Ahora estamos aquí porque la Universidad de Columbia la necesita para un seminario de verano.

A Carolina aquello no le parecía ni la mitad de llamativo que aparecer todas las mañanas en el programa matutino de la televisión estatal, pero se abstuvo de mencionarlo.

—Así que… —comenzó en español, antes de rectificar y volver al inglés—, ¿anoche discutiste con ellos?

Dorian soltó otro suspiro, más largo y un poco teatral, y se apoyó en el sillón en el que estaba sentado, desviando la mirada a la avenida, al otro lado de la cristalera.

—Llevamos meses sin dejar de hacerlo.

Tiempo después, Carolina comprendería que aquel gesto era muy habitual en él: tanto los suspiros teatrales como dejar vagar la mirada al infinito. En ese momento, sin embargo, se conmovió ante la imagen. Buscó en el bolsillo de sus pantalones cortos y sacó un paquete de Lucky Strike un poco aplastado para ofrecérselo.

Dorian la miró, inseguro e intrigado al mismo tiempo.

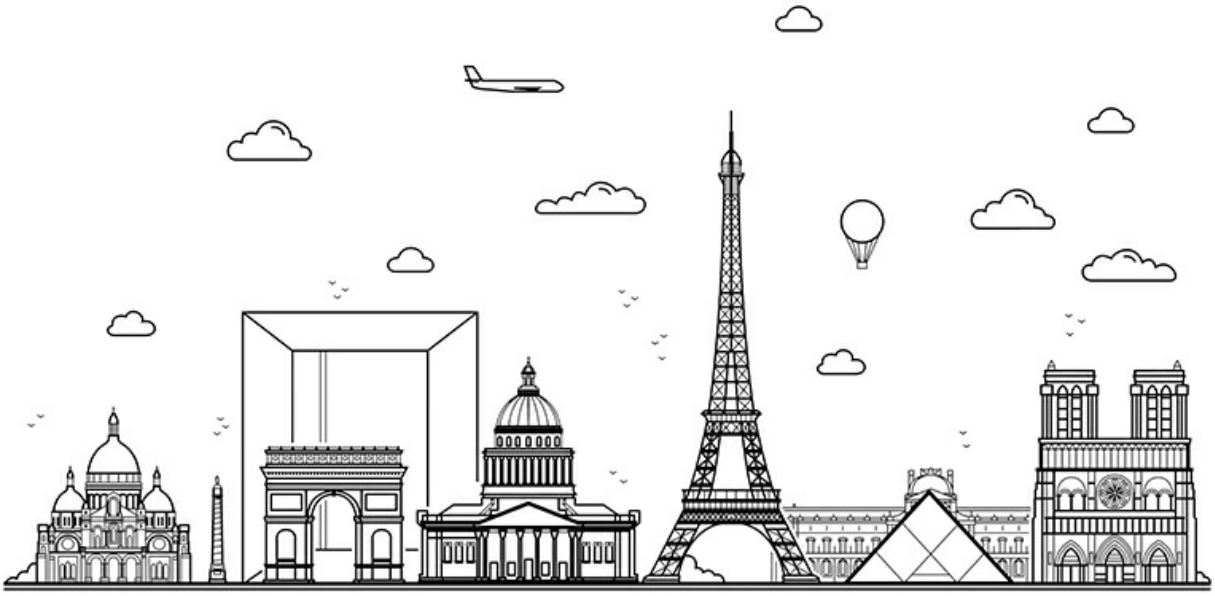
—No he fumado nunca.

—Ya, bueno —dijo Carolina, sacando un cigarrillo para ella y encendiéndolo con el mechero que guardaba dentro del paquete—. Tampoco es que yo lleve mucho tiempo haciéndolo. No pasa nada si toses al principio.

Dorian acercó la mano y cogió otro cigarrillo, tanteando entre los dedos su peso y textura antes de colocárselo en los labios. Carolina se inclinó un poco hacia delante para encendérselo. Con la primera calada, Dorian hizo un gesto de disgusto antes de soltar el humo, pero no llegó a toser.

—Se te da bien —comentó Carolina.

Dorian soltó una carcajada nerviosa, y luego probó a dar otra calada. Carolina se arrepentiría de aquello en el futuro. Ella apagó su último cigarrillo menos de un año después, pero Dorian se volvería adicto a la nicotina. A pesar de eso, aquella mañana perezosa de principios de verano, marcada por el humo de los cigarrillos y los envoltorios arrugados y manchados de kétchup de las hamburguesas, resultó ser uno de los momentos clave de sus vidas. Fue el instante en que Carolina Cabrera y Dorian Thoresby, dos personas que no parecían en absoluto destinadas a encontrarse, se hicieron inseparables, ante la atenta mirada de una gata blanca de pelo largo y nariz achatada.



KAYA

Ese domingo era el primer día, desde que Kaya se había mudado a París, que no había salido de casa. Llevaba todo el fin de semana lloviendo, y hacía frío. Las calles empedradas del otro lado de la ventana, normalmente repletas de turistas, se veían grises y solitarias. La tarde anterior, se había armado de valor y de un buen paraguas, y había dado un paseo hasta la floristería más cercana. Quería llenar el piso de su tía de plantas. En *Luz trémula sobre los tejados azules*, Ingrid Baudin describía la casa en la que vivía su protagonista de un modo casi idéntico a la suya propia: los mismos techos altos, las mismas molduras blancas alrededor de las lámparas de cristal y la misma chimenea en el salón. Sin embargo, el apartamento de la novela estaba lleno de plantas, música, risas de amigos y olor a cigarrillos y a café. Kaya todavía no había sido capaz de pillarle el truco al viejo tocadiscos de su tía, ni tampoco fumaba, ni sentía especial interés por el café, pero al menos ya había colocado un par de plantas. Una prímula y un jazmín, según le había indicado la mujer de la floristería.

La protagonista de *Luz trémula sobre los tejados azules* nunca llegaba a mencionar su nombre en toda la novela, pero narraba su historia en primera persona. Kaya sospechaba, ahora más que nunca al vivir en aquel piso, que la novela tenía tintes autobiográficos. Estaba deseando hablar de ello con Minho. Se preguntó si el chico se escandalizaría al leer las escenas de sexo entre las dos protagonistas. Lo cierto era que, aunque a Kaya le parecían brillantes y estaban descritas con una naturalidad absolutamente inspiradora, resultaban bastante explícitas.

Aquel pensamiento le hizo recordar la fotografía que había recibido del chico, hacía apenas unos días. Dorian se la había enviado de improviso y, por un momento, le había costado comprender a quién tenía delante. Había visto ya una imagen de Minho en el Portal del Empleado, pero aquello era distinto.

No estaba segura de qué le había impresionado más de ese mensaje: si la foto de perfil que usaba Dorian, donde aparecía abrazando a una chica de su misma edad y posando para la cámara en lo que a todas luces era el festival de Coachella en el desierto de California, o la de Minho de pie en aquel restaurante, arreglado para salir y vestido por completo de negro, mirando a la cámara con el ceño levemente fruncido.

Con ambas imágenes, Kaya tenía la sensación de haber sido testigo de algo que no le estaba permitido presenciar. Un resquicio de la vida privada de dos compañeros de trabajo a los que apenas conocía. El primer día, ella le había mandado a Minho un *selfie* sujetando el carné del club, pero aquello era diferente. Kaya había sacado esa fotografía siendo plenamente consciente de quién la iba a recibir. Esas imágenes, en cambio, no parecían estarle destinadas.

En su fotografía, Dorian apoyaba el brazo sobre los hombros de la otra chica. Ella tenía rasgos latinos, la piel morena y los ojos negros y brillantes. Vestía al estilo *hippy-chic* propio de aquel festival, con *shorts* vaqueros, botas de *cowboy* y cintas en el pelo. Kaya se preguntó si sería su novia… Dorian llevaba el pelo rubio muy revuelto, una camisa hawaiana y unas gafas de sol que reflejaban, a modo de espejo, su brazo estirado sujetando el móvil con el que se habían hecho el *selfie*. Ambos sonreían ampliamente, como si la fotografía les hubiese sorprendido en medio de una carcajada. La primera vez que los vio, Kaya los envidió muchísimo. Envidió que hubiesen estado allí, en California, en un festival de música multitudinario. Kaya jamás había asistido a un evento mínimamente parecido.

En la otra fotografía, Minho se mostraba muy diferente a su imagen de empleado. Con el pelo más largo, que le caía en ondas oscuras sobre la frente, y una ropa bastante más ajustada. También parecía más adulto, más elegante y, definitivamente, mucho más atractivo. Ya le había parecido guapo en la foto de la Intranet, pero los años que habían pasado desde entonces le habían sentado muy bien.

El problema era que Kaya no se sentía muy cómoda pensando en esos términos de sus compañeros de trabajo. Aunque no había solicitado la foto de ninguno, se sentía culpable por haberlas observado durante más tiempo del que quizá resultaba adecuado. Era debido a la lluvia, trató de consolarse. Si hubiese podido salir de casa durante el fin de semana, las cosas serían distintas. Kaya aún no había instalado la línea de Internet en el apartamento, y las pocas veces que se conectaba al portátil debía hacerlo gastando los datos del móvil. La tele de su tía estaba bastante anticuada, y no tenía opción alguna de reproducir un DVD o Blu-ray. Hubiese hecho un bizcocho, pero el horno no funcionaba. Al final, se había pasado los días acurrucada en uno de

los sillones del salón, junto a una chimenea apagada, leyendo una novela de detectives escrita por Gaston Leroux que había encontrado en uno de los cajones de la entrada. También había vuelto a ver por enésima vez varios capítulos de la última temporada de *Downton Abbey* que tenía descargados en el ordenador, y había hojeado los folletos informativos que le habían entregado ese mismo lunes en las oficinas de admisión de la Universidad de la Sorbona.

De haber estado más entretenida, desde luego, no habría abierto tantas veces la foto de Minho en aquel restaurante.

Eran ya pasadas las doce de la noche. Kaya empezaba a quedarse dormida, y trataba de hacer acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para levantarse del sofá, darse una ducha y marcharse a la cama, cuando recibió un correo electrónico del propio Minho. Aquello la despejó de golpe. ¿Qué hora era en Corea en ese momento? ¿Las siete de la mañana del lunes? No, las ocho. ¿Qué podía ser tan importante como para que Minho le escribiese justo al entrar a la oficina?

ASUNTO: No te lo vas a creer…
Han Minho (ICN Airport) a Kaya Baudin (CDG Airport)
25 de febrero a las 8:16 (KST)

Kaya, no vas a creer lo que acaba de ocurrir.

Bueno, en realidad ocurrió ayer, pero no he mirado el correo del trabajo en todo el fin de semana (mi amigo Jisub me ha obligado a desinstalarlo del móvil porque cree que soy incapaz de desconectar y relajarme los días de fiesta, lo cual es cierto, pero a la vez es una tontería, porque me relajo menos si no puedo mirarlo).

El caso es que acabo de encender el ordenador y tenía un e-mail de Dorian Thoresby: se apunta al club. Y también una de las trabajadoras de Atención al Pasajero del JFK de Nueva York, creo que es amiga suya.

¿Puedes creerlo?

¡El club de lectura de las Aerolíneas Skywind acaba de duplicar el número de socios de la noche a la mañana!

Leerás esto cuando despiertes, me imagino. En París aún es medianoche, pero quería advertirte de que ni Carolina (¿te he dicho ya que la otra miembro del club se llama así?) ni Dorian parecen ser capaces de hablar o leer en francés. Ha sido lo primero que he comprobado en sus perfiles cuando he recibido el correo. Imagino que ya comprendes lo que significa eso: tendremos que buscar otra novela francesa que sí que esté traducida al inglés. Seguro que se te ocurre algo.

Un abrazo,

Minho

P.D. Siento haberte escrito a estas horas. Todo esto me ha pillado por sorpresa. Ya me había hecho la idea de que en el club solo íbamos a estar tú y yo.

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

Kaya releyó el e-mail un par de veces, derrotada. Después de todo, no iban a leer *Luz trémula sobre los tejados azules* durante el mes de marzo. Sabía que era lo justo. Al fin y al cabo, esa novela vulneraba una de las reglas del club al no estar traducida al inglés. Era consciente de que ni Dorian ni su amiga tenían la culpa de aquello, pero no pudo evitar pensar en ellos con cierto fastidio, deseando que hubiesen esperado unas semanas más para enviar ese correo electrónico. Además, a Minho apenas parecía importarle, estaba demasiado entusiasmado por la incorporación de los dos nuevos miembros. Probablemente, dejaría abandonado en cualquier sitio el ejemplar que Kaya le había enviado y no volvería a tocarlo en años. Un chico inglés y una chica estadounidense. Genial, pensó con hastío. Seguro que no tardarían en leer *El gran Gatsby* y *El señor de las moscas.*

La pantalla de su móvil volvió a iluminarse con una nueva notificación del servidor de las aerolíneas.

ASUNTO: ¡Se me olvidaba!
Han Minho (ICN Airport) a Kaya Baudin (CDG Airport)
25 de febrero a las 8:19 (KST)

Perdona, con las prisas se me ha olvidado pedirte una cosa. Cuando escojas la nueva novela que vamos a leer…, ¡intenta que no sea muy larga, por favor! Sé que es terrible que el miembro fundador del club de lectura diga algo así (y te prometo que no me opongo a leerme las más de mil páginas de *Los miserables* en otro momento, si es lo que quieres, pero no creo que pueda lidiar con algo como eso en marzo). Va a ser un mes duro para mí: me examino del Proficiency el 2 de abril y voy a duplicar mis clases en la academia de inglés estas semanas. No tendré

mucho problema en leer *Luz trémula sobre los tejados azules* pese a las clases (quizá lo empiece esta noche ahora que no tiene sentido esperar al día 1, ¿te importa?), pero, si vamos a añadir un libro más para el club «oficial», ¿podría ser algo sencillo?

(Tengo que dejarte, uno de los vuelos a Roma ha sufrido un retraso y, de repente, tenemos a un montón de viajeros furiosos en las oficinas).

Un abrazo,

Minho

P.D. No suelo usar tantos paréntesis en mis correos, será por culpa de la emoción.

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

Kaya experimentó una maravillosa sensación de alivio. Iban a leer la novela de su tía igualmente. Ni siquiera parecía que Minho hubiese llegado a plantearse otra posibilidad. Se sintió idiota por los tres largos minutos repletos de pensamientos rencorosos que les había dedicado a Dorian y a su amiga. La propia Kaya era la que había animado a Dorian a informarse sobre el club, al fin y al cabo. Además, en Estados Unidos también se escribían libros muy interesantes. Cuando le tocase elegir a la chica americana, Kaya iba a leerse *El gran Gatsby* de cabo a rabo y a hacer un montón de comentarios válidos al respecto, si eso era lo que ella quería. Tecleó rápidamente una respuesta para Minho, antes de levantarse por fin del sillón y dirigirse a la ducha.

ASUNTO: Re: ¡Se me olvidaba!
Kaya Baudin (CDG Airport) a Han Minho (ICN Airport)
25 de febrero a las 00:20 (CET)

Ya tengo en mente una novela francesa muy corta, de lectura rápida, que ha sido traducida a todos los idiomas posibles.

Enhorabuena por los dos nuevos miembros del club y suerte con todos esos pasajeros

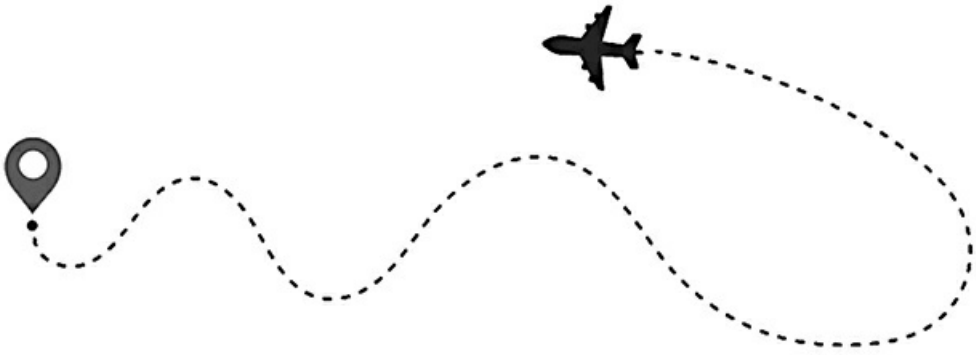
furiosos.

(Me gusta cuando utilizas los paréntesis).

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia

CAPÍTULO 4

EL SÉPTIMO PLANETA FUE LA TIERRA



—¿Qué significa «domesticar» —volvió a preguntar el Principito.

—Es una cosa ya olvidada —dijo el zorro—, significa «crear lazos».

ANTOINE DE SAINT-EXÚPERY (escritor francés):
El Principito

ASUNTO: ¡Marzo!

Han Minho (ICN Airport) a "Buzón: club de lectura"

1 de marzo a las 13:00 (KST)

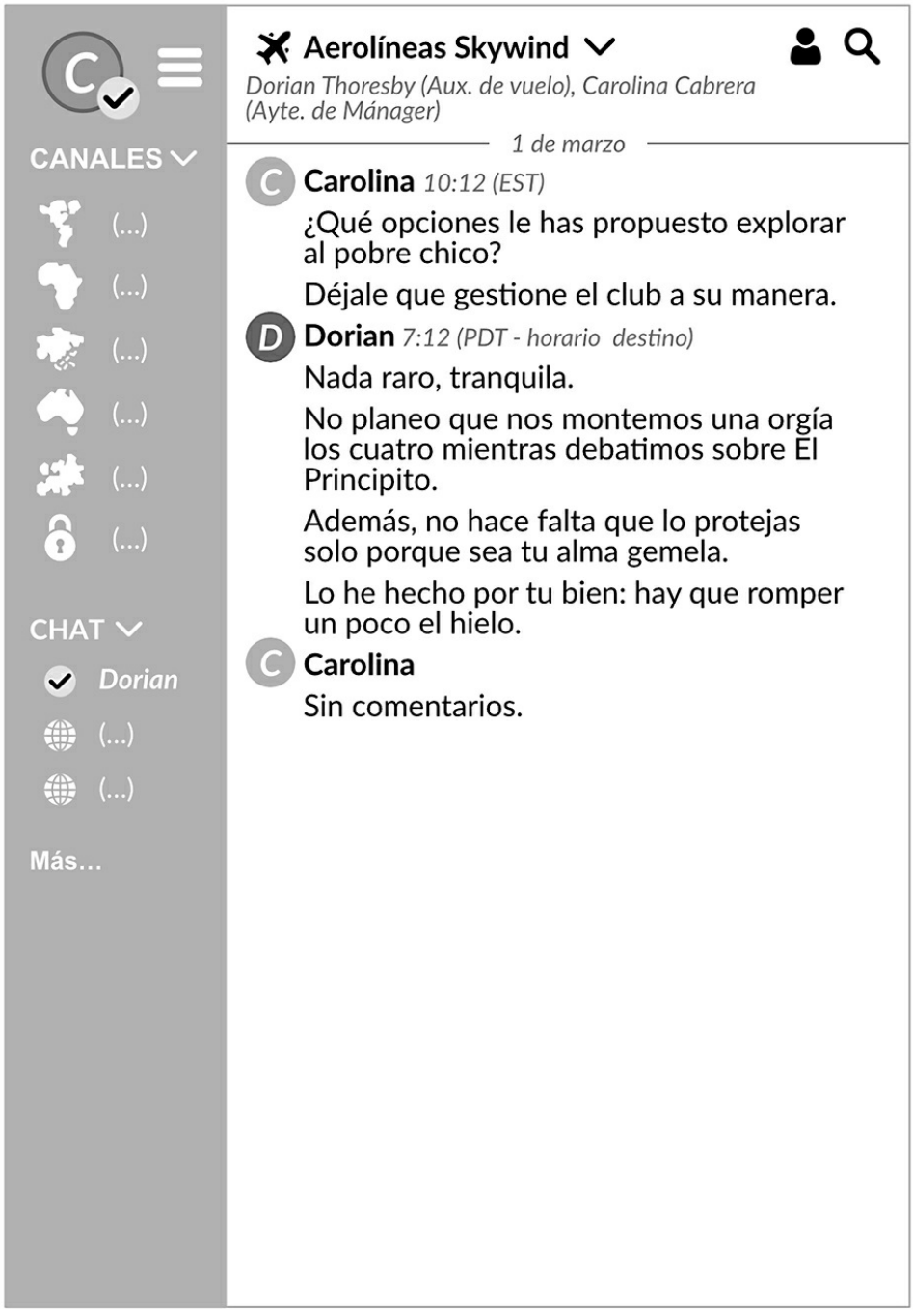
¡Hola a todos!

He programado este correo para que se envíe a la una de la tarde de Corea, que, si los cálculos no me fallan, serán las doce de la noche en Nueva York. Así, oficialmente, los cuatro lo recibiremos el 1 de marzo.

Recordad que este mes leemos *El Principito*. Todavía estoy dándole vueltas a una propuesta que me ha hecho Dorian sobre cómo celebrar la reunión del club a final de mes. No es que me parezca una mala idea, pero me ha pillado un poco de sorpresa. Cuando creé el club, me imaginaba que simplemente enviaríamos e-mails con nuestros comentarios, pero Dorian tiene razón en que, al ser solo cuatro miembros, podemos explorar otras opciones. Os informaré cuando tome una decisión.

¡Un saludo y feliz lectura!

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur


CANALES
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
CHAT
Dorian
(...)
(...)
Más...
Aerolíneas Skywind
Dorian Thoresby (Aux. de vuelo), Carolina Cabrera (Ayte. de Mánager)
1 de marzo
Carolina 10:12 (EST)
¿Qué opciones le has propuesto explorar al pobre chico?
Déjale que gestione el club a su manera.
Dorian 7:12 (PDT - horario destino)
Nada raro, tranquila.
No planeo que nos montemos una orgía los cuatro mientras debatimos sobre El Principito.
Además, no hace falta que lo protejas solo porque sea tu alma gemela.
Lo he hecho por tu bien: hay que romper un poco el hielo.
Carolina
Sin comentarios.

ASUNTO: Aún no me hago a la idea
Han Minho (ICN Airport) a Kaya Baudin (CDG Airport)
5 de marzo a las 23:15 (KST)

¿En serio vives en el mismo piso que se menciona en *Luz trémula sobre los tejados azules*?

Es increíble, me siento un poco intimidado. Es cómo comentar una novela de Sherlock con alguien que vive en el 221B de Baker Street, o El Conde de Montecristo con alguien que vive en el castillo de If.

Madre mía, creo que estoy desvariando; llevo toda la tarde estudiando modismos en inglés que estoy seguro que ningún inglés utiliza en la vida real. Este examen acabará conmigo.

Al menos, leer algo en francés antes de dormir me ayuda a desconectar un poco.

Un abrazo,

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

ASUNTO: Re: Aún no me hago a la idea
Kaya Baudin (CDG Airport) a Han Minho (ICN Airport)
5 de marzo a las 20:27 (CET)

¡O comentar *El Principito* con alguien que vive en el asteroide B 612!

Lo cierto es que es flipante poder usar este piso, no te lo voy a negar. Mañana, con buena luz, te mando una foto de la pastelería donde se conocen las dos protagonistas la tarde de la tormenta. Está justo debajo de mi casa, y todavía sigue abierta. El interior ha cambiado un poco desde los años setenta, pero la puerta es idéntica a como se describe. Y los macarons que hacen están buenísimos, lo mejor que he probado nunca; no sé cómo mi tía no los mencionó en la historia. Yo me hubiese pasado toda la novela hablando de ellos. Es una pena que Dorian no cubra habitualmente la ruta París-Incheon, te enviaría una caja.

Intenta descansar un poco, ¿vale? No tengo dudas de que estás más que capacitado para aprobar ese examen.

Un superabrazo,

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia

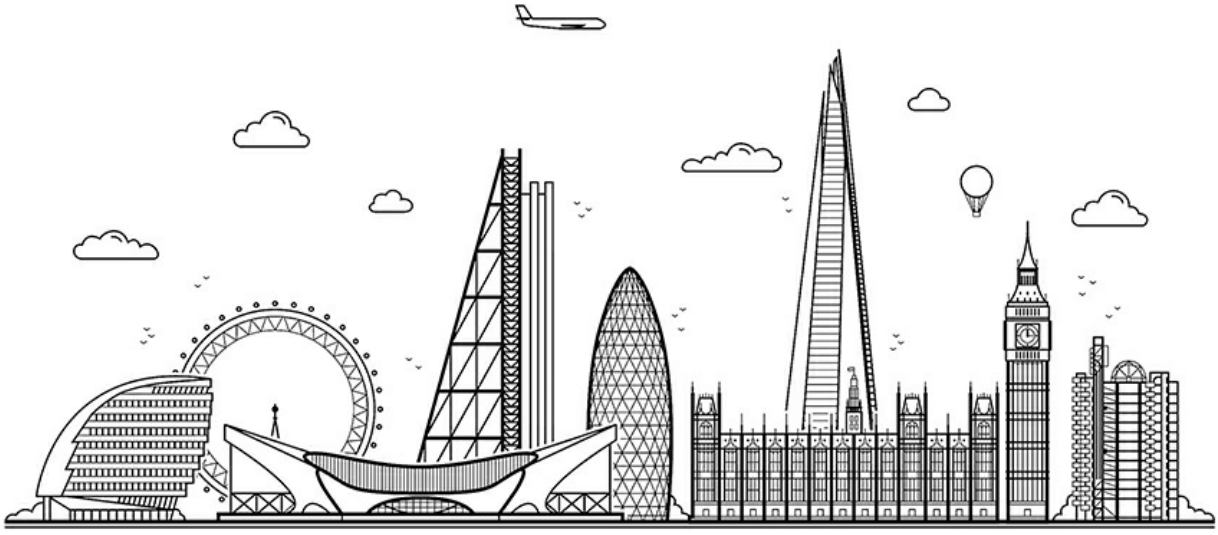
ASUNTO: Re: ¿Qué tal si…?
Han Minho (ICN Airport) a Dorian Thoresby (LHR Airport)
6 de marzo a las 09:57 (KST)

Dorian:

He estado pensando en tu propuesta y creo que no es mala idea. Se lo diré a las chicas. Tú eres el único que no libra los fines de semana, así que lo mejor es que seas tú quien decida un día para la reunión.

Ya me dices.

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur



DORIAN

Una de las primeras cosas que Dorian le dijo a Carolina el día que se conocieron fue que su verdadera casa estaba en Londres. Se trataba de una vieja mansión victoriana, en el barrio de Finsbury Park, que sus padres habían remodelado casi en su totalidad, manteniendo solo la fachada. No es que Dorian tuviera un especial apego por aquella casa, pero la otra alternativa era la lista interminable de apartamentos temporales, a lo largo de las principales capitales del mundo, en los que se instalaban durante apenas unos meses para volver a marcharse poco tiempo después.

Aun así, no tardó en llegar el día en el que Dorian ni siquiera fue capaz de reconocer la mansión de Finsbury Park como un hogar. El mismo día que se dio cuenta de que tampoco se reconocía a sí mismo.

Tras un pequeño escándalo que concluyó con varias dimisiones en la junta directiva, a su madre le ofrecieron el puesto de directora del área de Literatura en la Universidad de Londres y, de repente, la familia Thoresby regresaba a Inglaterra con perspectivas de quedarse de forma definitiva. En ese momento, Dorian sintió miedo. Miedo de volver a un país donde nadie le esperaba. Sus padres mantenían en la ciudad a sus viejos amigos y compañeros de trabajo, pero a él nadie le había echado de menos, porque nunca se había quedado el tiempo suficiente para que así fuera.

Al instalarse de nuevo en su habitación, reparó en que nada allí le pertenecía realmente. No había escogido los muebles, ni el color de las paredes, ni el ordenador, ni la pequeña lamparita de

estilo minimalista que reposaba sobre la mesilla. Los cajones y los armarios estaban vacíos. Había un corcho sobre el escritorio, repleto de chinchetas de colores. En la habitación de Carolina, en Queens, también había un corcho similar, y ella lo había llenado de fotografías de sus amigos, de postales y de recortes de revistas. En el corcho de Dorian, en Londres, solo había chinchetas. Se había convertido en un árbol que hacía tiempo que ya no tenía raíces. Tenía que salir huyendo cuanto antes porque, si se quedaba allí, la más mínima brisa podría derribarlo.

Esa misma tarde, se escapó de casa por segunda vez en su vida y se subió en un metro con dirección al aeropuerto de Heathrow, el mismo del que acababa de llegar la noche anterior junto a sus padres, tras una estancia de cinco meses en Kuala Lumpur. Aún no había cumplido los dieciocho años, y ni siquiera estaba seguro de qué avión iba a tomar o si iban a permitirle hacerlo sin una autorización. Pensó en Nueva York, donde Carolina aún vivía en la casa de Liliana Rivas. Se preguntó si volverían a acogerle allí.

No llegó a comprar un billete. En cuanto puso un pie en el aeropuerto se sintió mucho mejor. Aquel era un lugar familiar. Un lugar donde todo el mundo estaba de paso y nadie echaba raíces. Donde no era un bicho raro. Caminó un rato entre el gentío de las terminales, un poco más calmado. En ese instante, algo llamó su atención: un pequeño puesto temporal, con apenas una mesa y un enorme cartel con el logotipo de una de las principales aerolíneas del Reino Unido. Bajo este, un simple mensaje que cambió la vida de Dorian Thoresby para siempre:

¿Quieres unirte a nuestra tripulación?
AEROLÍNEAS SKYWIND
abre un nuevo periodo de inscripción en su academia
para auxiliares de vuelo.
¡Acércate para solicitar un folleto!

Dorian regresó esa noche a la mansión de Finsbury Park con una sonrisa inusual en él y con una noticia que no resultaría del agrado de sus progenitores.

Varios años después de aquello, todavía les costaba asumir que su hijo no había seguido sus pasos. Que no iba a pasar a la historia por sus logros académicos ni le iban a mencionar jamás en los periódicos. Al menos, no por algo que mereciese la pena. La madre de Dorian seguía teniendo dudas de que su hijo no apareciese tarde o temprano en la prensa amarilla por haber sido visto en un bar de copas junto con alguna celebridad decadente. En cualquier caso, lo que parecía una rabieta adolescente se había convertido en una profesión estable que, si bien tampoco le permitía vivir con demasiados lujos, le servía para llevar una vida que, lejos de ser perfecta, al menos era suya.

Después de haber dado unos cuantos tumbos, hacía algo más de un año que Dorian residía en

un piso compartido no muy lejos del Tate Museum, en la zona de Bankside, junto a una enfermera llamada Richa, unos pocos años mayor que él y con la que apenas coincidía debido a los caóticos horarios de trabajo de ambos, y a un joven profesor adjunto de la Universidad de Londres llamado Adriel, al que recomendó la propia madre de Dorian. Al principio, fue reacio a meter a Adriel en casa, teniendo en cuenta que trabajaba codo con codo con su madre, pero tuvo que aceptarlo porque Richa y él necesitaban otro compañero si querían pagar ese piso, y Richa prefería a alguien con referencias antes que a un completo desconocido. Además, Dorian tenía que admitir que Adriel era muy buen compañero. Era limpio y tranquilo, y tenía un novio que venía todos los fines de semana a verle desde Newcastle, y que cocinaba de maravilla. Que el novio de su compañero trabajase como chef en un restaurante italiano era una ventaja a todas luces. Richa, en cambio, no solía llevar a nadie al piso, y mucho menos un ligue. No estaba interesada en el romance o en el sexo, lo cual convertía a Dorian en el único residente del minúsculo apartamento compartido que todavía se aferraba al «agotador mercado de los romances esporádicos y los rollos de una sola noche», como solía denominarlo Adriel. Eso lo había situado en el blanco de todas las pullas de sus compañeros, a los que les resultaban hilarantes las historias sobre citas terribles y malentendidos bochornosos con los que solía amenizar las pocas veladas en que cenaban los tres juntos.

Dorian aterrizó en Londres aquella tarde, tras haber cubierto la ruta habitual hasta Los Ángeles, muerto de hambre y soñando con la lasaña de verduras que le esperaba en el congelador. No pedía demasiado a lo que le quedaba de día. Se conformaba con no seguir a bordo de un avión. Esa noche solo quería descalzarse, quitarse el uniforme, ponerse un chándal y pasar de todo y de todos.

Por eso, cuando llegó a su edificio y se encontró con la pequeña cascada de agua bajando por las escaleras y empapándole los zapatos, la puerta del apartamento abierta de par en par y a dos bomberos en el interior que daban instrucciones con voz firme a sus compañeros de piso, que llevaban botas de agua y acarreaban cajas y bolsas de basura de un lado para otro, Dorian supo que su espantoso día no había hecho más que empezar.

—Pero ¿qué…? ¿Qué cojones ha pasado?

Entró en el piso, horrorizado. Había más de un palmo de agua.

—Se ha reventado el depósito de la azotea —le informó Richa, y colocó en los brazos de Dorian una de las cajas de cartón—. Guárdame esto un momento, ¿quieres? Son mis apuntes de Bioquímica. Los tenía debajo de la cama y están hechos polvo. Los necesito para el nuevo máster.

—¿Hay un depósito de agua en el techo? —preguntó Dorian.

—Eso parece. —Pese a las botas, los pantalones de Adriel estaban mojados hasta media pierna. Se pasó la mano por el pelo, en un gesto nervioso, lanzando una mirada escrutadora a su

alrededor—. Vale, creo que ya hemos rescatado todo lo rescatable —informó a uno de los bomberos. Después, se giró hacia Dorian—. Tus cosas están bien. No es que tengas muchas, pero están a salvo. Aun así, vas a tener que hacer las maletas. Nos tenemos que ir de aquí durante un par de semanas.

—¿Tenemos que irnos? —repitió Dorian, dirigiéndose al bombero que tenía más cerca.

Este asintió con gesto férreo.

—No solo hay que achicar el agua, hay que solucionar la fuga y revisar que la estructura del edificio y la instalación eléctrica no se hayan visto afectadas. También tendrán que poneros un suelo nuevo.

Adriel se acercó un poco más, chapoteando, y cogió la caja húmeda de los brazos de Dorian para colocarla sobre la encimera de la cocina.

—¿Te apañaras? —le preguntó—. Richa tiene una amiga que la acoge en su casa estas dos semanas; se quedará en Reading con ella.

—La conexión de transporte entre Reading y su hospital es una grandísima mierda —murmuró Dorian, con voz monocorde y la mirada clavada en los bomberos. Uno de ellos había sacado un hacha. El chico prefirió no preguntar para qué la necesitaba.

—Eso mismo dice ella, aunque con palabras un poco más elegantes —contestó Adriel, encogiéndose de hombros—, pero estas dos semanas se tendrá que conformar. A mí me hacen un hueco en una de las residencias de profesores de la universidad. Si quieres, puedo pedirles que te dejen otra habitación a ti. Quizá tengas que pagar algo, pero dadas las circunstancias…

Dorian negó con la cabeza, todavía procesando la información.

—Buscaré un hostal. No puedo vivir en la misma universidad en la que trabaja mi madre. Si se entera de lo que ha pasado y de que me he quedado a dormir en cualquier otro sitio en lugar de ir a su casa…

Adriel abrió los ojos, sorprendido, como si acabase de recordar algo, y Dorian sintió un acceso de pánico.

—Espera… —comenzó Dorian.

—Vale, vas a matarme.

—No me jodas, tío. Dime que no se lo has contado ya a mi madre.

—¡No sabía que no podía enterarse! —se disculpó Adriel—. Mierda, ni siquiera caí en la cuenta de que es tu madre. Intento no pensar en ello la mayor parte del tiempo. Estaba histérico, Richa estaba histérica, y el agua nos llegaba por las rodillas. Tenía que avisar cuanto antes para que alguien me cubriera en las clases de hoy.

Dorian le lanzó una mirada fulminante mientras buscaba con manos temblorosas el móvil en los bolsillos de su abrigo. Tenía que encenderlo, llevaba sin mirarlo desde antes de subir al avión.

Tenía tres mensajes de su madre; en ellos le informaba de que había mandado poner sábanas limpias en su antigua habitación y de que había cena en la nevera por si la quería calentar cuando llegara a casa, ya que ellos iban a asistir a una gala benéfica del Royal Automobile Club. También había un e-mail de Han Minho, dando luz verde a la idea que había tenido hacía unas semanas para la primera reunión del club de lectura. La disonancia entre ambas realidades le resultó extrañamente reconfortante.

—Entonces, ¿dices que mis cosas no se han mojado? —preguntó Dorian con voz más calmada. Adriel no tenía la culpa de ser uno de los esbirros de su madre, la culpa era suya por permitirle entrar en su casa y encariñarse de él—. ¿Ni siquiera el libro que dejé sobre la mesilla?

Adriel le dedicó una mirada confusa.

—¿*El Principito*? No, no se ha mojado. Lo guardamos en una de las bolsas que están sobre el sofá.

Dorian arqueó una ceja y le lanzó a su compañero una mirada escrutadora, como si no terminase de creérselo.

—¿Y mis mangas? Los tenía en una caja de plástico sobre el zapatero. Solo me faltan veintisiete tomos para ponerme al día con *One Piece*. ¿Sabes la pasta que llevo invertida? No puedo permitirme empezar de cero.

A Adriel se le escapó una carcajada nerviosa.

—También están bien. Tranquilo, todos tus tesoros terrenales están perfectamente secos y a salvo. —Su rostro se suavizó un poco y contempló a Dorian casi con afecto—. Podrás sobrevivir dos semanas con tu madre. En serio, no es tan terrible como crees.

Dorian soltó un bufido.

—Eso ya lo veremos.

ASUNTO: Era hoy, ¿no?
Kaya Baudin (CDG Airport) a Han Minho (ICN Airport)
15 de marzo a las 17:11 (CET)

Perdona que te escriba a estas horas. En Seúl ya tiene que ser muy tarde, pero no quería hacerlo antes para no ponerte nervioso, y después he entrado a trabajar. ¿Qué tal ha ido el examen? ¿Les has dejado claro que sabes mucho más inglés que los propios ingleses?

Si estás cansado, contéstame mañana. Duerme un poco.

O el lunes, ahora que lo pienso. Mañana es sábado, y tu amigo Jisub no te deja usar el correo de empresa los fines de semana. Hace bien, por cierto, digas lo que digas.

Kaya Baudin

Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia

ASUNTO: Re: Era hoy, ¿no?
Han Minho (ICN Airport) a Kaya Baudin (CDG Airport)
15 de marzo a las 23:25 (KST)

Hola:

Escucha, quizá esto te resulte un poco raro, y si no te va bien no pasa nada, pero… ¿te puedo llamar?

Supongo que estarás ocupada… Es viernes y tendrás mil planes.

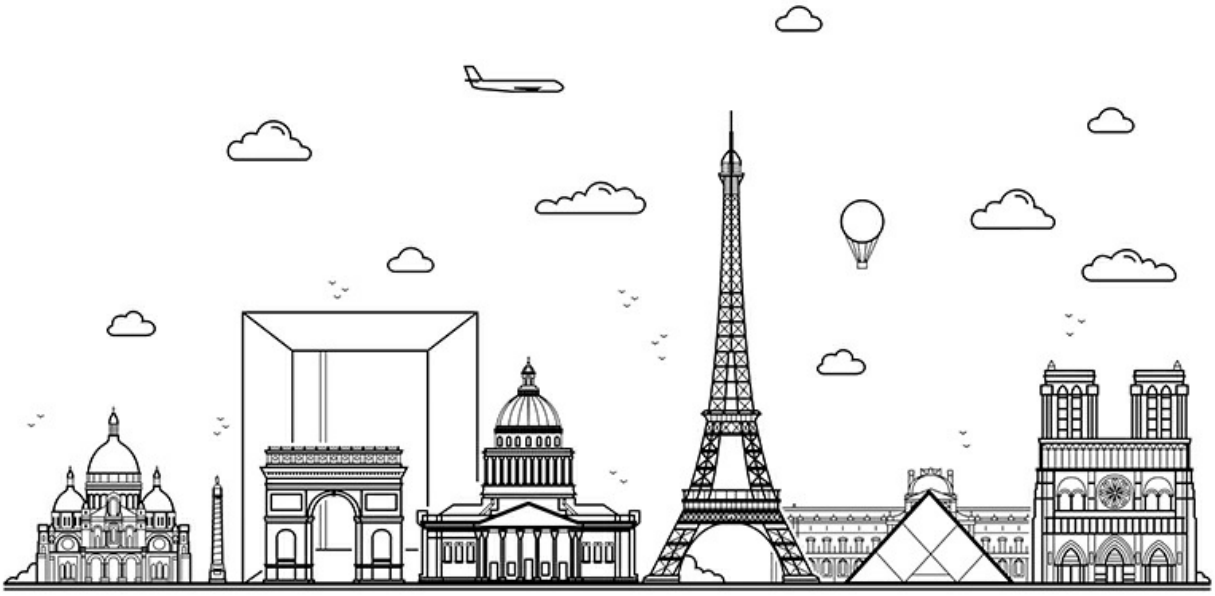
Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

ASUNTO: Re: Re: Era hoy, ¿no?
Kaya Baudin (CDG Airport) a Han Minho (ICN Airport)
15 de marzo a las 17:27 (CET)

Sí que puedes.

Te adjunto mi número. Acabo de llegar a casa.

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia



KAYA

Pocos segundos después de haber enviado el e-mail, el teléfono de Kaya se iluminó anunciando una llamada entrante con un prefijo de Corea del Sur. Ni siquiera era consciente de cómo había llegado a esa situación. No se sentía demasiado cómoda hablando por teléfono, y siempre había preferido intercambiar mensajes que hacer llamadas. Sin embargo, se había sorprendido a sí misma respondiendo al último correo de Minho casi con angustia. Quería que la llamase. Quería que, por una vez, sus conversaciones no concluyesen con una firma preprogramada con su nombre y apellido, puesto de trabajo y código de aeropuerto. Se dejó caer en el sillón junto a la ventana, sintiendo cómo le temblaban un poco las manos, antes de pulsar el botón verde y llevarse el aparato al oído.

—¿Hola? —contestó en inglés, intentando que su voz no sonase demasiado insegura.

La voz de Minho, en cambio, parecía suave y un poco cansada. Tenía un tono cálido, como si estuviese sonriendo mientras hablaba.

—¿De verdad que no te molesto? ¿Seguro que no tienes planes?

—Mi único plan para esta tarde era hacer la colada —le dijo Kaya con una risita nerviosa—. Entonces, el examen…

—No tengo ni idea de si ha ido mal o bien —contestó él, derrotado—. He estado allí metido cuatro horas, y apenas recuerdo la mitad de las respuestas.

—Yo te aprobaría. Tu inglés suena perfecto, al menos desde la humilde opinión de otra

persona no nativa.

Hubo un pequeño resquicio de timidez en la voz de Minho cuando volvió a hablar:

—Si quieres, podemos pasar al francés —le sugirió, cambiando a ese idioma—. Vas a necesitar un poco más de paciencia conmigo, pero creo que podré apañarme. Prefiero no saber nada del inglés en lo que queda de fin de semana.

Tenía un acento algo más marcado en francés, y parecía meditar un poco más las palabras antes de pronunciarlas, pero su voz seguía sonando suave, juvenil y agradable. Kaya volvió a sonreír, con más fuerza, y pasó a su idioma natal ella también.

—¿Mejor así? —le preguntó.

Minho soltó una carcajada al escucharla. También tenía una risa bonita.

—Mucho mejor. —Hizo una pequeña pausa—. Siento haberte llamado por sorpresa. Es que… No sé, creo que no me apetecía pensar en nada durante lo que me queda de noche y, de repente, leí tu correo electrónico y me pareció una buena idea.

—Me alegra que hayas decidido llamarme —le tranquilizó Kaya—. Me ha gustado escuchar tu voz antes de la primera reunión del club.

—Va a ser divertido, ¿no? —preguntó Minho, inseguro—. ¿He hecho bien en aceptar la propuesta de Dorian?

En poco más de una semana, los cuatro miembros del club de lectura de las Aerolíneas Skywind celebrarían su primera reunión virtual. Dorian había sugerido que cada uno escogiese un lugar especial de su ciudad (una cafetería, un pub o un restaurante que significase algo para ellos) y se conectase desde allí mediante videollamada. A Kaya el plan le hacía ilusión. Había marcado la fecha y hora en su agenda desde que Minho les había informado de la idea.

—Va a ser genial, ya verás —contestó. Recordó algo que Minho le había contado en uno de sus primeros correos—. ¿Te preocupa sentarte solo en un bar? Porque, técnicamente, no estarás solo: estarás con nosotros.

Minho suspiró. Kaya oyó el ligero sonido de un somier y dedujo que se acababa de tumbar en la cama. Esperaba que no se quedara dormido hablando con ella. Según la hora de su último correo, allí ya era casi la medianoche.

—Admito que sentarme solo en un bar de copas me pone un poco nervioso, pero me preocupa más no saber qué sitio escoger para estar a la altura. En ese sentido, Incheon no puede compararse con París, Londres o Nueva York. Hasta me he planteado ir a Seúl y conectarme desde allí. ¿Tiene que ser un bar o serviría cualquier otro lugar donde pudiera sentarme a tomar algo?

Kaya soltó una carcajada.

—Tú eres el organizador, así que imagino que puedes decidir qué es lo que sirve y lo que no.

Minho rio con ella.

—Supongo que tienes razón… —Se oyó de nuevo el sonido del somier, como si Minho se hubiera incorporado de golpe—. Espera, ¡acabo de caer! Estás ahora en casa de tu tía, ¿no es así? Estoy hablando por teléfono con alguien que se encuentra físicamente en el escenario principal de la primera novela del club de lectura de las Aerolíneas Skywind. —Acto seguido, rectificó—: Bueno, la primera novela no oficial.

—¿Te refieres a esa novela que se salta una de las normas del club y cuya existencia desconoce la mitad de los miembros del mismo? —bromeó Kaya.

—Exacto. Esa novela con una escena absolutamente explícita de sexo oral de la que no se me advirtió en absoluto y que acabé leyendo en medio de un vagón repleto de gente, de camino al trabajo, mientras trataba de mantener una expresión neutra y rezaba interiormente por que nadie más a mi alrededor entendiera francés.

Kaya volvió a reír, con mucha más fuerza.

—Quizá debí haberte avisado de que no todos los capítulos son aptos para leer en público, ¡lo siento!

—En realidad, me maravilló esa parte y todas las relacionadas con el romance de las protagonistas —comentó con voz apasionada. Kaya se preguntó si ese era el tono que reservaba para hablar de libros. Le recordaba un poco a ella misma—. Tu tía era muy avanzada a su época, escribiendo algo así entre dos mujeres en plenos años setenta.

—Sí que lo era. Era una mujer fascinante, ojalá pudiera conocerla mejor.

—¿Dijiste que no estás segura de dónde se encuentra ahora?

—Apenas se habla con el resto de la familia. La última vez que vino a vernos, yo tenía once años. Creo que mis padres y mis abuelos la consideran un bicho raro. Hace poco, descubrí una caja entera repleta de ejemplares de *Luz trémula sobre los tejados azules* en el desván de la vieja casa donde crecieron mi abuelo, Ingrid y el resto de sus hermanos, pero nadie le prestaba demasiada atención. Al final, me los llevé todos y los he traído conmigo a París.

—Quién iba a decir que uno de esos ejemplares acabaría en Corea del Sur —comentó Minho.

—Creo que es lo mejor que podría haber pasado. No sé, quizá yo también sea un bicho raro, porque siempre me he sentido un poco identificada con ella. Al menos, con su necesidad de huir de casa y empezar de cero. Lo gracioso es que nunca me hubiese atrevido a hacerlo si Ingrid no me hubiera ayudado.

—¿A qué te refieres?

—Hace tres meses, cuando todavía vivía en mi pueblo, recibí un sobre de su parte. El sobre estaba sellado en París, pero sospecho que solo se encontraba de paso cuando lo envió. Dentro había una copia de las llaves de su apartamento, dos billetes de cien euros y una postal de Montmartre donde se veía la fachada del edificio. En la postal solo ponía: «Ahora es tu turno».

Minho soltó un silbido.

—Es increíble, en serio. Ojalá supiera que estamos leyendo su novela.

Kaya sintió un nudo en la garganta. Aquello era precisamente lo que había querido que ocurriese cuando propuso *Luz trémula sobre los tejados azules* para el club de lectura: compartir con alguien todo aquello. Alguien que se apasionaba tanto como ella al hablar en voz alta de un libro. Alguien capaz de comprender lo mucho que había significado esa historia para ella la primera vez que la leyó, y lo mucho que seguía significando.

—Sé que no nos quedaba otro remedio que mantenerlos al margen, pero me siento un poco culpable cuando pienso en Dorian y Carolina —confesó Kaya entonces—. Además, pensarán que no soy nada original escogiendo lecturas.

Minho volvió a reír con suavidad. Aun así, esa vez su voz sonó un tanto melancólica cuando respondió:

—Lo cierto es que, original o no, también me está gustando mucho *El Principito.* Me siento identificado con el tema de los baobabs. A mí, a veces, también me cuesta reconocer las semillas de hierbas buenas y malas, y cuando me quiero dar cuenta, ha crecido un árbol enorme en mi cerebro que no me deja pensar en otra cosa.

Kaya se quedó impactada por la desgarradora sencillez con la que había hablado. A través de los correos que se habían intercambiado, Kaya ya había empezado a sospechar que Minho lidiaba en su día a día con una desmesurada autoexigencia que en ocasiones derivaba en un trastorno de ansiedad. Sintió cómo el pulso le retumbaba con fuerza en las sienes, mientras se armaba de valor para contestarle.

—Puedes llamarme cuando eso ocurra. Cuando los baobabs crezcan tanto que te cueste pensar en otra cosa, llámame y trataré de ayudarte a arrancarlos.

Volvió a hacerse el silencio al otro lado de la línea durante unos segundos. Kaya se preguntó si se debía a que Minho estaba escogiendo las palabras adecuadas para expresarse en francés o a otro motivo.

—Me alegro mucho de haber mandado ese primer e-mail aquel día —dijo él, por fin—. Aunque no se hubiese apuntado al club de lectura nadie más que tú, me alegro de haberlo hecho.



CAROLINA

El verano de su decimoquinto cumpleaños

Carolina jamás se había visto en una situación semejante: nunca había tenido que ayudar a un fugitivo que acababa de huir de sus propios padres. Al final, le propuso a Dorian que se quedase en el apartamento de Marien, mientras ella regresaba a casa de Lily con la compra que le había encargado. Ya se había retrasado bastante. Después, volvería allí y pensarían qué hacer a continuación. Mientras iba hacia la tienda, se preguntó cuánto tardaría la policía en ponerse a buscar a Dorian. Sospechaba que, si un chico de quince años de Queens se largaba de madrugada de la casa de sus padres tras haber discutido con ellos la noche anterior, nadie gastaría un solo centavo del gobierno en buscarlo hasta pasados unos días. Sin embargo, Dorian era distinto: sus padres eran importantes. Su padre aparecía en la televisión todas las mañanas. Lo imaginó mostrando una foto de su hijo a la cámara, en *Good Day New York,* con los ojos vidriosos y pidiéndole que volviera a casa. Imaginó también un montón de policías rodeando el piso de Marien, tirando la puerta abajo y sacando de allí a Dorian a la fuerza.

Aceleró el paso, una vez que estuvo fuera de la tienda. Quería ayudar a Dorian, de verdad que sí. Una parte de ella quería regresar en un par de horas, cuando hubiese terminado sus tareas, y pasar el resto del día a solas con él. Pero, si algo había aprendido Carolina a lo largo de sus quince años de vida, era a no dejarse involucrar en los pequeños dramas familiares de la gente

blanca. Cuando llegó a casa, ya había tomado una decisión. Fue a buscar a Lily. Estaba en la cocina, cortando cebolla en cantidades industriales. En el fuego, una olla enorme emitía un vapor con el olor del adobo cociéndose. Uno de los niños más pequeños estaba sentado a la mesa auxiliar, ayudándola a deshebrar la carne, muy concentrado. Carolina dejó la bolsa de la compra sobre la misma mesa.

—¿Lo has traído todo, muchachita? —preguntó Lily, distraída.

Había una radio encendida en algún lugar y sonaba la nueva versión de Gaby Moreno de «Quizás, quizás, quizás». A partir de entonces, Carolina siempre asociaría esa canción con Dorian Thoresby y el día que lo conoció. El día que ella decidió traicionarle.

—Mamá, ha pasado una cosa.

Lily se giró hacia Carolina al instante. No era normal que la chica se refiriese a ella de ese modo, como hacían los niños más pequeños de la casa. Hacía años que ya la llamaba por su nombre de pila.

—Creo —continuó Carolina— que vas a tener que llamar a la Universidad de Columbia y preguntar por la profesora Thoresby.

Lily la contempló en silencio durante unos segundos.

—¿Y qué debo decirle a la profesora Thoresby cuando me pasen con ella? —preguntó.

Carolina cogió aire antes de volver a hablar. Se sentía fatal consigo misma.

—Dile que tenemos a su hijo, que está en un apartamento de la avenida Roosevelt esperando a que yo regrese.

Resultaba sorprendente cómo Lily era capaz de asimilar cualquier situación inesperada sin ni siquiera parpadear dos veces. Quizá se debía a todas las décadas que llevaba cuidando de niños y adolescentes. Escuchó con calma el resto de la historia y telefoneó a la universidad. Al parecer, la profesora Thoresby no podía atenderla en ese momento porque estaba impartiendo un seminario, así que dejó un mensaje a la secretaria del departamento donde trabajaba.

—Muy bien, pues dígale, en caso de que le interese conocer el paradero de su hijo de quince años, que resulta que lo tengo yo. Puede llamarme si lo quiere de vuelta.

Cuando colgó, Carolina soltó una carcajada nerviosa.

—¿Estás de broma? ¿Cómo se te ocurre decirle eso? ¡Has sonado como una secuestradora!

Lily se encogió de hombros con indiferencia y volvió a concentrarse en la olla burbujeante sobre el fuego.

—Ve a buscar a ese muchacho y tráelo a rastras hasta casa. Comerá aquí con nosotros, y luego veremos qué ocurre.

A pesar de sus temores iniciales, Carolina no tardó demasiado en convencer a Dorian de que entregarse era la mejor idea. El tiempo que se había quedado a solas también parecía haberle hecho reflexionar sobre su situación, rompiendo una brecha en su coraza.

Dorian comió en casa de Lily, tal como ella había dispuesto, y también se quedó toda la tarde, jugando con los niños más pequeños y con Carolina en la piscina desmontable del patio trasero. Acabó cenando con ellos, sin recibir todavía noticias de sus padres. Lily ya estaba planificando cómo organizar las habitaciones para que pasase la noche allí, cuando alguien llamó al timbre de la entrada.

Ese día, Carolina apenas pudo ver gran cosa de la profesora Erin Thoresby. Acurrucada en un rincón de la escalera, al lado de Dorian y de una de las niñas pequeñas, solo vislumbró parte de su paraguas, con el que se protegía de la fina lluvia de verano que había empezado a caer, y el bajo de la falda de un traje impoluto de dos piezas. El resto lo tapaba la puerta y el cuerpo menudo de Lily. Nunca llegó a entrar en la casa para comprobar cómo estaba su hijo. Se limitó a darle un sobre con dinero a su dueña.

—Esto cubrirá los gastos que pueda ocasionar. Mañana le enviaremos toda su ropa. Dígale que vendremos a buscarlo el último día de agosto para marcharnos del país.

Después, cambió de idioma, uno que Carolina no conocía, hablando en voz más alta para asegurarse de que su hijo, que seguía oculto en la penumbra de la escalera, pudiese escucharla. A continuación, se alejó de la puerta, dejando atrás solo el sonido de sus tacones sobre el camino de cemento, y desapareció de Queens en el mismo taxi que la había traído hasta allí.

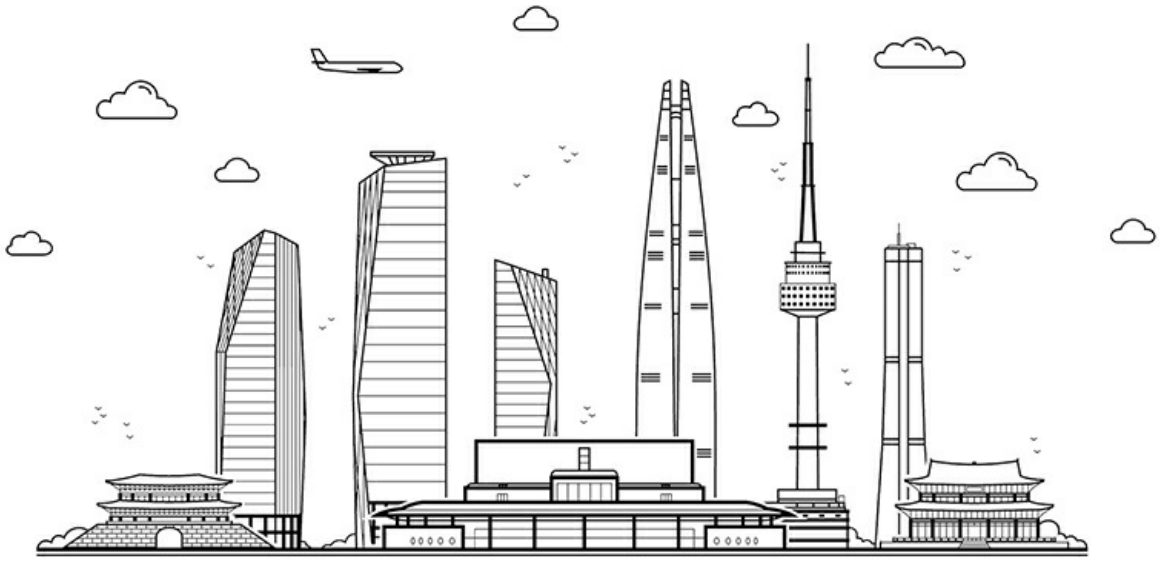
Lily se quedó unos segundos más frente a la puerta abierta, antes de cerrarla, darse la vuelta y encarar a los chicos.

—Muy bien, ya es hora de dormir —dijo con voz firme al pasar a su lado, como si aquella solo fuera una noche más.

Carolina y Dorian permanecieron un buen rato en las escaleras cuando Lily y la otra niña se hubieron marchado. El brazo de Dorian rozaba el de ella cada vez que tomaba aire. Tenía la mirada clavada en la entrada.

—¿Qué te ha dicho? —susurró Carolina pasados unos minutos—. ¿En qué idioma te ha hablado?

—*Toradh un chrainn un thuitfeas un duilleabhar*. —Carolina se estremeció. En boca de Dorian, aquellas palabras parecían cobrar un significado nuevo—. Es un proverbio gaélico —le aclaró él, con voz derrotada. Pese a que se había salido con la suya, era la primera vez que Carolina lo veía tan abatido—. Me ha dicho: la manzana nunca cae lejos del árbol.



MINHO

Finalmente, Minho sí que viajó a Seúl para su encuentro con los miembros del club de lectura. Si bien no tenía un vínculo tan estrecho con la capital como con la propia Incheon, había un lugar que siempre le había gustado: la orilla del río Han, justo al lado del puente Banpo. Los jóvenes solían reunirse allí por la noche, cuando hacía buen tiempo, para cenar o simplemente beber soju y cerveza mientras escuchaban a los músicos callejeros. Aquella noche de finales de marzo no era especialmente cálida, pero el cielo estaba despejado, y tampoco se estaba mal del todo si llevabas suficiente abrigo. Minho alquiló una manta de picnic en uno de los locales cercanos y compró un par de latas de cerveza. Se acomodó un poco apartado de los grupos de amigos y sacó la tablet de la mochila para comprobar que tenía conexión. Todavía faltaban unos quince minutos.

La reunión se celebraría a las diez de la noche. Para Kaya serían las tres de la tarde; para Dorian, las dos, y para Carolina, las ocho de la mañana. Iba a resultar extraño, pensó Minho, que él fuese a estar bebiendo algo en plena noche, mientras que en Nueva York aquel sábado no hubiese hecho más que empezar. Dio un trago a su cerveza y comprobó de nuevo la hora en el reloj que le había regalado su padre. Tres minutos. Al fin, encendió la tablet y esperó. Apenas unos instantes después, alguien más hizo su aparición en la sala de conversación que había creado. Una joven de ojos oscuros y rostro moreno. Carolina saludó a Minho soltando una carcajada nerviosa al ver que Kaya y Dorian aún no estaban allí.

—Nunca suelo ser de las primeras en llegar a los sitios —comentó.

—Ya, bueno… —Minho le devolvió la sonrisa—. Te mentiría si dijera que yo tampoco.

Antes de que ella pudiese contestar, dos personas más se unieron a la videollamada. La atención de Minho orbitó casi de forma automática en dirección a Kaya. Al fin y al cabo, se dijo a sí mismo, ya había visto a Dorian en persona. Su presencia no resultaba tan novedosa.

Kaya llevaba la misma cazadora negra de la foto del primer día e iba maquillada de un modo semejante, enmarcando sus ojos azules con el lápiz negro. Sonreía abiertamente a la pantalla y estaba un poco ruborizada. Tenía unos ojos muy bonitos. No es que ese dato fuese relevante para un club de lectura, se reprochó a sí mismo.

—¿Todo bien, chicos? —preguntó Dorian, con su característico acento inglés y una sonrisa de medio lado. Parecía sentirse cómodo con esa situación, como si no fuesen los cuatro prácticamente unos desconocidos—. Minho, ¿estás en un espacio abierto?

Minho asintió, agradecido de que Dorian hubiese roto el hielo.

—Estoy en Seúl, junto al río Han. —Conectó la cámara trasera de la tablet para enseñarles el paisaje—. Mirad, esa de ahí es la Torre Namsan.

—¡Qué bonito el puente iluminado con esos colores! —dijo Kaya.

—Se escucha música —comentó Carolina con interés—. ¿Es en directo?

—Sí, hay un grupo callejero justo en este lado del río, no muy lejos de aquí.

—¿Sabes qué canción están tocando?

Minho volvió a enfocarse con la cámara y negó con la cabeza. Parecían estar versionando una balada en coreano de algún artista popular. Era una melodía un poco melancólica. Le sonaba, pero no era capaz de ubicarla del todo.

—Habla del fin del invierno y del comienzo de la primavera —les explicó. En el fondo, pensó Minho, era muy adecuada para una noche de finales de marzo como aquella. Si no hubiese sido por Carolina, ni siquiera se hubiera percatado de que estaba sonando—. No conozco el título.

—No pasa nada, la puedo buscar —dijo ella. Sacó su móvil y lo conectó a su portátil, como si quisiera capturar el sonido ambiental de Seúl. En el fondo de pantalla de su teléfono aparecía la propia Carolina, un poco más joven, abrazando a una mujer mayor de rostro curtido y larga trenza encanecida decorada con lazos de colores. Tras unos segundos, Carolina retiró el aparato —. Ya está. Creo que con esto me apaño.

—¿Te gusta la música? —preguntó Kaya con amabilidad.

Minho se percató de que Dorian esbozaba una sonrisita, mucho más suave y auténtica que todas sus sonrisas anteriores.

—Está obsesionada con la música —aclaró él—. No parará hasta encontrar la canción que está sonando ahora mismo. Después, la grabará en su cerebro para siempre.

Carolina soltó una carcajada alegre.

—Me gusta asociar instantes y personas con determinadas canciones —contestó, encogiéndose de hombros—. Ahora, siempre asociaré esta con vosotros y con la primera reunión del club. Es mucho mejor que el ruido que hay en este local. Es hora punta, quizá debería haber escogido otro sitio.

—¿Dónde estás? —le preguntó Dorian—. No parece Queens.

Detrás de Carolina se veía parte de una enorme cafetería de techos altos y ladrillo visto, de estilo industrial. Tras una barra muy larga, había un montón de pizarras repletas de anotaciones sobre las opciones del menú, escritas con tizas de colores. Los camareros iban vestidos con su propia ropa, sin uniforme, y atendían una larga fila de clientes. Parecía que Carolina se había sentado cerca de una ventana, en una mesa alta. Tenía una taza de café frente a ella. Movió el portátil para que pudieran ver la calle al otro lado. Edificios de cristal y mármol se mezclaban con otros de ladrillo rojo y escaleras de emergencia metálicas. Entre el tráfico, se distinguían taxis de color amarillo. Minho sintió una punzada de emoción. Manhattan.

—Esta cafetería está muy cerca de la universidad donde estudié —explicó ella—. Me pasaba el día aquí metida, repasando mis apuntes e intentando mantenerme despierta a base de chutes de expreso. No sé por qué, hoy me apetecía volver.

Kaya se había acercado tanto a la pantalla que se podían advertir las pequeñas pecas que le salpicaban la nariz.

—Es increíble —murmuró, fascinada.

—Bueno, tampoco creo que París tenga nada que envidiar a Nueva York —repuso Carolina —. Y tu cafetería parece mucho más tranquila que la mía.

Kaya se ruborizó un poco, quizá al sentirse el centro de atención, pero sonrió con orgullo.

—He venido al Café de Flore. Dicen que los intelectuales de otras épocas solían reunirse aquí para conversar, así que me ha parecido muy apropiado, dadas las circunstancias.

Todos soltaron una carcajada. Detrás de Kaya se podía ver la terraza acristalada de una *brasserie* típicamente francesa. Al otro lado, se vislumbraba una gran avenida repleta de casas altas construidas en piedra de color crema con balcones de hierro forjado rebosantes de plantas.

—¿Te has pedido un chupito de absenta? —le preguntó Dorian—. Porque sería lo propio. Apuesto a que era lo que bebían esos intelectuales.

A modo de respuesta, Kaya levantó el vaso que tenía sobre la mesa. Chocolate caliente.

—Seguro que eso también lo bebían —comentó Minho.

—Supongo que sí —contestó Dorian, y levantó él también el vaso de café con hielo a medio beber que tenía en la mano. Luego le dio un trago.

Se encontraba en lo que parecía el local de alguna cadena de cafeterías. Detrás había un logo en el que ponía NATURE CAFE. Parecía agradable, aunque algo anodina, con sus mesas blancas, sus paredes blancas y su suelo blanco. Los camareros también llevaban delantales blancos.

Dorian estaba sentado a una de las mesas del fondo. Vestía de un modo informal, con una sudadera semejante a la que había llevado el día que se encontraron en el restaurante de Incheon. Junto a su vaso con café había una botella de zumo antioxidante. Minho se sintió un poco decepcionado. Aunque ya había visitado Londres con anterioridad, no le hubiese importado ver algo más, pero allí no había ventanas. Dorian les explicó que la cafetería se encontraba en una estación de metro.

Era bastante extraño que uno de los lugares favoritos de Dorian en su propia ciudad fuese una cafetería sin demasiada personalidad dentro de una estación de metro. Parecía un sitio de paso, donde nadie se quedaba más de tres segundos si podía evitarlo. Aun así, Minho prefirió no preguntar sobre el tema.

—¿Sois conscientes de que soy el único del grupo al que los otros tres conocen en persona? —comentó Dorian, que agitaba con energía la botella de zumo antes de abrirla—. Si no llega a ser por mí, seguiríais sin haberos visto las caras los unos a los otros, y ninguno de los cuatro tenemos una cara que no merezca ser vista. No digo que tu plan inicial no fuese bueno, Minho, pero admite que esto es mejor que intercambiar un montón de correos electrónicos.

—A mí me gustan los correos electrónicos —intervino Kaya—. No es que no prefiera esto, pero también me gustan los correos. Me parece romántico. En el amplio sentido de la palabra «romántico» —se apresuró a añadir—. Ya sabéis: el siglo XVIII y todo eso.

Minho soltó una carcajada.

—Los típicos correos electrónicos superrománticos que se intercambiaban Edgar Alan Poe y Victor Hugo.

Kaya rio también.

—Exacto.

Dorian enarcó las cejas, divertido.

—Mi madre fliparía si se entera de que estoy pasando la tarde del sábado hablando con vosotros sobre escritores del dieciocho. Volvería a incluirme en la herencia familiar.

—Soy consciente de que tu madre no es perfecta, pero no te ha excluido de ninguna herencia —le reprendió Carolina—. No intentes hacerte el héroe trágico delante de Kaya y Minho.

—Lo que sea —murmuró Dorian, y se encogió de hombros—. El caso es que ahora me siento un poco mal viendo el nivel que se maneja aquí, porque iba a escoger *El diario de Bridget Jones* cuando me tocase elegir a mí la lectura. A mi abuela le gustaba, pero quizá…

—¿Qué? ¡No! —se quejó Carolina—. Ahora que lo has dicho no puedes dejarnos con las ganas. Me encanta esa peli, no me importaría leer el libro.

—A mí también me gusta la película —intervino Kaya, animada—. Aunque creo que lo que me gusta sobre todo es el personaje de Colin Firth.

—¡Mark Darcy! —Carolina asintió con fervor.

—El mejor beso final de la historia del cine —susurró Kaya.

Carolina volvió a hablar, sustituyendo su acento norteamericano por un falso acento inglés:

—«Espera, los chicos buenos no besan así». —Bajó una octava el tono de voz para que la respuesta sonase más masculina—: «Joder, ¿cómo que no?».

Kaya se puso a aplaudir y Minho soltó otra carcajada.

—Vale, pues en abril leemos *El diario de Bridget Jones* en honor a la abuela de Dorian y a Colin Firth. ¿Te parece bien, Dorian?

—Me parece genial y brindo por eso —contestó él, animado, y levantó esta vez su zumo antioxidante y le dio un trago.

Minho hizo lo mismo con su cerveza, Kaya con su chocolate caliente y Carolina con su taza de café. Después, volvieron a mirarse los cuatro, a través de la pantalla. Risueños. Ninguno dijo nada durante unos segundos. Finalmente, Minho volvió a tomar la palabra, con una sensación cálida en el pecho pese a lo fresca que resultaba aquella noche junto al río:

—Vale, se supone que deberíamos empezar a hablar de *El Principito* en algún momento.

ASUNTO: Un instante y una canción

Carolina Cabrera (JFK Airport) a "Buzón: club de lectura"

24 de marzo a las 20:17 (EST)

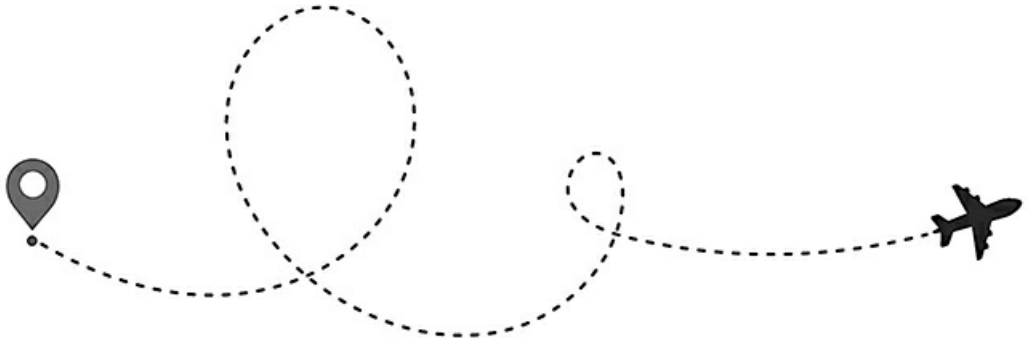
Kaya tenía razón: escribir correos electrónicos, en lugar de mandar mensajes directos, también tiene su punto.

Os adjunto el enlace a una canción que quizá os resulte familiar. Me ha costado casi todo el domingo encontrarla. En teoría, pertenece al grupo BTS, pero ahora es nuestra.

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.

CAPÍTULO 5

LAS MUY VALIOSAS MILLAS AÉREAS DE DORIAN THORESBY



Más allá del primer beso y de nuestra primera noche juntas, recuerdo con mucha más claridad todos esos pequeños momentos de los días previos. Esas veces en las que, estando a punto de besarnos, siendo ambas conscientes de lo mucho que lo deseábamos, optamos por no hacerlo.

INGRID BAUDIN (escritora francesa):
Luz trémula sobre los tejados azules

ASUNTO: AVISO CADUCIDAD MILLAS AÉREAS
"Servidor Automático Recursos Humanos" a Dorian Thoresby (LHR Airport)
1 de abril a las 00:00 (GMT)

Estimado Sr. Thoresby:

Le recordamos que las millas aéreas que tiene acumuladas por sus servicios como miembro de la tripulación de las Aerolíneas Skywind caducarán a finales de este mes de abril.

En el Portal del Empleado encontrará información actualizada de cómo canjear dichas millas por billetes de avión.

Un cordial saludo.

ESTE CORREO ELECTRÓNICO HA SIDO ENVIADO DESDE UN SERVIDOR AUTOMÁTICO. EN CASO DE QUE TENGA ALGUNA PREGUNTA, PÓNGASE EN CONTACTO CON EL DEPARTAMENTO DE RECURSOS HUMANOS DE SU AEROPUERTO.

ASUNTO: He tenido una (otra) idea genial
Dorian Thoresby (LHR Airport) a "Buzón: club de lectura"
1 de abril a las 10:11 (GMT)

Estoy a punto de subirme a un avión, pero os escribo para avisaros de que esta semana tendréis noticias mías. He tenido una idea genial para nuestra reunión de este mes.

Os iré llamando uno a uno para convenceros gracias a mi indudable encanto.

Solo os pido que mantengáis la mente abierta a las nuevas posibilidades y recordéis que no trabajáis en un banco de inversiones: trabajáis en una puñetera aerolínea.

Con cariño,

D.

Dorian Thoresby
Auxiliar de vuelo
Tripulación de Aire
Aeropuerto de Londres - Heathrow - Inglaterra



CAROLINA

Dos años atrás, la Nochevieja que Carolina
viajó a Londres para visitar a Dorian

Un par de años antes de unirse al club de lectura de las Aerolíneas Skywind, Dorian vivía en un estudio en el variopinto barrio de Candem, sobre lo que una vez había sido un antiguo almacén ferroviario. Lo compartía con su última novia hasta hacía unas semanas, cuando ella se había marchado de allí definitivamente. Aun así, aquel lugar recordaba mucho más a ella que a él. Estaba repleto de cuadros de estilo moderno que Carolina sospechaba que Dorian no había elegido; él no tenía tan buen gusto. Carolina y aquella chica habían coincidido muy poco, pero sabía que había estudiado Bellas Artes. También era vegetariana, y Dorian había empezado a serlo gracias a su influencia. Puede que Dorian y su exnovia no hubiesen tenido un romance perfecto, pero Carolina pensaba que era bonito cómo, de algún modo, siempre iba a estar presente en su vida de ese modo.

Dorian también quería marcharse pronto del estudio. No estaba diseñado para compartirlo durante mucho tiempo con alguien que no fuese tu pareja, y tampoco era un alquiler que pudiera pagarse solo con el sueldo de un auxiliar de vuelo.

—¿Te piden tanto dinero por una casa sin paredes? —fue lo primero que le preguntó Carolina cuando entró allí, enarcando una ceja y echando otro vistazo a su alrededor.

Dorian no parecía muy afectado por la ruptura, ni por tener que abandonar esa casa. Aun así, el estudio tenía una terraza espectacular, con vistas a la avenida principal del barrio, y Dorian le había propuesto a su amiga que volase a Londres para pasar la Nochevieja allí y ayudarle a despedirse en condiciones.

Carolina había aceptado sin dudarlo. Llevaba seis meses sin verlo y echaba mucho de menos a su mejor amigo. Además, el verano siguiente terminaría su último curso en la universidad y acababa de firmar un convenio de prácticas con Aerolíneas Skywind, la misma empresa para la que Dorian llevaba un tiempo trabajando. Ahora que eran compañeros, Dorian podía transferir a Carolina parte de las millas aéreas que tenía acumuladas como miembro de la tripulación, y viajar gratis a Europa no era algo fácil de rechazar. Además, si todo iba bien durante las prácticas, en pocos meses Carolina tendría un empleo fijo. Había que celebrarlo.

Y lo celebraron. Lo celebraron durante tres días seguidos: fueron a una discoteca en un antiguo teatro victoriano, a un club latino no muy lejos de Burgess Park y a un montón de pubs por la zona del Soho. La tercera tarde, justo en Nochevieja, Dorian consiguió pases VIP para un concierto de un grupo indie en el barrio de Brixton. A Carolina le costaba entender cómo su amigo era capaz de conocer a tanta gente. Allá donde fueran, siempre se encontraban con alguien que parecía encantado de verle.

A la salida del concierto, se cruzaron con un chico de su misma edad que les invitó a una fiesta privada no muy lejos de allí. Dorian intercambió una mirada rápida con Carolina y, tras interpretar correctamente la expresión de su rostro, lo rechazó con amabilidad. Carolina estaba agotada. Llevaban tres días sin parar y, a la mañana siguiente, le esperaba un vuelo de casi ocho horas para regresar a casa.

—Tienes muchos amigos en Londres —le dijo mientras caminaban hacia la estación de metro. Le cogió del brazo, para apoyarse en él. Se había puesto unos tacones nuevos que había comprado esa misma mañana en una boutique de Primrose Hill, y la estaban matando—. Es difícil seguirte el ritmo. Siento que hayas tenido que renunciar a la fiesta por mi culpa.

—Tampoco es que a mí me apeteciera mucho —contestó él con indiferencia—. Además, no son mis amigos. Ninguno de ellos. Son conocidos con los que me divierto de vez en cuando. He olvidado el apellido de la mayoría, y no tengo la menor idea de a qué se dedica casi ninguno. —Dorian debió percatarse de la expresión de Carolina, porque le dedicó una sonrisa derrotada—. ¿Qué? Cuando me miras así, sé que me espera una pequeña reprimenda.

—No es nada, solo estoy un poco cansada.

No se sentía con fuerzas para ponerse demasiado intensa. Seguía mareada por culpa de los dos mojitos que se había bebido durante el concierto, y estaban a punto de llegar a la estación de metro. No era el momento de reprender a nadie. Aun así, a Carolina le preocupaba el estilo de vida que llevaba su amigo. No se trataba de que saliese mucho, pues sabía que, aunque le gustaba

hacerlo, estos tres días sin parar habían sido algo excepcional. Tampoco le preocupaba su salud. Hubiese preferido que no fumase tanto, pero no bebía más que la mayoría. Aun así, daba la impresión de que Dorian llevaba una vida un poco solitaria. Tenía razón en lo que le había dicho: ninguno de los supuestos amigos con los que se habían topado parecía preocuparse realmente por él. Dorian llevaba años instalado en Londres y seguía tan solo como el primer día. No había creado verdaderos vínculos con nadie. La chica con la que había vivido los últimos seis meses acababa de dejarle, y ni siquiera parecía que aquello le importase demasiado.

—Yo también estoy cansado —confesó él entonces—. Prefiero mil veces terminar la noche a solas contigo, viendo los fuegos artificiales desde la terraza, que ir a una estúpida fiesta. Además, en casa nos espera la pizza recalentada de ayer, y tengo en el congelador dos tarrinas de Ben & Jerry's sin empezar. Las compré pensando en ti.

Carolina dejó a un lado todas sus preocupaciones y dio un salto de alegría al escuchar aquello. Se arrepintió al instante por culpa de los estúpidos zapatos.

—¿Qué sabores? ¿Cookie Dough? —preguntó, esperanzada.

Dorian esbozó una sonrisa de medio lado mientras deslizaba por el lector la tarjeta para entrar al metro.

—Y mantequilla de cacahuete. Todo lo mejor y más pegajoso para mi pequeña neoyorquina.

Carolina soltó una carcajada y se quitó los zapatos. El suelo de la estación estaba frío, pero no le importó. Era un verdadero alivio.

—Eres el mejor, Dorian Thoresby —le dijo en español—. Príncipe entre los príncipes, rey entre los reyes.

Dio un salto y se subió a la espalda de Dorian. Su amigo se quejó, pero colocó los brazos hacia atrás para sujetarla.

—Harás que nos caigamos a las vías. No viviremos para ver el año nuevo.

—Sería una pena —murmuró Carolina, que, de repente, se sentía de un humor excelente. Dorian prefería mil veces pasar la noche a solas con ella que en una estúpida fiesta—. Estamos en la flor de la vida. Somos tan jóvenes…

—Y tan guapos —añadió Dorian.

—Y con un futuro prometedor en las Aerolíneas Skywind.

Dorian se rio. Un par de chicas adolescentes que esperaban el mismo metro que ellos se les quedaron mirando, sonrientes. Carolina todavía seguía subida a su espalda.

—Por no hablar de que tenemos pizza y helados —recordó el chico.

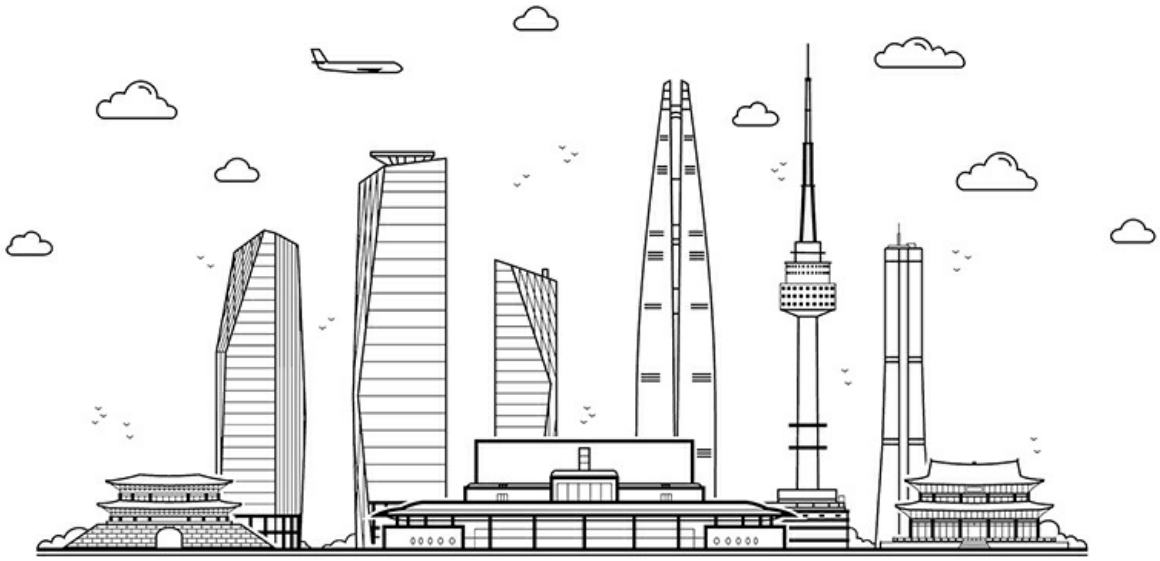
—Morirnos justo ahora sería una pésima idea.

—La peor —concluyó él.

Carolina se inclinó un poco, estirando el cuello sobre el hombro de Dorian, para darle un beso en la mejilla. No recordaba haberlo hecho nunca antes, y se preguntó si había estado evitando

hacerlo de forma deliberada; pero, si a él le pilló por sorpresa, no lo demostró.

—Te echaba de menos, idiota —le susurró ella al oído antes de que el metro irrumpiera en la estación de forma ruidosa, obligándola a bajar al suelo y a separarse por fin de él.



MINHO

Minho fue el primero en recibir la llamada de Dorian. Le telefoneó desde Los Ángeles, un día después de haber recibido el correo donde avisaba de que lo haría. Era martes por la tarde, al menos en Corea. Minho había dormido fatal y la jornada laboral había sido dura, así que estaba demasiado cansado y aturdido como para calcular qué hora era en la costa oeste de los Estados Unidos. En cualquier caso, no parecía una hora adecuada para seguir despierto. Aun así, Dorian sonaba bastante animado y en absoluto afectado por el *jet lag*.

—Entonces, ¿ya has salido de la oficina? ¿Te pillo en mal momento o puedes hablar con tranquilidad?

Minho echó un vistazo a su alrededor. Estaba en medio de un pequeño corral para las gallinas, vacío desde hacía años. A su lado había una cabaña para los enseres de agricultura, rodeada de una cerca de piedra y campos de cultivo. No había nadie más. Solo se oía el trino de algunos pájaros, el sonido del viento y del mar, y los aviones aterrizando no muy lejos de allí. Seguía en los alrededores del aeropuerto. En uno de los escasos lugares de la zona que no habían sido remodelados para construir un hotel, un spa, un aparcamiento o un campo de golf.

—Tranquilo, puedo hablar con total tranquilidad —contestó, y se sentó en la cerca de piedra —. He venido a visitar el viejo terreno de mi abuelo. El único peligro es que me ataque una gaviota y se lleve mi teléfono volando.

—¿Tu abuelo tenía un terreno? —preguntó Dorian con curiosidad.

—En la misma isla donde se encuentra el aeropuerto. Solía estar lleno de gallinas y ocas. —Esbozó una sonrisa al recordarlo—. En verano, cuando éramos niños, mi hermana y yo veníamos todas las tardes a bañarnos en la acequia.

Dorian soltó un silbido de admiración.

—Me muero de envidia. Mi abuelo paterno solo dejó atrás un título nobiliario y un montón de deudas, pero mi abuelo materno era socio vitalicio de la mitad de los pubs de Dublín. Cuando visito la ciudad, si digo su nombre, siempre me regalan una pinta de Guinness.

Minho soltó una risotada.

—Tampoco es una mala herencia.

Algo en la voz de Dorian le indicó que el chico también estaba sonriendo.

—No, desde luego que no. —Su tono se suavizó—. ¿Murió tu abuelo hace poco?

—Hoy hace un año, exactamente. Por eso he venido.

Casi toda la familia de Minho era católica o budista, pero su abuelo seguía aferrado a las viejas tradiciones del *musok*, la religión tradicional. La bisabuela de Minho, de hecho, había sido una importante chamán en su región de origen, al igual que su madre antes que ella. Su abuelo había construido un pequeño altar justo detrás de la cabaña, junto a una enorme roca plana, para congraciarse con los espíritus de la naturaleza. Minho no se consideraba especialmente religioso, estaba demasiado aferrado al mundo real y a las responsabilidades que este acarreaba como para tener tiempo para explorar el plano espiritual, pero aquella mañana se había levantado echando de menos a su abuelo más que nunca y con la necesidad de regresar a ese lugar.

Allí era donde decidió que quería trabajar en el aeropuerto de Incheon, cuando apenas tenía diez años y pasaba las tardes muertas tumbado sobre la hierba alta, contemplando a los aviones coger altura sobre su cabeza. Allí era donde, varios años después, encontró a su abuelo inconsciente en el suelo, todavía con la azada en la mano, víctima de un infarto cerebral del que jamás llegó a recuperarse del todo.

—Puedo llamarte dentro de un rato —propuso Dorian—. O quizá otro día. No quiero importunarte en el aniversario de su muerte. Lo que tengo que decirte puede esperar.

—No, tranquilo. Me viene bien hablar con alguien y distraerme. Este sitio está lleno de recuerdos tanto dulces como amargos, y aún no he decidido cuáles predominan. —Se acomodó mejor sobre el muro de piedra, alisándose un poco la pernera del pantalón. Iba a tener que llevar el traje a la tintorería en cuanto regresase al centro de la ciudad, se había manchado con arena y barro caminando hasta allí—. Adelante, dime, ¿qué es lo que has tramado para la reunión de este mes?

Dorian carraspeó, como si estuviese a punto de dar un discurso, y cuando habló lo hizo con el mismo tono de voz que Minho era perfectamente capaz de reconocer en su amiga Inna. La voz de alguien mucho más lanzado que tú mismo que trata de convencerte para participar en un plan

del que sabe que es muy probable que te vayas a negar.

—Querido Minho, insigne presidente de nuestro precioso club, ¿has estado alguna vez en una fiesta de disfraces?

Minho frunció el ceño, confuso.

—Supongo que sí.

—¿Y has estado alguna vez en Londres?

—Dos veces.

—Vale, ¿y has estado alguna vez en Londres celebrando una fiesta de disfraces?

Quizá otro día, en el que Minho no se hubiese sentido tan cansado o tan nostálgico, hubiera reaccionado de otra manera a aquella pregunta. Sin embargo, se limitó a soltar una risa nerviosa y pasarse la mano por la cara, tratando de despejarse. Dorian no podía estar insinuando lo que creía que estaba insinuando.



CAROLINA

Dos años atrás, la Nochevieja que Carolina
viajó a Londres para visitar a Dorian

Hacía tiempo que Carolina no disfrutaba tanto de una Nochevieja. Dorian y ella ya se habían terminado los helados y la pizza. Se habían puesto el pijama, pero también llevaban encima los abrigos, y, en el caso de Carolina, un gorro de lana y guantes. Habían salido a la terraza para escuchar la música de las fiestas privadas diseminadas a lo largo de la avenida principal de Candem. Justo debajo, en el local inferior, había una pequeña reunión de amigos. Si se asomaba por la barandilla, Carolina podía verles. Habían decorado el patio con lucecitas de Navidad, una pareja bailaba despacio en un rincón y un grupo de jóvenes conversaban alrededor de una de las mesas plegables. Se veían restos de comida en los platos de plástico y varias botellas de vino vacías.

—Me recuerda a Queens —le dijo a Dorian, señalando la fiesta—. A las celebraciones de cumpleaños en los patios traseros.

Dorian apagó el cigarrillo contra el cartón de la pizza y se acercó a ella para mirar hacia abajo.

—¡Es cierto! Dios santo, aún recuerdo tu cumpleaños de aquel verano. Lily tiró la casa por la ventana.

—Era mi quinceañera, ¿qué esperabas? —rio Carolina.

En realidad, no había sido una fiesta especialmente lujosa, pero era cierto que Lily se había esmerado por conseguirle un vestido de color rosa en una tienda de segunda mano y había decorado toda la casa con guirnaldas de flores.

—Nos obligó a bailar el vals —murmuró Dorian, que arrugó la nariz en un gracioso gesto semejante al que había puesto en aquel momento hacía ya tantos años—. Delante de todo el vecindario.

—Exagerado. No habría más de cincuenta personas presentes, como mucho.

—Obligó a dos chicos de quince años a bailar juntos el vals delante de cincuenta personas —se quejó—. Eso fue puro sadismo. Después de cuidar de tantos chavales, Lily debería ser más consciente de cómo funciona la adolescencia.

—A mí me encantó —alegó Carolina, alegre—. Fue genial.

Dorian puso los ojos en blanco, pero había esbozado también una pequeña sonrisa.

—Fui bastante desastroso, te pisaba los pies todo el rato. Te merecías algo mejor para tu baile de quinceañera.

—¡Qué va! Fuiste un gran chambelán.

Dorian soltó una risita sutil y, tras meditarlo unos instantes, tendió la mano en dirección a Carolina. En la fiesta del patio de abajo estaba sonando «Life on Mars» de David Bowie. Desde luego, los anfitriones tenían buen gusto.

—¿Sabes? He mejorado mucho desde los quince años.

Carolina extendió el brazo para colocar la mano sobre la de su amigo.

—¿En serio? ¿Quieres que bailemos? ¿Aquí y en pijama?

Dorian se encogió de hombros, todavía sonriente, y la hizo girar sobre sí misma, antes de atraerla hacia su cuerpo. Carolina sintió un nudo en el estómago, parecido al que había sentido cuando bailaron aquel vals durante su quince cumpleaños.

Aquella tarde, cuando terminó el baile, Dorian se alejó de ella durante el resto de la celebración, como si le diera vergüenza lo que acababa de ocurrir. Llevaban sin apenas separarse desde el comienzo del verano, y Carolina temió que, por culpa de ese estúpido vals, nunca volviesen a ser amigos. Poco después, la adivina Marien apareció en la fiesta y, sujetando una michelada, le había echado las cartas a Carolina como regalo de cumpleaños. Aquel era una especie de ritual por el que pasaban todas las muchachas de esa zona de Queens al cumplir los quince. No fue una sesión demasiado íntima, la mayoría de los niños que cuidaba Lily se agolparon detrás de ella para escuchar las predicciones de la adivina.

Esa fue la primera vez que Marien le dijo que su alma gemela (su alma espejo, como ella lo llamaba) había nacido seis meses después que ella. Un 21 de febrero, justo el día opuesto al suyo en el calendario. Carolina se sintió embargada por una emoción extraña al contemplar las cartas

esparcidas sobre la mesa de la cocina. El Mago, el Sol y la Estrella. Tenía un alma gemela. No todos la tenían: muchas de las quinceañeras a las que Marien obsequiaba con ese mismo regalo acababan decepcionadas al saber que no había alguien ahí fuera destinado para ellas.

Dorian, que cumplía años en abril y no en febrero, escuchó con atención las predicciones de la adivina. Al terminar la sesión, volvían a ser amigos de nuevo.

—¿En qué piensas? —susurró Dorian en español.

Perdida en las ensoñaciones de su adolescencia, a Carolina le costó regresar al barrio de Candem. A la terraza con vistas a la avenida principal y al frío de la Nochevieja. A la canción de David Bowie.

—En ti —le confesó en el mismo idioma. Estaban demasiado cerca. Estaban bailando. Dorian llevaba en esa época el pelo un poco más largo de lo habitual, lo que le daba un aire más vulnerable. Carolina se sentía sin fuerzas para disimular de nuevo, para fingir que aquello no le gustaba más de lo que debería—. En nosotros y en ese verano. En todo lo que significó.

Estaba convencida de que Dorian se alejaría, como hacía siempre que se aproximaban a un terreno inexplorado. No lo hizo. Permaneció en silencio unos segundos. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz suave, como si temiese asustarla, o como si fuese él quien estuviese un poco asustado:

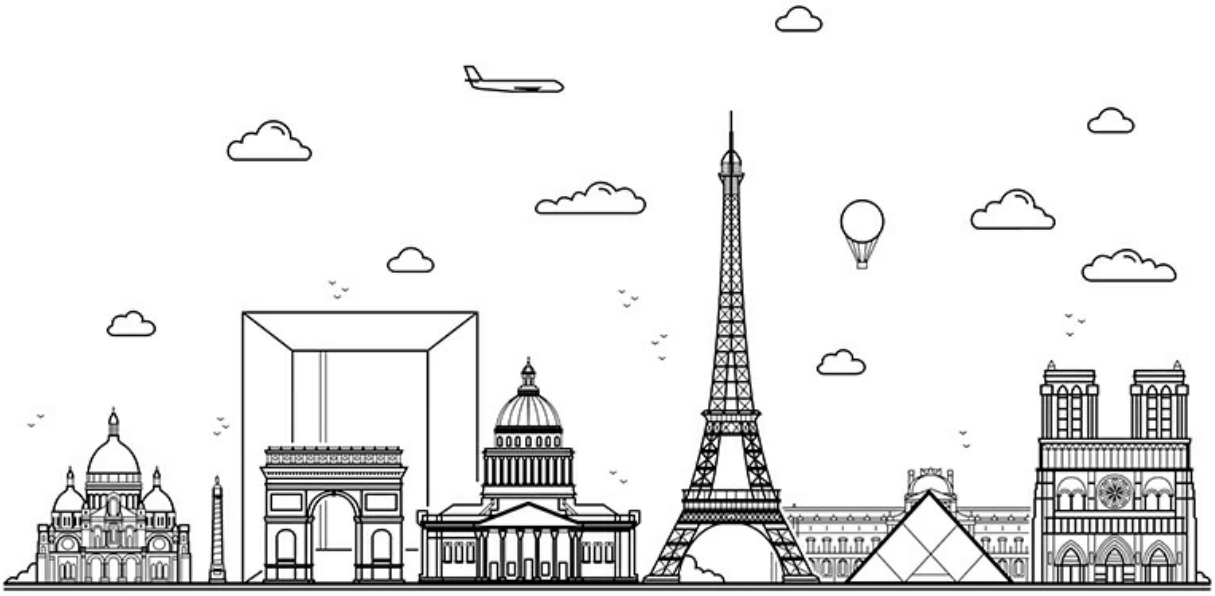
—Yo también pienso a menudo en ese verano. —Se separó un poco para mirarla a los ojos—. En ti, en nosotros —continuó, pronunciando esa última palabra de un modo extraño, como si no terminase de entenderla—. En todo lo que significó.

Habían dejado de bailar, ya no sonaba la canción. Se quedaron quietos en medio de la terraza. Todavía muy juntos, sin soltarse.

—Dorian… —comenzó Carolina.

No sabía qué quería decirle. No sabía qué esperaba él que dijese. No quería ahuyentarlo, pero tampoco quería dejar pasar ese momento. Llevaba desde los quince años dejándolo pasar una y otra vez. En lugares diferentes, en situaciones diferentes, con canciones diferentes, pero siempre ese mismo momento.

No tuvo que pensar mucho más porque, antes de que pudiese seguir hablando, Dorian se inclinó hacia ella y la besó.



KAYA

Kaya fue la siguiente en recibir la llamada de Dorian. Tras colgar, se arrepintió de haber aceptado su propuesta. Le parecía una absoluta locura de repente. Dorian pretendía que los cuatro se reunieran en persona, aprovechando que sus millas de vuelo estaban a punto de caducar. Iban a viajar todos a Londres, ni más ni menos. Kaya era consciente de que, comparado con Seúl o Nueva York, la distancia que separaba Londres y París era prácticamente inexistente. En cuanto quisiera darse cuenta, estaría aterrizando en el aeropuerto de Heathrow. Además, Minho ya había aceptado y Dorian estaba convencido de que Carolina también lo haría. Era un poco ridículo que justo fuese Kaya la que se pusiese tan nerviosa ante la perspectiva del viaje.

Ni siquiera era para tanto. Alizee, una de sus nuevas amigas, se había escapado el pasado fin de semana a Berlín. Había sido una decisión de última hora, y les había mandado a Celine y a ella un WhatsApp cuando ya estaba allí, con un *selfie* donde le daba un buen mordisco a una salchicha currywurst delante de la puerta de Brandeburgo, para disculparse porque no iba a poder ir con ellas al cine ese domingo. Había recibido un aviso en el móvil con varios vuelos en oferta y no se lo había pensado dos veces.

Para la mayoría de la gente, el plan de Kaya ni siquiera resultaba demasiado atrevido. Además, Dorian iba a pagarle el vuelo. Solo tenía que costearse el alojamiento una noche. E iba a ser divertido: ese fin de semana no solo iba a celebrarse la segunda reunión del club de lectura de las Aerolíneas Skywind, también se celebraba el veinticuatro cumpleaños de Dorian. Sus

compañeros de piso le habían organizado una fiesta en su apartamento. Una fiesta de disfraces con una temática muy específica: las islas británicas. Dorian se había reído al explicárselo a Kaya.

—Sé que parece terrible y absolutamente endogámico, pero se han empeñado, y ponen toda la pasta para las bebidas y la decoración, así que no me voy a quejar demasiado. Además, da igual el ruido que hagamos o cuánta gente venga porque los vecinos no van a llamar a la policía. Llevamos varias semanas fuera de casa por culpa de una inundación, aguantarán una noche sin dormir a cambio de que no nos pongamos demasiado quisquillosos con el seguro de la comunidad.

Una parte de Kaya (la misma parte que había soñado con mudarse a París, conocer gente nueva y reinventarse a sí misma) se moría de ganas de hacerlo. Se moría de ganas de subirse por primera vez a un avión, pasear por Londres, asistir a una fiesta, conocer en persona a Minho y Carolina, y elegir un disfraz para la ocasión.

Pero, por otra parte, se sentía tentada a mandar un mensaje a Dorian explicándole que se lo había pensado mejor y que no podía viajar a Londres. La misma parte que nunca se había sentido del todo aceptada en su pequeño pueblo, que siempre se consideró más aburrida, más tímida y menos atrevida que el resto de chicos de su edad, y que estaba postergando hasta casi el último día completar la solicitud de admisión para estudiar Literatura el próximo curso en la Universidad de la Sorbona por miedo a no ser aceptada.

Durante un instante, pensó en lo que le hubiera dicho su tía de haberse encontrado allí. Resultaba curioso que ella fuese la primera persona que le venía a la cabeza en una situación así. Apenas la conocía, su única referencia era lo que había escrito en *Luz trémula sobre los tejados azules.*

Recordó la postal que recibió hacía unos meses, escrita con una letra pulcra y agradable, y supo entonces que cogería ese vuelo con destino a Londres. La misma postal que había clavado en la parte interior de la puerta del apartamento para leerla cada vez que salía de casa.

«Ahora es tu turno».

Podía hacerlo. Ya había llegado demasiado lejos como para echarse atrás. La chica tímida de Normandía había empezado de cero, se había comprado una cazadora genial de segunda mano, había aprendido a maquillarse con kohl y había hecho amigas nuevas en París. Además, había tres personas, claramente mucho más interesantes que ella misma y que jamás hubiera soñado conocer en otras circunstancias, que parecían dispuestas a pasar un fin de semana a su lado. Minho, Dorian y Carolina. Ahora formaba parte de algo, ahora formaba parte de un club. Solo necesitaba un buen disfraz.



CAROLINA

Dos años atrás, la Nochevieja que Carolina
viajó a Londres para visitar a Dorian

Dorian se separó un poco, lo justo para volver a acortar el pequeño espacio y besarla de nuevo. Una y otra vez, encadenando un beso tras otro con distinta intensidad. Carolina estiró los brazos para rodearle el cuello y, como si esa fuera la señal que estaba esperando, Dorian la guio con delicadeza hasta la vieja hamaca de la terraza, recostándola y tumbándose encima, sin dejar de besarla ni un solo instante.

Carolina fue capaz de detectar el comienzo de una nueva adicción. Como la primera vez que pisó la Quinta Avenida y vio todas esas tiendas de lujo, repletas de ropa que no se podía permitir. Como cuando abría una lista de reproducción de Spotify y sonaban los primeros acordes de una canción desconocida que, en pocos segundos, pasaba a significarlo todo. O como cuando Lily preparaba su maravillosa jericaya. Se dejó arrastrar por la forma en la que Dorian la besaba, el modo en el que parecía que solo existía ella en el mundo y el tenue sonido a medio camino entre un gruñido y un gemido que acababa de salir de su garganta, mientras la sujetaba con más fuerza. Carolina supo que jamás podría cansarse de algo así. Aún no había terminado, pero ya sabía que iba a pasar el resto de su vida ansiando que volviera a ocurrir.

Cuando se separaron, Dorian estaba temblando. Solo un poco. Fue tan leve que, de no haber

estado tan cerca, a Carolina le hubiese sido imposible darse cuenta. Todavía tenía las mejillas y la nariz ruborizadas por culpa del frío. En otras circunstancias, ella le habría colocado las manos enguantadas en la cara para intentar que entrase en calor. Aquella noche, no se atrevió a hacerlo. Se quedó muy quieta. Dorian apoyó la frente contra la suya, con los ojos entrecerrados.

—Lo siento —susurró pegado a sus labios, depositando un par de besos más, dulces, antes de retirarse definitivamente.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó ella, sin estar segura de si quería escuchar la respuesta —. No besas tan mal —se obligó a decir, levantando la mano con cuidado para colocarle un mechón de pelo rubio detrás de la oreja a Dorian.

Se había sentido tentada a volver a sujetarle, justo en ese último beso. No quería que se alejase tan rápido, pero sabía que el momento ya había pasado. Estaba segura de que él necesitaba creer que aquello no había significado gran cosa para ninguno de los dos.

Dorian sonrió levemente y enterró la cara en el hueco del cuello de Carolina, como si estuviera avergonzado, o aliviado, o como si no terminase de procesar lo que acababa de ocurrir. Después, se incorporó un poco y se tumbó bocarriba, a su lado, muy juntos todavía. Ella echó de menos de forma inmediata el peso de su cuerpo.

Se quedaron un buen rato allí, contemplando el cielo de Londres, con la respiración desacompasada. No se podían distinguir bien las estrellas, pero las nubes dibujaban un bonito patrón, filtrando la luz de la luna. En la fiesta de abajo, alguien soltó un grito de alegría y varias personas aplaudieron. Era Año Nuevo. Se oyó una sirena de policía que provenía de la avenida principal y el sonido de los fuegos artificiales en algún barrio no muy alejado de aquel. Costaba creer que hubiese más gente en el planeta.

—Me ha gustado besarte —musitó Dorian al cabo de unos minutos—. Mucho.

Todavía tenía la mirada clavada en el cielo. Los fuegos artificiales lo iluminaban en un abanico de colores.

—A mí también me ha gustado —contestó ella tan bajo que, por un momento, creyó que Dorian no había podido escucharla.

—Pero no quiero perderte. —La voz de él sonaba derrotada—. Me aterra pensar que acabo de complicarlo todo. Eres lo mejor que tengo, lo único que tengo.

Carolina buscó la mano de su amigo y se la sujetó, entrelazando los dedos con los de él. Aún temblaba. Se preguntó si realmente era culpa del frío.

—No me vas a perder por algo así. No pasa nada, ha sido solo un instante. Un simple instante a lo largo de todos estos años y de toda nuestra vida.

Volvieron a quedarse en silencio, esta vez con las manos entrelazadas. Dorian parecía mucho más calmado. Al cabo de un rato, en la celebración de la planta inferior pusieron una canción de Elton John. Dorian comenzó a canturrearla en voz baja, casi de forma inconsciente, y Carolina

sintió una opresión dolorosa en el pecho.

It’s a little bit funny
This feeling inside
I’m not one of those who can easily hide[1]

—Es mi canción favorita —dijo ella.

No quería sonar a la defensiva, pero Dorian dejó de cantar.

—Lo siento.

Carolina le dio un golpe juguetón en el estómago.

—Deja de disculparte por todo.

Dorian rio otra vez, definitivamente más relajado. Ambos sabían que Carolina siempre asociaría esa canción con ese preciso instante. El instante perfecto junto al hombre con el comparaba a todos los demás hombres a los que conocía. Aquel que siempre le permitía acercarse mucho más de lo que permitía acercarse al resto de la gente. Sin embargo, no era suficiente. Nunca sería suficiente.

Al menos, si iban a seguir viviendo separados por un océano de distancia el resto de sus vidas, siempre dependiendo de las millas aéreas de la aerolínea. Mañana volverían a separarse de nuevo, quién sabía por cuánto tiempo.

I don’t have much money, but boy if I did
I’d buy a big house where we both could live[2]

—Podríamos hacerlo —aventuró Carolina—. Quizá no comprar una casa juntos, pero sí alquilarla. Quiero dejar la residencia de estudiantes, y he empezado a mirar apartamentos en el Village. Podemos buscar uno que tenga paredes.

—¿Quieres que me vaya a Nueva York contigo?

Dorian sonó indeciso, como si no tuviera claro adónde pretendía llegar Carolina con todo aquello. Ella tampoco lo tenía demasiado claro. Solo quería dejar de sentir el fantasma de ese beso sobre los labios. Quería recuperar a su amigo, aferrarse a él y no permitir que se alejara nunca más.

—Te trasladarían sin problemas al JFK si lo solicitases. Antes has dicho que necesitas un cambio de aires. Podríamos vivir juntos una temporada, como amigos y compañeros de piso.

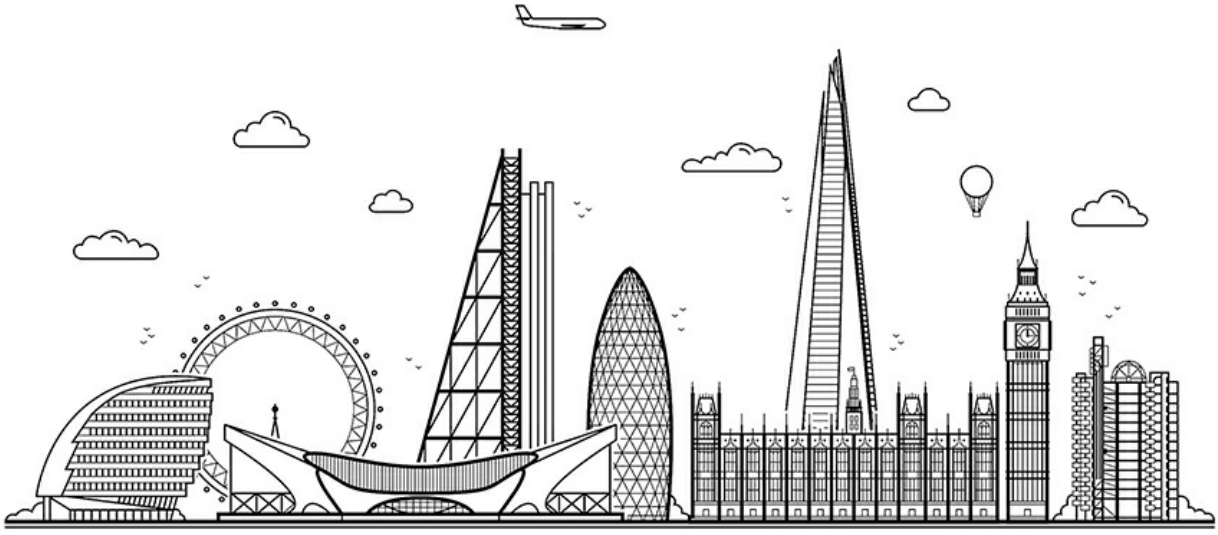
Dorian se giró para colocarse de medio lado sobre la hamaca. Carolina hizo lo mismo, para encararle. Seguían muy cerca el uno del otro. Había algo en los ojos de él que no estaba

acostumbrada a ver. Duda y temor. Tristeza profunda.

—Como amigos y compañeros de piso —repitió Dorian.

No era una pregunta, pero Carolina asintió, con un nudo en la garganta. No se sentía capaz de hablar sin que su voz la traicionase. «¿Acaso eres capaz de darme algo más que eso?», quiso preguntarle. Sabía que no estaba siendo justa. Sabía que Dorian nunca le había prometido nada.

Dorian no contestó. No hacía falta. Nunca había creído que fuese a aceptar su propuesta, en realidad. El *jet lag*, la sensación de vivir en constante movimiento y de no pertenecer a ningún sitio realmente: las adicciones de Dorian siempre habían sido muy distintas a las suyas, y sus miedos, también. Se quedaron muy quietos, el uno frente al otro, con el rostro a pocos centímetros de distancia, mirándose a los ojos y permitiendo que la canción de Elton John, y la pequeña burbuja en la que ambos habían vivido los últimos tres días, llegase a su fin.



DORIAN

Vivir en casa de sus padres durante las semanas de la inundación no estaba resultando exactamente como Dorian lo había imaginado. Implicaba un montón de cenas terriblemente formales, eso sí era cierto, y eran tal y como las recordaba de sus años de adolescencia: repletas de silencios incómodos, y los tres vestidos como si se encontrasen en un restaurante de lujo, en lugar de en el salón de su casa. Dorian echaba mucho de menos su piso. Echaba de menos las tarteras de comida italiana que les dejaba en la nevera el novio de Adriel y echaba de menos poder comerlas tirado en el sofá, con unos viejos pantalones de pijama y una camiseta descolorida, sin preocuparse de si su camisa hacía juego con su chaleco de punto.

Hacía años que no se ponía un chaleco de punto, pero su madre le había comprado seis para aquellos días. Seis. Dorian no tenía nada en contra de los chalecos de su uniforme de auxiliar de vuelo, pero estos eran muy distintos. Los del uniforme no le hacían aparentar tener setenta años. Además, le marcaban la cintura y le hacían un buen culo. Con sus seis nuevos chalecos de punto no ocurría lo mismo, lo había comprobado en el espejo nada más probarse el primero.

Sin embargo, a pesar de todo, no estaba siendo tan terrible. La mayor parte del tiempo sus padres no estaban en casa y la otra mitad era él quien no lo estaba. Cuando coincidían, sus padres casi siempre estaban ocupados y se iban a trabajar a sus respectivos despachos, en la planta superior. Ni un solo reproche por parte de su madre, ni una sola sesión de psicoanálisis barato por parte de su padre. Dorian podía sentir cómo se estaban conteniendo, cómo se forzaban en hacer que su breve estancia no terminase de separarlos todavía más. Estaba seguro de que habían

tenido una conversación al respecto justo antes de que él llegara.

Aquella tarde, mientras Dorian regresaba del pequeño gimnasio que tenían instalado en un rincón del patio interior, su madre lo interceptó camino de la ducha.

—Tengo a Adriel en la pantalla del ordenador —le comentó a Dorian, con un tono mucho más suave de lo habitual. Que su pupilo favorito compartiese piso con su hijo le agradaba sobremanera—. Estamos trabajando en su tesis. ¿Quieres decirle algo?

—No, gracias. Ya tengo suficiente con hablar con él en persona —comentó Dorian en voz alta, para que su compañero de piso pudiera oírlo, mientras se alejaba por el pasillo.

Del otro lado de la pantalla llegó una risa.

—Yo también te echo de menos, capullo.

Dorian trató de reprimir una sonrisa, pese a que ni su madre, y mucho menos Adriel, podían verle ya. Jamás se hubiera imaginado que alguien pudiese utilizar la palabra «capullo» delante de Erin Thoresby con total impunidad. Y más alguien que trabajase con ella. En ocasiones sentía que no conocía en absoluto a sus padres. A quienes eran realmente cuando no desempeñaban el papel de sus progenitores. En esas mismas ocasiones, Dorian sentía que, de las múltiples facetas que componían la vida de sus padres, tenerle a él como hijo les resultaba una de las menos satisfactorias. No era una desgracia, y posiblemente no se arrepintiesen de ello, pero tampoco parecía nada de lo que estar especialmente orgullosos, comparado con todo lo demás.

Después de la ducha, se encerró en la habitación. Trató de no pensar más en su familia ni en todo lo que ello implicaba. Tenía todavía una llamada pendiente, antes de ponerse a preparar sus cosas para el vuelo de mañana. Abrió la ventana del cuarto para que entrara un poco de aire fresco, se sentó en el alféizar y pulsó el nombre de Carolina en la pantalla de su móvil.

Su amiga contestó tras el primer tono, como si lo estuviera esperando.

—¿Crees que es buena idea? —le preguntó ella a modo de saludo—. Hacernos ir hasta Londres para la segunda reunión del club es un poco excesivo, ¿no?

—¿Quién de los dos te lo ha contado? —preguntó Dorian, enarcando una ceja.

—Kaya nos escribió ayer a Minho y a mí para preguntarnos dónde íbamos a alojarnos. Debía de dar por hecho que yo ya estaba informada de todo. Está nerviosa, creo que nunca ha viajado sola.

De fondo se oía el ruido del televisor y las voces de dos niños discutiendo por el mando a distancia. Era domingo y en Nueva York apenas era media mañana. Dorian sintió cierta nostalgia. Estaba seguro de que Lily había preparado chilaquiles para desayunar.

—Siento que hayas sido la última, os he llamado por orden de dificultad. Empecé por el que pensaba que iba a ser más complicado de convencer, teniendo en cuenta lo lejos que vive.

—No es que yo viva cerca de Londres, precisamente —replicó Carolina.

—Tú estás acostumbrada a venir aquí casi todos los años, no es una novedad.

—Ya, pero nunca he ido solo para un club de lectura.

—No es solo un club de lectura, vas a conocer en persona a tu alma gemela y vas a celebrar conmigo mi veinticuatro cumpleaños. Voy a necesitar que alguien se quede a mi lado esa noche, cuando los invitados se hayan ido, mientras me lamento por el inexorable paso del tiempo y le pido a un artista atormentado que me pinte un retrato que envejezca por mí.

Carolina soltó una risita. Aun así, Dorian pudo detectar que estaba algo nerviosa, que buscaba el momento oportuno para decir algo que él no iba a querer escuchar.

—Por fin vas a empezar a comportarte acorde con el nombre que te puso tu madre —dijo, en su lugar.

—No puedo seguir negando mi destino —bromeó él, todavía alerta—. Aunque quizá cancele el plan del retrato demoníaco y me limite a ver contigo por enésima vez *El castillo ambulante* cuando se haya ido todo el mundo. Es una manera mucho más productiva de pasar la noche y asimilar la vejez.

—Ya, respecto a eso… —dijo Carolina con cierta cautela—. Le he dicho a Kaya y a Minho que me alojaré en el mismo hotel que ellos. Hay un Travelodge bastante grande no muy lejos de tu casa.

—¿Qué? ¿Por qué? En mi piso hay espacio para ti. Puedes ahorrarte ese dinero.

Hubo una pequeña pausa en la línea. Cuando Carolina volvió a hablar, lo hizo en voz baja, como si temiese que Lily o los niños con los que vivía pudieran escuchar la conversación:

—Ya sabes por qué.

Dorian lo sabía. Por desgracia, lo sabía. Llevaba temiendo ese momento desde hacía meses. Desde que Carolina le había escrito por el chat de la aerolínea para decirle que no había acompañado a Randy a Nepal. Aun así, ella interpretó mal su silencio.

—La última vez que estuve en Inglaterra… —trató de explicarle.

—Has vuelto a venir después de eso —la cortó antes de que terminase la frase. Ni siquiera estaba seguro de que fuese a terminarla, y eso le preocupaba mucho más. No quería averiguar si Carolina era o no capaz de mencionar en voz alta lo que ocurrió esa Nochevieja—. Estuviste aquí una semana entera el verano pasado. Fuimos juntos a Scarborough.

—Es distinto. El verano pasado todavía tenía novio.

—Joder, Carolina —se lamentó Dorian. Después apoyó la cabeza en el marco de la ventana y cerró los ojos, derrotado—. Esto es exactamente lo que no quería que pasase.

Ella emitió un suspiro.

—Lo siento. Yo tampoco —contestó en español—. No quiero complicar las cosas. Creo que es por haber vuelto a Queens. Hoy he ido a visitar a Marien. Le he llevado la compra porque se ha levantado con vértigos. Hemos hablado de todo un poco, y se ha ofrecido a echarme las cartas. He rechazado su propuesta, pero, aun así, he salido con la cabeza hecha un lío.

Dorian reprimió un suspiro y buscó con la mirada su paquete de tabaco. Casi nunca le apetecía fumar después de hacer deporte, pero sentía la necesidad de encenderse un cigarrillo en ese mismo instante. Lo encontró tirado sobre la cama. Se levantó de la ventana y se acercó hasta allí.

—Vale, no pasa nada —le dijo a Carolina, intentando mantener un tono neutro—. Donde te alojes es lo de menos. Solo quiero estar con mi mejor amiga el día de mi cumpleaños.

—Cuenta con ello —contestó Carolina, también con un tono pretendidamente ligero—. Seré la primera en llegar a la fiesta y la última en irme.

«Pero te irás —pensó Dorian con amargura—. A un maldito Travelodge».

Se encendió el cigarrillo y se dejó caer en la cama.

—Esa mierda acabará matándote —murmuró Carolina, que parecía haberle oído espirar el humo.

—Lo tengo todo bajo control. El retrato mágico que van a pintarme y que enfermará y envejecerá por mí, ¿recuerdas?

Carolina soltó otra risita y Dorian sonrió levemente. No estaba mal. Podían hacerlo, podían superar esto. Durante unos segundos, hubo una pequeña pausa donde solo se escuchaba la respiración de ambos a través de la línea y el sonido de los dibujos animados doblados al español en la televisión de la casa de Queens.

—Siento haber estropeado tu canción favorita —dijo Dorian por fin, sin poder contenerse.

Quizá a Carolina le costó comprender a qué se refería, porque tardó unos segundos en contestar:

—No seas tonto, no la has estropeado. —Otra pausa—. La escribió con su mejor amigo. Elton John, quiero decir.

—¿En serio?

—Sí, así fue. —La voz de Carolina sonó mucho más animada—. Elton puso la melodía y Bernie Taupin, la letra. Siguen siendo íntimos amigos, incluso cincuenta años después.

Dorian pensó en ello. Era sorprendente. Quizá no se tratase de una canción de amor romántico, quizá sus creadores querían hablar de algo más profundo. De su vínculo y de su amistad. Se le ocurrió algo y planteó la pregunta antes de poder arrepentirse de ello:

—¿Crees que Bernie y Elton alguna vez estuvieron a punto de echarlo todo a perder durante una Nochevieja?

Carolina rio de nuevo. De un modo menos contenido que antes. Del modo en el que solía reír siempre cuando estaban juntos. Dorian sintió que se quitaba un gran peso de encima.

—Es más que probable.

CAPÍTULO 6

¿HAS CONOCIDO A LA SEÑORITA JONES?



—Sé que somos un grupo de solteros psicóticos y completamente disfuncionales, y que solo nos relacionamos a través del teléfono —farfulló Tom con aire sentimental—, pero, en cierto modo, también somos como una familia, ¿no?

HELEN FIELDING (escritora británica):
El diario de Bridget Jones

ASUNTO: ¡Feliz cumpleaños, Dorian!
Han Minho (ICN Airport) a "Buzón: club de lectura"
27 de abril a las 08:00 (KST)

He programado el e-mail para que llegue a las doce de la noche de Londres. A estas horas ya estaré volando y sin conexión en el teléfono, así que… ¡feliz cumpleaños!

Os veo a todos en un rato.

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

ASUNTO: Re: ¡Feliz cumpleaños, Dorian!
Dorian Thoresby (LHR Airport) a "Buzón: club de lectura"
27 de abril a las 00:03 (GMT)

Gracias, Minho.

Uno de los aspectos más encantadores de tu personalidad es, sin duda, lo mucho que te gusta programar correos electrónicos para que lleguen a medianoche.

Nos vemos en nada, ¿no estáis entusiasmados?

Con cariño,

D.

P.D. Mi compañero de piso ha comprado para la fiesta un montón de guirnaldas con la bandera de Inglaterra, Irlanda, Escocia y Gales, y una figura de cartón a tamaño real del Duque de Kent. Os prometo que es una especie de chiste interno, no alucinéis mucho al verlo.

Dorian Thoresby
Auxiliar de vuelo
Tripulación de Aire
Aeropuerto de Londres - Heathrow - Inglaterra

ASUNTO: Re: Re: Re: ¡Feliz cumpleaños, Dorian!
Carolina Cabrera (JFK Airport) a "Buzón: club de lectura"
26 de abril a las 19:07 (EST)

Aquí aún no es día 27 técnicamente, así que me reservo las felicitaciones para cuando te vea en persona y pueda darte un abrazo. Estoy a punto de subir al avión, os veo luego.

Por cierto, Kaya: te va a encantar mi disfraz.

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.

ASUNTO: Re: Re: Re: Re: ¡Feliz cumpleaños, Dorian!
Kaya Baudin (CDG Airport) a "Buzón: club de lectura"
27 de abril a las 01:10 (CET)

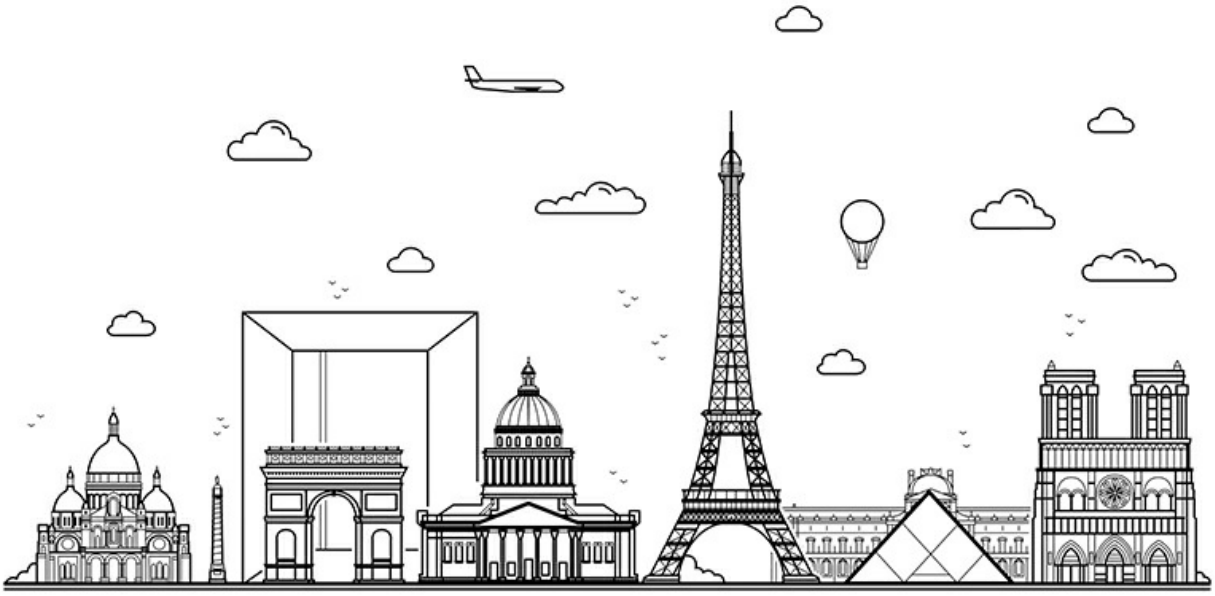
¡¡¡Felicidades, Dorian!!!

Yo debería irme a dormir ya, es tardísimo y mi vuelo sale temprano, pero aún no termino de creerme que mañana me subiré a un avión por primera vez en mi vida. Tampoco me creo que vayamos a vernos.

Un abrazo a los tres.

(Carolina: yo también creo que te va a gustar mi disfraz).

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia



KAYA

Estaba convencida de que iba a ponerse mucho más nerviosa. Cuando Kaya se acomodó en el estrecho asiento que tenía asignado en el avión, hacía un buen rato que casi todo su nerviosismo había sido sustituido por una creciente emoción. Iba a volar a otro país, iba a conocer Inglaterra.

Cuando su compañero de asiento se colocó a su lado, no pudo evitar dedicarle una sonrisa, y cuando la auxiliar de vuelo se acercó para cerrar los compartimentos de equipaje sobre su cabeza, se sintió tentada a decirle que ella también trabajaba en Skywind. Sin embargo, en ese momento, otro auxiliar que acababa de situarse en medio del pasillo comenzó a dar explicaciones en francés y en inglés sobre qué tenían que hacer en el muy improbable caso (pero, al parecer, no del todo descartable) de caer al océano, y Kaya se esforzó en prestar atención. No quería ser la única idiota que no supiera qué hacer si se caían al Canal de la Mancha.

Siguiendo sus instrucciones, Kaya sacó el móvil del bolso, dispuesta a apagarlo. Tenía un mensaje directo de Minho, enviado hacía apenas diez minutos.

Minho

Acabo de aterrizar, y creo que el vuelo desde Charles de Gaulle cuya llegada anuncian para dentro de una hora y cuarto es el tuyo.

¿Quieres que te espere? Necesito comprar una cosa en el duty free antes de coger el metro, y tampoco me importaría tomarme un café mientras hago tiempo.

*(Como ves, estoy mejorando en lo de sentarme solo a tomar algo en un lugar pú*blico).

De repente, Kaya volvía a estar nerviosa. No había contado con encontrarse tan pronto con Minho. Le estaba proponiendo viajar juntos en el metro hasta el centro de Londres. Podía parecer algo rutinario y sencillo, con tanta gente alrededor, pero a Kaya se le antojó terriblemente íntimo. Un buen rato los dos juntos sin ninguna distracción a la vista, dejando atrás una estación tras otra. ¿Qué pasaría si durante ese trayecto no se le ocurría nada de qué hablar? ¿Y si se sumía en esos silencios tensos y tímidos tan típicos de ella que le habían acompañado durante toda su adolescencia? ¿Cuánto tardaría Minho en darse cuenta de que Kaya era mucho más divertida e interesante por escrito o por teléfono que en persona? Antes de que pudiera planear qué contestarle, recibió otro mensaje:

Minho
Aunque es posible que ya estés volando y que no leas esto hasta aterrizar.
Lo siento, tendría que haberte preguntado antes. Quizá prefieras ir tú sola hasta el hotel.
Mejor te veo allí, ¿vale?

—Señorita, no olvide apagar su teléfono durante el despegue —comentó el mismo auxiliar que había dado las instrucciones, al pasar a su lado.

—Sí, estaba en ello. Lo siento —murmuró Kaya, y se apresuró a teclear.

Quizá fueran las prisas, que no le dejaron pensar demasiado, o que el último mensaje de Minho había destilado cierto nerviosismo que, lejos de alterarla, le había tranquilizado un poco. Él también parecía inseguro ante su primer encuentro. Kaya envió un último mensaje antes de apagar el teléfono por fin:

Kaya
Estoy a punto de despegar, espérame en el aeropuerto.
Tengo muchas ganas de verte.

Llamó a Minho nada más aterrizar y quedaron en encontrarse en un pequeño Costa Coffee justo a la salida de la zona de aduanas. Apenas se le podía considerar una cafetería propiamente dicha, era un rincón abierto al tránsito de los viajeros con un mostrador portátil y cuatro sillones dispersos. Cuando Kaya llegó allí, Minho aún no se había percatado de su presencia. Estaba sentado en uno de esos sillones, tenía un café para llevar en la mano y una mochila apoyada a sus pies. Revisaba la pantalla de su teléfono con el ceño levemente fruncido. Mechones de pelo

oscuro le caían de forma suave por la frente, e iba vestido de forma impecable, con unos vaqueros perfectamente planchados y una gabardina. Kaya se sintió un poco intimidada. Nada en el aspecto de Minho indicaba que acabara de pasar las últimas doce horas en un avión.

Mientras Kaya valoraba el mejor modo de aproximarse hasta él, si debía llamar su atención antes o simplemente acercarse, Minho levantó la mirada de su móvil y la vio. Su gesto fruncido se sustituyó de forma inmediata por una sonrisa radiante, y Kaya no pudo evitar devolvérsela.

Él se puso en pie al instante y ambos recortaron la distancia que los separaba rápidamente, esquivando al resto de pasajeros. Cuando llegaron a la altura del otro, se detuvieron de golpe. Kaya se planteó si debía besarle en las mejillas, a modo de saludo. Dudaba que en Corea fuese algo habitual. Se quedaron quietos, mirándose un poco abochornados.

—Ni siquiera sé en qué idioma deberíamos hablar —comentó Minho para romper el hielo—. ¿Usamos el francés mientras estemos los dos solos?

—Perfecto —contestó Kaya sin dejar de sonreír—. Ah, y dime que no estabas revisando el correo del trabajo en tu día libre, o no me quedará más remedio que contárselo a tu amigo Jisub.

Minho negó con la cabeza de un modo poco convincente.

—No lo estaba haciendo, pero si lo hubiese hecho sería por una buena causa. Ayer cuando me fui, recibimos una queja de un usuario que había sufrido una reacción alérgica por culpa de las toallitas húmedas que se reparten en los vuelos de larga distancia. Le habían salido un montón de ronchas por la cara, y solicita daños y perjuicios porque su hija se casa mañana y… —Se quedó callado y esbozó una sonrisa avergonzada—. Vale, lo siento. Ya paro.

Kaya sintió una corriente cálida en el pecho, semejante a cuando Minho le habló de los baobabs la primera vez que escuchó su voz por teléfono.

—No pasa nada —le tranquilizó—, podemos hablar de ello. Es importante para ti.

—Tu primer vuelo es más importante. ¿Cómo ha ido? ¿Te ha gustado la experiencia?

—¡Genial! Aunque supongo que no debe resultarte muy impresionante un vuelo de apenas una hora.

—Claro que es impresionante, has despegado y aterrizado, igual que yo. La única diferencia entre tu vuelo y el mío es que en el mío la parte aburrida ha durado más.

Kaya sonrió.

—¿Sabes qué? Me daba mucha vergüenza imaginar este momento —le confesó—. Vernos por primera vez. Creo que eso ha eclipsado el miedo a volar.

—A mí también me daba vergüenza, y eso que tengo experiencia en… —murmuró, ruborizándose un poco y dejando la frase a medias. Desvió la mirada hacia la barra de la pequeña cafetería. Kaya sospechó que lo hacía para no tener que mirarla a ella—. En fin, olvídalo. ¿Quieres tomar algo o vamos directamente al metro?

Finalmente, optaron por la segunda opción. Minho llevaba ya un buen rato en el aeropuerto y

Kaya no quería entretenerle más. Caminaron hasta la estación. Kaya se dejó llevar, fascinada con todo a su alrededor.

—Es todo tan británico —observó, asombrada—. Incluso las cosas que no son propiamente británicas y que también están en mi aeropuerto parecen más británicas aquí, como esa tienda de gafas de sol. Allí la modelo de la imagen junto a la puerta es Marion Cotillard y aquí, Tom Hiddleston.

Minho soltó una carcajada.

—Esa tienda también está en mi aeropuerto, pero el actor de la foto gigante es Gong Yoo.

—No lo conozco. ¿Le quedan tan bien las gafas de sol como a Tom? —preguntó Kaya cuando pasaban de largo—. Porque doy por hecho que nadie podrá superar a Marion.

—Jisub e Inna te dirían que a nadie le queda nada mejor que a Gong Yoo. Están obsesionados con todos los *dramas* en los que aparece. No recuerdo cuántas veces me hicieron ver *Coffee Prince* cuando éramos adolescentes. Aunque deberías hacerle una foto a Marion Cotillard cuando vuelvas a París y mandármela, quizá les hagamos cambiar de opinión.

Se apiñaron en el vagón de metro, repleto de pasajeros con maletas mucho más grandes que sus pequeñas bolsas de viaje. Minho era incluso más alto en persona de lo que aparentaba en la foto que le había hecho Dorian. Cuando un pasajero les empujó el uno contra el otro para maniobrar con su pesado equipaje, el rostro de Kaya se rozó con la suave tela del jersey de Minho, a la altura del pecho.

—Lo siento —masculló ella.

—Tranquila, creo que en un par de paradas esto se despejará. Quizá deberíamos haber cogido el tren, aunque fuese más caro.

—No pasa nada, estoy acostumbrada a metros abarrotados.

Le dio la impresión de que Minho olfateaba algo en el aire. Teniendo en cuenta lo cerca que estaban, Kaya comprendió que quizá se trataba de ella.

—No quiero caer en un tópico sobre Francia ni nada de eso, pero juraría que hueles a croissant.

Kaya esbozó una sonrisa enigmática, abriendo un poco su bolso de mano. Le mostró una caja de cartón envuelta con sumo cuidado.

—Casi. Huelo a *pain au chocolat*. Es mi regalo de cumpleaños para Dorian. Le he cogido una docena. El día que nos conocimos, le soborné con uno para que accediera a llevarse tu libro. Tú también hueles bien —concluyó, acercando un poco la nariz a la solapa de su gabardina—. A coco y algo más.

—Huelo a piña colada —se quejó Minho—. He estado haciendo tiempo en las tiendas del *duty free* y he probado «la nueva fragancia del verano». No te la recomiendo.

Kaya se fijó por primera vez en la bolsa con el logotipo de las tiendas del aeropuerto que

llevaba Minho en la mano.

—¿Has comprado un regalo para tus amigos?

Él se agarró mejor a la barra del vagón y le dedicó un gesto avergonzado.

—Me temo que se trata de mi disfraz para la fiesta. Estuve tan centrado en dejar todo cerrado en el trabajo, para cogerme dos días libres, que había olvidado el asunto del disfraz hasta que he leído vuestros correos al aterrizar. Pensé que en el *duty free* encontraría algo, pero…

Kaya soltó una carcajada.

—No creo que en el *duty free* de un aeropuerto sea habitual encontrar tiendas de disfraces.

Minho parecía confuso.

—En Incheon tenemos varias.

—Dios santo, el aeropuerto de Incheon debe ser digno de ver. Entre el campo de golf, el casino y las tiendas de disfraces…

—Y las fotografías gigantes de Gong Yoo con gafas de sol —añadió Minho.

Kaya volvió a reír. Hacía tiempo que no se reía tanto, y apenas podía recordar por qué había estado tan nerviosa por aquel encuentro.

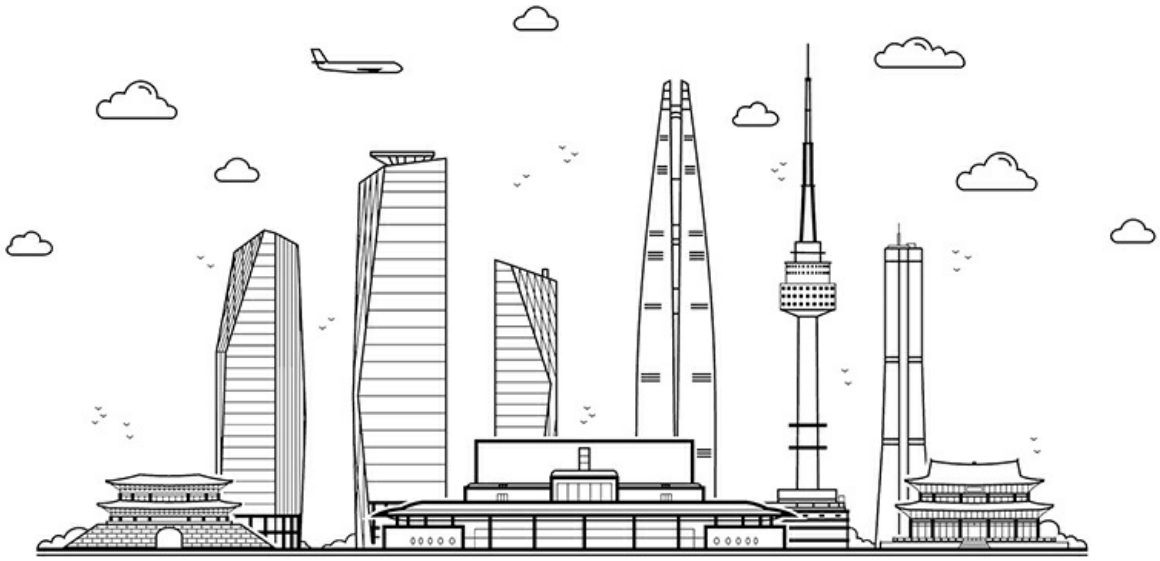
—¿Qué has comprado?

Minho, con un gesto resignado, rodeó la barra con el brazo para tener la mano libre y sacó de la bolsa una camiseta de manga corta. Era sencilla, de color azul marino, y llevaba estampado el símbolo circular del metro de Londres y una inscripción que decía «*Mind the gap*[3]». Kaya había visto esa misma inscripción en el andén de la estación del aeropuerto.

—Míralo por el lado bueno —dijo Kaya, tratando de disimular una sonrisa—. Cumple con la temática de la fiesta, desde luego.

Minho le dedicó una mirada desesperada y ella volvió a reír.

—Los compañeros de piso de Dorian me van a matar, ¿verdad?



MINHO

—Mis compañeros de piso te van a matar —le informó Dorian con voz cantarina y una sonrisa ladeada mientras contemplaba la camiseta de Minho, divertido.

—Ya, lo siento. Se me fue totalmente de la cabeza.

Dorian se encogió de hombros, sin darle demasiada importancia. Acababa de abrirles la puerta de su piso. Pese a que apenas era mediodía, ya empezaban a llegar invitados. Dorian vivía en una pequeña plaza en la zona de Bankside, no muy lejos de la rivera del Támesis, y el hotel que habían escogido apenas estaba a cinco minutos andando de allí. Comparado con la media de los edificios de ese barrio, ese era bastante pequeño: de tres pisos, con un par de puertas cada uno, sin ascensor y una terraza en la azotea. Habían decorado también las escaleras con banderines, y todos los vecinos de Dorian parecían haberse unido a la fiesta de un modo u otro. Mientras subían, vieron que un par de jóvenes del segundo piso arrastraban un barril enorme de cerveza hacia su casa.

Dorian les había abierto la puerta ya disfrazado. Llevaba unos pantalones claros ajustados y unas botas altas de color marrón que parecían botas de montar. También llevaba una chaqueta de color marrón con unas alas azules y blancas bordadas en el pecho, y correas marrones alrededor de los muslos y la cintura. Minho no tenía ni idea de lo que iba disfrazado, parecía una especie de auxiliar de vuelo victoriano *steampunk*. Aun así, no tuvo el valor de preguntárselo. Al menos, no se había puesto una simple camiseta comprada a toda prisa en el aeropuerto.

Al verles, Dorian se había abalanzado sobre ellos para darles un abrazo. Hasta había levantado unos centímetros a Kaya del suelo, como si se conociesen desde hacía años y fuese habitual que ella y Minho se presentasen en su casa el día de su cumpleaños con una caja enorme de bollería y unos disfraces de lo más discutibles.

Porque Minho tampoco había sido capaz de averiguar de qué iba disfrazada Kaya hasta que ella se lo explicó. Cuando fue a buscarle a su habitación del hotel, había cambiado la ropa juvenil con la que había bajado del avión por una especie de traje de dos piezas de aspecto formal: falda por altura de la rodilla, top de tela gruesa y un estampado de flores bastante terrible. Minho no tenía mucha idea de moda femenina, pero aquello parecía algo que su propia abuela se hubiera puesto en su juventud para arreglarse, y apostaba que ni siquiera en aquella época habría causado furor.

—Feliz cumpleaños, Dorian —susurró Kaya, un poco ruborizada ante el abrazo, y le tendió al chico la caja de dulces.

Dorian pareció reconocer el logotipo de la cafetería donde trabajaba Kaya, porque emitió un sonido de satisfacción mientras la abría con rapidez y se metía medio *pain au chocolat* en la boca.

—Joder, el mejor regalo de todos.

—Puedes compartirlo con tus compañeros de piso si quieres.

Al escuchar aquello, una de las personas que ya se encontraban en el salón levantó la mirada y se acercó a donde estaban. Era un chico alto de rostro pecoso y cabello oscuro, e iba vestido con un simple traje gris, una corbata negra y unas gafas de metal pequeñas y redondeadas que bien podrían ser suyas. Si no fuera porque dudaba que aquel chico pasase su tiempo libre vestido de traje y corbata, Minho hubiese jurado que todavía no se había puesto el disfraz.

—¿He escuchado algo sobre compartir comida con tus compañeros? —preguntó el recién llegado, y enarcó una ceja, curioso, mientras miraba a Dorian, que protegió la caja de la pastelería con el brazo que tenía libre.

—Ni lo sueñes —dijo Dorian—. Chicos, este es Adriel… Esperad, voy a hacerlo bien. Voy a presentar a la gente aportando datos de interés para que pueda fluir la conversación, como se menciona en *El diario de Bridget Jones.* Chicos, os presento a Adriel —repitió—. Adriel trabaja para mi madre como espía en esta casa, y tiene un novio que cocina de maravilla. Adriel, estos son mis compañeros de trabajo: Kaya y Minho. Minho se ha comprado una camiseta por ocho pavos en el aeropuerto, y Kaya ha venido disfrazada de… ¿Margaret Thatcher?

Kaya negó con la cabeza.

—No soy Margaret Thatcher, ¡soy Bridget Jones, precisamente!

Dorian intercambió con Minho una mirada confusa. Él se limitó a encogerse de hombros tratando de disimular una sonrisa.

—Ya sabéis, en la fiesta del pavo al curry donde conoce a Mark —aclaró ella—. Cuando su madre la obliga a ponerse esa ropa horrible.

—Oh, Dios —contestó Dorian, tras una carcajada—. Ahora entiendo por qué le has dicho a Carolina que tu disfraz le iba a encantar. Espera a verla a ella.

—¿Carolina ya está aquí? —preguntó Minho con curiosidad. Había reservado una habitación en el mismo hotel que ellos, pero no había dado señales de vida hasta ahora.

Dorian, ante aquella pregunta, lanzó a Minho una mirada extraña que no supo identificar, como si estuviera evaluando el tono con el que había hablado.

—Sí, ya está aquí. Creo que está ayudando a subir las bebidas a la azotea. Vamos a utilizar la parte de arriba como desahogo para la fiesta.

—¡No lo puedo creer! —exclamó en ese momento una voz femenina detrás de ellos—. Llevo tiempo diciendo que no necesito una cita a ciegas, y menos con una solterona con incontinencia verbal que fuma como un carretero, bebe como un cosaco y se viste como su madre.

Minho y Kaya, que estaban de espaldas a la puerta de entrada, se giraron para encararse con Carolina, que los miraba con un brillo risueño en sus ojos verdes. En otras circunstancias, quizá a Minho le hubiese costado averiguar de qué iba disfrazada ella también, pero en aquel contexto, y teniendo en cuenta la frase que acababa de citar, lo adivinó al momento. Se había puesto unos pantalones de corte masculino y un jersey navideño con un reno enorme estampado sobre el pecho. Kaya y ella se observaron maravilladas.

—Y eso que Dorian me decía que mi disfraz era de lo más cutre —murmuró Carolina mientras se acercaba y le daba a Kaya un abrazo—. Tú y yo vamos a ser las reinas de la fiesta.

—No he dicho que fuese cutre —se quejó Dorian—. He dicho que en el libro Mark Darcy no viste así: lleva un suéter de cuadros y calcetines de abejorros. Este es el aspecto de la película.

—Ya, pero esto causa más impacto. Si me hubiese puesto un suéter de cuadros parecería que no voy disfrazada. Ahora están muy de moda. —Tras separarse de Kaya, Carolina se acercó a Minho y le dedicó una sonrisa antes de darle a él otro abrazo rápido. Cuando se alejó, le dirigió una mirada divertida—. ¡Fíjate! Has venido disfrazado del metro de Londres.

Adriel, el compañero de piso de Dorian, carraspeó con delicadeza para llamar su atención. De algún modo, se las había apañado en los últimos segundos para hacerse con uno de los bollos de la caja, porque apuntó con él a Minho con aire acusador.

—Respecto a ese tema, ¿ese es tu disfraz? ¿La camiseta?

—Déjalo en paz. Ha venido desde Corea para celebrar mi cumpleaños —le defendió Dorian —. Además, tú llevas puesto un traje y una corbata.

—Voy disfrazado de Samuel Beckett, y hubiera escogido a Oscar Wilde, mucho más reconocible, si tu no me lo hubieses vetado por considerarlo una ofensa a tu honor.

—Claro, porque disfrazarte de alguien que no aparezca mencionado en tu tesis era una opción

impensable… —se burló Dorian.

—Madre mía, otra vez no —susurró Carolina. Alargó la mano y se la ofreció a Kaya—. Nosotras nos largamos. Paso de escucharos discutir por duodécima vez en veinte minutos. Vamos a revisar la lista de reproducción para la fiesta antes de que lleguen más invitados.

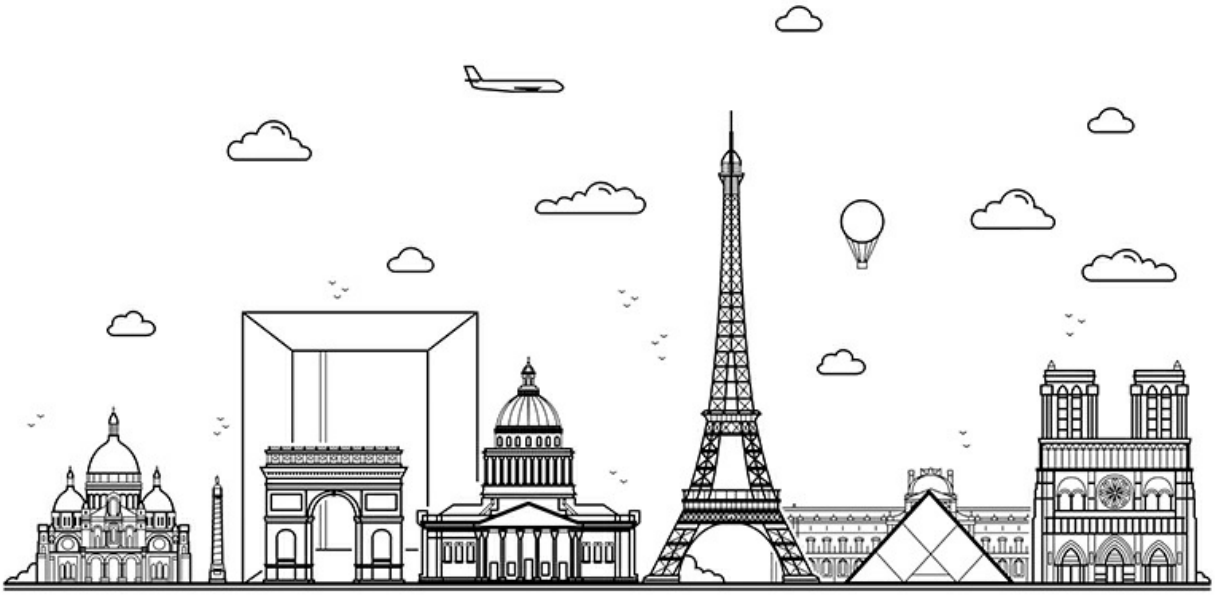
Mientras se dejaba llevar, Kaya le lanzó una mirada insegura a Minho, y este le dedicó una sonrisa alentadora a modo de respuesta. Le daba la impresión de que, pese a lo abierta y divertida que se mostraba Kaya siempre con él, no estaba acostumbrada a socializar en ese tipo de eventos. Incluso para él resultaba raro estar allí, rodeado de tanta gente desconocida y sin tener a Inna o a Jisub como referencia. Sin embargo, la sensación era agradable. Desde que Kaya y él se habían encontrado en el aeropuerto, todo había sido extrañamente agradable.

—¡No incluyáis en la lista canciones de fuera de las islas británicas! —les gritó Adriel—. Os cargaréis la temática de la fiesta, y ya tenemos suficiente con que el cumpleañero haya ignorado esa norma con su disfraz.

—Jamás osaría hacerlo —contestó Carolina con un tono que insinuaba que tenía más que planeado hacerlo, mientras Kaya y ella desaparecían de su vista.

Minho se percató de la sutil sonrisa que esbozaba Dorian al escuchar a su amiga. Una sonrisa suave y casi tímida que no encajaba mucho con la fachada un tanto descarada que mostraba siempre. Como si tener a Carolina allí, moviéndose por su casa y relacionándose con naturalidad con sus compañeros de piso, le hiciese especial ilusión. Después, se giró de nuevo hacia Minho, y su sonrisa se acentuó un poco más, regresando a la normalidad. Le pasó un brazo por los hombros y lo arrastró a la zona central del salón. Los primeros invitados se habían reunido alrededor de la mesa baja y ya habían abierto algunos botellines de cerveza. Alguien había pedido comida a domicilio: había samosas y patatas fritas en cajas de cartón. También había una tarta de cumpleaños a medio comer.

—Sírvete —le dijo Dorian a Minho, haciendo que se sentara en uno de los sillones y acomodándose a su lado—. ¿Te he dicho ya lo mucho que me alegro de que estés aquí?



KAYA

Carolina llevó a Kaya a una de las habitaciones del piso. No parecía el cuarto de Dorian: tenía un escritorio en un rincón con varios libros de medicina, y un montón de polaroids repletas de gente enganchadas con pequeñas pinzas de madera a un cordel sobre el cabecero de la cama. A Dorian no le pegaban ninguna de las dos cosas.

—Es la habitación de Richa —le aclaró Carolina mientras tomaba asiento frente al escritorio y abría el portátil—. Luego la conocerás. Es maja, y va disfrazada de Madonna en «Material Girl». También es el centro de operaciones para la música de la fiesta: el ordenador está conectado a los altavoces del salón y de la azotea.

—¿Madonna es inglesa? —preguntó Kaya, confusa.

Carolina se encogió de hombros, como si no terminase de entender la lógica interna de aquella fiesta y ya se hubiese rendido.

—Creo que pidió la nacionalidad, pero desde luego no lo era cuando grabó «Material Girl», lo cual convierte el disfraz de Richa en un anacronismo. Aunque no seré yo quien se lo diga.

—Nuestros disfraces siguen siendo los mejores —le dijo Kaya, divertida—. Y ni siquiera nos hemos puesto de acuerdo.

Carolina retiró la mirada de la pantalla del ordenador y levantó la mano para que Kaya le chocara los cinco.

—Ni lo dudes, señorita Jones. Pero, si a los organizadores les sirve Madonna, a mí también.

Voy a meter en la lista algo de ella. —Abrió Spotify y tecleó rápidamente—. ¿Alguna petición especial?

—¿«Girls Just Wanna Have Fun»? —preguntó Kaya con timidez—. Siempre he querido salir de fiesta y que sonase esa canción.

Carolina la miró con simpatía.

—No es de Madonna, pero nos sirve.

—¿Y algo de la banda sonora de la peli? —Kaya señaló su ropa y la de Carolina.

—¡Buena idea! —Carolina tecleó de nuevo—. Vas a tener que reservarme un baile… Por cierto, ¿no te puso un poco nerviosa que en la novela pretendan hacernos creer que Bridget Jones está gorda cuando pesa menos de sesenta kilos?

—¿Verdad? —contestó Kaya, aliviada de que alguien más se hubiese dado cuenta—. Aunque creo que la autora quería demostrar algo con eso…

—Si pretendía demostrar que vivir en los noventa fue un infierno para las mujeres, lo ha conseguido.

Kaya soltó una carcajada.

—Mi amiga Celine lo llama «la cultura de *Cosmopolitan*». Con todo ese rollo *heroin chic* que estaba tan de moda.

—Tu amiga Celine me caería bien. ¿Sabes qué? Voy a meter una canción francesa en su honor, una de mis favoritas. Me da igual si la gente se queja porque es lenta, una buena fiesta tiene que saber bajar el ritmo en el momento adecuado.

Kaya se colocó al lado de Carolina justo para ver cómo incluía a la lista un tema de Edith Piaf, «Sous le ciel de Paris».

—Llevo años sin escucharla —murmuró Kaya—, pero a mi abuela le encantaba. Tenía un radiocasete antiguo donde la ponía una y otra vez. Es curioso que no haya vuelto a pensar en ello ahora que vivo en París. Hubiese sido una manera bonita de reencontrarme con ese recuerdo.

¿Cómo lo había llamado la propia Carolina en aquel e-mail? «Un instante y una canción».

—¿Quieres que la quite de la lista de reproducción? Quizá no te apetezca volver a escucharla por primera vez, después de tanto tiempo, en una fiesta decadente donde casi nadie se ha tomado en serio el código de vestimenta.

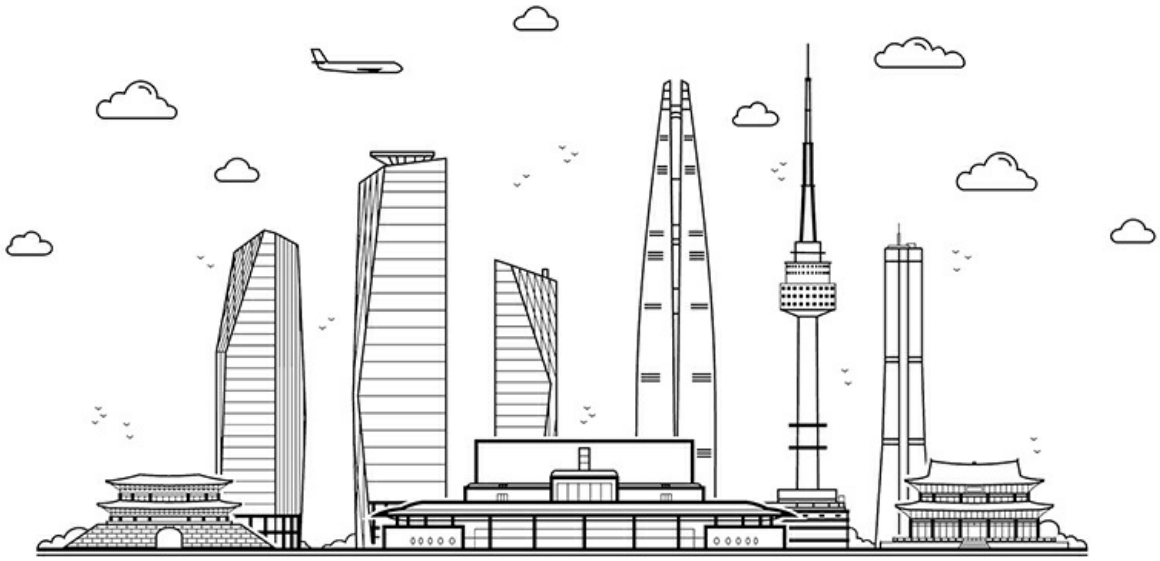
Kaya sintió una extraña afinidad con Carolina, como si su delicada consideración ante algo que la mayoría no hubiese considerado tan importante le hubiese hecho ganar su simpatía para siempre. En persona, Carolina no era tan intimidante como la primera vez que vio su foto en el perfil de WhatsApp de Dorian. En aquel momento, la consideró alguien muy distinto a ella misma, como un prototipo al que a Kaya le hubiese gustado aspirar: divertida, despreocupada y vestida a la última moda. Ahora, sentada a su lado, tras haberla conocido un poco mejor a través de sus correos, y disfrazada de Mark Darcy, parecía otra persona. Quizá una instantánea no era

suficiente para capturar todos los matices de alguien. Nadie tenía una sola canción favorita, al fin y al cabo. Incluso su abuela tenía varias canciones más grabadas en su viejo casete.

—Puedes dejarla en la lista —dijo Kaya con cierta timidez—. Pero, si te parece, también podemos escucharla ahora, antes de que suene ahí fuera. Será una mejor manera de reencontrarme con ella. Así la asociaré siempre a ti y a la habitación de una chica llamada Richa, en lugar de a una fiesta decadente.

Carolina soltó una carcajada y deslizó los dedos por el teclado del portátil para reproducir la canción.

—Me parece perfecto.



MINHO

La fiesta empezó a animarse de verdad a la caída del sol. Al principio, apenas podía considerarse una reunión de amigos, con comida, bebida y música de fondo. Poco a poco, comenzó a llegar mucha más gente. No todos eran conocidos de Dorian, según le dijeron. También había amigos y compañeros de trabajo de sus dos compañeros de piso. Minho lamentó que Inna o Jisub no estuviesen allí para verlo porque, desde su humilde opinión, se estaba desenvolviendo bastante bien. Quizá no era el alma de la fiesta, quizá jamás habría sido capaz de subirse a la improvisada tarima de la pista de baile junto a Carolina y el novio de Adriel para bailar una animada canción en español (resultaba curioso que Adriel ya no pareciese molesto con que la canción rompiese la temática de la fiesta, ahora que era su novio el que estaba subido en la tarima). Quizá tampoco era capaz de que todo el mundo orbitase a su alrededor, como hacía Dorian sin apenas esfuerzo. Sin embargo, se lo estaba pasando bien.

Al principio, había pasado casi todo el tiempo con Kaya, Carolina y algún que otro invitado que llevaba en la casa desde el inicio de la fiesta. Dorian se les unía de forma intermitente cuando alguien no le reclamaba. Se divirtió mucho, aunque tenía la sensación de que Carolina no dejaba de observarle cuando creía que él no se daba cuenta. Como si estuviera evaluando algo sobre su carácter o tratando de descifrarlo. Resultaba extraño, no estaba acostumbrado a despertar ese tipo de interés en la gente. Minho podía considerarse a sí mismo muchas cosas, pero, si algo no se sentía en absoluto, era un enigma.

Al cabo de un rato, mientras regresaba del cuarto de baño, una chica muy guapa disfrazada del osito Paddington le invitó a bailar y Minho aceptó un poco cohibido. Después, cuando subió a la azotea a tomar el aire, un chico delgado que gesticulaba un montón, estaba muy borracho e iba disfrazado de uno de los Peaky Blinders decidió convertirse en su nuevo mejor amigo. Tras un buen rato explicándole con todo tipo de detalles las cuatro veces que habían entrado a robar en la tienda de artículos para el baño en la que trabajaba, lo arrastró hasta donde se encontraba su novia para informarle de que ya no podían irse a vivir juntos a ese apartamento en Luton porque «estoy tratando de convencer a mi nuevo colega Minwoo para que se mude a Londres y se venga a currar conmigo, ¿sabes? Y me parece feo dejarle en la estacada. Se vendrá a mi casa hasta que se adapte a la ciudad». Minho intentó hacerle entender a aquella chica que no planeaba irse a vivir con su novio ni trabajar en su tienda de artículos de baño, y que, de hecho, ni siquiera se llamaba Minwoo, cuando Richa, la compañera de piso de Dorian, acudió a su rescate.

Después, todo fue mucho más tranquilo. Richa se lo llevó a un rincón de la azotea que habían decorado con pequeñas lucecitas y varias hamacas viejas. Adriel y su novio estaban acurrucados en una de ellas, escuchando la música con aspecto relajado. También había dos chicas disfrazadas como el ángel y el demonio de *Buenos presagios.* Había empezado a sonar una canción francesa bonita, y resultaba agradable estar allí. Minho se sentó en una de las hamacas vacías y aceptó el botellín de cerveza que le ofrecía Richa.

—¿De verdad has volado desde Corea solo para venir a esta fiesta? —preguntó el ángel Azirafel—. Joder, me haces sentir fatal. Adoro a Dorian, es un tío guay, pero no hubiese venido hasta aquí de haber tenido que alejarme de la zona uno del metro.

Minho soltó una risotada.

—Bueno, en realidad no solo he venido por el cumpleaños de Dorian. Mañana celebramos una reunión de nuestro club de lectura.

Por cómo le miraron Crowley y Azirafel, dedujo que aquello tampoco tenía mucho más sentido para ellas. Sin embargo, Adriel esbozó una sonrisa incrédula pero gentil.

—Todavía no proceso que Dorian Thoresby forme parte de un club de lectura de manera voluntaria. Lo peor de todo es que creo que lo está disfrutando.

—Claro que lo estoy disfrutando.

Dorian acababa de aparecer en ese rincón de la azotea. Llevaba la camisa blanca de su disfraz un poco desmadejada y mechones de pelo húmedo pegados a la frente, como la mayoría de los que habían pasado tantas horas en el caldeado piso inferior. Carolina y Kaya iban con él. Carolina se sentó en el suelo, a los pies de la hamaca de Adriel, con un gemido satisfecho.

—Creo que no había bailado tanto en mi vida, estoy reventada. Aunque los zapatos de Mark Darcy son maravillosos. No volveré a salir de fiesta con tacones jamás.

Minho se movió para hacer hueco a Kaya a su lado. Ella le sonrió.

—Te hemos perdido de vista cuando esa chica te ha invitado a bailar. ¿Te estás divirtiendo? —le susurró en francés.

Minho le devolvió el gesto. Era agradable que le hablase en ese idioma.

—Sí, lo siento. Cuando me despedí de ella, Carolina y tú estabais dándolo todo en la pista de baile y no quería entrometerme.

Kaya soltó una risita. Las lucecitas de colores creaban sombras difusas sobre su rostro.

—Habrías sido bienvenido.

Dorian, a su vez, se dejó caer con un poco de estruendo en el hueco vacío de la hamaca de Richa, antes de volver a encarar a Adriel.

—De hecho, gracias a nuestro club, estoy descubriendo el placer de la lectura. Solo he tardado veinticuatro años en hacerlo.

Minho creyó que Adriel iba a decir algo irónico al respecto, pero se limitó a asentir, todavía sonriente.

—Mejor tarde que nunca.

—No te emociones, no creo que vaya a ser capaz de seguirte nunca el ritmo. Paso de Samuel Beckett y, sobre todo, paso de Oscar Wilde.

—No pretendo que lo hagas —contestó Adriel. Estaba bastante serio en ese momento—. *Bridget Jones* está bien, *El Principito* está bien. Es más, no leer nada también está bien, pero me daba pena los motivos por los que tú rechazabas hacerlo. Creo que tu madre se equivocó en ese sentido…

Dorian enarcó una ceja, asombrado.

—Espera, ¿acabas de cuestionar a la profesora Thoresby por primera vez en tu vida? ¿Es este mi verdadero regalo de cumpleaños?

Richa soltó una carcajada y Adriel se encogió de hombros.

—Solo digo que quizá debió dejarte elegir tus propias lecturas cuando eras pequeño en lugar de obligarte a leer los clásicos.

—Obligarme a memorizar los clásicos, mejor dicho —le corrigió Dorian, que, de repente, estaba de mejor humor. No parecía acostumbrado a que Adriel le diese la razón—. Tal vez debería recuperar el tiempo perdido y leer todos esos libros que me perdí en su momento. ¿Qué leías tú de niña, Richa?

Ella meditó unos segundos antes de contestar:

—No sé, *Percy Jackson*, supongo. *Simon Snow*, más tarde. Y algunas novelas juveniles de Terry Pratchett…

—Yo también leía a Terry Pratchett —dijo Minho, sonriente, mirando a Crowley y Azirafel, que levantaron el pulgar en el aire a la vez—. Aún lo hago.

Dorian abrió un botellín de cerveza componiendo un forzado gesto alicaído.

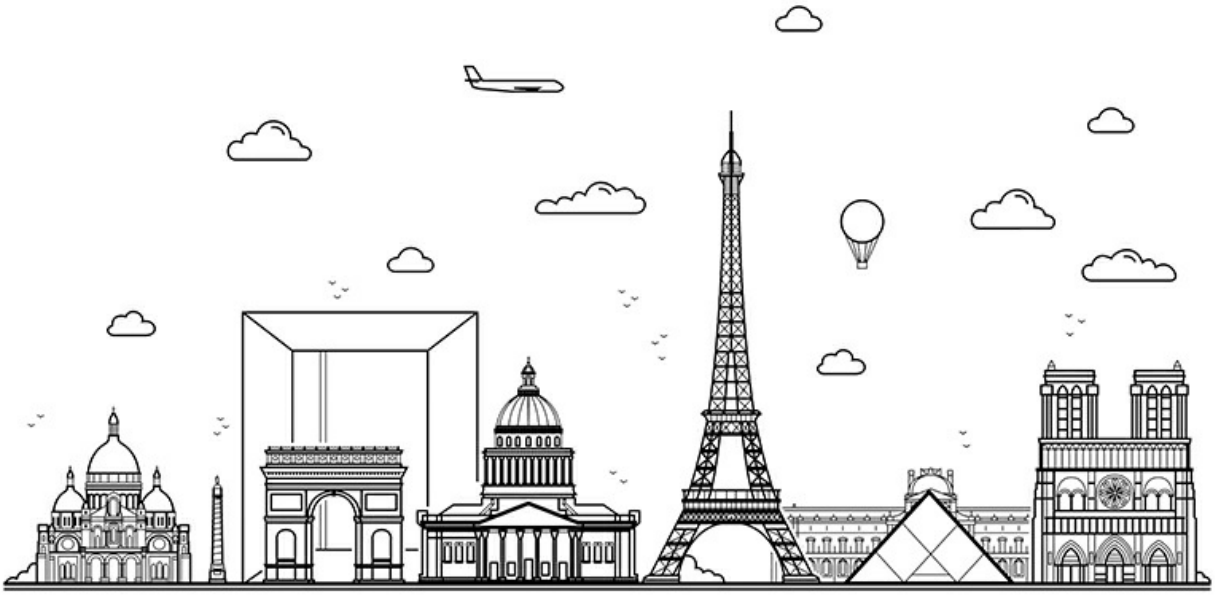
—Envidio enormemente vuestras infancias y adolescencias perfectamente funcionales.

Carolina soltó una ligera carcajada.

—Míralo por el lado bueno —le dijo a Dorian—. Si tú y yo hubiésemos tenido infancias y adolescencias perfectamente funcionales…

—Nunca nos hubiésemos conocido —concluyó Dorian por ella, esbozando una leve sonrisa.

Los dos amigos se contemplaron unos segundos, en silencio. Dorian retiró la mirada por fin y dio un trago a su cerveza. Minho los observó un rato más a ambos, incluso cuando ya no se estaban prestando atención el uno al otro. Recordó algo que Dorian le había dicho el día que se conocieron, durante su propio cumpleaños. Algo sobre almas gemelas.



KAYA

En un momento dado, alguien subió a la azotea para avisar de que habían llegado las pizzas. Carolina le había hecho comprender a Dorian que no podía tener a un montón de personas en casa durante tantas horas, bebiendo sin parar y sin alimentarlas en condiciones. De pronto, todo el mundo se movilizó escaleras abajo para conseguir un trozo. Kaya lamentó la interrupción. Estaba disfrutando de la fiesta, pero la reunión improvisada de ese pequeño grupo, en el rincón junto al depósito de agua, había sido su parte favorita.

Quizá por eso se quedó un poco rezagada cuando la azotea ya se había vaciado, y se acercó a una de las barandillas. El edificio no era demasiado alto y las vistas no resultaban muy impresionantes, pero Kaya sabía que no muy lejos de allí se encontraba el río Támesis y, al otro lado, las Casas del Parlamento. Londres parecía una ciudad fascinante y contradictoria, y apenas había tenido tiempo de vislumbrar una pequeñísima parte.

Minho fue el único que pareció darse cuenta de que Kaya se había quedado atrás, porque regresó a la azotea y se aproximó a ella.

—¿No tienes hambre?

—Sí, enseguida bajo —le contestó—. Es solo que…

«Me gustaría salir a dar una vuelta». No fue capaz de terminar la frase. No quería decirlo en voz alta, poner a Minho en un compromiso y que se ofreciese a acompañarla. Estaba segura de que eso no era lo que él quería: ya había estado dos veces en Londres y se estaba divirtiendo

mucho en la fiesta. Además, había muchas posibilidades de que terminase divirtiéndose aún más conforme avanzaba la noche. Era obvio que algunos invitados no regresarían solos a casa. Ya se estaban formando algunas parejitas, y Minho había despertado el interés de varias personas. Una chica le había sacado a bailar, e incluso Carolina no dejaba de mirarle de un modo extraño. El propio Dorian le miraba también, a ratos, de ese mismo modo.

Minho le había hablado alguna vez de Somin, la joven con la que quedaba de vez en cuando y a la que había conocido en una cita a ciegas, pero Kaya sabía que no había nada serio entre ellos. Un chico soltero y guapo como él no iba a querer huir de una fiesta abarrotada de más gente soltera y guapa justo cuando el ambiente empezaba a caldearse.

—¿Quieres que pasemos de la pizza y salgamos a cenar fuera? —preguntó Minho en ese momento, pillándola por sorpresa.

—¿Qué? ¿Quieres irte?

Minho se encogió de hombros, esbozando una sonrisa un poco tímida.

—Llevamos aquí metidos un montón de horas, y apenas son las diez de la noche. Podemos salir un rato y dar una vuelta para que veas algo de Londres. Además, quiero enseñarte una cosa. No está muy lejos de aquí. Volveremos antes de que se den cuenta de que nos hemos ido.

Kaya intentó no parecer demasiado entusiasmada.

—¿Quieres enseñarme algo?

Algunos invitados habían regresado ya a la azotea, con trozos de pizza en platos de papel y un nuevo surtido de cervezas. Minho se inclinó un poco hacía Kaya para hablarle de un modo confidente:

—Tiene que ver con la novela de tu tía. He estado haciendo investigaciones.

La chica abrió mucho los ojos y olvidó por completo su propósito de no parecer absolutamente entusiasmada.

—Vale, voy corriendo a por nuestros abrigos. Tú avisa a Dorian o a Carolina de que nos largamos y espérame en la puerta.

Lo último que oyó mientras bajaba las escaleras de la azotea de dos en dos fue la carcajada de Minho amortiguada por la música de la fiesta.

Cenaron unos sándwiches mientras caminaban por la ribera del Támesis. La zona estaba animada, muchos londinenses y turistas habían salido para disfrutar de la noche del sábado. Había puestos de comida callejera desperdigados entre tiendas de ropa, restaurantes y galerías de arte. Kaya agradeció sustituir temporalmente la música de la fiesta por las conversaciones animadas de los transeúntes y el sonido de las barcazas que pasaban por el río. Bankside era una zona moderna y llena de vida, y Kaya entendía por qué Dorian la había escogido para vivir. Tanto a Dorian como a sus dos compañeros de piso les pegaba aquel ambiente despreocupado,

moderno y juvenil. Entre tanta gente, lamentó no llevar ropa de abrigo más larga que le cubriese el terrible estampado floral.

—Ahora mismo, el disfraz de Bridget Jones ya no me parece tan buena idea.

Minho esbozó una sonrisa divertida y lanzó el envoltorio de su sándwich a una papelera cercana.

—No está tan mal. Si te oyen hablar, creerán que es la última moda en París. Además, en Londres la gente apenas presta atención a los demás. Nadie se está fijando.

—París también es así. Es lo que más me gusta de vivir allí.

Minho deslizó la mirada por la superficie del río antes de volver a hablar:

—Inna y Jisub suelen decir lo mismo de Seúl: lo agradable que resulta que a nadie le importe quién eres o a quién lleves a tu casa esa noche. Poder salir a comprar kimbap de madrugada.

—¡Exacto! —exclamó Kaya—. En mi pueblo todo el mundo sabe quién soy y qué es lo que debería estar haciendo en cada momento. Esto es liberador.

—Supongo que sí —murmuró Minho. No parecía muy convencido—. Aunque tampoco está tan mal que tus vecinos se preocupen por ti.

Era difícil que él pudiera entenderlo. Por cómo hablaba Minho de sus amigos, daba la impresión de que había crecido arropado en un entorno amable en el que siempre se había sentido integrado. Un pequeño barrio de Incheon donde entraba y salía de las casas de Inna y Jisub con total libertad, al igual que ellos de la suya. Casi como si todos formaran parte de una gran familia. La experiencia de Kaya, en cambio, era muy diferente. En su pueblo siempre se había sentido insegura y fuera de lugar, sin ser capaz de encontrarse a sí misma. Siempre juzgándose a través de los ojos de otras personas. En París a nadie le importaba si Kaya había decidido no continuar los estudios después de terminar el instituto. Tampoco tenían ni idea de con cuántos chicos había salido (respuesta breve: ninguno; respuesta no tan breve: hubo un chico, todo empezó muy rápido y acabó mucho más rápido), o si una vez a los trece años hizo el ridículo en clase de natación cuando una de sus compañeras la empujó vestida al agua solo porque había sacado mejor nota que ella en inglés y le había arrebatado la plaza para estudiar en el campamento de verano.

En París podía ser divertida y ocurrente. Y, lo mejor de todo, podía fingir que siempre había sido así. Contempló el perfil de Minho, que estaba algo meditabundo en ese momento. De repente, se dio cuenta de que con él no quería fingir más. Había algo que quería aclararle.

—La ropa con la que me has visto llegar al aeropuerto… —dijo por fin en voz baja, agradecida de que siguiesen caminando para no tener que mirarle a los ojos—. Ya sabes, la cazadora de cuero, las botas y ese jersey estilo *grunge*… —Dejó la frase en el aire, y Minho la observó con curiosidad.

—¿Qué pasa con eso?

—También iba disfrazada entonces, igual que ahora —confesó—. No soy tan guay. Antes de mudarme a París, estuve mirando un montón de fotos en Pinterest para decidir cuál iba a ser mi nuevo aspecto. Hice varias carpetas con distintos estilos, y me decanté por ese porque pensé que me haría parecer una chica dura. —Se armó de valor para mirar a Minho. Sorprendentemente, no se estaba riendo, ni tampoco parecía estar juzgándola. Simplemente, se limitó a sonreír con amabilidad.

—Bueno, no creo que seas la primera persona que busca inspiración de ropa en Internet.

—Sí, pero no es lo mismo… Yo lo hice de un modo consciente, planificándolo todo para mentir a la gente.

—¿En qué estás mintiendo? —quiso saber Minho—. ¿En que no eres una chica dura?

Kaya se rio.

—Bueno, supongo que puedo ser dura si me lo propongo.

La sonrisa de Minho se intensificó.

—Solo es ropa. Si te gusta ese estilo, adelante. La gente interpretará lo que quiera cuando te vea. Cada persona tendrá una opinión completamente diferente de ti en base a sus prejuicios.

—Supongo que tienes razón —admitió ella.

—Al menos la elegiste tú misma —continuó Minho—. A mí me viste mi hermana. No literalmente —añadió, haciendo que Kaya se riera más fuerte—. Pero me manda casi todos los meses un montón de ropa cara que ha sobrado en el *outlet* donde trabaja. Lo que no le cabe a su marido, me lo adjudica a mí. Esta camiseta del metro de Londres es la única prenda que me he comprado yo mismo en lo que llevamos de año.

—Es una camiseta genial —bromeó Kaya, mucho más relajada—. Deberías ponértela para ir a trabajar o para tu próxima cita a ciegas. Si un chico apareciera en una cita conmigo vestido con algo así, pensaría «por fin he encontrado a mi hombre».

Esta vez fue Minho el que soltó una carcajada. Aun así, se había ruborizado un poco. Kaya supuso que el tema de las citas a ciegas le daba vergüenza. Al fin y al cabo, no era lo mismo mencionarlo de pasada en un correo que hablarlo cara a cara. Caminaron un poco más, sumidos en un cómodo silencio. Kaya se dejó llevar por las sensaciones que le transmitía aquella ciudad. Estaba en Inglaterra, se recordó. Esa misma mañana se había despertado en un apartamento genial en Montmartre, y ahora estaba paseando por la orilla del Támesis después de haber conocido a un montón de gente interesante en una fiesta. ¿A quién le importaba si hacía siete años la habían empujado vestida a una piscina?

Al cabo de un rato, Minho comprobó de nuevo el navegador de su teléfono móvil.

—Me estoy quedando sin batería, pero creo que ya estamos llegando al sitio que quería enseñarte.

—¡Genial! ¿Vas a decirme ya de qué se trata o vas a seguir con el misterio?

Minho apretó los lábios, enigmático.

—Creo que voy a seguir con el misterio.

—Oh, ¡vamos! —se lamentó Kaya—. Dame una pista. ¿Dices que tiene que ver con *Luz trémula sobre los tejados azules*?

—Tiene que ver con un lugar de esta ciudad que aparece descrito en la novela —le aclaró con una mueca alegre—. Te voy a mostrar un sitio que me lo recuerda muchísimo.

Kaya frunció el ceño, confusa. La protagonista de la novela no abandonaba París en ningún momento. Y, por supuesto, no viajaba a Londres. Aun así, la ciudad estaba presente de un modo ambiguo: sobrevolaba la mente de la protagonista continuamente, simbolizando el momento en el que tendría que separarse de su amante, Isobel. Ella estaba pasando una temporada en París, trabajando como fotógrafa, pero al acabar el verano regresaría a Londres para abrir allí una librería con su mejor amigo. Ya habían conseguido el local y, en varias ocasiones, Isobel le proponía a la protagonista que se fuera a vivir con ella, pero nunca llegaba a aceptar. No quería renunciar a su vida en París para perseguir el sueño de otra persona.

Al darse cuenta de adónde les llevaba todo aquello, encaró a Minho, asombrada. Bien pensado, sí que había un sitio específico de Londres que se describía con detalle en la novela, aunque la protagonista nunca llegase a pisarlo.

—¿Te refieres a la librería de Isobel?

—¡Exacto! Cuando leí la descripción del lugar donde se encuentra, me recordó a un sitio que visité la última vez que estuve aquí. Es una librería muy pequeña, ya lo verás. Tiene libros nuevos y de segunda mano, y mucha literatura francesa. Aunque no sea la de Isobel, creo que puede gustarte. Seguro que te dejan olfatear los libros sin problemas.

Kaya se acordó de los correos que habían intercambiado sobre ese tema. En aquel momento, había sentido deseos de que Minho y ella vivieran en la misma ciudad y pudiesen quedar para dar un paseo y visitar alguna librería juntos. Apenas podía asimilar que eso fuera lo que estaban haciendo ahora mismo. Pero había un inconveniente.

—No creo que en Londres las librerías sigan abiertas a las once de la noche de un sábado —se lamentó—, pero supongo que podemos mirar el escaparate.

—Eso es lo mejor de todo: está abierta. Lo he comprobado en Internet. Mientras te esperaba esta mañana, he visto un cartel en el aeropuerto que mencionaba algo llamado «La Noche de los Libros». Resulta que Shakespeare murió en abril, así que este fin de semana las librerías de todo el país abren hasta pasada la medianoche.

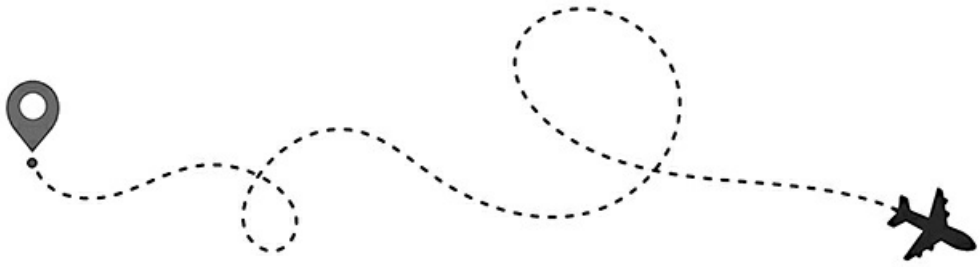
—¿En serio? ¡No puedo creer que vayamos a tener tanta suerte! —Agarró a Minho del brazo, emocionada—. Gracias, Shakespeare, por morirte en abril.

Minho soltó una risita y Kaya le sonrió, presionándole el brazo con afecto. Definitivamente, aceptar esos billetes de avión con destino a Londres había sido una de las mejores decisiones que

había tomado en su vida.

CAPÍTULO 7

LA SUPUESTA (Y MUY ENCANTADORA) LIBRERÍA DE ISOBEL MARTÍNEZ EN GABRIEL'S WHARF



Isobel se giró en la cama y se incorporó un poco, apoyando el codo en el colchón y dedicándome una mirada dolida. Me arrepentí al instante de lo que acababa de decirle. No estaba siendo justa; siempre supe que se marcharía tarde o temprano.

—Podrías venir a Londres conmigo. Te encantaría el local que hemos comprado.

—No creo que ese tipo de vida sea para mí —murmuré, tratando de que mi voz sonase ligera. Como si aquello fuera una simple conversación casual.

—¿Tan terrible sería trabajar en una librería? —Frunció el ceño.

No fui capaz de responder. Isobel soltó un suspiro derrotado y se levantó de la cama, buscando algo para cubrirse. Después, se encerró en el cuarto de baño. Oí el sonido del grifo de la bañera. Busqué a tientas en la penumbra el paquete de cigarrillos de la mesilla y encendí uno. Me dirigí directa a la cocina para prepararme una copa. Ni siquiera me molesté en vestirme. Agradecí que ya fuesen las ocho de la tarde y resultase socialmente aceptable abrir una botella de Chambord.

Siempre supe que Isobel se marcharía tarde o temprano. Simplemente, esperaba que llegase el momento en el que no deseara hacerlo con tanta fuerza.

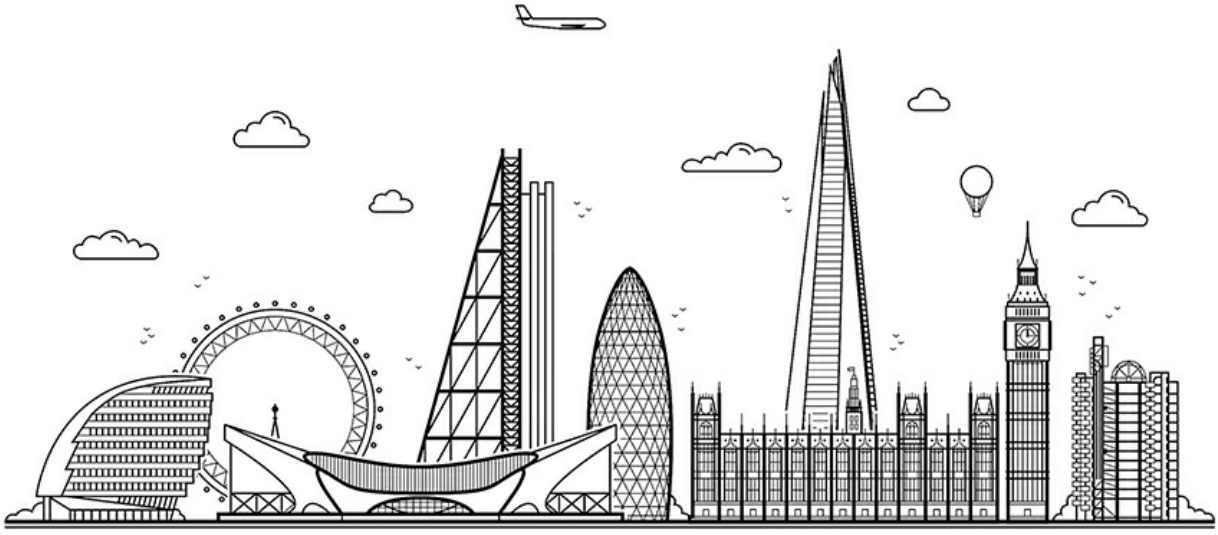
INGIRD BAUDIN (escritora francesa):
Luz trémula sobre los tejados azules

ASUNTO: Vamos a retrasarnos un poco
Han Minho (ICN Airport) a "Buzón: club de lectura"
27 de abril a las 23:21 (GMT)

Hola, chicos:

Tardaremos un poco más en regresar a la fiesta de lo que habíamos previsto. Creo que quizá podamos est

[CORREO SIN ENVIAR: GUARDADO EN BORRADORES]



DORIAN

Dorian se dejó caer en la cama con un quejido. Todo le daba vueltas. Y cuando la mejilla le golpeó contra un cuaderno de espiral, se dio cuenta de que no estaba en su habitación. Retiró con torpeza los apuntes de Microbiología de Richa y enterró la cara en la almohada. No debería haber aceptado esa última copa. Tampoco debería haber aceptado el porro que le ofreció compartir aquel tipo disfrazado de Tommy Shelby que no paraba de parlotear sobre una tienda de artículos para el baño, pero Carolina en ese momento estaba bailando con un chico que parecía bastante interesado en ella y, cuando empezó a sonar una canción de David Bowie, Dorian decidió que no iba a quedarse allí para presenciar lo que fuera a ocurrir después. Al menos no se trataba de «Life on Mars».

Dos copas y medio porro después, Dorian había perdido de vista a Carolina y al chico con el que estaba bailando. También había perdido de vista a Minho y a Kaya desde hacía un buen rato. Joder, hasta entonces, Minho estaba desempeñando bastante mal su papel de alma gemela. Se suponía que tenía que ser él quien bailase con Carolina, no alguien salido de la nada y disfrazado de John Lennon. Había dos personas más disfrazadas de John Lennon en la fiesta, ni siquiera era tan original.

—¿Qué haces aquí? —La voz de Richa le llegó amortiguada por los sonidos de la fiesta cuando la puerta volvió a abrirse—. Sabes que este no es tu cuarto, ¿verdad?

Dorian murmuró algo que ni siquiera a él mismo le fue inteligible. El colchón se movió un poco cuando Richa se sentó en él.

—Bueno, ¿qué más da? ¿Te importa si te hago compañía?

Dorian se desplazó hacia un lateral para dejar hueco a su compañera de piso, que se tumbó bocarriba a su lado.

—Yo también estoy saturada. Llevamos ya diez horas con invitados en casa, y hay gente que apenas acaba de llegar. —Inspeccionó a Dorian con un gesto crítico en su rostro moreno—. Te he visto beber bastante. No estás muy fumado, ¿verdad? Paso de que pierdas el conocimiento en mi cama.

—Estoy bien —contestó Dorian, arrastrando las palabras—. Solo necesitaba un pequeño descanso.

—Una de mis compañeras de trabajo ha preguntado por ti —le informó Richa—. La chica del disfraz de Charles Darwin. Te prometo que debajo de la barba postiza y del sombrero hongo es guapísima. Además, ha pillado de lo que vas disfrazado. Creo que también le gusta *Ataque a los titanes*.

—Suena bien —soltó Dorian, desganado. En cualquier otro momento aquello hubiera sonado mucho más que bien. Sin embargo, se limitó a moverse para colocarse también bocarriba, igual que Richa, y contemplar el techo—. ¿Carolina seguía bailando con John Lennon cuando has entrado? —le preguntó.

—¿Por eso te has encerrado aquí? ¿Porque tu mejor amiga está ligando con un tío? —No había reproche en su voz, solo curiosidad.

—No lo sé —le confesó—. En realidad, la idea era que ligase con un tío. Nos apuntamos al club de lectura para que Carolina ligase con un tío, pero no con cualquiera: con el adecuado.

—¿Con Minho? —Richa sonó confusa. Dorian se limitó a asentir, con la mirada todavía fija en el techo—. ¿Te molestaría menos si Carolina estuviese ahí fuera enrollándose con Minho?

Dorian se giró por fin hacia la chica.

—Por supuesto que me molestaría menos —dijo a la defensiva—. No me molestaría en absoluto porque así es como debe ser. Son almas gemelas, es el destino de ambos.

Richa le dedicó una mirada escéptica, pero tuvo la decencia de no decir nada. En ese momento, la puerta volvió a abrirse. Adriel entró en la habitación a toda prisa, como si estuviese huyendo de alguien.

—Os llevo buscando un buen rato. ¿Qué hacéis aquí escondidos?

—Dorian tiene una crisis emocional, y yo estoy harta de que haya tanta gente en mi casa —respondió Richa.

Adriel los contempló durante unos segundos desde lo alto, antes de cerrar la puerta y acercarse a la cama.

—Vale, hacedme un hueco. Yo también estoy un poco harto de toda esa gente. Hay dos Spice Girls toqueteando mi colección de The Folio Society.

Se tumbó al otro lado de Dorian, empujándolo un poco contra Richa. La cama no era tan grande como para albergar con comodidad a tres personas, pero Dorian decidió no quejarse. Ni siquiera era su cama.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Adriel, volviéndose hacia él.

—Solo estoy borracho.

—Entonces, ¿no estás huyendo de Carolina?

Maldito Adriel y sus absurdas capacidades de espía.

—Para nada. No tengo doce años, no huyo de las chicas en las fiestas. Por cierto, ¿seguía bailando con John Lennon cuando has entrado?

Adriel puso los ojos en blanco.

—Me creo totalmente tu «para nada» —contestó—. John Lennon se llama Davy, por cierto. David Fisher. Es un amigo con el que voy a jugar al tenis.

—Por supuesto, tenía que ser uno de tus invitados.

—No entiendo dónde está el problema. Es un buen partido para Carolina. Si yo no tuviera novio y Davy no fuese hetero, intentaría ligármelo: es abogado medioambiental, es majo, y tiene un cuerpazo.

—Maravilloso —murmuró Dorian entre dientes—. Me alegro un montón por Davy.

—Viaja muy a menudo a Nueva York por trabajo, y creo que le gusta Carolina. Me ha preguntado si está soltera, porque le da la sensación de que no es así. Me ha dicho que llevaban un buen rato hablando y bailando, pero, en un momento dado, ella se ha disculpado y la ha perdido de vista.

—Qué pena —soltó Dorian sin molestarse en disimular que aquello no le apenaba en absoluto —. Quizá a Carolina no le gusten los tíos tan majos.

—Pues Minho también parece bastante majo —intervino Richa.

—¿A Carolina le gusta Minho? —preguntó Adriel, confuso.

—Son almas gemelas. O eso cree Dorian.

—No lo creo yo, lo cree una bruja que vive en Queens —se defendió Dorian, quizá con demasiada vehemencia—. Carolina lleva desde los quince años esperando a su alma gemela, y hay muchas papeletas para que esa persona sea Minho. Ningún jugador de tenis aficionado debería entrometerse entre ellos ahora que por fin se han encontrado, eso es todo.

—Vale, entendido —respondió Adriel—. Una bruja que vive en Queens le habló a Carolina de su alma gemela y, como su mejor amigo y nada más que su mejor amigo, a ti te molesta muchísimo que Davy pueda interponerse. Tiene sentido.

Richa soltó una risita.

—¿Os estáis burlando de mí? —preguntó Dorian con un hilo de voz—. Porque es la verdad…

Empezaba a notarse muy cansado. Aquella conversación era agotadora, la cama de Richa

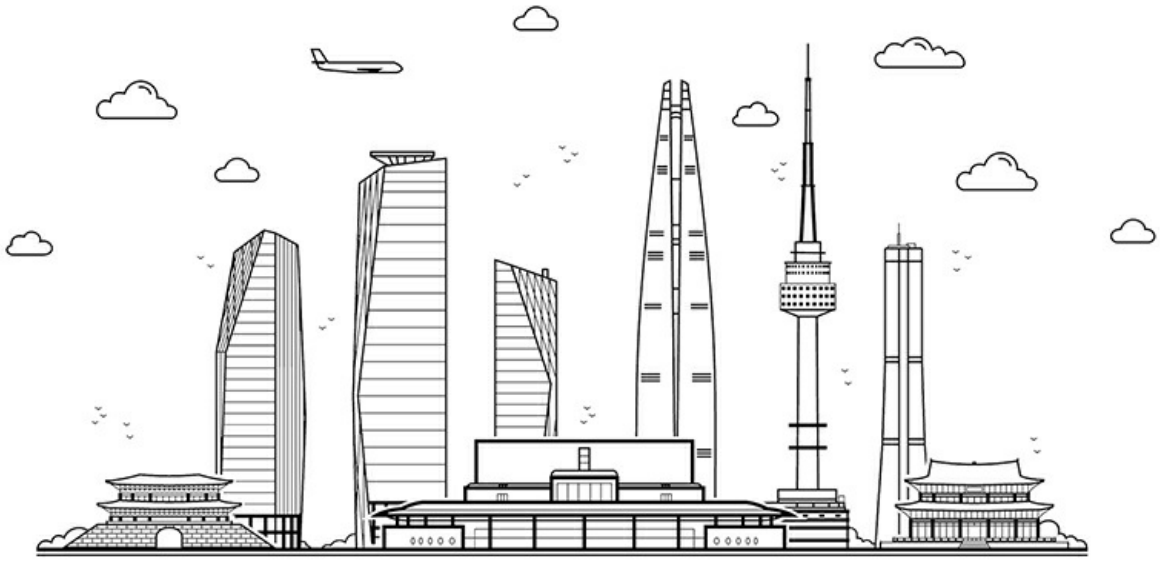
resultaba de lo más mullida, y el alcohol le estaba adormilando.

—Un poco —admitió Adriel con afecto—. Pero da igual, si tú dices que es la verdad, te creemos.

—Lo importante es que hemos vuelto a casa —comentó Richa, que en ese momento bostezaba y se colocaba de medio lado, apoyando la barbilla en el hueco del hombro de Dorian —. Y que no hay nada flotando sobre un palmo de agua.

—Ahora solo necesitamos que todas esas personas a las que queremos, y a las que hemos invitado a celebrar con nosotros un día tan especial, se larguen de una vez y nos dejen tranquilos —murmuró Adriel.

Se estaba bien allí, con ellos, aunque la cama fuese tan pequeña. Nunca habían hecho algo así los tres juntos. En el fondo, Dorian les había echado un poquito de menos. Richa dijo algo más, pero antes de que terminara la frase Dorian ya se había quedado dormido.



MINHO

No se había atrevido a decírselo a Kaya para no crearle falsas expectativas, pero Minho tenía el pálpito de que se dirigían al lugar en el que Ingrid Baudin se había inspirado a la hora de describir la librería de Isobel en su novela. Los paralelismos eran demasiado evidentes como para tratarse de una mera casualidad. En *Luz trémula sobre los tejados azules*, ya se mencionaba la librería en el primer capítulo en el que aparecía el personaje. La protagonista se cruzaba con Isobel en una pastelería de la plaza du Tertre, en el corazón de Montmartre, donde había ido a hacer fotos a los pintores que se congregaban allí con sus caballetes, y acababan tomando un café en su apartamento para protegerse de la lluvia repentina. Empapadas y temblorosas, en el mismo lugar donde Kaya vivía ahora mismo, los dos personajes principales mantenían su primera conversación de verdad. Era una escena encantadora, cargada de la energía eléctrica que acompaña un momento así, en el que dos personas que se gustan, y que apenas son capaces de disimularlo, empiezan a conocerse. Era allí cuando Isobel mencionaba por primera vez el pequeño almacén portuario que ella y un amigo habían comprado al abuelo de este y que iban a remodelar para transformarlo en una librería.

Más adelante, se describía mejor el lugar donde se encontraba: en un destartalado y antiguo muelle de Londres, casi en desuso, que un grupo de jóvenes emprendedores se había propuesto rescatar, convirtiendo las viejas cocheras y los pequeños negocios en modernas tiendas de artesanía, floristerías, cafés y restaurantes.

Quizá había más sitios como aquel en la ciudad. A lo largo de la rivera del Támesis tenía que haber varias zonas de muelles reconvertidas en los años setenta y ochenta en galerías comerciales al aire libre. No obstante, mientras leía la novela, a Minho solo se le vino una a la cabeza: Gabriel's Wharf. Un agradable enclave, no muy lejos de la casa de Dorian, donde Minho había almorzado con su hermana durante su segunda visita a Londres. Además, precisamente recordaba la pequeña librería a la que no se había podido resistir entrar aquel día. La misma a la que se dirigían ahora.

Pero algo no cuadraba. Según Kaya, Ingrid Baudin había escrito su novela durante sus primeros años en París, y no fue hasta un tiempo después cuando empezó a recorrer el mundo. Por lo tanto, era improbable que hubiese visitado Londres por aquel entonces y hubiera visto la librería con sus propios ojos. ¿Quién le habría hablado a Ingrid de este sitio?

A pesar de que la noche era fresca, muchos londinenses se habían animado a ocupar las terrazas de los bares y restaurantes de la zona, entre esculturas de arte moderno y mesas y sillas talladas en piedra. La mayoría de los pequeños negocios alrededor del muelle ya estaban cerrados, pero, gracias a La Noche de los Libros, había uno que permanecía abierto. Minho se lo señaló a Kaya.

—Es allí, esa es la librería.

Kaya contempló, fascinada, la pequeña fachada de ladrillo, con libros de segunda mano colocados en estanterías metálicas junto a la entrada, y decorada con macetas de terracota. Sobre la puerta había una única inscripción tallada en madera, con el nombre de la tienda.

THE OPEN DOOR
BOOKS AND COFFEE

—¡Tenías razón! —Kaya todavía sujetaba a Minho del brazo. No le había soltado—. Este sitio es casi idéntico al que menciona Isobel en la novela. Aunque nunca dijo nada de un café.

—No recuerdo que fuese un café hace tres años… —contestó Minho—. Quizá se han adaptado a los nuevos tiempos. Ahora, este tipo de combinaciones están muy de moda.

—¿Entramos? —aventuró ella. Parecía emocionada ante la perspectiva.

Minho colocó una mano sobre la que Kaya tenía en su brazo, en parte como muestra de cariño, en parte para evitar que siguiera apretando tan fuerte. Empezaba a cortarle la circulación.

—Entramos.

Una vez dentro, Minho sintió que los recuerdos de su último viaje se volvían más nítidos. Habían añadido una elegante cafetera expreso en un lateral de la tienda, junto a tres pequeñas mesas bajas rodeadas de sillones antiguos. También había un par de bizcochos de aspecto apetecible sobre un mostrador. Por lo demás, la librería no había cambiado demasiado. Las

estanterías con libros usados se alternaban con ofertas más actuales. Había un apartado específico dedicado solo a literatura francesa. Kaya le soltó por fin y fue directamente hasta allí.

Al otro lado de la caja registradora, un chico algo más joven que ellos, de pelo decolorado y *septum* en la nariz, les dio la bienvenida con una sonrisa.

—Si necesitan que les ayude en algo…

—No es necesario por ahora, gracias —contestó Minho—. Solo estamos echando un vistazo.

Había una sección bastante amplia de novela policiaca. Se giró hacia Kaya, recordando que ella le había dicho que le gustaba mucho el género, pero se sorprendió al ver el rostro de la chica. Se encontraba en medio del pasillo principal, lívida, y tenía la mirada clavada en las fotografías que decoraban la pared de ladrillo detrás de la caja registradora.

—Eh, ¿Kaya? ¿Todo bien?

Las palabras de Minho parecieron sacarla de su estupor. Se apresuró a acercarse a él.

—Madre mía —dijo, encogida contra la sección de novela policiaca y terror. Echó un vistazo rápido para asegurarse de que el dependiente no podía oírles—. No puedo creerlo… Este es el sitio, tiene que serlo. Es la librería de Isobel.

—Recuerda muchísimo a la de la novela, ¿verdad?

Kaya negó con la cabeza, como si tratase de encontrar las palabras adecuadas. Como si estuvieran hablando en el idioma natal de Minho y no en el suyo propio.

—No solo es que recuerde, es que creo que es la librería real.

Minho asintió. Esas eran sus sospechas, al fin y al cabo.

—¿Crees que es posible que tu tía visitase este lugar antes de escribir su novela y se inspirase en él?

Kaya se acercó aún más y volvió a mirar a su alrededor para comprobar que seguían solos.

—Lo que creo es que Isobel le habló de ello a mi tía.

—Espera…, ¿qué? —Por un momento, a Minho le costó comprender a qué se refería—. ¿Isobel existió en la vida real?

—No lo sé —respondió Kaya, con las mejillas encendidas—-. ¿Quizá? El apartamento de la novela existe, ¿no? ¿Por qué no iban a ser reales el resto de cosas? ¡Fíjate en las fotografías! Isobel era fotógrafa, ¿recuerdas?

Minho desvió la vista con disimulo hacia la caja registradora. Por suerte, un cliente que acababa de entrar mantenía ocupado en ese momento al dependiente. Las fotografías estaban enmarcadas de un modo sencillo y mostraban imágenes muy diversas. En una de ellas, un hombre de no mucho más de treinta años, con cierto parecido al joven dependiente y vestido con la moda típica de los años noventa, estaba de rodillas en el suelo abrazando a un perro labrador. Detrás de ellos se intuía la puerta de esa misma librería. Pese a lo aparentemente sencillo de la imagen, había un contraste de luz y color curioso que otorgaba a la fotografía cierta calidad

artística. En otra, una mujer de pelo oscuro y corto, vestida apenas con un camisón que se reflejaba a contraluz y con los labios carnosos maquillados de rojo intenso, hacía una foto a su propio reflejo en un espejo. El color pálido de su piel y de su camisón contrastaba de un modo casi poético con el negro de la cámara y el rojo de sus labios.

—¿Crees que la de la foto es Isobel? —preguntó Minho—. En la novela no se la describe demasiado, pero se menciona que tiene el pelo negro.

—¿No lo ves? Todo encaja a la perfección. El otro hombre podría ser su amigo, con el que compró este sitio.

Minho sintió una corriente de emoción. Debía de admitir que había imaginado a Isobel muy parecida a la mujer de la foto mientras leía *Luz trémula sobre los tejados azules.*

—¿A qué hora empieza el club? —preguntaba en ese momento el cliente que acababa de llegar a la tienda. Sonreía con cierta timidez—. Es mi primer día aquí. Rellené el formulario de solicitud hace una semana, no hace mucho que vivo en el barrio.

—En quince minutos —respondió el chico—. Tranquilo, es una reunión pequeña y entre amigos. No tenemos espacio para mucho más.

—Prefiero las reuniones pequeñas.

El joven dependiente sonrió con cierta ternura y señaló la zona de los sillones y la máquina de café.

—Mi abuelo y su socia se alternan para moderar las reuniones. Son ellos los que organizan el club de lectura. Siéntate y sírvete un poco de bizcocho, los demás no tardarán en llegar. Ahora te preparo la bebida.

Minho y Kaya se intercambiaron una mirada significativa sobre la colección de novelas de bolsillo de *Agatha Raisin*. ¿Su abuelo y su socia?

—Minho… —susurró Kaya con apenas un hilo de voz.

Minho tomó aire, con el pulso palpitándole en las sienes. No podía creerlo.

—Tenemos que unirnos a ese club —le apremió a Kaya—. No podemos irnos de aquí sin una respuesta.

—¿Cómo? —preguntó ella—. Parece que las plazas están cerradas.

Quizá llevaban demasiado tiempo susurrando en francés en un rincón y sin dar ninguna señal de querer comprar ni un solo libro, porque el joven dependiente les lanzó una mirada extrañada cuando pasó por su lado para encender la cafetera. Minho se recompuso.

—Vale, espera aquí.

Cuadró los hombros, tratando de alisar y dar un aspecto presentable a su camiseta del metro de Londres. Después, cogió un libro al azar de uno de los estantes y se acercó a la caja.

—¿Me cobra esto, por favor?

El dependiente le dedicó una sonrisa cortés mientras se acercaba a él. El sonido de la máquina

de expreso precedió a un agradable olor a café que recorrió toda la librería. Minho se percató de que Kaya se había movido, posiblemente en dirección a la zona de literatura francesa.

—¿Va a necesitar una bolsa de papel? —le preguntó el chico.

—Eh, vale. —Ni siquiera había sido consciente hasta ahora de lo que estaba comprando. Un libro sobre mitos nórdicos, al parecer—. ¿Hay un club de lectura esta noche? —preguntó, procurando sonar casual.

Lamentó que Inna no estuviese allí. A su mejor amiga se le daban estupendamente este tipo de situaciones. Una vez, cuando tenían trece años, les había colado en un *noraebang* que solo admitía a mayores de edad, inventándose una trola de lo más elaborada. Se habían pasado toda la tarde encerrados en una de las salas privadas, cantando a voz en grito canciones de DBSK y 2NE1. Algo que también hubiesen podido hacer en casa de Inna, según había argumentado Minho, pero sin la angustia añadida de saberse en un lugar donde no se les estaba permitido entrar.

Jisub también hubiese sido de ayuda. Él habría sonreído al dependiente de la librería de oreja a oreja y le habría empezado a hablar de un montón de temas variopintos, hasta dejarlo completamente aturdido y a su merced. Le hubiese hablado del *drama* de la sirena abisal.

—Hay un club, pero las inscripciones están cerradas para esta noche —se disculpó el chico—. Tenemos un aforo pequeño.

—Ya, es una pena —murmuró Minho, cogiendo su libro.

—Pero puedes apuntarte para el mes que viene. Normalmente no nos reunimos tan tarde. En abril hemos hecho una excepción por La Noche de los Libros.

Minho se sintió tentado a explicarle que no iba a estar allí el mes que viene porque, de hecho, vivía en Corea del Sur y solo había viajado a Londres para celebrar el cumpleaños de alguien a quien apenas conocía. Kaya se situó a su lado.

—Disculpe. Quiero comprar este libro, y me preguntaba… —Su voz sonaba un poco inestable y con el acento francés más marcado que nunca al hablar en inglés. Minho se giró hacia ella. Las manos le temblaban mientras sujetaba un libro de segunda mano de tapa blanda, un poco estropeado—. Me preguntaba si solo tienen un ejemplar.

El dependiente apenas miró el libro de Kaya. Pareció reconocerlo al instante y esbozó una sonrisa.

—Creo que hay uno más en el almacén. También tenemos la versión original, en francés. La encuadernación es mucho más bonita.

—Lo necesito en inglés, muchas gracias —respondió ella de forma atropellada—. Dos ejemplares.

En ese momento, Minho se percató del título del libro. En la cubierta había una fotografía en blanco y negro de París, enmarcada en un fondo beige. Cualquiera hubiera podido reconocer la

ciudad, con la torre Eiffel entre los edificios. Como bien había dicho el dependiente, no era una edición muy llamativa. Al menos, comparada con la bonita edición en cartoné de ese mismo libro que Minho tenía sobre su mesita de noche en Incheon. Aun así, Kaya sujetaba el libro contra el pecho como un tesoro. No era para menos, pues tenía entre sus manos una versión de *Luz trémula sobre los tejados azules* que, hasta la fecha, ninguno de los dos había sido consciente de que existía: una traducción en inglés. Minho comprendió por qué Kaya quería dos ejemplares y no pudo reprimir una sonrisa.

—A Dorian y a Carolina les va a encantar tu regalo —comentó Minho cuando el dependiente los dejó a solas para ir al almacén.

—No puedo creerlo —dijo Kaya—. ¿Qué posibilidades hay de que no se trate de la librería de Isobel? Es casi imposible encontrar el libro de mi tía en ninguna parte. Está descatalogadísimo. ¿Y de dónde han sacado esta traducción?

Antes de que Minho pudiese contestar, el dependiente salió del almacén con otro ejemplar idéntico y un teléfono inalámbrico en la otra mano.

—Vale, buenas noticias —le dijo a Minho—. Acaban de avisarme: uno de los miembros del club no va a venir esta noche. Hay una plaza libre. Si quieres, puedes quedarte.

Minho se giró hacia Kaya, con una pregunta silenciosa en el rostro. Ella, aferrando todavía el libro de su tía contra el cuerpo, no parecía ser consciente de lo que estaba pasando.

«Mi abuelo y su socia se alternan para moderar las reuniones», había dicho el joven dependiente hacía solo un momento. En caso de que su teoría fuese cierta, había un cincuenta por ciento de posibilidades de que aquella noche se presentase allí una versión madura del joven sin nombre con el que Isobel había comprado ese local para convertirlo en una librería. El otro cincuenta por ciento de posibilidades implicaba que fuese la propia Isobel la que se sentara en esos sillones junto a la máquina de café. De un modo u otro, aquella no era una oportunidad que desaprovechar.

Aun así, sentía que no le correspondía a él vivir esa experiencia.

—¿Te importa si se queda ella en mi lugar? —preguntó Minho, haciendo un gesto con la cabeza hacia Kaya.



CAROLINA

Cuando Carolina era demasiado joven y había ocasiones en las que el mundo le desbordaba por completo, Lily le enseñó un truco para recuperar el control y sentirse un poco mejor: enumerar una lista con todos sus problemas, desde el más importante al más insignificante. La mayoría de ellos, decía, palidecen y se vuelven pequeños cuando se verbalizan en voz alta.

De ese modo, y en contra de todo pronóstico sobre cómo debía haber terminado aquella noche, Carolina acabó encerrada en el cuarto de baño del piso de Dorian, sentada sobre la tapa del inodoro y haciendo una lista con todos sus problemas inmediatos.

En primer lugar, su novio la había abandonado y estaba sin blanca. Curiosamente, en aquel momento, y pese a que se suponía que aquel debía ser el peor, ni siquiera le importó demasiado. Randy parecía una figura muy lejana ahora mismo. Al otro lado de la puerta se escuchaba la música y las voces amortiguadas de una fiesta repleta de desconocidos. Londres nunca le había parecido tan distinto a Nueva York como entonces.

En segundo lugar, un tipo muy colocado y disfrazado del protagonista de una serie de gángsters de época le había vomitado encima, estropeando su jersey navideño. Carolina se deshizo, con todo el dolor de su corazón, de la parte más destacable de su atuendo de Mark Darcy y lo lanzó a la bañera, frustrada. Llevaba una camiseta interior debajo, no parecía muy apropiada para mostrarse en público, aunque podría ser peor.

En tercer lugar, había pasado un buen rato huyendo de un chico guapísimo y bastante

simpático que había mostrado interés por ella. Lo más triste es que ella había correspondido ese mismo interés hasta que descubrió que el tal Davy pasaba largas temporadas en Nueva York y que quizá querría volver a verla después de esa noche.

En cuarto lugar, su supuesta alma gemela había desaparecido de la fiesta hacía un buen rato. Con otra chica. Ni siquiera sabía cómo debía sentirse al respecto.

Por último, y no por ello menos importante, a Dorian le quedaba de maravilla su uniforme del cuerpo de exploradores. Lo consideraba un poco injusto. Carolina siempre había tenido cierta debilidad por los chicos con pantalones ajustados y botas altas de montar. Su primer gran amor había sido el príncipe Felipe de *La bella durmiente.*

Que los cinco problemas inmediatos de Carolina estuviesen protagonizados por cinco hombres diferentes resultaba bastante penoso, pero era un resumen perfecto de su frustrante vida amorosa. Se levantó de su asiento con un suspiro resignado y se contempló en el espejo del cuarto de baño. Se le había estropeado el maquillaje por culpa del calor. Abrió el grifo y trató de frotarse un poco los ojos para arreglar el estropicio. Después, se armó de valor y quitó el cerrojo de la puerta.

Fue directa a la habitación de Richa, con la idea de cogerle prestado un jersey o una sudadera, pero se encontró algo sorprendente: Dorian estaba allí. Hacía tiempo que lo había perdido de vista, y lo último que esperaba era que se hubiese quedado profundamente dormido, entre sus dos compañeros de piso, mientras la fiesta continuaba sin descanso en el resto del edificio.

Contuvo una carcajada para no despertarles. De repente, sintió que recuperaba su buen humor. Las cosas parecían haber cambiado desde aquella Nochevieja en Camden. Poco a poco, Dorian echaba raíces. «Eres lo único que tengo», le había dicho en una ocasión. Carolina podía tener muchos defectos, pero no era egoísta. Nunca había pretendido ser lo único que tuviese Dorian, la única persona con la que pudiese contar. Ella también había pasado por aquello, cuando apenas era una niña. Sabía lo que era depender de una persona. Hasta los siete años, Carolina solo había tenido a su madre. Después, cuando ella regresó a Guatemala y la dejó atrás, no tuvo a nadie. Al menos, hasta que comprendió que Lily iba a hacerse cargo de ella a partir de entonces. Aunque Dorian fuese un hombre adulto capaz de valerse por sí mismo, no quería eso para él. Quería que se abriese al mundo y que encontrase su lugar en él. Quería que dejase de tener tanto miedo a perderla solo porque no le quedaba nadie más.

Cerró la puerta con cuidado. Sin demasiadas ganas de unirse de nuevo a la fiesta, se acercó a la cocina, cogió un botellín de cerveza y un trozo de pizza fría de una de las cajas, y salió del apartamento para sentarse en las escaleras.

Se preguntó cuánto tiempo más debería quedarse allí. Le había prometido a Dorian que sería la primera en llegar a la fiesta y la última en irse, pero el hecho de que Dorian llevase un buen rato durmiendo la libraba del segundo punto de su promesa. Y más teniendo en cuenta que Kaya

y Minho ya se habían marchado. Dio un mordisco a la pizza y valoró la situación. No muy lejos de donde se había sentado, en el rellano de la segunda planta, una pareja se estaba besando. Carolina se movió un poco para dejarlos fuera de su vista y darles intimidad. Sobre todo al darse cuenta de que uno de ellos era Davy, el chico con el que había bailado varias canciones y protagonista involuntario del tercero de sus problemas más inmediatos.

Justo cuando estaba terminando su pizza y tomando la decisión de marcharse de allí, el cuarto de sus problemas inmediatos se materializó en la parte baja de las escaleras.

—Ah, ¡estás aquí! —exclamó Minho con una sonrisa—. ¿Qué le ha pasado a tu jersey?

Parecía aliviado de no tener que entrar en el apartamento para buscarla. Tal vez, él también estaba un poco saturado de la fiesta. Subió el tramo de escaleras que les separaba y se dejó caer a su lado.

—¡Hola! —le saludó Carolina, tratando de disimular la diversión de su voz. Esperaba que al menos Randy no reapareciera por allí esa noche—. No contaba con verte de nuevo.

—No esperábamos marcharnos tanto rato —se disculpó él—. Nos hemos entretenido. Os iba a mandar un correo para avisaros, pero mi móvil se ha muerto. —Lo sacó del bolsillo de su gabardina y lo miró con hastío—. Tendría que haberlo cargado en el aeropuerto.

—Tranquilo. ¿Dónde está Kaya?

—Se ha quedado en Gabriel's Wharf.

—¿Dónde?

—Es una zona de ocio no muy lejos de aquí —aclaró él—. Junto al río. —Pareció meditar durante unos segundos qué decir a continuación, con la mirada clavada en la pantalla oscura del teléfono—. Nos hemos encontrado con unos viejos amigos de su familia y los he dejado a solas para que se pusieran al día.

—Vaya casualidad…

—¿Dorian sigue dentro? Esta fiesta parece no terminar nunca.

Carolina esbozó una sonrisa de medio lado.

—Se ha encerrado en una de las habitaciones con sus dos compañeros de piso. Aun así, me parece que nadie ha pillado la indirecta.

Minho soltó una carcajada. Estaba guapo cuando se reía. No era algo tan habitual, casi nadie está realmente guapo cuando se ríe.

—Quizá deberíamos marcharnos nosotros también —propuso él.

Carolina dejó el botellín en el suelo y estiró los brazos por encima de la cabeza para desentumecerse, reprimiendo un bostezo.

—Pues sí. Creo que nuestro momento en esta fiesta ya ha pasado, y el *jet lag* empieza a hacerme efecto. Además, mañana tenemos un club de lectura y un vuelo de vuelta a casa.

—No puedo creer que hayamos volado hasta aquí solo para pasar en Londres un día y medio

—comentó Minho—. No es nada propio de mí hacer algo así.

—Dorian tiene la asombrosa capacidad de convencer a cualquiera de cualquier cosa.

Él se giró un poco para mirarla a los ojos. También tenía unos ojos bonitos. Todo en Minho parecía bonito, en general. Hubiese sido uno de los primeros chicos en los que se hubiera fijado en esa fiesta de no haberlo conocido de antes. Si la teoría de Dorian era cierta, Carolina no había salido nada mal parada en el reparto de almas gemelas. Pero… ¿no debería estar sintiendo algo más? Una conexión mística y especial. ¿No deberían estar terminando las frases del otro y sentir que el mundo entero se difuminaba a su alrededor?

Minho se movió un poco para acomodarse mejor contra la pared, y su rodilla rozó un instante la de Carolina. El mundo seguía ahí, todavía sin desaparecer.

—No sé si lo has visto —le dijo él en un modo confidente—. Pero el chico con el que hablabas cuando he ido a avisarte de que nos marchábamos está ahí abajo besándose con Mary Poppins. Al menos, creo que es él. Había mínimo otras dos personas más disfrazadas de John Lennon.

—Lo he visto.

—Vaya. Pensé que… Me dio un poco de reparo acercarme antes a vosotros porque daba la impresión de que estabais ligando.

—Estábamos ligando —le confirmó Carolina, fingiendo despecho, y él sonrió divertido ante su tono de voz—. Pero no sé… —Se planteó dejar ahí la frase. Sin embargo, algo en la expresión de Minho le hizo desear seguir hablando—. Creo que simplemente… ¡puf! Cortocircuité. Me di cuenta de que había una persona agradable y atractiva que estaba interesada en mí y sentí la necesidad de salir corriendo. —Emitió un suspiro de frustración—. A veces me pasa. Estar soltera es muy complicado, y llevo un tiempo sin practicar.

Minho le dedicó una mirada diferente a las anteriores. Por primera vez desde que se habían visto esa misma mañana, había algo distinto. Por primera vez, Carolina detectaba en él un destello de curiosidad. Aquello hizo que se estremeciera un poco. Quizá el mundo seguía sin desaparecer del todo, pero Carolina hubiese jurado que la música al otro lado de la puerta se atenuaba, haciendo que resultase mucho más sencillo oír la respiración de Minho, sentado junto a ella.

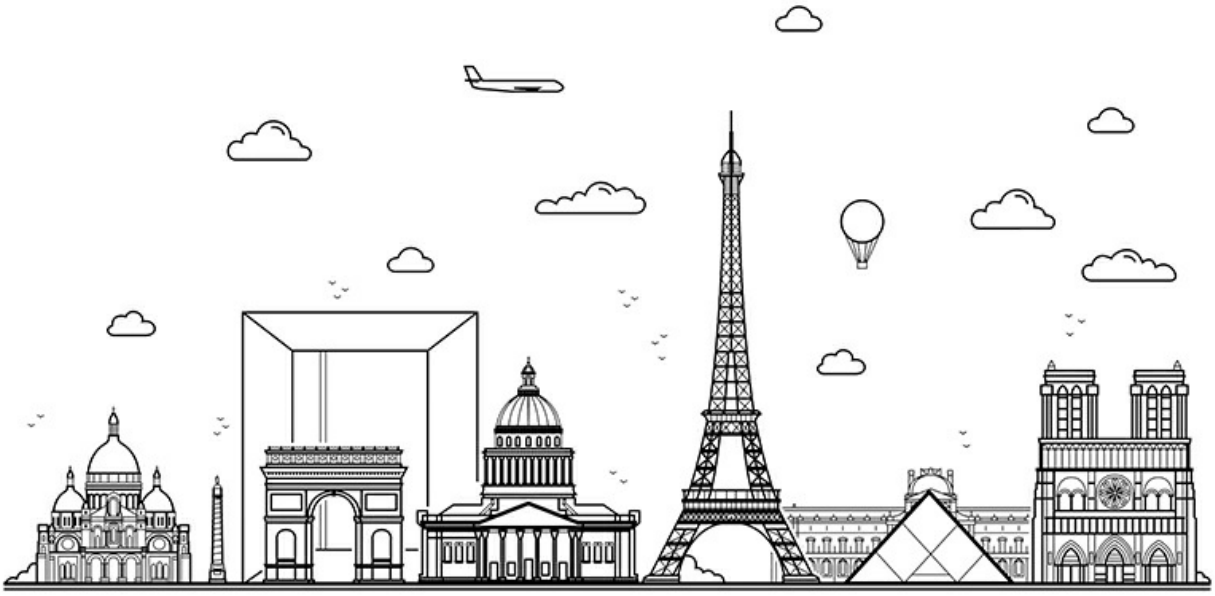
—A mí también me ocurre… Me refiero a lo de cortocircuitar y salir corriendo —aclaró él—, y eso que llevo bastante más tiempo practicando lo de estar soltero.

Esta vez fue Carolina quien se rio, con fuerza.

—No tenemos remedio. —Volvió a coger el botellín de cerveza y se lo tendió a Minho—. ¿Nos terminamos esto a medias y nos vamos a dormir de una vez?

Él asintió, sonriente, y alargó la mano para coger el botellín. Sus dedos se rozaron, y entonces Minho se percató de algo.

—¿Te habías dado cuenta? Creo que llevamos el mismo reloj.



KAYA

Al llegar al hotel, ni se planteó pasar por su habitación: quería quitarse de una vez el disfraz de Bridget Jones, pero tenía otras prioridades en mente. Golpeó con cuidado la puerta de la habitación de Minho, lo suficientemente suave como para no despertarle si ya estaba durmiendo. Al cabo de unos segundos, oyó el sonido de alguien que se acercaba. Minho abrió la puerta, vestido con unos pantalones de pijama y una camiseta de algodón. Estaba descalzo, llevaba el pelo revuelto y humedecido, como si se hubiese dado una ducha al llegar, y tenía puestas unas gafas enormes de montura metálica que le agrandaban un poco los ojos.

Todas las emociones de la noche debían de haber emborrachado un poco a Kaya, pese a que apenas había probado el alcohol, porque se sorprendió a sí misma soltando una risita nerviosa.

—Pareces un bibliotecario —le dijo a modo de saludo—. De los de las películas adolescentes de acción, de esos que colocan libros por orden alfabético de día y salen a cazar vampiros cuando cae el sol.

Minho se apresuró a quitarse las gafas.

—Solo las uso cuando estoy delante del ordenador. Estaba revisando un informe para el trabajo. Pasa si quieres. ¿No vas a contarme cómo ha ido?

Kaya apretó los labios y entró en la habitación. Aunque la había reservado para él solo, era una habitación con dos camas. Una estaba deshecha y había un portátil plateado abierto sobre la colcha. ¿De verdad Minho había estado revisando informes a la una de la mañana de un sábado?

Se sentó en la cama vacía.

—No he conocido a Isobel. Ha venido el otro dueño, su socio. Se llama Arthur, por cierto.

Minho se sentó frente a ella, en su cama, cruzando las piernas sobre el colchón, y soltó un suspiro de decepción.

—Era mucho pedir que justo apareciese ella.

—Pero ha sido genial, de todos modos. He confirmado que sí que se trata de la librería de Isobel. Arthur ha mencionado en un momento dado que el mes que viene leerán *El amante de Lady Chatterley* y que «Bela» se hará cargo de la reunión. ¡Bela!

Minho soltó una carcajada y se pasó la mano por el pelo, retirándose los mechones húmedos detrás de las orejas.

—Definitivamente, es casi imposible que no se trate de la librería de Isobel. Apenas puedo creer que sea una persona real.

Era extraño verle así. En ropa de dormir, alejado de su brillante y pulido aspecto, y dejando caer las muchas barreras que casi siempre le acompañaban. Recordó por un momento la primera conversación que habían tenido por teléfono, cuando Minho acababa de salir del examen de inglés.

—¿No tienes sueño? —le preguntó ella.

—No mucho. Estoy desvelado. En Corea ahora mismo son las nueve de la mañana.

Pero parecía cansado. Se movió un poco, para apoyar la espalda contra el cabecero.

—Cuéntame más cosas… ¿Cómo es ese Arthur?

—No me sorprende que Isobel y él sean amigos desde hace tanto tiempo. Es un hombre bastante guay. —Se recostó un poco en la cama vacía. Su vuelo no había sido tan largo, pero empezaba a adormilarse—. Sabe mucho de literatura, y está claro que le gustan los perros: iba acompañado por un bulldog francés. Le había puesto un jersey de cuadros a juego con el suyo. Dijo que se llamaba *Sir Robert Chiltern.*

—¿Le ha puesto ese nombre al perro? —preguntó Minho, ahogando un bostezo—. Es un personaje de una obra de teatro de Oscar Wilde. Arthur se llevaría bien con la madre de Dorian.

Kaya soltó una risita mientras apoyaba la cabeza en la almohada.

—Sabía que ese nombre me sonaba de algo.

—¿Qué novela habéis comentado en el club?

—*Orgullo y prejuicio.*

Minho volvió a reír.

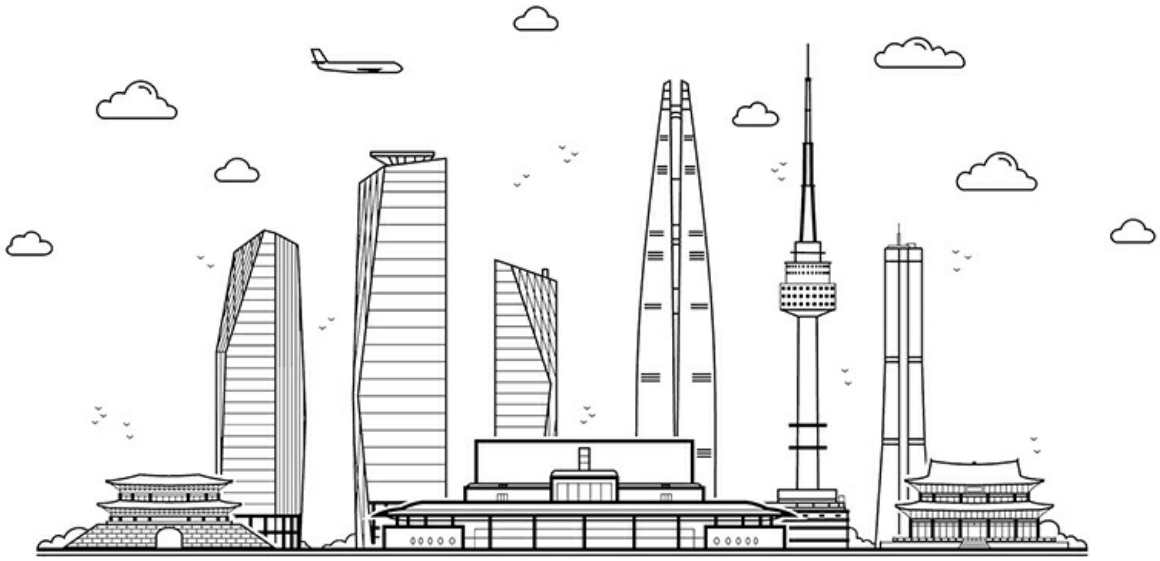
—Qué oportuno.

Él también se había tumbado en su cama, después de cerrar el portátil y dejarlo con cuidado en el suelo. Kaya se preguntó cómo era posible que, esa misma mañana, le hubiese parecido que viajar en metro con él era algo demasiado íntimo.

—Ya te digo… Arthur comenzó la sesión diciendo: «Hablemos del señor Darcy», y yo solo podía pensar en nuestro Mark Darcy y en Carolina vestida con ese jersey navideño… —Bostezó ella también—. De todos modos, es un sitio agradable. Han creado una bonita comunidad en torno a la librería. El chico tímido que ha llegado en primer lugar al club cuando nosotros aún estábamos allí parecía… no sé cómo explicarlo. Aliviado. Como si aquel fuera el primer acto social en el que participaba en mucho tiempo.

—Han creado un refugio en medio de una ciudad enorme y abrumadora —comentó Minho, encantado—. Creo que a Isobel le pega algo así, lo poco que conocemos de ella. ¿Crees que tu tía ha vuelto a verla en algún momento durante estos años?

—No lo sé… Me encantaría que así fuera. Sé que mi tía no buscaba ataduras, que quería vivir en París y encontrarse a sí misma, pero ha pasado ya mucho tiempo desde entonces. Ahora tiene más de setenta años y, desde luego, ya no vive en París. Me encantaría saber que encontró un lugar especial, me encantaría que esa pequeña librería de Gabriel’s Wharf también fuese su refugio.



MINHO

Minho quiso decirle a Kaya que estaba de acuerdo con ella, que se había encariñado lo suficiente de Ingrid Baudin a través de su novela como para desear con fuerza que se encontrase bien y feliz en un lugar como esa librería. Sin embargo, los párpados le pesaban cada vez más. Llevaba casi dos días sin dormir, y su cuerpo había decidido percatarse de ello de repente. Quiso decirle también que él mismo había encontrado un lugar especial, un refugio, en su propio club de lectura. Estaba convencido de que ya se lo había dicho, de todos modos. En una conversación por teléfono. Pero aquello era distinto. En aquel momento, aún no se habían visto en persona. Cuando habían hablado de los baobabs, Minho también estaba exhausto y somnoliento, pero Kaya se encontraba al otro lado del mundo, en lugar de tumbada en una cama junto a la suya. Quiso decirle que podía quedarse si quería. Que no le importaba que durmiese en su habitación. Quiso hablarle de Somin, pese a que también estaba convencido de que ya lo había hecho en otra ocasión. Quiso hablarle de que Carolina y él tenían el mismo reloj, aunque no estaba seguro de por qué aquello, de golpe, parecía tan importante. Quiso pedirle perdón porque la habitación aún olía a piña colada por ese estúpido perfume del *duty free*…

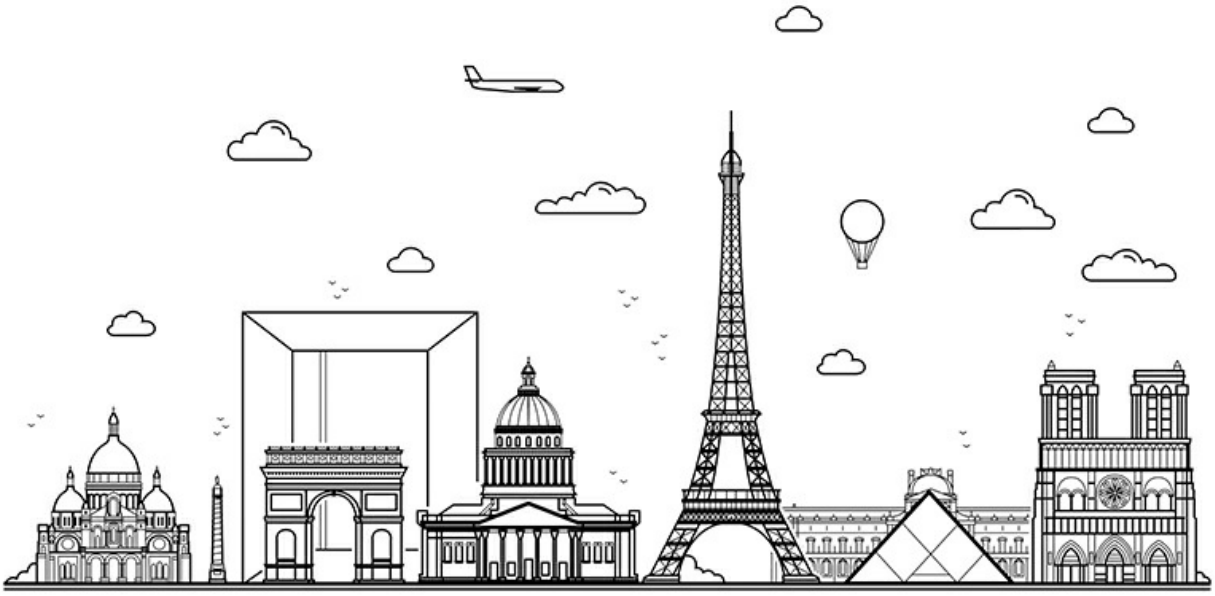
No le dijo nada de eso.

Cuando despertó, varias horas después, el sol se filtraba a través de las cortinas entreabiertas. Se sentía un poco febril, por culpa del sueño profundo, y tenía la garganta seca. Sospechaba que Kaya no había dormido allí: la cama contigua a la suya estaba casi intacta, salvo por alguna

pequeña arruga en la colcha blanca. En la mesilla había un botellín de agua que él no había comprado, y el portátil abandonado en el suelo ahora reposaba encima del pequeño escritorio.

Apoyada contra el botellín de agua, descubrió una pequeña nota escrita a mano. Kaya solo había escrito una palabra antes de marcharse:

Gracias.



KAYA

—No estáis enfadados, ¿verdad? —preguntó Kaya, preocupada.

Dorian estaba repantigado en las escalinatas del monumento a la memoria de la Reina Victoria, frente al Palacio de Buckingham, como si se tratase del sofá del salón de su casa. Esa misma tarde, Kaya regresaría a París, y Minho y Carolina harían lo propio con sus respectivas ciudades. De ese modo, les había parecido una buena idea celebrar su reunión del club de lectura en, según las palabras del propio Dorian, «uno de los sitios más rematadamente británicos de todo el puñetero Londres» para que ella pudiera hacer algo más de turismo. Dorian iba vestido con una sudadera de Lacrosse de una universidad a la que Kaya sospechaba que no había ido. Las gafas de sol se le habían deslizado por el puente de la nariz, y sujetaba en una mano una bebida rosa del Starbucks y en la otra uno de los ejemplares de la edición en inglés de *Luz trémula sobre los tejados azules*. Parecía una estrella de rock durante la mañana siguiente a un concierto. Decadente y algo adormilado. Ante la pregunta de Kaya, frunció un poco el ceño.

—¿Por qué íbamos a estar enfadados? ¿En Francia es una ofensa que alguien te regale un libro?

—No por el regalo en sí, por lo otro —insistió Kaya—. Os hice leer *El Principito* mientras nosotros leíamos esta novela a escondidas. Es casi como… —Buscó con la mirada a Minho, que también estaba sentado en las escalinatas del memorial, apurando su té chai con leche de soja, y parecía mucho más fresco que Dorian—. No sé, no se me ocurre una peor traición en un club de

lectura.

—A mí tampoco, la verdad —convino Minho, que parecía estar intentando disimular una sonrisa.

Carolina soltó una suave carcajada. Había dejado atrás su disfraz de Mark Darcy e iba vestida a la última moda, con un *crop top* negro debajo de su americana. También se había pedido una bebida rosa cuando habían ido a comprar el desayuno al Starbucks. De hecho, había sido ella quien había acabado invitando a Dorian a otra, tras un bufido de fastidio, la tercera vez que él había abandonado su café para pedirle un trago.

—Creo que podremos superar vuestra alta traición, chicos. —Tenía el libro abierto en el regazo y estaba hojeando algunas páginas—. ¿Dices que la autora es tu tía? ¿Y no sabías que lo habían traducido al inglés?

Kaya negó con la cabeza.

—La edición en francés pasó sin pena ni gloria; cuesta creer que una editorial estadounidense se interesase por ella.

Carolina continuaba analizando el libro con curiosidad, y Kaya tuvo el extraño pensamiento de que, entre los cuatro miembros del club de lectura, Carolina hubiese sido la favorita de su tía.

—Ditmars Publishing —leyó ella—. Por lo que pone aquí, parece que tienen las oficinas en Nueva York, no muy lejos de mi casa. Si es que siguen en activo, claro. Esta edición es de finales de los ochenta.

—¿Tu casa? —preguntó Dorian con curiosidad.

—Sí —insistió Carolina—. Si no recuerdo mal, la calle Ditmars está en el lado norte de Astoria, el barrio griego, dentro de Queens… —Se quedó callada de golpe y se ruborizó un poco —. Bueno, me refería a que está cerca de casa de Lily, donde me estoy alojando ahora temporalmente.

Dorian rio, con cierta ternura.

—Estoy seguro de que Lily estaría encantada de escucharte llamarla así. Podrías quedarte para siempre y ella no protestaría.

—Quizá lo haga, me alimento mucho mejor desde que he vuelto, y todos los jueves, cuando los chicos se han ido a dormir, nos ponemos una mascarilla casera en el pelo y hacemos maratón de *Se ha escrito un crimen*. Mi vida es mucho más emocionante ahora que cuando vivía con Randy. —Se dirigió de nuevo hacia Kaya—. ¿Querrás que me acerque un día de estos y eche un vistazo a la editorial? Si siguen allí, quizá pueda averiguar cómo descubrieron la novela de tu tía.

—¿Lo harías? ¡Sería genial!

—Sin problema. Investigaré este caso al más puro estilo Jessica Fletcher.

Kaya soltó una risotada nerviosa. En el fondo, sabía que era absurdo que Carolina y Dorian se hubiesen molestado por haber leído un libro a sus espaldas, pero a veces resultaba un poco difícil

dejar atrás a esa adolescente insegura que había crecido en un pequeño pueblo de Normandía.

—¿Vamos a leer este libro para el mes que viene? —preguntó Dorian.

—No, por favor —se apresuró a contestar Kaya—. Ya leímos un libro de un autor francés. Os lo he regalado para que lo guardéis, por ahora, y quizá lo proponga cuando vuelva a tocarme elegir. Para el mes que viene, podemos leer algo de Corea del Sur o de Estados Unidos.

—¿Tienes algún libro en mente? —preguntó Minho a Carolina—. No me importa ser el último.

Carolina asintió.

—¿Pasa algo si no es un libro de Estados Unidos? Había pensado en una autora guatemalteca, pero sé que las normas hablan del país de residencia y, aunque mi familia es de allí, yo nunca he vivido en Guatemala.

—Bueno —empezó Minho—, las normas también dicen que las reuniones para comentar los libros deberían consistir en un intercambio de correos electrónicos y aquí estamos, sentados frente al Palacio de Buckingham.

Los cuatro rieron. Kaya los observó con afecto. Todavía se comportaban de un modo excesivamente formal los unos con los otros, como si estuvieran empezando a tantear el terreno y construyendo poco a poco los cimientos de su relación, pero iba a echarles de menos cuando regresase a París.

En ese momento, el teléfono móvil de Dorian comenzó a sonar. Dejó la bebida a un lado, lo sacó del bolsillo de los vaqueros y echó un vistazo.

—Perdonad —murmuró, levantándose—. Es mi madre. Puede ser una conversación breve o alargarse hasta la extenuación.

Fue una conversación breve. Tras unos segundos hablando por teléfono y caminando en círculos por el asfalto cobrizo frente al palacio, Dorian se les acercó de nuevo, con gesto de fastidio.

—Decidme que puedo subir a cualquiera de vuestros vuelos y huir de Londres para siempre —suplicó, dejándose caer de nuevo en la escalinata—. Minho, llévame contigo: seguro que en Incheon puedo ganarme la vida de una forma honrada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carolina.

—Mi madre quiere que la acompañe esta tarde a una recepción de su universidad. Mi padre está ocupadísimo, al parecer. Ha viajado a Glasgow para tratar a los miembros de un grupo de música indie que está a punto de separarse. Su mánager cree que las patrañas pseudocientíficas de mi padre les ayudarán a darse cuenta de lo mucho que se quieren. —Emitió un suspiro sonoro y buscó su bebida de color rosa, dándole un largo trago—. No funcionó con Oasis, no funcionará con ellos. Harían mejor en contratar a un psicólogo de verdad.

—¿Tu padre hizo de *coach* para Oasis? —preguntó Kaya con los ojos muy abiertos.

—No estoy seguro, yo era muy pequeño, pero Noel Gallagher nos manda una caja de Ferrero Rocher siempre por Navidad.

—¿Qué? —Minho se había quedado de piedra—. ¿Ferrero Rocher? —repitió—. ¿Noel Gallagher os envía Ferrero Rocher en Navidad?

Dorian se encogió de hombros, en un gesto juguetón.

—¿A ti no?

Kaya volvió a reír. Carolina no parecía demasiado impresionada, como si estuviera más que acostumbrada a la familia de Dorian y sus rarezas. En su lugar, preguntó algo:

—¿No quiere ir tu madre sola al evento de la universidad? Es extraño en una mujer como ella, tan independiente.

Dorian negó con la cabeza.

—No se trata de eso. Uno de sus compañeros de departamento se va a jubilar y ha preguntado por mí. Me conoce desde niño, y supongo que me tiene cariño.

—No parece tan terrible, entonces —dijo Kaya. De hecho, ella estaría encantada de acudir a un evento así. Cuando descubrió que la madre de Dorian era directora del departamento de Literatura en la Universidad de Londres, sintió una envidia infinita.

—Supongo que no —contestó Dorian, poco convencido—. Pero me habría gustado acompañaros al aeropuerto.

—No pasa nada, aún tenemos varias horas por delante antes de despedirnos —murmuró Carolina, alargando el brazo para tomar la mano de Dorian y darle un apretón cariñoso.

—Y todavía queda lo mejor —trató de animarle Kaya—: celebrar la reunión del club.

Dorian esbozó una sonrisita.

—Por supuesto. ¿A qué estamos esperando?

Carolina se giró hacia Minho.

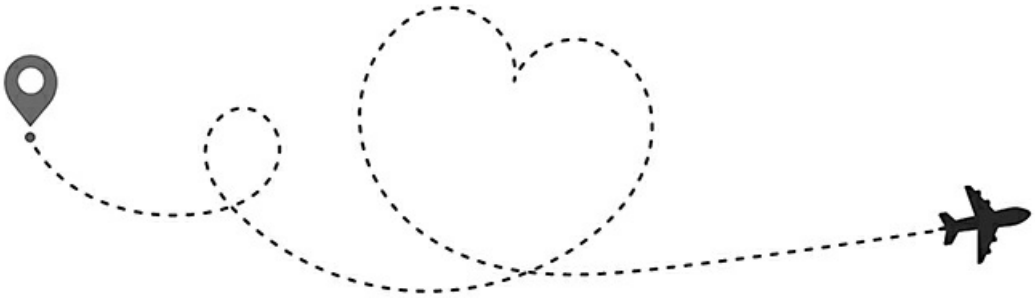
—Señor presidente, ¿hace los honores?

Minho se enderezó un poco y asintió. Le lanzó una mirada divertida a cada uno de ellos, antes de animarse a hablar:

—Muy bien, hablemos del señor Darcy.

CAPÍTULO 8

BAJO LA LUNA LLENA Y EN UN SITIO SOLITARIO



De todos modos ¡bien sabía!
que era inútil la brujería
del consejo de Marien;
porque un amor
como el tuyo y el mío
ni brujos ni diablos
ni psiquiatras
pueden ¡tan fácilmente!
borrarlo.

LUZ MÉNDEZ DE LA VEGA (escritora y poeta guatemalteca):
Brujería inútil

ASUNTO: :(

Dorian Thoresby (LHR Airport) a "Buzón: club de lectura"

28 de abril a las 16:43 (GMT)

¿Me echáis ya tanto de menos como yo a vosotros? Mientras escribo este correo, mi corazón se parte en mil pedazos. :(

Quizá influya que tengo resaca y que, en lugar de quedarme bajo una manta en el sofá y ver la reposición de *El mago de Oz* que están echando ahora mismo en la BBC (como una persona normal), deba ponerme un traje y una corbata y pasar el resto de la tarde en la universidad de mi madre, rodeado de un montón de catedráticos y comiendo sándwiches de pepino.

Gracias por aceptar mi disparatada propuesta y venir hasta aquí, en serio. Sois los mejores.

Con afecto,

D.

Dorian Thoresby
Auxiliar de vuelo
Tripulación de Aire
Aeropuerto de Londres - Heathrow - Inglaterra

ASUNTO: <3

Dorian Thoresby (LHR Airport) a Carolina Cabrera (JFK Airport)

28 de abril a las 16:47 (GMT)

Como dijo Dorothy: «A ti te echaré de menos más que a ninguno, espantapájaros»

Te quiere,

D. (de Dorian, no de Dorothy)

P.D. He comprobado los vuelos: el de Kaya sale una hora y treinta y cinco minutos antes que los vuestros. Espero que aproveches bien el tiempo a solas con Minho. En una hora y treinta y cinco minutos se pueden estrechar lazos suficientes para justificar una bonita despedida.

P.D.2: Quizá he sido demasiado sutil, me refiero a que deberías darle un beso con lengua (que deje a Minho con un buen calentón durante sus doce horas de vuelo y replanteándose todo lo que cree saber sobre el concepto «alma gemela»).

P.D.3: Lo peor de este fin de semana ha sido que nosotros apenas hemos estado a solas. No

por tu empeño de dormir en un Travelodge, porque yo me quedé frito antes que nadie en la cama de Richa, pero siento que nos lo hemos montado fatal en ese sentido. Trataré de ir a Nueva York antes del verano, díselo a Lily.

P.D.4: Esta es la primera y última vez que tú y yo nos comunicamos por e-mail fuera del buzón del club. Se me da fatal y siento que vivimos en el siglo XIX. Cuando llegues a casa mándame un audio o un mensaje, ¿vale?

Dorian Thoresby
Auxiliar de vuelo
Tripulación de Aire
Aeropuerto de Londres - Heathrow - Inglaterra

ASUNTO: Re: :(
Kaya Baudin (CDG Airport) a "Buzón: club de lectura"
28 de abril a las 17:45 (GMT)

Gracias por todo, Dorian. Por las millas de vuelo, por invitarnos a conocer tu casa y por tener la idea de reunirnos de este modo. Va a ser extraño volver a hacerlo por videollamada.

Ha sido el mejor día y medio que recuerdo en mucho tiempo.

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia

ASUNTO: Re: Re: :(
Han Minho (ICN Airport) a "Buzón: club de lectura"
28 de abril a las 19:28 (GMT)

A mí también me ha encantado conoceros a los tres en persona.

Muchas gracias por todo, Dorian. Has sido un gran anfitrión (y muy considerado con todo ese asunto de la camiseta cutre del duty free).

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

ASUNTO: Re: 3
Carolina Cabrera (JFK Airport) a Dorian Thoresby (LHR Airport)
28 de abril a las 19:45 (GMT)

Se te da verdaderamente mal escribir por correo electrónico, suerte que los auxiliares de vuelo no tenéis que hacerlo a menudo.

Acabo de despedirme de Minho, y lamento comunicarte que no ha subido con ningún calentón a su vuelo de doce horas. Pero durante nuestro tiempo a solas en la terminal de salidas, hemos compartido una bolsa de grageas Jelly Belly, hemos hablado del viejo videoclub de su barrio y le he invitado a un zumo de piña de la máquina expendedora, así que supongo que ya puedes ir preparando tu discurso de padrino para la boda.

A estas alturas, ya estarás en la fiesta de la universidad. Espero que no sea demasiado terrible. Te escribo cuando aterrice.

(Tienes razón, ojalá hubiéramos podido pasar un poco más de tiempo a solas. Le diré a Lily que vendrás a visitarnos pronto).

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.

ASUNTO: Lectura de Mayo
Han Minho (ICN Airport) a "Buzón: club de lectura"
1 de mayo a las 13:00 (KST)

¡Hola a todos!

Es extraño pensar que hace apenas cuatro días estábamos juntos en Londres. Esta mañana me he despertado preguntándome si lo había soñado o si había ocurrido de verdad.

Recordad que hoy empezamos la lectura de la Antología Poética de Luz Méndez de la Vega.
Un abrazo a los tres,

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur



CAROLINA

—Vaya, esta zona está muy bien —comentó Carolina, echando un vistazo a su alrededor.

Marien caminaba a su lado. Acababan de salir de la estación de metro y se encontraban en el corazón de Astoria, el barrio griego de Queens. Carolina no contaba con salir a dar un paseo ese sábado con la Gran Bruja de la avenida Roosevelt, como a Marien le gustaba referirse a sí misma, pero hacía un par de días, durante una de sus sesiones de belleza y *Se ha escrito un crimen*, Lily le había trasladado sus sospechas de que Marien estaba algo alicaída.

—Ha comenzado a faltar a las clases de *aquagym* —murmuró mientras se retiraba una rodaja de pepino del ojo derecho para lanzarle a Carolina una mirada (o media mirada) cargada de significado—. Y ya sabes lo mucho que adora Marien esas clases desde que empezó el nuevo monitor. ¿Conoces a Tony, por cierto? Tiene treinta años y está soltero. Quizá tú también deberías apuntarte y venir con nosotras.

Carolina no tenía ningún interés en conocer a Tony, y tampoco consideraba algo tan grave que Marien se hubiese aburrido de *aquagym*. Aun así, le había ofrecido ir con ella hasta las oficinas de Ditmars Publishing para animarla a salir de su apartamento.

Era sábado, y Nueva York resplandecía. Marien era una mujer de unos sesenta años, robusta y alta. Iba vestida como se podría esperar de la mejor adivina de la zona latina de Queens: ropa de color claro y con el pelo canoso retirado hacia atrás, cuidado de un modo casi religioso. Marien siempre insistía en que era a través de la cabeza desde donde se atrapaban las energías.

Parecía estar gustándole el barrio de Astoria porque llevaba más de cinco minutos sin quejarse de estar allí. Un gran cambio, teniendo en cuenta cómo había transcurrido el trayecto en metro.

—Yo también formé parte de un club una vez —comentó Marien entonces, mientras esquivaban a los transeúntes. Agarró a Carolina del brazo—. Cielito, ¿podrías andar un poco más lento? Ya no tengo veinte años.

—Lo siento —se disculpó ella, y aminoró el paso—. ¿Dices que formaste parte de un club de lectura?

—No exactamente: era un club de espiritismo. Nos juntábamos los viernes por la noche en la trastienda de la zapatería de Rudolph Smith para comunicarnos con los muertos, hasta que la mujer de Rudolph se quejó porque decía que todas las semanas le desaparecía el diafragma de la mesita de noche y aparecía en los lugares más insospechados.

—¿Le desaparecía el diafragma? —repitió Carolina, anonadada.

—Decía que era obra de los espíritus que convocábamos en nuestras sesiones, porque su abuela le había pedido antes de morir que le diese muchos bisnietos y ella no había cumplido su promesa. Pero es más o menos lo mismo, ¿no? Un club es un club.

—Tienes razón —rio Carolina—. Un club es un club. ¿Sabes qué? Este mes leemos a Luz Méndez de la Vega.

—¡Me gusta esa mujer! Saqué mi nombre actual de uno de sus poemas.

Carolina lanzó una mirada asombrada a Marien.

—¿Tenías otro nombre antes? No lo sabía.

Marien puso los ojos en blanco.

—¿No te lo ha dicho Lily? Le encanta bromear con eso. —Carolina negó con la cabeza—. Resulta que mi nombre oficial es Karen. Peor aún, Karen Kate. —Suspiró—. Karen Kate Velázquez. No sé en qué estaban pensando mis padres aquel día, sinceramente.

Carolina utilizó toda su fuerza de voluntad en no echarse a reír allí mismo. Que ella supiera, los padres de Marien habían emigrado desde Veracruz. Marien había nacido y crecido en Filadelfia, antes de mudarse definitivamente a Nueva York. Seguía siendo un misterio dónde había obtenido esa afición por el ocultismo y la adivinación.

—Karen es un nombre muy bonito.

—No digas tonterías, mocosa. Tengo el nombre de una ricachona que bebe zumo de naranja en las playas de Florida. «La bruja Karen Kate, la gran adivina de Queens», no podía presentarme así al mundo. La imagen de marca es muy importante en mi sector.

Carolina soltó otra carcajada y Marien esbozó una tenue sonrisa. Pese a que habían aminorado bastante el paso, parecía algo cansada.

—¿Quieres que nos sentemos un rato? —preguntó Carolina, y señaló un banco de madera

junto a una pequeña zona verde entre dos edificios.

—¿Te importa? Hace un poco de calor, y todavía no he terminado de recuperarme de los vértigos del mes pasado.

Se encaminaron hacia allí. Marien soltó un suspiro de alivio al dejarse caer en el banco.

—Esto está mejor.

—¿Necesitas que vaya a comprarte un botellín de agua o una Coca-Cola? —le ofreció Carolina, sentándose a su lado, preocupada. Apenas habían andado diez minutos, pero Marien estaba exhausta—. O un yogur.

—Cielito, que estemos en el barrio griego no significa que vayan a vendernos yogur así como así. ¿Acaso en nuestra zona venden tamales en cada esquina?

—Sí que lo hacen —contestó Carolina con una sonrisa de suficiencia—. La franquicia se llama, literalmente, «La tienda de tamales de la esquina de Nacho Pantoja».

—Era una forma de hablar —espetó Marien.

—De todos modos, me refería al yogur helado que venden ahí. —Señaló al otro lado de la calle—. No creo que sea griego ni nada, pero le ponen M&M's por encima. Tenemos uno en el aeropuerto.

—Umm, me comería un yogur con M&M's ahora mismo —dijo Marien mucho más animada —, y un par de tamales de los de Nacho Pantoja.

—Cuando volvamos, iré a comprarte. Podemos almorzar en tu apartamento y ver *Los ricos también lloran*. Cuando era pequeña y mamá me dejaba en tu casa, siempre la veíamos juntas.

Marien esbozó una suave sonrisa, como hacía siempre que Carolina mencionaba a su madre. Ella era lo más parecido a una amiga que la madre de Carolina había hecho en Estados Unidos.

—No es un mal plan, si no te importa pasar la tarde del sábado viendo telenovelas conmigo y con una gata vieja, en lugar de salir a tomar una copa con chicos de tu edad.

—Mi vida social ha disminuido un poco en los últimos meses. —Se encogió de hombros. Compartir casi todos sus amigos con su exnovio no le ayudaba a desear quedar con ellos a corto plazo. Sabía que la presencia de Randy iba a sobrevolar la conversación, aunque no llegaran a mencionarlo directamente—. No me apetece ir hasta Manhattan en mis días libres, estoy bien aquí.

—En ese caso, deberías volver a integrarte con la gente del barrio. ¿Te ha hablado Lily de Tony Gambaro? Es nuestro monitor de *aquagym*, puedo pasarte su teléfono.

—No creo que sea necesario. De todos modos, ¿has ido al médico para que te revise esos mareos?

—Estoy bien. No te preocupes por eso. Lo suficientemente bien para cruzarme Queens contigo para investigar a una mujer francesa de la que jamás he oído hablar. Me dejarás leer su novela, espero.

Si la conversación sobre su patético pasado más reciente había sumido a Carolina en un humor algo extraño, la mención a Ingrid Baudin y el libro que les había regalado Kaya le hizo animarse de golpe. De alguna manera, recordar esa pequeña reunión en las escalinatas frente al palacio de Buckingham le resultó reconfortante.

—Trato hecho. Todavía no la he leído, pero Minho dice que se describe un romance muy apasionado entre la protagonista y una joven fotógrafa inglesa. Siempre te han gustado ese tipo de historias, ¿no?

Marien la contempló con una ceja alzada.

—Minho, ¿eh? Nunca lo habías mencionado. Háblame de él.

Carolina puso los ojos en blanco, aunque sintió que le latía el pulso con fuerza en las sienes. Había sido la propia Marien, al fin y al cabo, la que había predicho que tenía un alma gemela esperándola ahí fuera. La misma que había mencionado la fecha de nacimiento de esa persona, entre otras cosas. Jugueteó nerviosa con la correa de su reloj, y sintió que se sonrojaba. No estaba preparada para que Marien le confirmase si la teoría de Dorian era cierta.

—Preferiría que me hablases tú de él —le dijo, tratando de adoptar un tono casual—. Es un compañero de trabajo y…, bueno, supongo que me interesa un poco.

Marien se frotó las manos en un gesto teatral, cogió el bolso que había colocado sobre el banco y sacó su baraja de cartas.

—Así me gusta, cielito —observó, complacida, mientras mezclaba las cartas—. Randy no era mal chico, y tenía una teoría francamente interesante sobre si Arya Stark es o no una cambiapieles, pero te mereces a alguien mejor.

Carolina esperó con impaciencia a que Marien dispusiera las cartas frente a ella. Se había colocado el bolso en el regazo a modo de mesita improvisada. Carolina conocía bien el procedimiento de una echada de cartas sencilla como aquella. Debía escoger dos y Marien las interpretaría. Quizá, si le hubiese aclarado algo más los motivos de su interés por Minho, Marien le hubiese dedicado una sesión de adivinación completa y en condiciones: en su propio apartamento, con las velas encendidas y sacando varias cartas en distintas tiradas.

—Piensa en ese chico y decide cuáles son tus cartas —le pidió Marien.

Carolina escogió dos, intentando disimular su nerviosismo y con el recuerdo de Minho sentado en el rellano de las escaleras de la casa de Dorian más presente que nunca. Marien guardó las demás y colocó las dos cartas de Carolina sobre su bolso, vueltas hacia arriba.

Marien no usaba una baraja de Marsella tradicional. Había diseñado sus cartas ella misma, utilizando recortes de revistas de moda y cine de los años noventa y componiendo un extraño collage en cada una. Siempre decía que nadie salvo ella era capaz de leerlas, no importaba si se trataba del mejor adivino de todos los tiempos. Esa baraja era suya y de nadie más.

A pesar de todo, Carolina reconoció al momento las dos cartas que tenía ante sí. Una de ellas

mostraba la espalda de una mujer desnuda bajo una cascada, probablemente recortada de un anuncio de un perfume o de un desodorante. Marien había recortado también para esa carta el fragmento de un cielo estrellado y lo había pegado en la parte superior. En la otra, aparecía Doc, el científico de *Regreso al futuro.* La Estrella y El Mago, dos de los tres arcanos que había escogido la primera vez que Marien le leyó la buenaventura durante su fiesta de quinceañera. El mismo día que le había dicho que tenía un alma gemela. En todas las ocasiones que Marien había vuelto a tirar las cartas a Carolina desde entonces, jamás habían vuelto a aparecer las dos juntas.

Quizá Marien también recordase aquello, porque rompió su protocolo habitual para las tiradas rápidas y cogió de nuevo la baraja, tendiéndosela a Carolina.

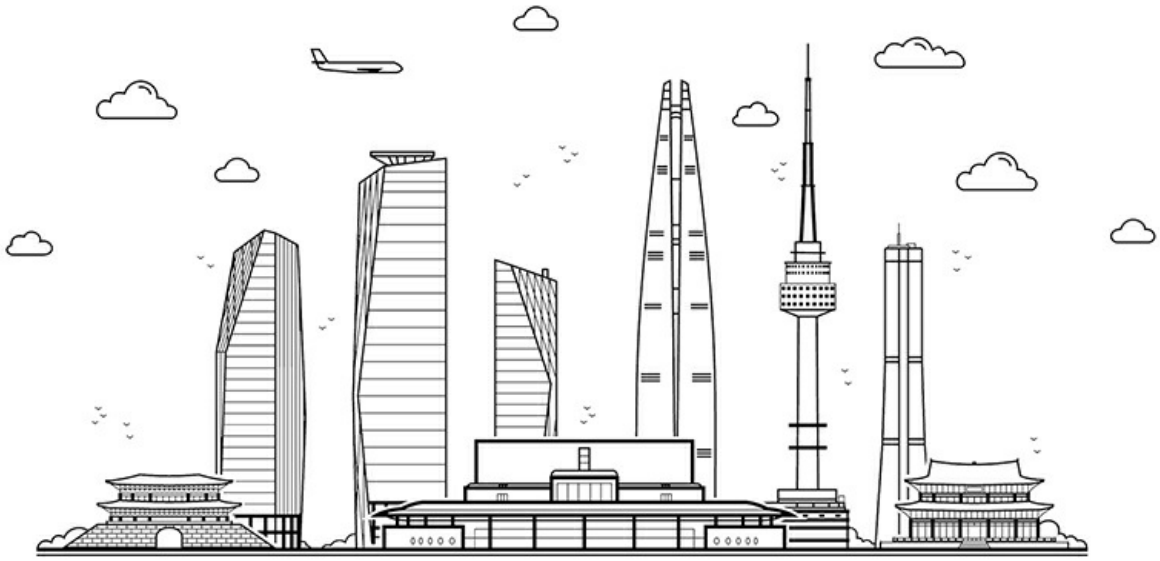
—Escoge otra.

Ella lo hizo, percatándose de que la mano le temblaba un poco. Seguía sin estar segura de qué era lo que deseaba que ocurriese. Ni siquiera se molestó en entregarle la carta de Marien. Le dio la vuelta y la colocó junto a las demás.

El Sol, el último de los tres arcanos que había escogido en su fiesta de quinceañera. «Piensa en ese chico», le había dicho, y Carolina había obedecido.

Marien contemplaba las cartas con cierta estupefacción. Levantó la mirada hacia Carolina, casi de un modo reverente.

—Lo has encontrado —murmuró en español. A pesar de sus orígenes, Marien rara vez hablaba en español con ella, más allá de algunas palabras sueltas—. Has encontrado a tu alma espejo.



MINHO

Minho odiaba los domingos por la tarde. En aquellos momentos, le resultaba más complicado que nunca desconectar el cerebro y disfrutar de las últimas horas del fin de semana. Después de cenar, solía ir a la piscina para hacer unos cuantos largos que le dejaran lo suficientemente agotado como para poder dormir en condiciones y evitar pasar la noche en vela planificando todas las tareas de la semana siguiente. Sin embargo, ese domingo era distinto: hubiera deseado quedarse en Incheon e ir a la piscina, pero en su lugar había sido invitado a la fiesta anual del bufete de abogados en el que trabajaba el marido de su hermana.

Solían celebrarla siempre a principios de mayo, y allí se reunían clientes, familiares de los socios y algún colaborador externo. Este año se habían esforzado más que nunca en complacer a sus invitados. Habían reservado una sala enorme en la última planta de un hotel bastante lujoso del barrio de Gangnam. Las vistas desde las cristaleras eran espectaculares, y Minho tuvo que admitir que Seúl era preciosa. Una ciudad llena de infinitas posibilidades. Interminable, bañada por la luz rojiza del anochecer, que alternaba sus grandes rascacielos y sus parques con sus barrios más tradicionales. Pero mientras observaba desde lo alto ese barrio moderno y elegante, en un hotel carísimo y con una copa de vino, Minho deseó que las cosas fueran más sencillas. Que aquella ciudad fuese más sencilla. Deseó volver a la adolescencia, cuando todo se reducía a la manzana de calles donde vivía y donde todo el mundo se conocía. Cuando ser uno de los invitados de honor de una fiesta como esa era algo impensable.

La familia de Minho nunca había tenido grandes problemas económicos, pero tampoco eran ricos. Su padre había hecho cierto esfuerzo para comprarle el reloj de pulsera que llevaba desde su último cumpleaños, incluso con el descuento por ser empleado de la joyería. Pese a todo, el matrimonio de su hermana les había subido el nivel. Ahora Minho tenía que preocuparse por encajar en un mundo donde se sentía fuera de lugar. Un mundo donde servían salmón marinado y milhojas de manzana roja, y donde un camarero aparecía de la nada para rellenarle la copa cada vez que se vaciaba.

Somin se acercó a él justo cuando el camarero se alejaba. Estaba guapísima, como siempre, con un vestido sencillo a media pierna y el pelo retirado hacia atrás con una diadema. Le sonrió con dulzura y Minho le devolvió la sonrisa. Como la sobrina de otro de los socios del bufete, también estaba invitada.

El primer encuentro, al comienzo de la velada, había sido un poco violento. Minho no tenía muy claro qué iba a hacer Somin o qué debía hacer él. ¿Le daría un beso en los labios delante de tanta gente? Así era como se habían saludado en su última cita antes de su viaje a Londres y también como se habían despedido, después de unos cuantos besos adicionales entre medias. Pero allí estaban rodeados de familiares, y la idea le aterraba. Por suerte, Somin se había limitado a sonreírle de forma radiante y a cogerle del brazo para entrar al gran salón. Habían permanecido un buen rato juntos, charlando con sorprendente naturalidad, hasta que ella se retiró al baño y Minho pudo ver cómo su hermana la interceptaba a mitad de camino, dispuesta a presentarse. Él consideró que era el momento adecuado para alejarse de allí y huir hacia las cristaleras.

—Espero que Minjin no se haya puesto demasiado intensa contigo —se disculpó, ahora que Somin había regresado a su lado.

—Tranquilo, puedo lidiar con hermanas mayores protectoras. Me crie con dos en casa.

Minho rio con suavidad, y retiró la mirada hacia la noche de Seúl. El sol se había ocultado por completo.

—Acabo de caer en la cuenta, ¿estuviste en la fiesta del año pasado? No te recuerdo.

Se arrepintió al instante de haber pronunciado esas palabras. ¿Y si se la habían presentado? Quizá incluso habían hablado y él no había prestado demasiada atención. Somin lo observó con gesto dolido.

—¿No me recuerdas? —repitió—. Nos sentaron juntos durante la cena y compartimos una tartaleta de limón.

—Mierda, lo siento. Yo… —Se percató del brillo risueño en los ojos de la chica y soltó una carcajada de alivio—. No viniste, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, riendo también.

—Suelo tener exámenes en estas fechas, es la primera vez que vengo. Imaginé que, si tú estabas aquí, sería más divertido.

—¿Cuánto has tardado en cambiar de opinión? —preguntó Minho con una media sonrisa.

Somin rio de nuevo, con ligereza. Iba a contestarle cuando la hermana de Minho volvió a acercarse a ellos. Llevaba una copa de vino espumoso en la mano e iba vestida con mucha elegancia. Nadie mejor que Minjin sabía sacar tanto partido a un trabajo de supervisora en un outlet de marcas de lujo.

—Cariño —comenzó, dirigiéndose a Somin. Minho la miró con suspicacia. ¿Una conversación de menos de diez minutos ya le había otorgado el título de «cariño»?—. La organización del hotel ha traído un fotógrafo y están haciendo fotos en el comedor. Tu tío te está buscando para que os hagáis una juntos.

—Genial. —La chica se giró hacia Minho con cierta timidez—. Te veo luego, ¿vale?

Minho la observó marcharse, mientras su hermana ocupaba el lugar que había dejado libre junto a la cristalera.

—Es una muchacha encantadora —comentó—. ¿Qué te han parecido los canapés? El pulpo estaba delicioso, pero para lo que cobra este sitio, esperaba que sirvieran anguila, si te soy sincera.

—Han estado bien —le aseguró Minho—. Los invitados parecen contentos.

—Supongo que sí. —Minjin se apoyó contra una de las junturas de hierro de la cristalera.

Por un momento, a Minho le recordó de nuevo a la Minjin del pasado, la que salía en pijama y zapatillas a la calle durante las noches de verano para obligarle a regresar a casa cuando se entretenía demasiado jugando con sus amigos, y no a la elegante esposa de un prometedor abogado de Seúl.

—He pedido una tartera en las cocinas para papá y mamá —añadió—. ¿Se lo llevarás?

Minho sonrió.

—Claro.

—No entiendo por qué nunca quieren venir, tienen más clase que la mayoría de los aquí presentes. No es cuestión de dinero, es cuestión de espíritu. Desde luego, tienen más clase que mis suegros.

Minho contempló a la pareja mencionada: un matrimonio de mediana edad que conversaba en ese momento con otro de los socios.

—Quién iba a pensar que el cuerpo humano pudiera sostener tantas joyas al mismo tiempo —comentó él.

Ella se rio. Después, se giró hacia Minho.

—Tú también tienes mucha más clase que ellos. Sabía que ese traje te quedaría genial; el azul oscuro resalta el color pálido de tu piel. Siempre te lo he dicho: lo tuyo son las tonalidades frías, intenta evitar los beige porque te apagan.

Minho asintió, fingiendo interés.

—Lo tendré en cuenta.

—Por cierto, no deberías quedarte toda la noche con Somin. Hay más chicas en la fiesta.

—¿Qué? —Frunció el ceño—. Creía que querías que Somin y yo nos conociéramos.

—Ya, pero eso fue a principios de febrero. Estamos en mayo, y no creo que lo vuestro haya progresado mucho. —Hizo un gesto con la barbilla hacia un grupo de tres chicas que conversaban no muy lejos de allí—. Son becarias del bufete. Dime si hay alguna que te guste especialmente e investigaré si está soltera. Dime también cuál es la siguiente que prefieres, solo por si acaso.

Minho lanzó una mirada de reproche a su hermana.

—Estás de broma, ¿no?

Minjin soltó un suspiro.

—Mira, siento ser tan directa. Cuando he hablado antes con Somin, me ha parecido que lo vuestro no va a ninguna parte. Ella ha dicho que os lleváis muy bien y que… —Carraspeó y se ruborizó un poco—. Bueno, que hay cierta química entre los dos, pero que solo sois amigos.

—Es mucho más de lo que he conseguido con las otras citas a ciegas que me organizaste antes que ella. ¿Qué esperabas que ocurriera entre nosotros a estas alturas?

—No te presento chicas solo para que te diviertas. La idea era que Somin y tú construyeseis algo un poco más serio.

Minho empezó a enfadarse. Trató de controlar la voz para que ninguno de los invitados pudiera escucharle cuando dijo:

—Así que, dado que entre Somin y yo no hay perspectivas de boda, me pides que haga una lista con tres mujeres desconocidas, en orden de preferencia, para presentármelas una detrás de otra, como si fuesen yeguas de exposición.

—Haces que suene terrible. Nadie os está obligando a nada, ni a ellas ni a ti. Solo te estoy dando opciones. Creando contactos ventajosos. ¿Cómo planeas conocer chicas si no?

Minho se encogió de hombros.

—En Internet, como todo el mundo.

Minjin soltó un suspiro.

—Te conozco lo suficiente, hermanito, como para saber que te daría una vergüenza terrible subir una foto tuya a una aplicación de ligue.

En el fondo, tenía razón. Una vez, Inna les había ayudado a Jisub y a él a abrirse un perfil en Tinder, y Minho se bloqueó por completo a la hora de elegir alguna fotografía decente.

—También puedo conocer chicas en otras partes: en el supermercado, en las clases de inglés… —«En el trabajo», pensó. No se atrevió a mencionarlo en voz alta por miedo a que su hermana notase algo extraño—. O puede que no quiera conocerlas en absoluto. Quizá no estoy interesado ahora mismo en algo así. Mamá y tú ni siquiera os habéis planteado esa posibilidad.

—Si no estás interesado en conocer chicas a los veintitrés años, ¿cuándo planeas estarlo? —Le lanzó una mirada firme—. ¿Por qué tienes que hacerlo todo tan complicado? Siempre empeñado en llevar la contraria con tus pequeños actos de rebeldía.

Él soltó una carcajada mucho más cínica de lo que hubiese pretendido.

—¿Actos de rebeldía?

Minho no se había rebelado contra nada ni nadie en su vida. A veces, se despreciaba a sí mismo por ser tan dócil. Minjin asintió.

—Como tu empeño en estudiar en esa escuela de negocios al terminar el instituto, en lugar de ir a una buena universidad —declaró ella—. Papá y mamá estaban dispuestos a pagar lo que hiciera falta, llevaban años ahorrando para tu carrera. —Levantó las manos en el aire en un gesto conciliador al darse cuenta de que Minho iba a interrumpirla de no muy buenos modos—. No digo que te haya ido mal o que tu trabajo en Skywind sea poca cosa. Admito que has sabido desenvolverte en el mercado laboral, pero podrías estar trabajando aquí. Con tu inteligencia, no hubieran tardado en hacerte socio.

—¿De verdad vamos a seguir hablando de esto cinco años después?

Minho sabía que su familia nunca había aprobado que decidiese enfocar su carrera de un modo más práctico, alternando sus estudios de contabilidad e idiomas con el trabajo en el aeropuerto, en vez de solicitar el ingreso en una buena universidad de Seúl. En la sociedad coreana, se valoraba muchísimo los estudios universitarios tradicionales. Se consideraba un signo de estatus social, y Minho había privado a sus padres de esa satisfacción.

—Tú misma dejaste la carrera en el último curso —se defendió.

—Nunca fui tan buena estudiante como tú. Además, acababa de prometerme con Gaon, y lo trasladaban a Busan durante un año. Teníamos que casarnos cuanto antes e irnos a vivir juntos.

En su momento, Minho había odiado con todas sus fuerzas esa decisión de su hermana. Sintió cómo la voz se le cargaba de reproche al volver a hablar:

—Claro, porque esperar un poco y vivir separados un año era demasiado complicado, mucho mejor renunciar a todo por él.

—Las relaciones a distancia son difíciles —contestó ella con sencillez—. A veces, hay que priorizar tus opciones.

Minho soltó otra carcajada cínica.

—Busan está en el sur de la península, ni siquiera se cambiaba de país. No era tan difícil de sobrellevar.

O quizá sí, reflexionó. Era la primera vez que se paraba a pensar en ello de verdad. Quizá su hermana tenía razón. Busan no estaba tan cerca, al fin y al cabo. El mundo parecía mucho más pequeño cuando eras capaz de escaparte a Londres para ir a una fiesta de disfraces. Sin embargo, la mayoría de la gente de su edad solo pisaba un aeropuerto una o dos veces al año, con suerte.

Además, Seúl estaba prácticamente pegado a Incheon y, desde que sus mejores amigos se habían mudado allí, en ocasiones le parecía una distancia insalvable.

«No trabajáis en un banco de inversiones —les había dicho Dorian una vez—. Trabajáis en una puñetera aerolínea». Minho miró a su alrededor, a los invitados de la fiesta. Aquello no era un banco de inversiones, pero se le parecía mucho.

—¿Sabes qué? —dijo, ya más calmado—. Será mejor que me vaya. No quiero discutir contigo, y mucho menos en un sitio así.

Estaba cansado, se sentía exhausto y un poco triste. Ni siquiera entendía del todo por qué. Su hermana asintió, también parecía algo triste. Se acercó para darle un beso en la mejilla. No solía hacerlo a menudo. Al menos, desde que habían dejado de ser unos niños.

—Odio cuando nos enfadamos —susurró ella.

Minho sonrió a su pesar y le cogió la mano para darle un apretón cariñoso.

—Yo también.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Vamos, ve a por esa tartera a las cocinas y lárgate de aquí.

A la salida de la fiesta, Minho se encontró con Somin, justo cuando estaba escribiéndole un mensaje para avisar de que se marchaba. Estaba en el vestíbulo, hablando con una chica de su edad, y se acercó al verle aparecer con la gabardina puesta y con la bolsa de comida para sus padres.

—¿Ya te vas?

Minho se sintió un poco avergonzado, esperaba no tener que verla.

—Sí, lo siento. No me encuentro muy bien.

Somin le contempló con ternura.

—¿Te has dado cuenta? —le dijo con suavidad—. Desde que nos conocemos, no has dejado de disculparte conmigo.

—Me he dado cuenta… —admitió.

—Llámame para quedar algún día, ¿vale? Pero no para una cita. Llámame para salir a cenar con tus amigos o para ir a ver una película que te apetezca mucho.

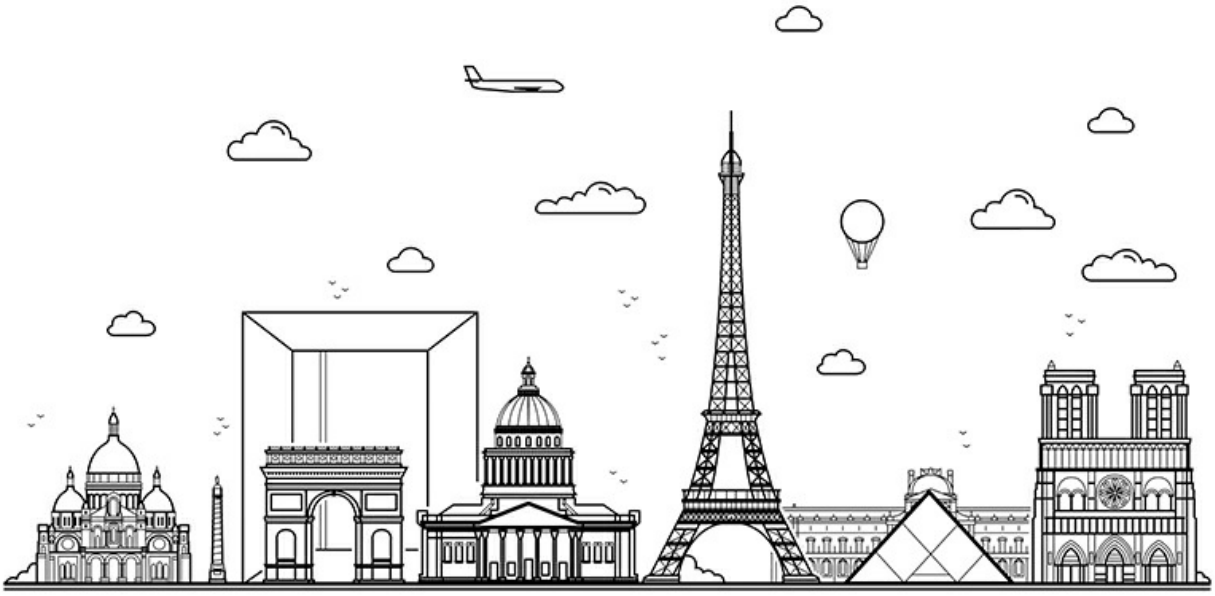
Minho asintió en silencio, sin tener demasiado claro adónde quería ir a parar la chica.

—Deja de convertir esto en una obligación —añadió Somin—. Está claro que no soy tu prioridad ahora mismo. No me importa; si te soy sincera, tú tampoco eres la mía.

Minho esbozó una leve sonrisa.

—El jueves de la semana que viene voy a quedar con mis amigos para comer barbacoa. El sitio no se parece en nada a esto, pero creo que te gustará.

—Me apunto —dijo ella, animada—. Escríbeme para darme los detalles.



KAYA

Kaya llevaba unos días encadenando de forma alarmante una catastrófica serie de errores de diferentes tipos de gravedad.

El primero y peor de todos, en el que trataba de no pensar demasiado, tenía que ver con su solicitud de ingreso en la Universidad de la Sorbona.

El segundo error, íntimamente relacionado con la sensación de fracaso y necesidad de consuelo que le había dejado el primero, consistía en una compra compulsiva en la zona de perfumería del *duty free* del Charles de Gaulle. Había reconocido el cartel en cuanto se había topado con él: «La nueva fragancia del verano». Era el mismo perfume que se había probado Minho justo antes de su primer encuentro en el aeropuerto de Londres. El mismo olor a coco y algo más. «A piña colada», había dicho él con cierto fastidio. Sin embargo, a Kaya le resultaba un olor agradable y lo asociaba irremediablemente con ese breve viaje en metro hacia el centro de Londres. Intentaba justificarse, argumentándose, mientras esparcía el perfume por todas las estancias de la casa, que también lo hubiese comprado si lo hubiese llevado Carolina o Dorian. No se trataba de Minho. Se trataba de que el perfume le recordaba a Londres, a su primer viaje en avión y a su atrevida escapada de fin de semana.

Del tercer error tenía un poco de culpa su tía Ingrid. Al menos, tenía culpa de la imagen glamurosa, bohemia e idealizada que Kaya se había formado de su vida en París. Era domingo a mediodía, y Kaya estaba aburrida, un poco decepcionada consigo misma, y el piso olía a Minho

(bueno, no a Minho, se corrigió: olía a su fin de semana en Londres). Así que Kaya había intentado emular un poco a su tía. Por primera vez desde que vivía allí, decidió no utilizar la ducha del pequeño aseo junto a la entrada, sino la bañera del baño de la habitación. Era una bañera preciosa, mucho más propia de una mansión que de un apartamento. Se levantaba del suelo sobre cuatro impresionantes patas de león de color dorado, y la grifería, también dorada, se enroscaba y desenroscaba sobre la pared de un modo complejo y casi intimidante.

Llenó la bañera, procurando elegir con cuidado la temperatura y lamentando no tener a mano nada más que un gel de ducha sencillo para generar espuma. Al otro lado de la calle, uno de los numerosos músicos ambulantes del barrio tocaba para los turistas «La vie en rose» con su acordeón y, por primera vez, Kaya se alegró de que las ventanas antiguas aislaran tan mal el ruido exterior. Aquella iba a ser una inmersión completa en la experiencia parisina de los años setenta. No tenía a mano una botella de vino para terminar de emular el tipo de baños que describía su tía, ni tampoco a una fotógrafa inglesa con vocación de librera que accediese a bañarse con ella, pero sí que podía encender una vela y colocarla sobre el lavabo.

Satisfecha, cuando consideró que ya estaba todo listo, se quitó el pijama y se metió en la rebosante bañera, emitiendo un suspiro de satisfacción. La sensación era maravillosa, relajante y casi mística. No le sorprendía que su tía Ingrid mencionase tan a menudo esa bañera en la novela. Al principio, Kaya había pensado que, si insistía tanto en el tema, debía de ser porque la bañera era algún tipo de metáfora. Ahora estaba segura de que, simplemente, era una bañera genial que se merecía todo el protagonismo posible.

Oyó una notificación del móvil y decidió ignorarla. Era su momento especial. Quizá pasase toda la tarde allí metida. ¿Cuánto tardaba una bañera tan grande en comenzar a enfriarse? Aunque no tenía vino, podría haberse preparado un batido de chocolate. La próxima vez, compraría sales de baño, o una de esas bombas de Lush. Se preguntó si las habría con olor a coco…

No llegó a completar ese pensamiento. Tras un estruendo bastante terrorífico, uno de los lados de la bañera se precipitó con fuerza contra el suelo, haciendo que Kaya se golpease la cabeza contra el mármol y derramando parte del agua por todo el baño hasta la puerta entreabierta de la habitación. Se quedó un buen rato paralizada, agarrada al borde de la bañera inclinada, como si se tratase de una barca a punto de zozobrar, y sin atreverse a salir de ella. Tardó un poco en procesar qué había ocurrido. Una de las preciosas patas doradas de león se había roto.

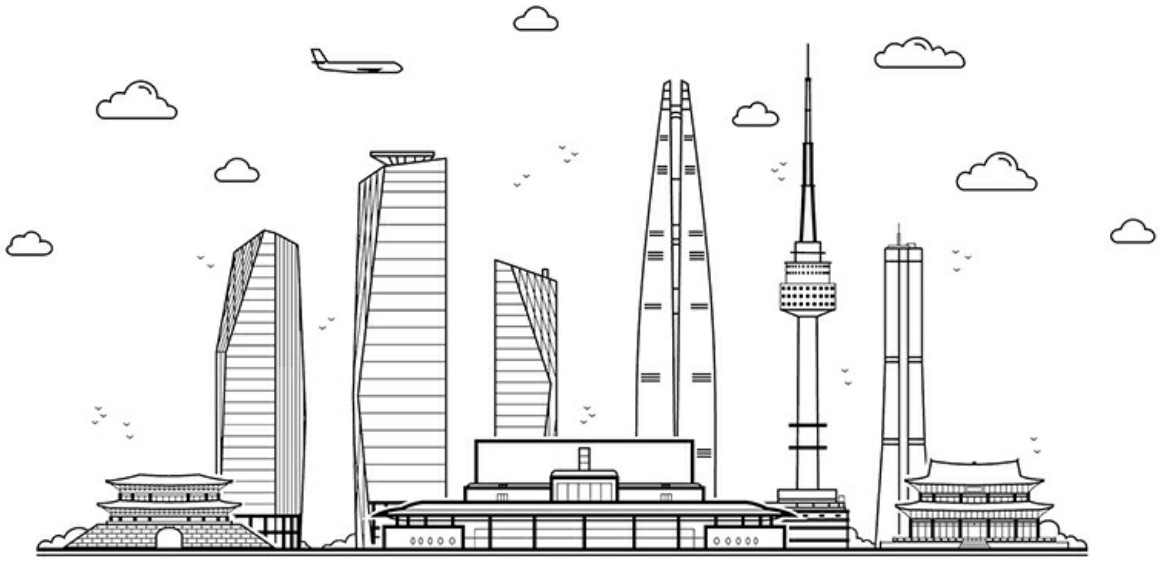
—No puedo creerlo. —Kaya apoyó la frente en el mármol blanco y cerró los ojos con fastidio.

Necesitó unos minutos para armarse de valor y levantarse por fin, con cuidado. Después se puso el albornoz, contemplando el estropicio a su alrededor. Su tarde de domingo relajante acababa de ser reemplazada por varias horas recogiendo agua con una fregona. ¿Cómo era

posible que Ingrid e Isobel entrasen siempre juntas en esa bañera y, sin embargo, no hubiese sido capaz de aguantar el peso de Kaya? Que ella supiera, su tía Ingrid nunca había sido una mujer menuda.

—Quizá los más de cuarenta años en desuso han influido un poco —se dijo mientras regresaba a la habitación, chapoteando con los pies descalzos sobre el suelo mojado.

De camino al armario de las escobas, cogió su móvil, abandonado hasta entonces sobre la cama. Observó con desgana la pantalla hasta que una notificación de e-mail hizo que se detuviera en seco en medio del pasillo.



MINHO

Cuando salió por fin a la calle, Minho se sintió un poco desorientado. Caminó durante un rato, alejándose del hotel. La noche era fresca, y en esa zona de Gangnam los tilos habían florecido (ahora emitían un olor dulzón y casi empalagoso que le impedía respirar con normalidad). Había creído que abandonar la fiesta le ayudaría a sentirse un poco mejor, tras la discusión con su hermana, pero no estaba funcionando. Conforme se alejaba más y más de allí, la sensación de angustia aumentaba. Se sintió completamente idiota. Ni siquiera había ocurrido nada tan terrible, solo una absurda discusión no muy diferente a todas las absurdas discusiones que Minho mantenía de vez en cuando con Minjin. Tampoco le había ido mal con Somin; se habían sincerado por primera vez y habían aclarado hacia dónde iba su relación.

«Desde que nos conocemos, no has dejado de disculparte conmigo», le había dicho Somin. «¿Por qué tienes que hacerlo todo tan complicado?», había preguntado un poco antes su hermana.

Siguió caminando, cruzándose con algún transeúnte disperso, y sintiendo repentinas ganas de llorar. Ni siquiera estaba seguro de por qué. Cada vez le costaba más respirar. Quizá fuera por culpa de las flores, o quizá estuviese a punto de darle un ataque de ansiedad. No sería la primera vez.

«¿Por qué tienes que hacerlo todo tan complicado?».

Todavía llevaba el móvil en la mano. En ese momento, vibró con el aviso de una notificación.

Un correo en el servidor de las aerolíneas: la remitente era Carolina Cabrera.

Aquella distracción hizo que se centrara un poco. Su alrededor se volvió más nítido y el olor pegajoso disminuyó hasta hacerse casi imperceptible. Se dio cuenta de lo tarde que era: casi medianoche. Se encontraba en el corazón de Gangnam, y apenas conocía el barrio. Se paró en seco, mirando a su alrededor. Había llegado a una pequeña plaza peatonal, entre dos edificios de oficinas acristalados y un salón de belleza. No muy lejos de allí, había una parada de autobús. No le servía de mucho porque necesitaba un metro para llegar a Incheon. Podía pedir un taxi que le acercase hasta la Estación Central o llevarle hasta Hongdae. Podía dormir en casa de Jisub y volver a Incheon por la mañana.

Con un poco de torpeza, tomó asiento en uno de los bancos de hormigón de esa replaceta. Ya se encontraba un poco mejor, más centrado, pero necesitaba coger fuerzas antes de subirse a un taxi. Volvió a mirar en la pantalla la notificación del correo de Carolina. Estaba dirigido a los otros tres miembros del club y en el asunto ponía: «Jessica Fletcher reporta su nuevo descubrimiento». Minho esbozó una sonrisa confusa. ¿Qué hora era en Nueva York en ese momento? ¿Las diez de la mañana del domingo? Carolina había escrito un correo larguísimo, no muy propio de ella. Minho no se sentía capaz de concentrarse en el texto, así que abrió directamente la imagen que había enviado adjunta.

Se trataba de una fotografía antigua y a color. En ella, aparecían dos mujeres y un hombre de unos treinta años de edad, vestidos con ropa de verano propia de los años ochenta. Estaban sentados en un malecón junto a lo que parecía un puerto marítimo. El hombre de la foto compartía algunos rasgos con una de las mujeres: ambos eran menudos, de pelo oscuro y piel clara, de ojos astutos y brillantes. La otra mujer era más fornida, alta y de pelo rubio y corto. Tenía parte de la cara oculta tras unas enormes gafas de sol y sonreía de medio lado, de forma enigmática. El hombre de la foto le pasaba el brazo por los hombros, atrayéndola hacia él, y ella le rodeaba la cintura, como si fuesen pareja. Minho tardó unos segundos en procesar lo que estaba viendo, hasta que recordó que Carolina se había comprometido a investigar la editorial estadounidense que había traducido *Luz trémula sobre los tejados azules.* Sorprendido, amplió la imagen para que casi la totalidad de la pantalla de su teléfono estuviese ocupada por el rostro semioculto de la mujer rubia.

¿Se trataba de ella? ¿Era Ingrid Baudin?

Todavía tenía las manos un poco húmedas y temblorosas debido a su breve episodio de ansiedad, pero, tras una risita incrédula, regresó al correo electrónico, dispuesto a leer lo que había escrito Carolina. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, recibió el aviso de una videollamada grupal.

Se trataba del mismo grupo predeterminado que habían utilizado hacía algo más de un mes, a finales de marzo, para comentar *El Principito*. Cuando Minho pulsó para aceptar la llamada, se

encontró con el rostro impactado de Kaya.

—¿Has visto eso? —preguntó ella a modo de saludo—. Madre mía, ¿has visto la foto?

Parecía que Kaya acababa de salir de la ducha. Llevaba el pelo mojado y un albornoz blanco. El apartamento de París estaba bañado por la luz cálida de la media tarde y se oía música proveniente del exterior. Minho sintió un alivio inmediato al verla, como si el peso invisible que llevaba cargando desde que había abandonado la fiesta desapareciese casi por completo.

—La he visto —contestó—. ¿La mujer rubia es tu tía?

Dos personas más se unieron a la vez a la conversación. Carolina iba vestida con una camiseta de pijama, y estaba sentada frente a un escritorio. Detrás de ella se vislumbraba una habitación sencilla, de estilo juvenil, y una cama individual a medio hacer. Soltó una carcajada satisfecha al contemplar a Kaya. Dorian estaba en algún tipo de lugar público y abarrotado, y llevaba su uniforme de auxiliar de vuelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, confuso, colocándose bien los auriculares en los oídos—. Decidme que no habíamos quedado en reunirnos hoy y se me ha pasado.

—No, no —contestó Kaya enseguida—. Ha sido idea mía, siento si os he pillado en mal momento.

—Has leído el e-mail, ¿eh? —dijo Carolina con una sonrisa divertida.

—¡Sí! No puedo creer que mi tía viviese en Creta casi dos años y se casase con un hombre de allí.

—Es un poco como Meryl Streep en *Mamma Mia* —añadió Carolina.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Dorian—. ¿Por qué cada vez que hacemos una videollamada acabamos mencionando la filmografía de Colin Firth?

—¿No has leído el correo de Carolina? —preguntó Kaya.

Dorian negó con la cabeza.

—Acabo de bajarme de un avión.

—Yo tampoco —intervino Minho—. Solo me ha dado tiempo a mirar la foto.

Kaya se acercó un poco a la pantalla, frunciendo el ceño.

—¿Estás en la calle? Debe de ser muy tarde en Corea.

Carolina también parecía repentinamente interesada en él.

—Es verdad… ¿Y llevas puesto un traje?

—Mi cuñado celebraba hoy una fiesta de empresa. —Suspiró—. Me he ido antes de tiempo, y ahora estoy solo en medio de Seúl.

—¿Es un barrio peligroso? —quiso saber Carolina—. Deberías subirte a un taxi, podemos quedarnos contigo hasta que lo hagas.

Minho rio un poco, a su pesar. Era agradable que se preocupasen por él.

—No es un barrio peligroso. O eso creo. Parece una zona de oficinas, y no hay nadie por

ningún lado. Aunque no me importa si os quedáis conmigo un rato más.

—¿Una mala noche? —preguntó Dorian, que parecía haberse retirado a una especie de sala de espera y se había acomodado en un sillón reclinable.

—Es una estupidez —comentó Minho, derrotado—. Ni siquiera ha pasado nada especial. Simplemente, me he sentido un poco… —Trató de buscar las palabras—. Insuficiente.

—Sentirse así no es ninguna estupidez —contestó Dorian con una seriedad inusual en él.

Minho asintió, clavando la mirada en el cristal esmerilado del edificio de oficinas que tenía al lado. Ni siquiera se sentía capaz de enfrentarse a las tres caras preocupadas que mostraba la pantalla de su teléfono.

—Es como si todos esperasen cosas de mí que no puedo darles —dijo por fin.

Volvió la mirada hacia el móvil. Dorian estaba esbozando una tenue sonrisa.

—Esa historia me suena.

Minho le devolvió la sonrisa.

—¿Es malo que eso me consuele? —preguntó con cierta tristeza.

—Claro que no —contestó Carolina—. No hay nada más terapéutico que ser consciente de que la mayor parte de la gente a tu alrededor está tan hecha polvo como tú.

Minho rio de nuevo. Una risa algo húmeda. Agradeció la penumbra de la noche de Seúl en esos momentos.

—Hagamos un trato —propuso entonces Kaya con timidez—. Podemos compartir contigo todo aquello que nos convierte en personas bastante deprimentes, para que te sientas acompañado, pero, a cambio, vas a tener que moverte de donde estás sentado e ir a buscar un taxi.

—Trato hecho —contestó él, levantándose por fin del banco de hormigón. Al menos, las piernas ya no le temblaban.

—Vale, empiezo yo —continuó Kaya—. En parte, me mudé a París porque quería estudiar literatura en la Sorbona. Sin embargo, ya ha pasado el plazo de solicitud para el curso que viene y yo no he presentado la mía.

—¿Qué? —preguntó Minho, sorprendido—. ¿Por qué?

Kaya se encogió de hombros, alicaída.

—No lo sé, supongo que porque no soportaba que me fuesen a decir que no. No tenía nada interesante que aportar más allá de unas notas mediocres, ni prácticas en instituciones públicas, ni nada que destacase especialmente. También me asustaba un poco que me admitieran y no estar a la altura. Llevo dos años sin estudiar, desde que acabé el instituto. —Frunció el ceño, como si estuviera enfadada consigo misma—. Lo peor es que me arrepentí de no haber presentado mi solicitud en el mismo instante en el que se cerró el plazo. Me pasé toda esa noche llorando.

—Joder —contestó Dorian.

—Vaya mierda —susurró Carolina.

—Lo siento, Kaya —dijo Minho con total sinceridad—. Lo siento muchísimo.

—Se supone que contarte nuestras penas iba a animarte —se quejó ella—. ¿Estás ya caminando hacia un taxi?

—Voy de camino —mintió. Lo cierto era que se había quedado parado al escuchar la historia de Kaya. Se obligó a cruzar la replaceta y salir a la avenida.

—Vale, Dorian. Tu turno —le animó Carolina.

—Perfecto. Procedo a describir mi situación actual, os va a encantar —dijo él, apoyando la cabeza en el respaldo del sillón en el que estaba sentado—. Tengo *jet lag* y el estómago revuelto por culpa de un muffin de arándanos que había pasado demasiado tiempo en el minibar del hotel. En Los Ángeles me han acribillado los mosquitos, llevo seis días sin fumar y creo que mis padres se van a divorciar.

Minho volvió a detenerse en seco, Kaya abrió muchísimo los ojos y Carolina se llevó las manos a la boca.

—Dorian…, ¿qué? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el evento en la universidad, la tarde que os marchasteis de Londres. Lo curioso es que, a principios de abril, me quedé unas semanas en su casa, pero estaba tan sumido en mi propio mundo que ni siquiera me di cuenta. Pasaban mucho tiempo separados, cada uno trabajando en sus cosas, pero creí que trataban de darme espacio para que no me agobiara. No es para tanto —añadió para quitarle importancia—. Está siendo una separación amistosa.

Carolina emitió un sonoro suspiro.

—Me habéis puesto el listón alto, chicos.

—Seguro que se te ocurre algo —comentó Dorian, burlón—. Seguro que sigues haciendo esas listas mentales, enumerando tus problemas inmediatos.

Carolina soltó una leve risita.

—Bueno, allá voy —anunció—. Mi novio me dejó plantada hace tres meses, tuve que regresar a la casa de acogida donde me criaron porque no podía seguir pagando mi apartamento, y ahora mi vida social se ha reducido a ver un montón de telenovelas con dos mujeres que quieren endosarme a su monitor de *aquagym* y a mantener conversaciones bastante deprimentes a través de videollamada con mi nuevo grupo de amigos, los cuales viven en husos horarios completamente diferentes al mío.

Minho sintió una repentina corriente de calidez. «Amigos». ¿Eso eran ahora los cuatro? Estaba acostumbrado a otro tipo de amistad. A relaciones forjadas a lo largo de los años, repletas de anécdotas, silencios cómodos y recuerdos compartidos. Esto no se parecía en nada a aquello. Esto era nuevo. Aterrador en sus infinitas posibilidades y maravilloso al mismo tiempo.

—Vale, Carolina. Lo siento, pero tú ganas —concluyó Dorian—. El premio a la persona más

deprimente es tuyo. El maratón de telenovelas ha decantado la balanza a tu favor.

—Estoy de acuerdo —contestó Kaya, sonriente.

Minho también sonrió. En ese momento, en la lejanía, vislumbró el familiar color naranja de un taxi.

CAPÍTULO 9

JESSICA FLETCHER CAROLINA CABRERA REPORTA SU NUEVO DESCUBRIMIENTO



—¿Has pensado alguna vez en salir de Francia? Ya sabes, explorar un poco el mundo.

—París es el único lugar donde siempre he querido vivir —contesté.

Isobel enarcó una ceja. Sujetaba con ambas manos su taza de café y, pese a la toalla que acababa de prestarle, seguía empapada de la cabeza a los pies. Pensé en ofrecerle que se quitara la ropa y dejarle mi albornoz. ¿Aceptaría algo así de una desconocida? Había aceptado subir a mi casa para protegerse de la tormenta, al fin y al cabo.

—No es eso lo que te he preguntado —dijo ella con una sonrisa bailando en su rostro.

Intenté recordar qué demonios me había preguntado. Explorar el mundo, abandonar París. No tenía planeado hacerlo ni en un millón de años. Pero no quería resultar demasiado radical en su presencia. Contesté lo primero que se me vino a la cabeza, sin pensar demasiado. Una respuesta sencilla y complaciente. Lo que, posiblemente, ella quería escuchar.

—Grecia. —A todo el mundo le gustaba Grecia—. Supongo que no me importaría vivir allí una temporada.

INGRID BAUDIN (escritora francesa):
Luz trémula sobre los tejados azules

ASUNTO: Jessica Fletcher reporta su nuevo descubrimiento
Carolina Cabrera (JFK Airport) a "Buzón: club de lectura"
5 de mayo a las 10:47 (EST)

No me puedo creer que haya salido tan bien mi investigación. Cuando propuse pasarme por Ditmars Publishing a cotillear un poco, en el fondo esperaba que ocurriese una de estas tres cosas:

1. Que ya no estuvieran en activo y/o en la misma dirección que se mencionaba en la página de créditos del libro (aunque Google Maps decía lo contrario, y eso me daba esperanzas).

2. Que nadie allí recordase *Luz trémula sobre los tejados azules* ni a Ingrid Baudin. Hace casi cincuenta años que editaron el libro, a fin de cuentas. Los trabajadores de aquella época ya tendrían que estar jubilados.

3. Que me mandaran a paseo y ya está. Porque seguro que tendrían mil cosas mejores que hacer que prestar atención a una chica entrometida un sábado por la mañana.

Pero no podía estar más equivocada. Estaba allí, en la misma dirección que aparece en el libro, en la calle Ditmars. Es una editorial muy pequeñita: en la planta baja está la tienda donde se venden sus libros y arriba las oficinas. No parece tener más de cinco o seis trabajadores.

Sí que recordaban a Ingrid Baudin, ¡perfectamente, de hecho! Y, desde luego, no me mandaron a paseo.

La dueña de la editorial aún está por allí, aunque ya supera los setenta años. Se llama Marilena Charalampidou, y es encantadora. Aparece en la foto que os adjunto: es la joven morena y menuda. El otro chico de la foto era su hermano. Imagino que Kaya sabrá bien quién es la tercera mujer, y los demás podréis intuirlo. Ingrid me parece guapísima, por cierto. No se le ve muy bien la cara detrás de esas gafas de sol ochenteras, pero está claro que tiene estilazo. Un rollo muy Brigitte Bardot.

Marilena estaba trabajando en la tienda. Es minúscula y está en un rincón no muy concurrido, en el corazón del barrio griego de Astoria. Solo tienen a la venta libros de su propia editorial. Sobre todo, publican clásicos libres de derechos de autor. Compré *El retrato de Dorian Gray* porque quería apoyarles un poco con el negocio (y nuestro Dorian podrá decir lo que quiera, pero es una gran novela se mire por donde se mire). (No hagas pucheros al leer esto, Dorian. Te puedo ver hacer pucheros desde Nueva York).

A lo que voy es que, a simple vista, resulta bastante excepcional que en Ditmars Publishing sacasen una novela de una autora viva, como es el caso de Ingrid Baudin. Entré en la tienda como si fuera una cliente más, me acerqué a Marilena y le pregunté por *Luz trémula sobre los tejados azules.* Le dije que había encontrado un ejemplar en inglés en una librería de Londres y estaba interesada en hacerme con otro. Os juro que la expresión de Marilena cambió al momento.

Enarcó una ceja, suspicaz, y me dijo: «¿En Londres? ¿Una librería de Londres tenía libros de nuestra editorial? Jamás habíamos llegado tan lejos. —Entonces, soltó una carcajada y añadió—: Me juego el cuello a que se trata de la librería de Isobel Martínez».

Mira, Kaya, sé que no quieres que leamos aún la novela de tu tía porque no quieres quitarnos el turno a Minho y a mí de elegir lecturas de nuestros países, y te lo agradezco, pero me habría sido de mucha utilidad saber en ese momento quién es Isobel Martínez. Deduzco que la novia de tu tía durante la época de la novela. La fotógrafa, ¿no?

El caso es que tuve que confesarle que te conozco, que eras tú quien me había enviado allí a preguntar por Ingrid, y le hablé del club de lectura y de que planeamos leer *Luz trémula sobre los tejados azules.* Ella se alegró muchísimo de esto último, ni siquiera pareció importarle cuando le dije que el club solo tiene cuatro miembros.

Subió un instante a las oficinas de la planta superior y bajó con la foto que os adjunto. Me contó que ella y su hermano habían conocido a Ingrid en los años ochenta. Cuando Ingrid tenía veintiséis años y ellos, veintidós. Ingrid vivió en la isla de Creta entre 1982 y 1983. El hermano de Marilena se llamaba Yorgos Charalampidis (me he referido a él en pasado porque, desgraciadamente, falleció en esa misma época. Ya estaba muy enfermo cuando hicieron la foto). Ingrid y él se enamoraron y, al parecer, fue un romance breve e intenso. Se casaron un par de semanas después de conocerse.

«Ingrid siempre fue consciente de que su matrimonio no iba a durar demasiado, pero se quedó conmigo y con Yorgos hasta el final —me explicó Marilena—. Era una de las mujeres más fuertes que he conocido nunca. Jamás hubiera podido superar la muerte de mi hermano sin ella. Por aquel entonces, Ingrid ya había publicado su novela en Francia. Llevaba un tiempo en el mercado literario, y frecuentaba círculos intelectuales cuando, por fin, se animó a dejar París e instalarse en Creta. Iban a ser unas simples vacaciones de verano, y quizá lo hubiesen sido de no haber conocido a mi hermano. Yorgos e Ingrid se entendían a la perfección. Los dos eran apasionados, románticos y amaban la literatura por encima de todo. Mi hermano nunca encajó en nuestro pueblo natal: siempre fue diferente al resto de los chicos de su edad, mucho más sensible y especial. Esta editorial era su sueño, de hecho. Siempre quiso instalarse en Estados Unidos y abrirla aquí, y yo solo me limité a hacer que se cumpliese. Cuando Yorgos murió por culpa de la hemofilia, sentí que me arrebataban a mi otra mitad. A mi única familia, mi mejor amigo. Supe que no podía seguir viviendo en Grecia: todo en Creta me recordaba a él. Todo en esa isla me rompía el corazón. Aquella noche, después del funeral, Ingrid y yo nos quedamos despiertas en mi habitación, una tumbada al lado de la otra, todavía con la ropa de luto. Ella me sujetó la mano, me besó la palma y me dijo que todo el dinero de Yorgos ahora me pertenecía. Que ella no quería nada, que podía vender la casa y marcharme de allí. Fue entonces cuando le pedí su libro. Le dije que, cuando abriese una editorial en Estados Unidos, quería publicar allí su novela.

Que de ese modo una parte de ella siempre seguiría junto a mí».

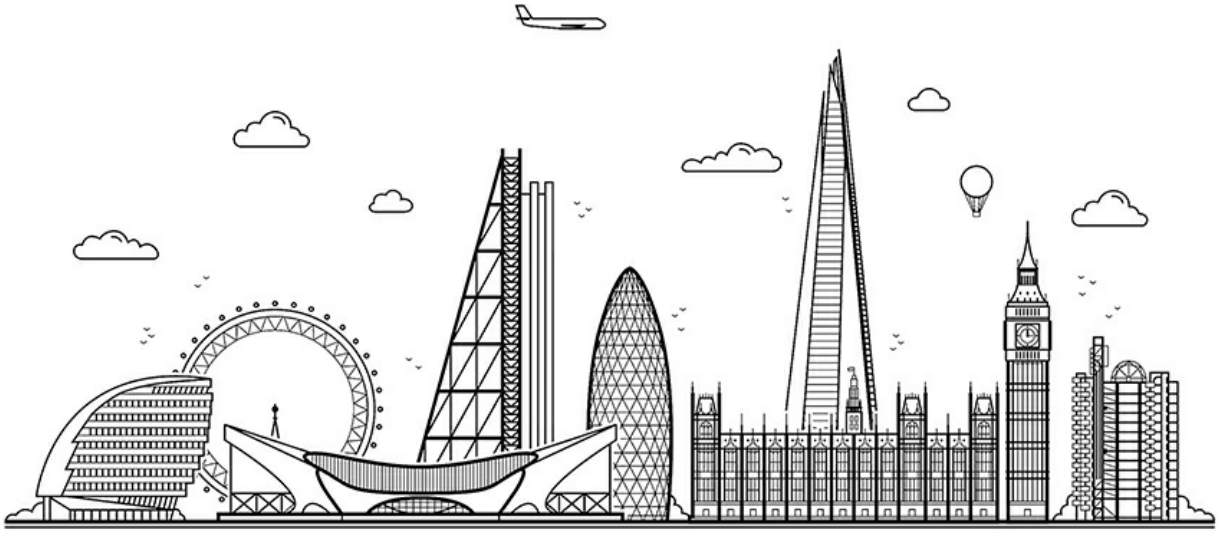
Os juro que en ese momento yo ya estaba llorando. Marinela también estaba visiblemente emocionada al recordar aquello, y mi amiga Marien, que me había acompañado hasta Astoria, sollozaba de un modo bastante ruidoso. Menos mal que no entró ningún cliente.

Siento no haber escrito este correo nada más salir. Estaba deseando informar a Kaya de todo cuanto antes, pero necesitaba aclarar un poco mis ideas y ponerlas en orden.

¿Qué os parece? ¿No creéis que Ingrid Baudin es una mujer memorable?

¡Ah, por cierto! Se me olvidaba. Marinela me comentó que, aunque hace años que no se ven en persona, todas las primaveras, coincidiendo con su cumpleaños, recibe una postal firmada por Ingrid con una fotografía del lugar donde esté residiendo en ese momento. Siempre con el mismo texto: «Sigues en mi corazón, querida hermana».

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.



DORIAN

A pesar de que Dorian había sido el primero en otorgar a Carolina el poco honroso premio a la persona más deprimente durante su última conversación grupal por videollamada, cuatro días después seguía convencido de que él se lo merecía un poco más. No porque sus problemas fueran peores que los del resto de miembros del club. Se merecía el premio porque, no le cabía la menor duda, lo estaba gestionando todo con mucha menos dignidad que ellos.

Quizá Richa tenía razón e intentar dejar de fumar justo cuando se acababa de enterar de que sus padres iban a divorciarse no había sido la mejor de sus ideas. Quizá su madre también tenía razón y no debería tomarse la situación tan a pecho. Ellos estaban bien, según ella. Se lo había explicado durante la recepción de la universidad, con una copa de mimosa en una mano y un sándwich de salmón y queso crema en la otra, mientras los compañeros del recién jubilado profesor Bounce le cantaban «Es un muchacho excelente», ajenos a la noticia que acababa de recibir Dorian. Una de las más impactantes de su vida: a sus padres se les daba mucho mejor ser amigos y «compañeros de equipo» que pareja.

—Pensé durante mucho tiempo que eso sería suficiente —aclaró ella—. Los dos lo pensábamos. Sin embargo, cuando llegas a cierta edad te empiezas a replantear algunas cosas.

—¿Qué clase de cosas?

Su madre dio un último trago a su copa y la colocó en una estantería llena de libros, con poca ceremonia. Nunca había valorado ni atesorado los libros como elemento físico, quizá debido a las muchas veces que se había mudado. Solo le importaba el contenido.

—Que no eres inmortal, para empezar —contestó ella—. Que la vida se escurre como arena entre los dedos. Fíjate en Arthur.

Señaló al profesor Bounce. Una de sus invitadas (una mujer de unos setenta años, bastante atractiva, de pelo oscuro y algo canoso) le estaba poniendo una corona de cartón en la cabeza y otra a su perro. Ambos vestían chalecos a juego, y el perro se mostraba casi tan encantado como su dueño. La madre de Dorian dio un último mordisco a su sándwich, se limpió las manos con una servilleta de papel y continuó hablando:

—Parece que fue ayer cuando ingresó en la universidad como mi alumno. Fue durante mi primer curso como profesora adjunta. Yo apenas era una jovencita sin experiencia en la vida y él, un hombre de treinta y ocho años que acababa de quedarse viudo y que trabajaba como librero. —Suspiró, como si echase de menos aquella época, una época en la que Dorian ni siquiera existía, y todavía quedaba más de una década para que sus padres se conocieran—. Ni siquiera sé cómo pudo sacar tiempo para la carrera y el doctorado. Tenía que cuidar a sus hijos y trabajar en la tienda. Aprendí mucho más de él que él de mí, y seguí aprendiendo cuando nos convertimos en compañeros de departamento.

—¿Se trata de eso? —preguntó Dorian—. ¿Por eso has dejado a papá? ¿Estás enamorada del profesor Bounce?

Su madre soltó una risita.

—Claro que no. Es solo que… No sé, míralo ahora. Setenta y cinco años y se retira tras décadas de servicio.

En ese momento, un joven con el pelo decolorado y un *septum* en la nariz abrazaba al profesor Bounce. La mujer morena les estaba sacando una instantánea con una cámara analógica. Su madre también los miraba con curiosidad.

—Parece bastante satisfecho —comentó ella—, pese a perder su puesto de trabajo. Todavía tiene su librería, a sus hijos y a sus nietos. A sus amigos y a su perro, y… —De repente, se detuvo de golpe—. Y yo me siento un poco cansada, si te soy sincera. A veces, me pregunto qué quedará de mí cuando deje la universidad. —Señaló a su alrededor con un brazo—. El día que me preparen una fiesta como esta.

—Tu fiesta no va a ser como esta —dijo Dorian entre dientes, intentando aportar algo que no fuese un reproche. Algo que no implicase gritar a su madre que tal vez ella no tuviese una librería y un perro y una amiga atractiva que supiera utilizar una cámara de fotos antigua, pero también tenía un hijo—. Tú eres la directora. Te prepararán un gran homenaje y una gala por todo lo alto.

—Y después, ¿qué? —insistió ella.

—No lo sé, mamá —respondió Dorian, derrotado. Era terrible descubrir que las cosas no mejoraban conforme te hacías mayor. Que la vida seguía resultando tan confusa y aterradora

como siempre, que muchas veces te seguías viendo obligado a escoger entre hacer daño a los demás o hacértelo a ti mismo—. Supongo que tendrás que averiguarlo.

Y así es como había acabado Dorian, unos días después, subido en un avión con destino al aeropuerto de Charles de Gaulle, tras un vuelo de más de once horas desde Los Ángeles hasta Londres, y sin molestarse en pasar por casa para quitarse el uniforme y darse una ducha.

Porque Dorian necesitaba dejar de pensar en sí mismo, en sus padres y en todos los cigarrillos que no se estaba fumando. Necesitaba dejar de pensar en el críptico mensaje que le había mandado Carolina el domingo pasado, con un simple «Vale. Antes estaba un 34% convencida de que Minho era mi alma gemela, pero puede que ahora lo esté en un 78%». Necesitaba dejar de pensar en la chica con la que se había acostado la misma noche de la recepción de la universidad, a la que había conocido en el pub al que había ido a emborracharse y que había resultado ser convenientemente encantadora, estar convenientemente soltera y vivir convenientemente cerca de dicho pub. Ni siquiera recordaba su nombre, y ella no le había preguntado el suyo.

Necesitaba sobre todo sentirse útil, para variar.

Por suerte, podía serlo. Al menos, podía ser de utilidad para alguien. Ahora mismo, no se le ocurría cómo solucionar a corto plazo los problemas de Minho y Carolina (y, desde luego, tampoco se le ocurría cómo solucionar los suyos), pero podía ayudar a Kaya.

La encontró en la cafetería. Dorian nunca había estado en la zona VIP del Charles de Gaulle. Se había imaginado un espacio moderno y funcional, pero la cafetería de Kaya se le antojó dulce y acogedora, decorada con motivos dorados y sillones tapizados de rojo oscuro, y con vistas a una de las pistas de aterrizaje. Se alegró de no haberse quitado el uniforme de auxiliar de vuelo porque, gracias a eso, nadie le pidió el pase para entrar.

Había unos cuantos pasajeros almorzando y tres camareros tras la barra. Kaya se había recogido el pelo en un moño, y también vestía con un uniforme sencillo. Era tan dulce y acogedora como su cafetería. Estaba de espaldas, preparando unos cafés, y no lo vio llegar. Dorian, con una sonrisa, se acercó a la barra y se sentó en una banqueta detrás de ella.

—Señorita, ¿podría servirme uno de esos bollos de chocolate? —preguntó, intentando adoptar una voz neutra—. No he traído dinero, pero estoy dispuesto a transportar libros de contrabando hasta el aeropuerto que usted considere oportuno.

Kaya se giró, sorprendida, y soltó una carcajada incrédula al verle.

—¿Qué…? —Pareció tratar de encontrar las palabras en inglés—. ¡Madre mía, Dorian! ¿Qué haces aquí?

Dorian se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—Quería verte, supongo. Me apetecía tomar un café, y un viaje desde Heathrow hasta aquí no supone mucho más tiempo que un viaje en metro hasta la mayoría de barrios de Londres.

Kaya volvió a reír. Una de sus compañeras, una camarera algo mayor que ellos, los observó con curiosidad, reprimiendo una sonrisa. Kaya no pareció darse cuenta.

—Estás fatal, en serio —dijo ella.

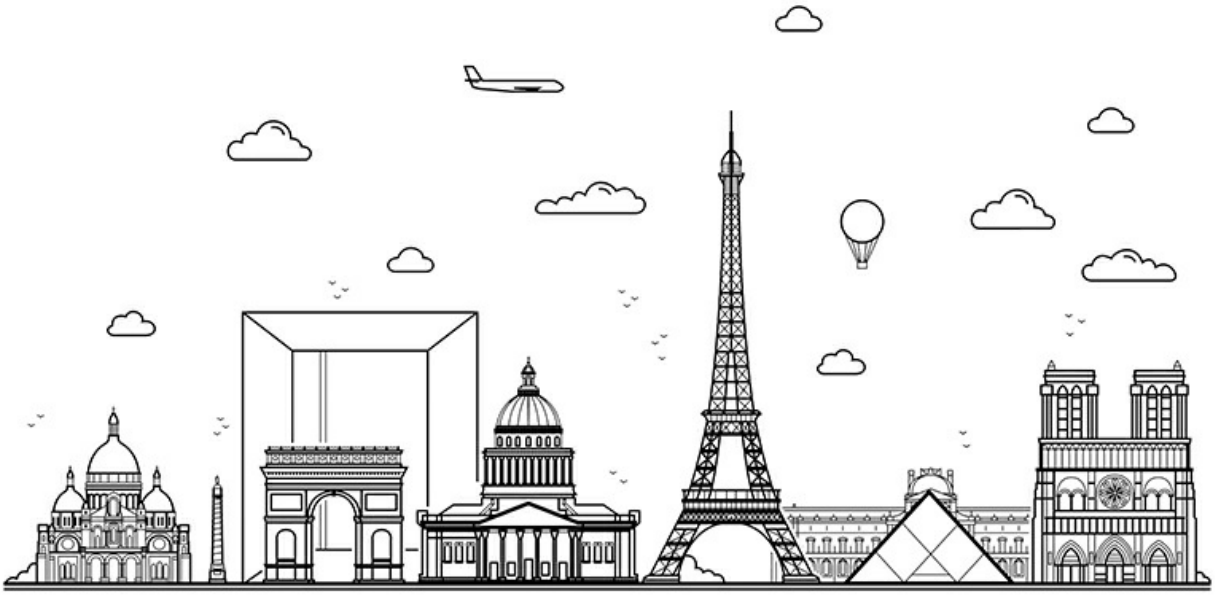
—¿Puedes tomarte un descanso?

Kaya asintió.

—Déjame que termine de preparar estos cafés y estoy contigo, ¿vale? Elige una mesa.

—¡No olvides los bollitos de chocolate! —comentó Dorian por encima del hombro mientras se dirigía hacia una de las mesas junto a la cristalera.

En cuanto se alejó un poco, vio cómo la otra camarera abordaba a Kaya con una sonrisa pícara y comenzaba a bombardearle con rápidas preguntas en francés.



KAYA

—Tu compañera cree que estamos liados, ¿verdad? —comentó Dorian con naturalidad cuando Kaya se acercó a su mesa con un café con leche y un *pain au chocolat* y los colocó delante de él.

—Ignórala —dijo ella, ruborizándose un poco—. Le ha parecido romántico que hayas volado desde Londres solo para verme. Le he explicado que para ti es algo normal, pero sigue sin creerlo.

Dorian le dio un mordisco al bollo de chocolate y masticó de forma pensativa, con la mirada clavada en la barra.

—Los terrestres sois gente curiosa.

—Hablas como si vivieses en una luna de Saturno.

Dorian enarcó una ceja al volverse hacia ella.

—En el asteroide B 612, mejor dicho.

Kaya esbozó una sonrisa nostálgica. Minho y ella habían bromeado con algo parecido en una ocasión. Aun así, Dorian se mostraba más apagado de lo normal. Mientras él daba un sorbo a su café, lo observó con atención.

—Pareces cansado —comentó.

—Estoy bien —respondió Dorian de un modo nada convincente, y se llevó de nuevo el café a los labios.

—¿Seguro? Se te nota un poco…, no sé… —Kaya se señaló su propia cara—. Grisáceo.

Él soltó una carcajada y dejó por fin la taza sobre el plato.

—Maravilloso —murmuró, retirándose los mechones rubios de la frente, y emitió un suspiro cansado—. Siempre he querido que mis ojos hagan juego con el resto de mi cuerpo.

—¿Has comido bien últimamente?

Dorian se había apoyado en el respaldo del sillón y se encogió de hombros, haciendo un ligero puchero. Carolina tenía razón: la boca de Dorian parecía diseñada para hacer pucheros, con las comisuras de los labios un poco marcadas.

—Tampoco he dormido muy bien, el *jet lag* está empezando a afectarme —contestó mientras volvía a coger la taza de café—. Creo que me estoy haciendo viejo.

—Lo que yo creo es que necesitas alimentarte con algo más que muffins caducados, y también dormir en condiciones —le cortó Kaya, negando con la cabeza—. Voy a pedir en la cocina que te preparen comida decente. —Le quitó el café a medio beber de las manos—. Y algo sin cafeína.

Dorian esbozó otra sonrisa.

—Me recuerdas a una mujer que conozco. Ella ya me habría puesto a comer frijoles volteados y a beber manzanilla. Creo que el remedio de todos los males del mundo se encuentra en el fondo de una taza de manzanilla. De todos modos, ¿no quieres escuchar antes lo que he venido a decirte?

Kaya, que estaba a punto de levantarse, se detuvo.

—¿Has venido a decirme algo en concreto? —preguntó, curiosa.

Dorian asintió.

—Se trata de todo ese asunto de la Sorbona. No sabía que quisieras estudiar Literatura.

—No se lo he contado a mucha gente —confesó ella, sintiendo que una familiar mezcla de decepción y nerviosismo regresaba a su estómago, aleteando con fuerza.

—¿Vas a intentarlo el año que viene, cuando vuelvan a abrir las inscripciones?

Kaya jugueteó con una esquina de su delantal.

—Puede ser. Es muy poco probable que me acepten, de todos modos.

Dorian la contempló durante unos segundos, con los ojos entrecerrados y la cabeza inclinada en un gesto de curiosidad.

—¿Es algo que te importa de verdad? —preguntó—. ¿Estudiar Literatura precisamente allí?

—Supongo que sí.

—He hablado con Adriel —dijo él con voz suave, como si estuviese dando a Kaya la oportunidad de replantearse su respuesta e interrumpirle en cualquier momento—. Ya sabes, mi compañero de piso. —Kaya asintió, y Dorian continuó hablando—: Trabaja en la Universidad de Londres, en el departamento de Literatura Irlandesa.

—Lo sé —contestó Kaya, sin tener muy claro adónde quería llegar—. Charlamos un rato

durante la fiesta. Es un chico muy agradable.

Dorian se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa y acercándose un poco más hacia ella.

—Me alegra que te caiga bien, y me alegra que no llegaras a presentar esa solicitud de inscripción esta primavera, porque, si lo que necesitas para entrar en la Sorbona es aportar referencias, tienes un año entero para conseguir unas referencias cojonudas.

Kaya sintió cómo el pulso le golpeaba en la garganta.

—¿Qué quieres decir?

—Puedes venir a Londres en otoño y ayudar a Adriel con los seminarios de finales de septiembre —le explicó—. Le ha parecido muy buena idea. Suelen traer algunos becarios de la Unión Europea, él se encargará del papeleo. Siempre necesita gente para repartir cosas y ordenar cosas, y no sé… —Volvió a encogerse de hombros—. Fotocopiar más cosas. Lo que sea que se hace en una universidad. Puedes dormir en mi casa. Richa planea pasar casi todo el otoño fuera, quiere visitar a su abuela en Udaipur, y le vendrá bien realquilar la habitación. Creo que la beca está bastante mal pagada, pero si le pides a Skywind un traslado temporal a Heathrow…

Kaya se llevó las manos a la cara y emitió un sollozo repentino.

—Dorian, eso es… —dijo entre lágrimas—. Eso sería genial. Más que genial, sería perfecto. Justo lo que necesito.

Dorian miró alarmado a su alrededor.

—Por favor, no llores —le pidió—. Y, si lo haces, aclárale luego a esa mujer de la barra que no soy tu novio.

Kaya soltó una carcajada.

—Ni siquiera sé cómo puedo agradecértelo.

Hubiera abrazado a Dorian allí mismo, le hubiese construido una estatua en medio de la pista de aterrizaje.

—No tienes que agradecer nada.

—Voy a pedirte comida —contestó ella, secándose los ojos con el delantal y tratando de recomponerse—. Te vendrá bien. Pienso invitarte al mejor *brunch* de esta cafetería: tostadas con mantequilla, huevos, aguacate, tortitas, fruta, yogur… Y un buen chocolate caliente. Eso último no entra en el *brunch*, pero te ayudará con el color grisáceo. ¿Te parece bien?

Dorian esbozó una sonrisa suave.

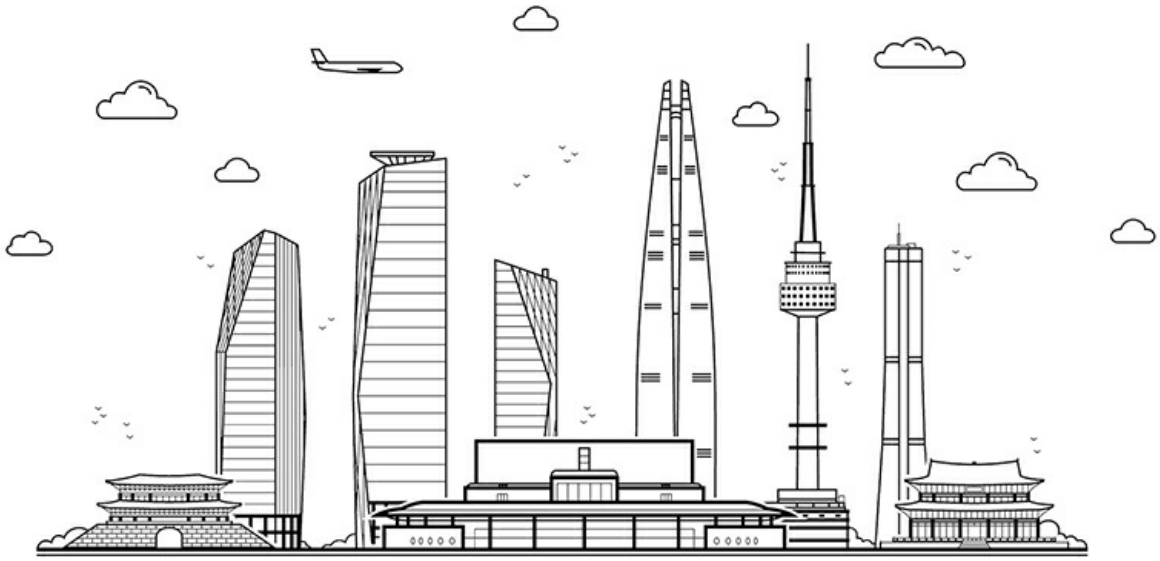
—Supongo que sí.

—Y vas a pasar la noche en mi casa; tengo una habitación de invitados genial que nunca uso. No pienso dejar que vuelvas a subirte en un avión tan pronto. Vas a quedarte todo el día conmigo, vas a cenar en condiciones y a dormir mínimo ocho horas, y vamos a hablar del divorcio de tus padres, o no vamos a hablar de ello en absoluto, lo que te apetezca. —Se levantó

y observó a Dorian desde arriba; él la miraba con un brillo extraño en los ojos—. No pienso dejar que te vayas de París hasta que te encuentres mejor, porque apenas nos conocemos desde hace unos meses, pero ya has hecho por mí mucho más que la mayoría de gente ha hecho nunca, y pienso devolverte ese favor.

Dorian asintió. Parecía extrañamente conmovido.

—Lo cierto es que me vendría bien ese chocolate caliente.



MINHO

—¿Qué? ¡No! —se quejó Minho, entre risas—. Tal como lo cuentas, ¡hace que suene mucho más ridículo de lo que fue!

Inna soltó una carcajada mientras Jisub daba la vuelta con unas pinzas metálicas a varios trozos de panceta que chisporroteaban sobre la parrilla instalada en medio de la mesa.

—Vamos, Minho —intervino Jisub con fingida seriedad—. Aceptémoslo, ya es hora de que Somin conozca tu pasado más oscuro.

Somin rio también. Parecía estar disfrutando de la cena. Minho se sentía un poco culpable por haberla obligado a venir hasta Incheon un jueves por la noche. Sobre todo, teniendo en cuenta que el pequeño restaurante en el que se encontraban no se asemejaba demasiado a los modernos locales en el centro de Seúl a los que solía llevarle ella. Sin embargo, Somin parecía encajar con sus amigos. Apenas hacía una hora que se conocían, pero todos la trataban con total naturalidad. Minho no tardó en relajarse.

Hasta que, por supuesto, Eunwoo había vuelto a sacar su tema de conversación favorito: aquella vez en la que, hacía más de diez años, él y otros chicos de su colegio, un par de cursos mayores que ellos, habían pillado a Inna y a Minho besándose en un rincón apartado del campo de softbol, durante un descanso de las clases de refuerzo de verano.

—Jisub estaba ahí sentado, justo delante, dándoles instrucciones —le explicó Eunwoo a Somin, e imitó la voz de un Jisub adolescente—: «Minho, inclina un poco la cabeza hacia la

derecha. Inna, por favor, ¡cierra los ojos de una vez!», y cosas así. Era espeluznante. Mis amigos y yo salimos corriendo, horrorizados. Si me hubiesen dicho en ese momento que iba a acabar casándome con uno de esos tres pringados…

Inna le dio un golpe en el antebrazo, sin demasiada fuerza.

—Había conseguido robar por fin una revista en el salón de belleza de mi madre —aclaró ella a Somin—. Ya sabes, una de esas revistas que las madres nunca quieren que leas hasta que seas suficientemente mayor, y cuando lo eres, te das cuenta de que están llenas de chorradas.

Somin soltó otra carcajada y dio un trago a su vaso de cerveza mezclada con soju.

—Sé de lo que me hablas.

—Había un artículo sobre cómo dar besos dignos de una peli de Hollywood, con instrucciones paso a paso, y quisimos probarlo —continuó Inna—. Ninguno de los tres teníamos mucha experiencia, debíamos de tener trece años o así.

—Doce —matizó Minho. Lo recordaba bien: había sido su primer beso.

—¡Doce! —se corrigió Inna—. Madre mía, éramos idiotas.

—Aun así, el artículo no estuvo tan mal —comentó Jisub, colocando los trozos de panceta sobre los pequeños boles de arroz frente a cada uno de ellos. Luego se llevó uno a la boca, sujetándolo directamente con las pinzas metálicas—. Seguí aplicando sus consejos varios años después.

Somin volvió a reír, con más fuerza. Una risa cantarina y alegre. Llevaba el pelo recogido en una coleta e iba vestida de un modo informal, con vaqueros y sudadera. Parecía, simplemente, una joven universitaria. Resultaba fácil imaginarla como una más de ellos. Minho se percató de que Jisub se había sonrojado un poco al hacerla reír de nuevo y, de repente, parecía muy interesado en colocar con cuidado trozos de bulgogi sobre la parrilla vacía. Minho observó a su amigo con curiosidad, Jisub no solía ruborizarse con facilidad.

—Yo también seguí aplicando los trucos del artículo un tiempo después —confesó Inna, lanzando una mirada de soslayo a Eunwoo—. Y no recuerdo recibir quejas al respecto.

—¿Qué me dices de ti? —preguntó Somin con los ojos brillantes de diversión, y colocó una mano sobre el brazo de Minho.

—Intenté borrar ese momento de mi mente lo más rápido posible —contestó él, soltando una carcajada al ver la expresión de Inna—. Lo siento, ¡es la verdad! Fue aterrador, y tener a Jisub gritando en mi oído «respira por la nariz, ¡por la nariz!» mientras agitaba la revista no ayudaba en absoluto.

Todos rieron con fuerza. El restaurante resultaba tan agradable como siempre, decorado con madera y corcho, e inundado por el olor de la ternera marinada y las verduras a la parrilla. Minho se giró hacia Somin, que todavía tenía la mano sobre su brazo, y le dedicó una sonrisa. Ella le devolvió el gesto. Una parte de Minho deseó querer besarla en ese momento. Inclinarse hacia

ella y susurrarle: «Me gustaría acompañarte a casa esta noche, si te parece bien». Deseó que ella fuese la respuesta a todas sus preguntas. Desnudarla en la penumbra de su habitación, en el piso de estudiantes que Somin tenía alquilado en Hongdae. Abrazarla con fuerza, respirar su aroma y pensar aliviado: «Era esto. Esto era lo que llevaba tanto tiempo buscando».

Suspiró, metiéndose en la boca una enorme cucharada de arroz y aceptando el rollito de lechuga y bulgogi que acababa de prepararle Jisub. En el hilo musical del restaurante comenzó a sonar una canción familiar. La primera vez que la había escuchado de forma consciente estaba sentado solo, junto a la orilla del rio Han, una noche de principios de primavera. Bebía cerveza, igual que ahora, pero hablaba en inglés con tres desconocidos a través de una tablet. Le invadió una sensación extraña, una mezcla de nostalgia y anticipación.

«¿Era eso?», se preguntó recordando aquella noche, y también la última noche en Gangnam, a la salida de la fiesta del despacho de abogados. ¿Era eso lo que llevaba tanto tiempo buscando? ¿A esos tres desconocidos? ¿Un simple instante y una canción?

—¿Todo bien? —La voz de Inna sacó a Minho de sus pensamientos.

—Todo bien —se apresuró a decir. Tenía la sensación de haber estado sonriendo para sí mismo, como un idiota. Miró a su alrededor, buscando una escapatoria, y señaló su vaso de cerveza medio vacío—. ¿Otra ronda? —preguntó, levantándose de su asiento—. Yo invito.



CAROLINA

Carolina dejó a un lado el informe sobre el flujo de pasajeros en el que estaba trabajando y contempló con desgana el triste café a medio beber que se enfriaba junto al teclado de su ordenador. El color de la bebida le hizo pensar en los ojos castaños de Tony Gambaro, el monitor de *aquagym*. No era una metáfora demasiado poética, pero era lo mejor que podía ofrecerle a su cita de anoche: que el color de sus ojos le recordaba al café volluto de la máquina Nespresso. Tony tenía ascendencia italiana, así que quizá aquello le hiciera ilusión.

El día anterior, Lily había conseguido convencerla para que la acompañase a clase con una serie de artimañas de lo más rastreras, y Carolina al final se compadeció de ella.

—Marien tampoco va a venir esta noche —se lamentó—. Acaba de llamarme para decírmelo, le duele un poco el estómago. Odio ir sola, nadie quiere ponerse conmigo en los ejercicios de pareja. Supongo que porque soy demasiado mayor y no estoy a la altura…

Ya habían pasado más de doce horas desde entonces, y Carolina aún no comprendía cómo se había dejado embaucar de esa manera. Todo habían sido sucias mentiras: Lily estaba mucho más en forma que ella, y ni de lejos era la alumna más mayor de la clase. De hecho, a sus casi ochenta años ayudaba a bajar la media de edad. En cuanto entraron al recinto de la piscina, Lily la arrastró con poco disimulo hacia el lugar donde el monitor hacía estiramientos.

—Creo que todavía no os conocéis, ¿verdad?

Tenía que admitir que Tony no estaba nada mal. Además, durante uno de los ejercicios más

complicados, a Carolina se le había bajado más de la cuenta el bañador deportivo que le habían prestado y Tony había girado el rostro con rapidez para evitar mirarle los pechos desnudos, mientras ella se recolocaba los tirantes a toda prisa. No es que eso le otorgase el título de caballero andante de forma automática, pero le hacía ganar unos pocos puntos respecto al grupo de universitarios de la clase de natación avanzada que esperaban su turno junto al bordillo y que, de repente, parecieron muy interesados en la sesión de *aquagym*.

Quizá por eso Carolina había aceptado cuando Tony la invitó a tomar algo a la salida. Mejor dicho, cuando Lily sugirió con poco disimulo delante de él que su pobrecita Carolina necesitaba socializar y conocer a más gente joven del barrio. No le apasionaba la idea de que le propusieran una cita por lástima (además, llevaba puesto un chándal viejo y tenía el pelo hecho un asco por culpa del vapor y la humedad), pero una parte de ella se sintió aliviada al comprender que a Tony ella no le interesaba mucho más de lo que él le interesaba a ella. Eso era un cambio agradable en comparación con el chico de la fiesta de Londres. Una cita sin demasiadas repercusiones, un chico con los ojos del color del café de cápsulas que no se parecía demasiado a Minho ni a Dorian. Alguien que no le estaba destinado desde su nacimiento, ni tampoco el hombre con el que comparaba a todos los demás hombres del mundo.

Lo que no había previsto eran las consecuencias del día siguiente.

La primera llamada telefónica fue bastante breve. Lily le preguntó si le interesaba comprar el humidificador portátil de segunda mano que había puesto a la venta el vecino de dos puertas más abajo, con una voz que dejaba claro que le estaba dando una oportunidad a Carolina para que la interrumpiese en cualquier momento si quería hablarle de cómo había ido con Tony.

La segunda vez, Carolina empezó a mosquearse.

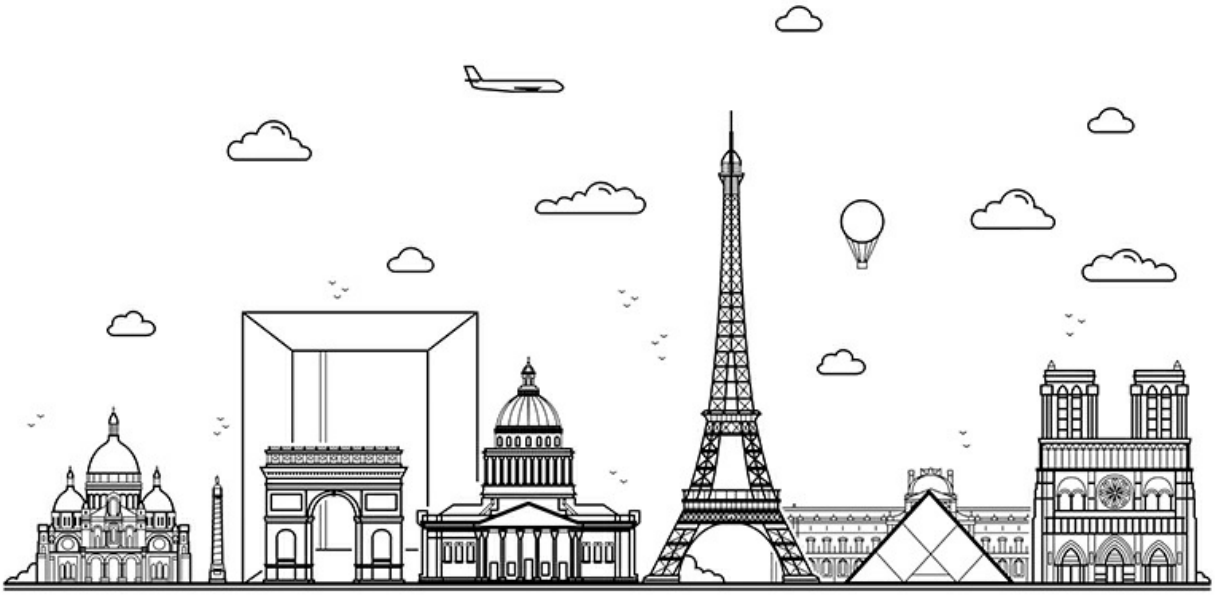
—Sabes que tengo un móvil, ¿verdad? —comentó cuando su compañera de oficina le pasó la llamada de Lily—. No hace falta que me llames al despacho.

—Solo me preguntaba si vas a venir esta noche a cenar a casa o si tienes planes.

Lily era terrible disimulando.

—No tengo planes. —Bajó la voz para que no se la escuchase en la oficina—. Y no se te ocurra buscármelos tú misma. No quiero ser la obra de caridad de nadie, y mucho menos la de tu monitor de *aquagym*.

La tercera vez, un par de horas después, la llamada fue en el teléfono móvil. Jamás había agradecido tanto como entonces no haber perdido la paciencia y no haber empezado la conversación de malos modos porque, en cuanto escuchó la voz de Lily, supo que algo iba muy mal.



KAYA

Dorian le explicó a Kaya que había dejado su maleta en el aeropuerto de Londres, ya que contaba con regresar allí esa misma tarde. Así que, mientras ella terminaba su turno, él se compró en el *duty free* un cepillo de dientes, un pack de tres calzoncillos, unos pantalones cortos y una camiseta holgada y sin mangas en la que se leía «*Paris, mon amour*» sobre una imagen estampada y brillante de la torre Eiffel.

Cuando se lo enseñó todo, ella soltó una carcajada.

—Más que suficiente para pasar aquí el finde. Echaremos tu uniforme a lavar en cuanto lleguemos a casa.

—¿El finde? —repitió Dorian, divertido—. Creía que solo iba a quedarme una noche.

—Lo valoraremos sobre la marcha —contestó Kaya, sonriente.

Cuando llegaron a los alrededores de su apartamento ya era media tarde, y esa zona de París bullía de animación. A Kaya casi le dio pena encerrar a Dorian en su piso, en lugar de permitirle dar un paseo por el vecindario. A ella también le hubiera gustado compartir aquel lugar con alguien, para variar. Sus nuevas amigas estaban demasiado acostumbradas a París como para valorar de verdad lo fascinante que era Montmartre, pero él contemplaba todo con genuina curiosidad. Tuvo que recordarse que Dorian necesitaba descansar y una buena cura de sueño.

Aun así, la expresión curiosa de Dorian se mantuvo cuando Kaya abrió la puerta de su casa y le permitió entrar. Dejó la bolsa de papel con sus compras en el suelo del recibidor y soltó un

silbido apreciativo.

—¿Vives aquí tú sola? —preguntó sorprendido—. Joder, es una casa estupenda.

Kaya sintió una corriente de orgullo.

—¿Verdad? Aunque le hace falta una buena reforma. Estoy ahorrando un poco para pintar las paredes. Evita utilizar la bañera del aseo principal y todo irá bien.

Dorian avanzó por el largo pasillo en dirección al cuarto de estar y se asomó a uno de los pequeños balcones con vistas a la plaza. El sol de la tarde otorgaba una luz cálida a todo el ambiente.

—Así que aquí es donde transcurre parte de la novela que todavía no nos dejas leer —comentó él, girándose hacia Kaya.

—La leeremos cuando me vuelva a tocar el turno —se defendió ella—. Bueno, Minho y yo la releeremos, supongo.

Kaya se preguntó si su voz había sonado distinta al mencionar el nombre de Minho. Lo echaba mucho de menos, y la sensación se había incrementado al reencontrarse con Dorian. Como si todos los pequeños instantes juntos durante su fin de semana en Londres se transformaran de repente en un recuerdo mucho más vívido.

La noche los sorprendió sentados en el suelo, con la espalda apoyada contra el sofá y un montón de recipientes de comida tailandesa sobre la mesita baja frente a ellos. Kaya ya había instalado Internet en el apartamento, pero Dorian se había empeñado en cotillear los canales de televisión.

—Busquemos cine francés, con anuncios y todo. Por culpa de Netflix, viajar ha perdido su encanto —argumentó—. Si no ves la televisión de un país, ¿has estado realmente en ese país?

Acabaron escogiendo una versión doblada de *El hombre de la máscara de hierro*, pese a las alegaciones de Kaya de que esa película distaba mucho de ser francesa.

—Claro que es francesa. Está ambientada en Francia y sale Gérard Depardieu, ¿qué más quieres? Me sorprende que no os la pongan en el colegio en clase de Historia.

Kaya rio tan fuerte que casi se atraganta con sus fideos pad thai.

—Lamento informarte de que absolutamente nada de lo que aparece en esta película ocurrió en realidad.

A Dorian no pareció importarle. Contestó: «Eso es lo que quieren que creas», y dio un trago a su refresco. Daba la impresión de que se sabía el guion de memoria. Mientras los personajes hablaban en francés en la pantalla, él murmuraba en voz baja los diálogos originales en inglés. Era como estar presenciando una extraña traducción simultánea en una reunión de las Naciones Unidas. Kaya contempló al chico con afecto. Se había puesto los pantalones cortos y la camiseta del *duty free*. Aquella era la primera vez que invitaba a un amigo a pasar la noche en casa. A esa casa y a cualquier otra, en realidad. No estaba acostumbrada a algo así, pero se estaba divirtiendo

muchísimo. De repente, se dio cuenta de algo.

—Plantas, música, risas de amigos y olor a cigarrillos y a café —susurró en francés.

—¿Qué significa?

Ella sonrió, con timidez, y le tradujo la frase.

—Es como se describe este apartamento en la novela de mi tía. Desde que vivo aquí, me he sentido un poco avergonzada por no estar a la altura…, por no divertirme lo suficiente. No estoy segura de qué es lo que pretendía cuando me dio las llaves de su casa, quizá crea que soy una persona aburrida.

—No eres aburrida —la defendió Dorian, indignado—. Eres todo lo contrario.

Kaya le dedicó una sonrisa, agradecida.

—Tu casa es así, tu apartamento de Londres.

—Nosotros no tenemos muchas plantas, la verdad. Un cactus sobre la encimera de la cocina, que sospechamos que está más muerto que vivo, y ya.

—Pero estaba lleno de risas y de música, y olía a café y a cigarrillos.

Dorian dejó los palillos y el plato sobre la mesa y se giró hacia Kaya, apoyando un codo en el asiento del sofá.

—Supongo que sí, pero ¿qué te hace pensar que esto es peor? Tu casa también está llena de risas, hasta hace nada te estabas riendo de mis nulas capacidades interpretativas.

Kaya volvió a reír.

—Eso es verdad.

—Y no huele a cigarrillos, ni falta que hace, pero huele a comida tailandesa y a… —Olfateó un poco el ambiente—. ¿Fiesta tropical? —Hizo una pausa como si tratase de recordar algo—. Espera, ¿no olía así Minho cuando vinisteis a mi cumpleaños? Su gabardina apestaba a un perfume muy parecido.

Kaya sintió que se ruborizaba furiosamente.

—Lo sé. Es una larga historia.

Dorian apoyó la cabeza en el sofá y soltó una carcajada sorprendida. Después de la comida, de la ducha y de algunas horas de descanso, tenía mejor aspecto, aunque todavía parecía bastante agotado.

—No sé si quiero conocer esa larga historia…

El caso es que Kaya necesitaba contárselo a alguien.

—Puede que Minho me guste un poco —le confesó rápidamente, y sus mejillas amenazaron entonces con entrar en combustión—. No lo sé seguro, aún no lo he decidido.

Dorian la contempló en silencio durante unos eternos segundos. Parecía un poco sorprendido y algo contrariado.

—¿Y piensas decidirlo pronto?

Kaya lo miró, confusa. ¿Se había perdido algo? ¿Es que acaso a Dorian también le gustaba Minho? Había reconocido su perfume, al fin y al cabo.

—No lo creo —se justificó—. Dudo que podamos volver a vernos en persona en mucho tiempo.

Dorian emitió un largo suspiro y retiró la mirada al techo.

—Me temo que nuestra siguiente reunión será otra vez por videollamada, me he quedado sin apenas millas de vuelo. —Hizo una pausa—. ¿Crees en las almas gemelas? —preguntó por fin.

A Kaya aquello le pilló un poco desprevenida.

—Nunca me lo he planteado. ¿Piensas que Minho es mi alma gemela? —Esta vez fue ella quien hizo la pausa—. O…, no sé, ¿la tuya?

Dorian negó con la cabeza.

—En realidad, creo que Minho…

No llegó a terminar la frase porque su móvil comenzó a sonar en ese momento. Se incorporó. Lo había dejado sobre la mesa, entre los recipientes medio vacíos de comida. En la pantalla aparecía la fotografía de la persona que estaba llamando: Carolina llevaba unas gafas de sol y sacaba la lengua haciendo una mueca.

—En Nueva York aún es mediodía —comentó Dorian, confuso—. Carolina tendría que estar trabajando. No tiene sentido que me llame a estas horas.

Se levantó del suelo con agilidad y cogió el teléfono.

—¿Estás bien? —preguntó nada más aceptar la llamada.

Kaya supo que algo iba mal cuando Dorian palideció al instante. Era difícil seguir la conversación, ya que había comenzado a hablar en un inglés muy apresurado. Del otro lado de la línea llegaba el murmullo de la voz nerviosa de Carolina.

—Vale, voy para allá. Estoy en París, pero cogeré el primer vuelo hacia Nueva York —contestó él. Kaya se levantó del suelo al escuchar aquello—. No, claro que no… —insistió él por algo que dijo Carolina—. Ni sueñes que voy a dejaros solas. Me importa una mierda el trabajo, ya me las apañaré. —Permaneció callado unos segundos más—. Lo sé, yo también… Estaré allí antes de que acabe el día. Iré directo al hospital.

«Hospital». Kaya contuvo la respiración mientras Dorian colgaba el teléfono.

—¿Está bien Carolina? —preguntó—. ¿Se trata de la mujer con la que vive?

Dorian negó con la cabeza. Se mostraba lívido y desorientado.

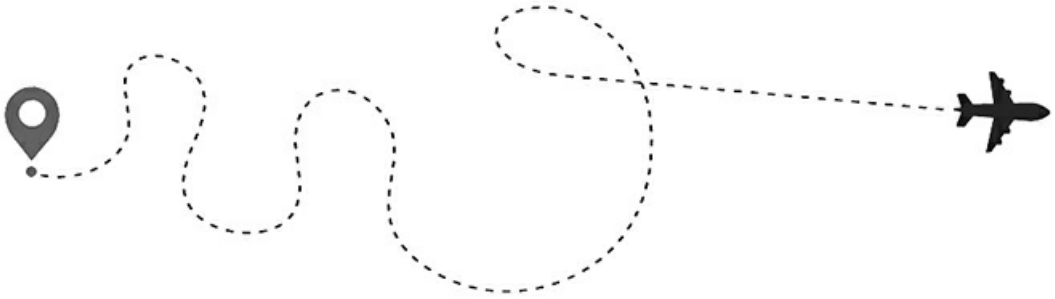
—No, no se trata de ella. Es Marien, una vieja amiga. La han encontrado en su apartamento cubierta de sangre, como si la hubiese vomitado, e inconsciente. Apenas tiene pulso.

Kaya asintió despacio, horrorizada.

—Vamos, te acompañaré al aeropuerto.

CAPÍTULO 10

«UN SIMPLE INSTANTE…»



Siempre que te pregunto
Que cuándo, cómo y dónde
Tú siempre me respondes:
«Quizás, quizás, quizás».

OVALDO FARRÉ (compositor cubano):
«Quizás, quizás, quizás».



CAROLINA

—Nunca pensé que fuese a morir desangrada —murmuró Marien.

Estaba tumbada en la cama de un hospital, y su rostro, normalmente de un color saludable, había alcanzado el mismo tono blanco de la almohada. Tenía dos goteros conectados en el antebrazo. Uno estaba lleno de un líquido transparente; el otro, con la sangre que le estaban transfundiendo.

—No me digas eso, no vas a morirte —le reprochó Lily en español. Ella y Carolina eran las únicas en la habitación de Marien en esos momentos. Su hermana todavía estaba viajando en autobús desde Filadelfia—. Aunque has estado cerca —concluyó, regresando al inglés.

Había estado más que cerca, de hecho. Lily la había encontrado inconsciente en su cama cuando fue a buscarla porque no daba señales de vida por el teléfono. Por suerte, tenía una copia de las llaves de su apartamento. Cuando entró, Marien llevaba varias horas inconsciente y cubierta con la sangre que había vomitado. Los médicos les habían explicado que se trataba de un caso especialmente grave de úlcera de estómago. Era más que probable que llevase meses expulsando sangre por las heces sin percatarse de ello. Eso justificaba los mareos de las últimas semanas.

—No dejéis que pongan «Karen Kate» en mi lápida —continuó Marien, ignorando a Lily—. Antes muerta que con una lápida donde ponga «Karen Kate».

—Bueno, en eso consiste el tema de las lápidas —dijo Carolina—. En que te mueres antes.

Lily le lanzó una mirada de reproche.

—Nadie se va a morir —insistió—. Soy más vieja y más sabia que cualquiera de las dos, y sé de lo que hablo.

Marien cogió la mano de Carolina y volvió a ignorar a Lily.

—De todos modos, dudo que me quede dinero para un entierro en condiciones. Dudo siquiera que me quede dinero para pagar este maldito hospital.

Ese último punto también le preocupaba un poco a Carolina. Al ingresar, les habían informado de que el seguro de salud de Marien apenas cubría una mínima parte del tratamiento y de la estancia. Si permanecía varios días ingresada, y todo indicaba que iba a necesitarlo, la factura alcanzaría los quince mil dólares, incluso más. Era un poco improbable que el empleo de Marien como la Gran Bruja de la avenida Roosevelt le generase ahorros suficientes para hacer frente a esos gastos.

—He debido de dejar mi habitación hecha un asco —siguió quejándose Marien—. Con la cama cubierta de bilis y sangre. Dios santo, en las películas resulta todo mucho más glamuroso. Nicole Kidman nos creó falsas expectativas. En *Moulin Rouge*, expulsaba sangre por la boca con bastante más elegancia que yo.

—¿Preferirías tener tuberculosis? —preguntó Carolina, enarcando una ceja.

—¿La alternativa es eso o un agujero en el estómago del tamaño de mi puño? —preguntó Marien—. No sé qué decirte, cielito.

—Olvídate de eso y céntrate en tomar menos ibuprofeno a partir de ahora —intervino Lily—. Y no te preocupes por la habitación. Iremos a limpiarla y estará impoluta para cuando estés de vuelta. Te regalaré unas sábanas nuevas.

—Por favor, cuidad de *Lady Orquídea* en mi ausencia. Es una gata vieja y quisquillosa, y no entenderá por qué la he abandonado.

En ese momento, el móvil de Carolina vibró en su bolsillo. Se apresuró a sacarlo. A esas horas, solo podía tratarse de una persona. El nombre de Dorian apareció en la pantalla y Carolina aceptó la llamada con rapidez.

—Estoy en la puerta del hospital —le informó él—. ¿Sigue todo bien?

Carolina tenía ganas de llorar. Se levantó y se giró hacia las otras dos mujeres.

—Dorian está en la puerta. Voy a buscarle.

Lily asintió e hizo un gesto con la mano, como despachándola. Pese a que la mujer intentaba disimular, Carolina se dio cuenta en ese momento de lo agotada que estaba y cómo se esforzaba en mantener la compostura. En cuanto se encontrase con Dorian iban a tener que idear un plan para mandar a Lily a casa. Estaba segura de que pretendía quedarse en vela junto a la cama de Marien toda la noche.

A esas horas, los pasillos estaban desiertos. Había una plácida calma en esa zona del hospital.

Decidió caminar despacio, para no despertar a los pacientes, y se dirigió a los ascensores. Antes de llegar hasta allí, Dorian apareció en el rellano. Si Lily le había parecido extenuada, su amigo no se quedaba atrás. Llevaba el pelo revuelto, y vestía con los pantalones beige y la camisa blanca de su uniforme, pero sin el chaleco ni el resto de accesorios. La camisa no estaba planchada, parecía que hubiese salido de una secadora y no le hubiese dado tiempo a adecentarla del todo. Llevaba una mochila al hombro, y estaba sin afeitar y un poco pálido y ojeroso. A ojos de Carolina, seguía siendo perfecto. Perfecto en todas y cada una de sus imperfecciones.

Acortó el espacio que los separaba con rapidez y se abalanzó sobre él, rodeándole el cuello con los brazos y permitiendo que Dorian la abrazase de vuelta.

—No tendrías que haber venido —murmuró contra su camisa—. Ha sido culpa mía por avisarte tan pronto. Cuando Lily me llamó al trabajo me asusté muchísimo, pero ya está todo bajo control. Ha pasado el peligro.

—Joder, ¿bajo control? —repitió Dorian, separándose un poco para mirarla a los ojos—. No sé cómo a Lily no le ha dado un infarto al encontrarla en esas condiciones. Llego a ser yo y me tienen que preparar una cama al lado de la de Marien.

Ella levantó la mano para retirarle el pelo de la cara a Dorian. Él se inclinó un poco y rozó con la nariz la mejilla de Carolina. Normalmente, no eran tan afectuosos el uno con el otro. Sin embargo, razonó, estaban en un hospital. A todo el mundo se le permitía bajar un poco la guardia y dejarse llevar por las emociones en un hospital.

—Me alegro de que estés aquí —le confesó.

—Pienso quedarme unos días, para ayudar un poco. He hecho varios apaños con dos compañeros mientras volaba. Cubriré la ruta entre Nueva York y Londres pasado mañana, lo cual me vendrá bastante bien porque necesito algo de ropa que no lleve estampada la torre Eiffel, pero regresaré para quedarme hasta finales de semana.

—Estabas con Kaya cuando te he llamado, ¿no? —preguntó Carolina mientras caminaban por el pasillo rumbo a la habitación de Marien—. Me ha escrito un mensaje interesándose por cómo iba todo, hace unas horas.

Dorian asintió.

—Llevaba un rato en su casa. Es muy bonita, en medio del típico barrio que se te viene a la cabeza cuando piensas en París. Deberíamos ir cuando todo se tranquilice y celebrar allí una reunión del club.

La imagen mental de Kaya asomada a una ventana repleta de flores, en un barrio típicamente parisino de callejuelas empedradas y con el tierno aroma a pan recién horneado, le resultó a Carolina extrañamente reconfortante. Quizá por lo alejada que distaba esa realidad de la de aquel pasillo de hospital, con olor a lejía y desinfectante, y el sonido tenue de los goteros y los monitores. Buscó la mano de Dorian y entrelazó los dedos con los suyos.

—Iremos a París —le prometió—. Nos subiremos a lo alto del Arco del Triunfo para ver la puesta de sol y beberemos vino malo de tetrabrik porque habremos gastado todo nuestro dinero en los billetes de avión.

Dorian le dio un apretón cariñoso en la mano a Carolina.

—Suena perfecto —susurró.

Todavía parecía un poco alicaído, cansado y triste. Sus ojos carecían de su brillo habitual. Sin embargo, estaba ahí. Más cerca de lo que había estado en mucho tiempo. Fuera de su ambiente londinense y de los aeropuertos donde se movía como pez en el agua. Estaba en Queens. Parecía más joven y más vulnerable; volvía a ser el Dorian que conoció hacía casi diez años.

Cuando llegaron a la habitación de Marien, él le soltó la mano y se pasó los dedos por el pelo para arreglarse un poco. Al abrir la puerta, parecía otra persona. Dorian entró allí con energía, y se colocó frente a la cama esbozando una sonrisa torcida. Antes de que pudiese hablar, Marien se le adelantó.

—No lo digas —le advirtió. A pesar de su tono amenazante, estaba contenta de verle allí.

—No sé de qué me hablas —comentó Dorian, fingiendo inocencia, mientras se acercaba a Lily para darle un abrazo. El rostro de Lily también se había iluminado al verle llegar—. ¿Qué creías que iba a decir?

—«Primero no fuiste capaz de adivinar que tu hermana se iba a romper la pierna retozando con su nuevo novio» —contestó Marien, hablando con un impostado acento inglés—. «Y ahora tampoco has sido capaz de adivinar lo que iba a ocurrirte a ti».

—Yo nunca hubiese utilizado la palabra «retozando» —replicó Dorian. Lily le sujetaba la cara y analizaba con detenimiento el color pálido de su rostro, pero él se zafó de ella—. Pero sí, básicamente. ¿No hay una carta de tarot específica que te avise de que te vas a desangrar poco a poco? ¿Acaso no hay una que se llama La Muerte?

—La Muerte no significa que vayas a morir —intervino Carolina—. Significa cambio y fin de un ciclo.

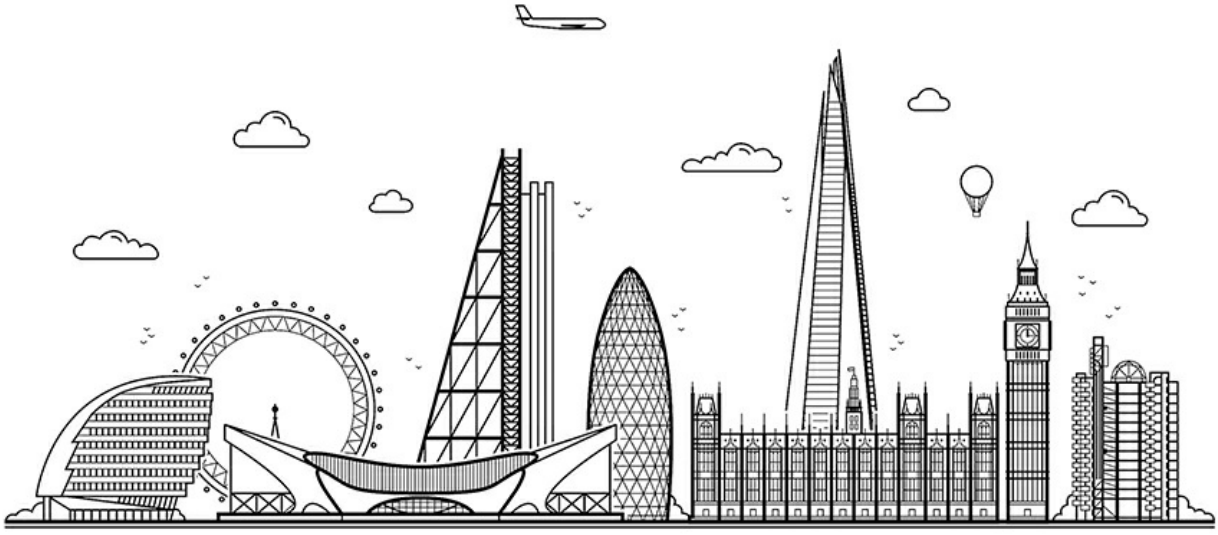
Marien señaló a Carolina con aire de suficiencia.

—¿Lo ves? Ella siempre prestó atención a mis explicaciones. Tú nunca has tomado en serio mi trabajo.

—No creas —le defendió Carolina, recordando repentinamente a Minho—. En los últimos tiempos, Dorian ha demostrado tener una fe ciega en tus profecías.

Una expresión de confusión atravesó el rostro de Dorian, como un relámpago, y soltó una carcajada cansada. Se sentó en una de las sillas vacías.

—Eso es cierto, Marien. Fe ciega —admitió. Todavía sonriente, todavía muy cansado—. Ni te imaginas cuánta.



DORIAN

Al final, no hubo que convencer a Lily para que no pasase la noche en el hospital. La hermana de Marien llegó apenas media hora después que Dorian y se empeñó en quedarse ella. Lily aceptó, con la condición de regresar allí a primera hora para darle el relevo. Dorian se comprometió a cuidar de los dos chicos que Lily tenía a su cargo durante su ausencia, mientras Carolina trabajaba. Se levantó temprano y se aseguró de que se preparaban para ir a clase. También les dio cinco dólares a cada uno para que se comprasen un buen almuerzo y, sintiéndose culpable por no haber previsto cocinarles un desayuno nutritivo, acabó metiendo en sus mochilas un par de naranjas que Lily tenía en un frutero sobre el aparador de la cocina.

—Os ayudarán a prevenir los resfriados —les dijo, poniendo su mejor voz de adulto responsable—. No dejéis que los abusones os roben el dinero que os he dado. He visto demasiadas películas como para saber cómo se las gastan en los colegios de este país. Tampoco os unáis al equipo de debate ni os hagáis quarterbacks. Mantened un perfil medio: ni demasiado pringados ni demasiado molones.

—La palabra «molones» dejó de molar hace más de diez años —le comentó Julio, el más joven, y se colocó la mochila a la espalda.

—¿Cómo sabes eso? —se quejó Dorian—. Ni siquiera habías nacido.

Julio se encogió de hombros y Dorian les empujó a él y a su hermano hasta la puerta, agarrándoles de las asas de las mochilas.

—Largo de aquí, y regresad a casa con vida.

Cuando Lily volvió, a media tarde, encontró a Dorian y a los dos chicos apoltronados en el sofá, viendo una reposición de la tercera temporada de *Haikyuu* en la tele por cable. Ninguno de los dos conocía el anime, pero Dorian les había puesto al día en apenas diez minutos. Ambos estaban entusiasmados. A Julio ya no le importaba tanto necesitar gafas para mirar la pizarra ahora que había conocido a Tsukishima. Su hermano Lorenzo le preguntó a Dorian si practicar voleibol en el instituto se consideraría de pringados, de molones o de perfil medio. Definitivamente, a Dorian se le daban genial los críos.

Sin embargo, y de forma sorprendente, Lily les lanzó una mirada reprobadora.

—Deberíais estar haciendo los deberes. Ya conocéis las normas: al menos dos horas de estudio antes de cenar.

—Pero si es viernes —se quejó Lorenzo—. ¿No podemos hacer una excepción los viernes?

Lily titubeó un segundo. Dorian se sorprendió, debía de haberse ablandando con la edad.

—*Haikyuu* es educativo —comentó él—. Les enseña el valor de la amistad, el esfuerzo y el trabajo en equipo.

Lily puso los ojos en blanco.

—Una hora de estudio —aceptó por fin—. Solo por ser viernes. Después, os dejaré ver la tele, y pediremos pizza al Hungry Howie's.

Julio y Lorenzo soltaron sendos gritos de alegría y se levantaron del sofá, subiendo las escaleras hasta su habitación de dos en dos. Dorian se levantó también y acompañó a Lily a la cocina. Ella se sentó en una de las banquetas con un suspiro agotado.

—Iba a pedir pizza a domicilio de todos modos. Necesito una buena dosis de comida basura después de haber sobrevivido a las últimas treinta y seis horas.

Dorian se acercó a la encimera y puso a calentar el hervidor de agua.

—Te prepararé un té, ¿vale? Carolina me ha escrito: no tardará en venir.

—Gracias, pipiolo —murmuró Lily en español.

Dorian sonrió, sin poder evitarlo. Que Lily le hablase en español siempre le había hecho sentirse parte de algo, parte de lo que fuera que aquella mujer maravillosa llevaba construyendo en esa casa durante décadas. Colocó delante de ella la fuente de tortitas que había preparado para la merienda de los chicos. Todavía quedaban un par intactas.

—Están algo frías —le contestó en el mismo idioma—, pero si quieres que te las caliente en la sartén…

Lily negó con la cabeza y cogió un pellizco con los dedos para llevárselo a la boca.

—¿Sin sirope ni nada? —preguntó Dorian, alarmado.

—No están mal —comentó Lily, cogiendo otro trocito—. No sabía que supieras hacer tortitas.

—No es tan complicado. Además, ¿no son algo así como el plato nacional de Estados Unidos? Solo trato de integrarme.

Lily soltó una carcajada.

—¿Y cuál es el plato nacional inglés? —preguntó, divertida.

Dorian sacó la tetera del fuego y buscó la lata metálica donde sabía que Lily guardaba las hojas de té.

—Anguila en gelatina. Así que tengo suerte de ser vegetariano. Bueno, y también ese puré que sirven a veces en los pubs. Ya sabes, esa cosa extraña sobre la que flota esa otra cosa de aspecto grumoso.

Lily rio todavía más fuerte. Después se levantó para coger la taza y regresar al cuarto de estar.

—Suena delicioso —bromeó, acomodándose en el sofá.

Dorian se sentó a su lado, sonriente.

—¿Cuándo piensas venir a Londres para que pueda llevarte a uno de esos pubs? Julio y Lorenzo están invitados. Hay un montón de cosas divertidas para los críos allí. No tengo mucha idea de cuáles, pero puedo investigar.

Lily le sonrió con suavidad.

—Por ahora me conformo con tenerte en casa, y también a Carolina.

Lily cogió uno de los cojines y se lo colocó en el regazo. Dorian adivinó en ese momento lo que pretendía. El chico se tumbó en el sofá y colocó la cabeza sobre el cojín, cerrando los ojos y sintiendo un alivio inmediato. Aquel primer verano, cuando estuvo viviendo durante más de dos meses en esa casa, había llorado en varias ocasiones con la cabeza apoyada en el regazo de Lily hasta quedarse dormido. Lily le acarició el pelo con suavidad y estiró el brazo que tenía libre para coger el mando a distancia. Volvió a encender la televisión. Había comenzado un nuevo episodio de *Haikyuu.*

—No hace falta que veamos eso —murmuró Dorian—. Me sé la serie de memoria.

Antes de que Lily pudiese contestar, oyeron el sonido de la cerradura de la puerta principal. Carolina entró en la casa y sonrió al verlos en el sofá.

—¿Hay hueco para mí? —preguntó, y dejó el bolso y la cazadora a un lado para sentarse en el suelo, apoyando también la mejilla en las rodillas de Lily—. ¿Marien está mejor? ¿Le han dicho ya cuándo podrá irse?

—Está mucho mejor, hasta puede levantarse de la cama —le informó Lily—, pero necesitará quedarse en el hospital dos o tres noches más, al menos.

Carolina ahogó un gemido.

—¿Cómo va a pagar todo eso? ¿Has hablado con su hermana?

Lily asintió despacio.

—Ella tampoco tiene muchos ahorros. Lo máximo que podría juntar de ser necesario serían cinco mil dólares.

—¿Y qué pasa con el resto?

—Sospecho que Marien se está planteando rehipotecar su apartamento. Aunque no dejamos que piense demasiado en el tema, dudo que sea bueno para su úlcera.

—Vaya mierda —susurró Carolina—. Quizá podamos recaudar algo nosotras. —Dorian vio cómo su amiga contemplaba su reloj de pulsera, meditabunda—. No tengo ahorros, pero sí varias cosas que puedo vender…

—No vas a vender tu reloj —interrumpió Dorian, horrorizado—. Es muy importante para ti.

—Solo es un reloj, y Marien es mucho más importante. Aunque dudo que después de tantos años me den gran cosa por él.

—Marien es demasiado orgullosa como para algo así —comentó Lily—. Una cosa es que su hermana le preste algo de dinero y otra es que tú vendas tus objetos personales.

—Puedo hablar con mis padres —propuso Dorian—. Cualquiera de ellos puede hacerse cargo de la factura del hospital. Marien puede devolverlo poco a poco, es mucho mejor que rehipotecar la casa.

Lily le dedicó una mirada dubitativa.

—Supongo que no es mala opción.

—No —intervino Carolina con firmeza. Se había incorporado y tenía la mirada clavada en un punto indeterminado delante de ella—. Tus padres no tienen nada que ver en esto, no pertenecen a nuestro círculo y no deberíamos involucrarles.

—Sí que tienen que ver —replicó Dorian, incorporándose también—. Puede que no pertenezcan a este barrio y a esta comunidad, pero yo soy su hijo y Marien es mi amiga. No sería la primera vez que hacen un préstamo a un conocido en apuros.

—Quizá sea nuestra única opción ahora mismo —declaró Lily con la mirada clavada en la espalda de Carolina—. Tampoco le estarían regalando el dinero, ella se lo devolvería.

—Hay otra opción —insistió Carolina—. Alguien que también tiene suficiente dinero para cubrir con todos los gastos y que le debe un buen favor a Marien. Que nos lo debe a las tres, de hecho. A ti, a ella y, sobre todo, a mí.

Lily abrió los ojos, asombrada.

—¿Estás segura?

Carolina asintió con firmeza. Tenía la mandíbula tensa, todavía no les estaba mirando.

—Estoy segura. Mandaré un mensaje a mi madre.



CAROLINA

Carolina no solía hablar de su madre con nadie. Ni siquiera con Dorian, y tampoco lo hizo con Randy cuando estaban juntos. Tampoco hablaba de ella con Lily o con Marien, pero eso se debía a que con ellas no era necesario hacerlo. Ambas mujeres conocían bien su historia.

Rosa Morales, la madre de Carolina, se quedó viuda antes de los veintidós años, cuando apenas llevaba diez meses casada con su marido, tres meses embarazada y cinco viviendo en Nueva York. Ambos eran de Guatemala, y habían ahorrado desde adolescentes para mudarse a Estados Unidos tras la boda. Su felicidad no duró mucho: Jesús Cabrera murió aplastado por un andamio mal colocado en la esquina de la calle Cincuenta y uno con la Octava Avenida, rumbo a su tercer día como conserje en un teatro musical. Lo poco que Carolina sabía de su padre era que tenía los ojos grandes y oscuros, sonreía casi todo el tiempo, le encantaba la música y su nuevo trabajo le entusiasmaba. Se le partía el corazón al imaginarlo sonriente, canturreando en voz baja y caminando a paso ligero, deseando llegar al teatro.

Rosa se quedó sola, enamorada profundamente de un hombre que ya no existía, embarazada y superada por el sueño americano. Los primeros años de Carolina transcurrieron en un pequeño apartamento de Queens. Al principio, no les fue mal del todo. A su madre también le gustaba la música y, a veces, movía los muebles del comedor para dejar espacio libre en el centro, cogía en brazos a Carolina y bailaban juntas lo que fuera que estuviera emitiendo la MTV.

Pero, al final, Rosa cayó en una apatía generalizada y Carolina tuvo que aprender a cuidarse

por sí sola… y a no contar demasiado con ella. Cuando solo tenía seis años, ya sabía poner la lavadora y la secadora y calentar su comida en el microondas. Fue entonces cuando Marien empezó a visitarlas más a menudo, las ayudaba económicamente y acompañaba a Carolina al colegio. Durante esa época, Marien se convirtió en la única amiga de Rosa Morales, quien, por otro lado, y pese a vivir ajena al mundo exterior, todavía seguía siendo joven y hermosa. Cuando Carolina cumplió los siete años, su madre recibió una propuesta de matrimonio de un hombre muy bien posicionado de su pueblo natal que siempre había estado enamorado de ella y que acababa de abrir un resort de lujo en Puerto Barrios. Ella aceptó. Sin embargo, en la propuesta no se mencionaba a su hija, aunque ese hombre tenía que ser más que consciente de que Rosa tenía una. Ella pilló la indirecta y se marchó a Guatemala sola, dejando a Carolina a cargo de Liliana Rivas, porque pensaba que eso era lo mejor para ambas.

Quizá tenía razón. Desde entonces, Carolina llevó una vida mucho más ordenada y mucho más segura, en la casa de acogida. Además, hasta que se hizo mayor de edad, recibía de forma periódica dinero de parte de su madree. Lily lo ahorró todo para que Carolina pudiera pagarse la universidad. También la llamaba de vez en cuando al teléfono del despacho de Lily, pero Carolina siempre se negaba a hablar con ella, y pronto dejó de hacerlo.

Nunca la perdonó por aquello. Podía llegar a perdonarla por dejarla atrás y regresar a Guatemala sin ella, pero jamás la perdonaría por dejar de llamar por teléfono. Por rendirse tan rápido.

Esa noche, Carolina subió a su habitación y escribió un e-mail al resort de su madre. No tenía su correo personal, pero buscó en Internet la dirección del departamento de atención al cliente del Resort Punta de Palma, en Puerto Barrios, y entró en su cuenta de Skywind. Si algo sabía de cómo funcionaba la mente de los empleados de un servicio de atención al cliente (y lo cierto es que Carolina sabía bastante) era que se tomarían mucho más en serio un correo electrónico enviado desde el servidor de una multinacional que desde una dirección personal.

ASUNTO: A la atención de la directora Rosa Morales
Carolina Cabrera (JFK Airport) a "Atención al cliente - Resort Punta de Palma"
10 de mayo a las 22:15 (EST)

Buenas noches:

Necesitaría, por favor, que comunicasen a la directora Rosa Morales que Karen Kate Velázquez (a la que ella conocerá posiblemente por el nombre de Marien Velázquez) ha sido ingresada de urgencia en el hospital Elmhurst de Nueva York, debido a una severa úlcera de

estómago.

Estoy convencida de que tanto la señora Rosa Morales como quien haya recibido este correo se alegrarán al saber que la paciente se está recuperando adecuadamente de sus dolencias. Pueden llamar o escribir a la administración del hospital si desean preguntar por su salud. También pueden dirigirse a ellos si tienen curiosidad por conocer la cantidad total a la que asciende la factura por los servicios médicos.

Les saluda amablemente,

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.

Carolina se quedó un buen rato contemplando la pantalla del ordenador tras darle al botón de enviar. Le temblaban un poco las manos y soltó una carcajada nerviosa. No podía creer lo que acababa de hacer. Se retiró el pelo de la cara, todavía aturdida, y continuó un rato más con la mirada clavada en la bandeja de salida de su correo electrónico. Llevaba casi dieciocho años sin saber nada de su madre, ni siquiera estaba segura de si había tenido hijos durante su segundo matrimonio. Carolina podría tener hermanos casi adultos y no ser consciente de ello.

Aun así, había hecho lo correcto. Joder, pensó, ya era hora de que su madre se responsabilizase de lo que había dejado atrás. Marien había permanecido a su lado durante sus peores años y se lo debía.

Se planteó bajar al comedor de nuevo. Los dos niños ya se estarían acostando, pero Lily y Dorian todavía se encontrarían allí. Quizá pudiera servirse una copa y olvidar por un momento lo que había ocurrido. Cambió de opinión casi al instante. Sabía que Dorian no sacaría el tema si ella no lo hacía, pero prefería evitar a Lily el resto de la noche.

Lily hubiese optado por involucrar a los Thoresby antes que a la madre de Carolina. Había vuelto a mencionarlo cuando se habían quedado a solas en la cocina, después de cenar.

—Razón no te falta —le insistió en voz baja—. Rosa le debe mucho a Marien. Aunque Erin Thoresby nos hubiese pedido menos a cambio. Tan solo habría expedido un cheque y se habría olvidado del tema.

—¿Qué crees que va a pedir mi madre? —preguntó Carolina.

Lily suspiró antes de contestar:

—Te va a pedir que la perdones. Tal vez no ahora, tal vez espere un poco para volver a ti, pero acabará haciéndolo tarde o temprano. Me temo que tendrás que decidir si eso es lo que quieres.

Carolina no tenía demasiado interés en tomar semejante decisión en ese momento, así que permaneció sentada frente a la mesa de su escritorio, con los pies apoyados en el asiento, abrazándose las piernas y contemplando la pantalla del ordenador un rato más. Después, hizo clic sobre la opción de redactar un nuevo correo, sorprendiéndose a sí misma mientras tecleaba la dirección de Han Minho.

ASUNTO:
Carolina Cabrera (JFK Airport) a Han Minho (ICN Airport)
10 de mayo a las 22:32 (EST)

¿Alguna vez abres el correo de la aerolínea los fines de semana?

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.

Apenas un minuto después, recibió contestación. Carolina soltó una risita al verlo.

ASUNTO: Re:
Han Minho (ICN Airport) a Carolina Cabrera (JFK Airport)
11 de mayo a las 10:33 (KST)

Continuamente.

Pero no deberías seguir mi ejemplo. No soy un buen ejemplo para muchas cosas, pero sobre todo en este caso.

Han Minho
Ayudante de Mánager

Servicio Terrestre de Atención al Pasajero

Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

ASUNTO: Re: Re:

Carolina Cabrera (JFK Airport) a Han Minho (ICN Airport)

10 de mayo a las 22:34 (EST)

Reformularé mi pregunta.

¿Alguna vez abres el correo de la aerolínea los fines de semana para escribir un mensaje ridículamente pasivo-agresivo dirigido a la mujer que te abandonó cuando tenías siete años?

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero

Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.

ASUNTO: Re: Re: Re:

Han Minho (ICN Airport) a Carolina Cabrera (JFK Airport)

11 de mayo a las 10:35 (KST)

Perdona, ¿QUÉ?

¿Quieres hablar de ello? Por teléfono, quiero decir.

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

ASUNTO: Re: Re: Re: Re

Carolina Cabrera (JFK Airport) a Han Minho (ICN Airport)

10 de mayo a las 22:36 (EST)

Lo cierto es que sí. Me gustaría hablar por teléfono, pero no de eso, ¿vale?

Llámame y hablemos de cualquier otra cosa.

Carolina Cabrera

Ayudante de Mánager

Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.

Pocos segundos después de enviar el último correo, el móvil de Carolina comenzó a sonar. Se giró y lo observó, invadida por sentimientos contradictorios. Estiró el brazo y aceptó la llamada.

—¿Qué hora es allí? —preguntó a modo de saludo, un poco avergonzada.

Aun así, era un tipo de vergüenza agradable. El tipo de vergüenza provocada por mantener una conversación con un chico que tenía muchas papeletas de ser su alma gemela. Justo lo que necesitaba en ese momento. Nada de dramas familiares, solo locuras metafísicas.

—Las diez y media de la mañana —contestó él con un deje cálido en la voz. Se oía de fondo el tenue sonido de lo que parecían las olas del mar chocando contra la costa—. Aquí ya es sábado. Por cierto, ¿está mejor tu amiga Marien? Kaya me escribió para contarme lo que había pasado.

—Mucho mejor, gracias. —Tampoco le apetecía demasiado hablar de Marien—. ¿Has ido a la playa?

—He madrugado para salir a pasear a *Makgeolli*. Es el perro de mi hermana —le explicó—. Ella y su marido se han ido una semana de vacaciones a la isla de Jeju, para celebrar su aniversario de bodas, y me ha tocado hacerme cargo. Es bastante… —Minho dejó la frase a medias y exclamó varias veces el mismo par de palabras, en coreano—. Dame un segundo, *Makgeolli* está… —De nuevo palabras en coreano, esta vez frases más largas y con un tono más suave, como si estuviera disculpándose con alguien—. Vale, perdona —dijo por fin, de nuevo en inglés. Carolina soltó una carcajada—. No debería haberle quitado la correa.

Carolina volvió a reír.

—¿Es un perro muy grande?

—Un caniche gigante —contestó Minho—. Me gustaría que te centrases en el término «gigante» y no en «caniche», si vas a juzgar mi incapacidad para lidiar con él.

—¡No te juzgo! —exclamó Carolina entre risas—. Es culpa mía por molestarte durante tu paseo.

—No me importa, de verdad. Es agradable poder charlar con alguien. —Carolina notó un pequeño cambio de humor en la voz de Minho, una sensación sutil—. Desde que mis amigos se mudaron a Seúl, la mayor parte de mis fines de semana resultan un poco solitarios.

Aquello le era familiar.

—A mí tampoco me quedan muchos amigos en Queens. En parte por mi culpa, me alejé bastante de todo el mundo al empezar la universidad. Ha sido raro regresar a casa después de tanto tiempo. —Esbozó una sonrisa al recordar algo, con todo el asunto de Marien lo había olvidado por completo—. ¿Recuerdas lo que os conté sobre cómo Lily quería emparejarme con su monitor de *aquagym*? El otro día accedí a salir con él solo porque me sentía un poco sola, y porque tuvo la oportunidad de mirarme los pechos y no lo hizo.

Minho soltó una carcajada.

—Creo que vas a tener que poner un poco más de contexto a esa historia.

Ella también se rio.

—En conclusión, no te recomiendo practicar ese deporte con un bañador que no sea de tu talla.

En la voz de Minho todavía había un resquicio de su risa anterior. A Carolina le gustó aquello. Le gustó mucho más de lo que había esperado que pudiera gustarle, y la sensación la pilló un poco por sorpresa.

—Empiezo a comprender la situación —bromeó él—. Espero que fuese una cita agradable.

—No estuvo mal —admitió ella, reprimiendo un bostezo repentino. Ni siquiera había sido consciente hasta ahora de lo cansada que estaba, después de haber regresado tan tarde del hospital la noche anterior y pasarse todo el día trabajando—. Lo siento. Creo que debería dejarte tranquilo e irme a dormir.

—Claro —respondió Minho con cautela, como si no tuviera claro si debía mencionar algo sobre lo que Carolina había escrito en su correo antes de dar por finalizada la conversación—. Mañana será un día mejor que hoy.

—Ojalá tengas razón…

—Claro que tengo razón. Aquí ya es sábado desde hace un buen rato, y he podido comprobarlo. Mañana será un día estupendo, ya verás.

Carolina sonrió con ternura.

—No osaría poner en duda la palabra de alguien que vive en el futuro.

Minho soltó una risa suave.

—Vete a dormir y descansa.

Carolina pulsó el botón para finalizar la llamada, todavía sonriente. Si no recordaba mal, aquella era la tercera vez que Minho y ella mantenían una conversación a solas. No se podía decir que su relación estuviera avanzando a pasos agigantados, pero era agradable. Agradable y reconfortante.

Al desviar la mirada hacia la pantalla del ordenador, se percató de que acababa de recibir un nuevo correo electrónico.

ASUNTO: Re: A la atención de la directora Rosa Morales
"Atención al cliente - Resort Punta de Palma" a Carolina Cabrera (JFK Airport)
10 de mayo a las 20:43 (CST)

Estimada Carolina:

Desde el departamento de atención al cliente le agradecemos su amabilidad al contactar con nosotros y nos gustaría hacerle partícipe de nuestro alivio respecto a la mejoría del estado de salud de la Sra. Velázquez.

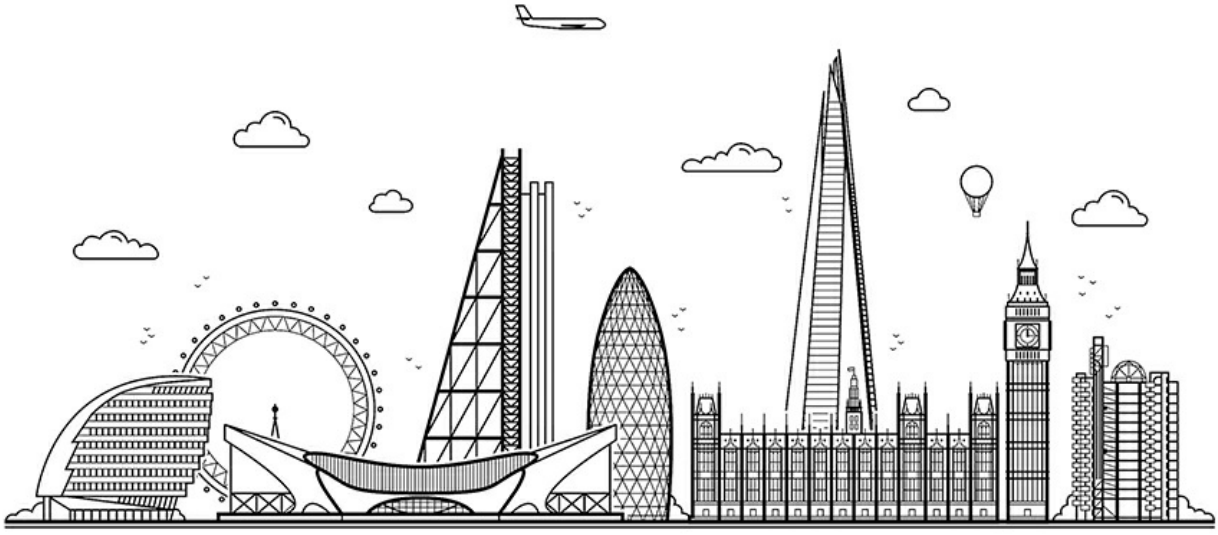
Queríamos informarle de que, a petición de la Dirección del Resort Punta de Palma, contactaremos con el hospital Elmhurst para hacernos cargo de cualquier intervención médica que el delicado estado de salud de la Sra. Velázquez pueda requerir.

Un cordial saludo,

Rafael Luna
Jefe de Equipo
Servicio de atención al cliente
Resort Punta de Palma

Leyó el e-mail un par de veces, solo para asegurarse. Había funcionado. Marien no tendría que preocuparse por el dinero. El problema era que Carolina no estaba demasiado segura del precio que tendría que pagar a cambio.

«Te va a pedir que la perdones —le había dicho Lily—. Tal vez no ahora, tal vez espere un poco para volver a ti, pero acabará haciéndolo tarde o temprano. Me temo que tendrás que decidir si eso es lo que quieres».



DORIAN

—Vale, muchacho, mezcla las cartas —le pidió Marien.

Dorian frunció el ceño.

—No sé cómo.

—¿Nunca has jugado a las cartas? ¿Al póker o a la canasta?

—Sé barajar unas cartas normales —le explicó Dorian, aprensivo—. Pero no tengo muy claro cómo hacerlo con un Tarot de Marsella.

Si es que se suponía que eso que tenía entre manos era un Tarot de Marsella. Dorian dudaba de que en el mundo del ocultismo pudieran considerar válida la baraja que había diseñado Marien: ¿no tenían los adivinos algún tipo de comisión independiente que homologase este tipo de cosas? De ser así, alguien debería abrir un expediente a Marien por utilizar material no oficial. En su naipe de Los Enamorados, Marien había pegado un recorte de alguna revista con los protagonistas de *Dirty Dancing*.

—Estas cartas se mezclan de la misma manera que cualquier otras, no me seas remilgado.

—Ni siquiera sé qué significa esa palabra —se quejó él mientras comenzaba a mezclarlas. Se percató de que el arcano de El Emperador era una imagen de Ronald Reagan a la que le habían pegado orejas de Mickey Mouse. Definitivamente, la baraja de Marien era un sinsentido.

—Deberías comprarte un diccionario de español y buscarla —contestó ella—. Seguro que aparece tu fotografía junto a la definición de «remilgado».

Tenía mejor aspecto tras cuatro días ingresada. Se había sentado incorporada en la cama y ya

no estaba conectada a ningún gotero. Estaba previsto que le dieran el alta al día siguiente. Como la hermana de Marien había tenido que regresar a Filadelfia, Dorian se había ofrecido a hacerle compañía. Acababa de cubrir el vuelo de Londres a Nueva York y había vuelto con una maleta de ropa para pasar el resto de la semana vestido con algo que no fuesen unos pantalones cortos del *duty free* del Charles de Gaulle y las camisetas de yoga de Lily. También había traído los bolsillos repletos de Jaffa Cakes. Marien ya se había comido la mitad a espaldas de las enfermeras.

En ese momento, Dorian estaba sentado a los pies de la cama. Marien se había ofrecido a echarle las cartas y él había accedido de mala gana. Nunca lo había hecho hasta ahora, pero ¿cómo iba a negarle nada a una mujer que había estado a punto de morir hacía apenas cinco días?

—Puedes devolverme ya la baraja —le indicó—. Y siéntate un poco más recto, este es un momento solemne.

—Si vas a decirme cosas malas, no quiero saberlo —le advirtió Dorian.

Marien chasqueó la lengua a modo de reprimenda.

—Confía en mí por una vez, sé lo que me hago.

Colocó varias cartas bocabajo, sobre la colcha del hospital. Después, ella también se enderezó y cerró los ojos para coger aire. Al abrirlos, comenzó a dar la vuelta a las cartas, una a una. No resultaba una tirada demasiado impresionante, a ojos de Dorian. La mayoría de las cartas que habían salido eran simples palos de baraja española, y solo había un par de Arcanos Mayores diseminados entre muchas copas y espadas. A pesar de eso, Marien sonreía, concentrada en la tarea que tenía entre manos. No parecía en absoluto decepcionada. Sacó un par de cartas más y las colocó entre las que ya tenía sobre la sábana.

—Hay personas que resultan más difíciles de leer —comentó—. Nunca he tenido claro por qué. Es como si a las cartas les costase empatizar con ellas, como si no fueran capaces de comprenderlas o no tuvieran demasiado interés en hacerlo.

—¿Es lo que está pasando ahora? —preguntó Dorian, avergonzado—. ¿Las cartas no me quieren leer?

Marien soltó una carcajada.

—Todo lo contrario, cielo. A ti te están leyendo como a un libro abierto.

Dorian sintió una corriente de alivio. No estaba seguro de por qué aquello le complacía tanto. Por qué, de repente, tenía tanto interés en caer en gracia a una baraja de cartas hecha a base de recortables de revistas antiguas.

Marien levantó una de las cartas para que Dorian la viese mejor. Era el tres de espadas.

—Las espadas se asocian al elemento del aire —le explicó—. No me extraña que te hayan salido unas cuantas.

—¿Qué significan las copas?

—Sobre todo se relacionan con los sentimientos y las relaciones humanas. En cualquier caso, esto solo es un significado general, lo que importa es el conjunto de la tirada y lo que yo pueda ver en ella.

Dorian tragó saliva.

—¿Y qué ves?

Marien contempló de nuevo las cartas con el ceño fruncido por la concentración.

—Estás echando raíces —comentó, sin levantar la mirada de sus cartas—. Te estás aferrando a ciertos lugares y a ciertas personas. También has hecho nuevos amigos. Estáis buscando a alguien, a una mujer… —Levantó la mirada hacia él—. Creo que se trata de la mujer francesa por la que fuimos a preguntar Carolina y yo al barrio griego. Todos la estáis buscando, pero serás tú quien la encuentre.

—¿Qué quiere decir eso?

—No puedo ver mucho más sobre ese tema.

Sacó tres cartas más y las colocó bocarriba. Dorian reconoció una de ellas.

—Dijisteis que La Muerte significaba cambio, ¿no?

—En este caso, y en esta posición, significa lo contrario. Tienes miedo a que las cosas cambien, a perder a alguien si cambian demasiado. Estás aterrorizado, de hecho.

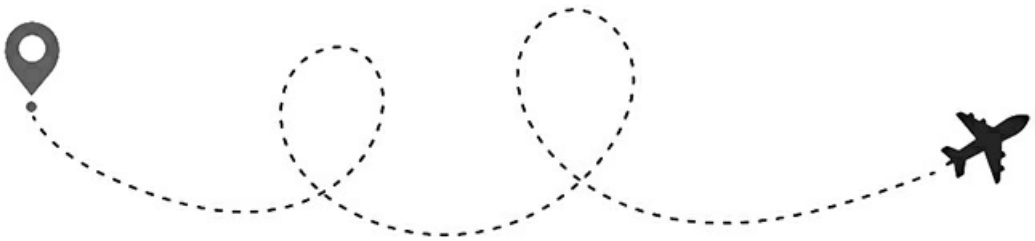
—No estoy aterrorizado —se defendió Dorian, casi de un modo automático.

Marien le miró con compasión, sonriendo con suavidad.

—No hace falta ser la Gran Bruja de la avenida Roosevelt para darse cuenta de que estamos hablando de Carolina. Los naipes lo dicen alto y claro: tienes miedo de perderla y llevas años asustado. —Cogió dos cartas más y las colocó delante de Dorian: La Emperatriz y La Justicia—. Y me temo que también dicen que, si sigues escondiéndote detrás de otros hombres y negándote a aceptar lo que sientes por ella, la acabarás perdiendo.

CAPÍTULO 11

«… Y UNA CANCIÓN»



Y así pasan los días
Y yo desesperando
Y tú, tú contestando:
«Quizás, quizás, quizás».

OSVALDO FARRÉ (compositor cubano):
«Quizás, quizás, quizás».

ASUNTO: El club de lectura de las Aerolíneas Skywind
Idriss Evans (Dirección - Gerencia) a Han Minho (ICN Airport)
17 de mayo a las 15:03 (GMT)

Estimado Minho:

He querido escribir este correo personalmente para darte las gracias por tu iniciativa en la apertura del primer club de lectura de las Aerolíneas Skywind.

También me gustaría confesarte algo: la mayor parte del tiempo, me quedo sin ideas para escribir los boletines mensuales de la empresa. Después de trece años como director general y enviando esos correos de forma periódica para motivar a los empleados, cada vez me cuesta más ser original. El boletín de enero me causó especiales problemas: me quedé toda la noche despierto, dando vueltas en la cama pensando en ello. Finalmente, acabé escribiendo lo que tú (y, con sinceridad, sospecho que solo tú) leíste. Cito tu mensaje de hace cuatro meses:

> *Como habréis leído en el último boletín, desde la dirección de Skywind se nos ha animado a idear nuevas iniciativas que nos ayuden a estrechar lazos entre todos los trabajadores de la empresa, romper las barreras culturales e idiomáticas, y crear nuevas y provechosas relaciones de compañerismo.*

Lo cierto es que me hizo ilusión saber que mis palabras habían llegado a alguien. Ojalá el club de lectura esté yendo estupendamente. Como motivación y agradecimiento, desde la Dirección de la empresa, hemos decidido enviarte un pequeño regalo. Adjunto a mi correo, encontrarás las instrucciones para descargar un bono con 23.000 millas de vuelo y cómo repartirlas entre los miembros del club.

Deseo que disfrutéis mucho de vuestras lecturas.

Con afecto,

Idriss E.

P.D. ¿Sabías que yo también empecé en la empresa como Ayudante de Mánager? En el aeropuerto de Kotoka, en Ghana. Desde luego, no se parecía demasiado al aeropuerto de Incheon, pero he revisado tu perfil en la base de datos de Recursos Humanos y tú sí que me recuerdas un poco a mí en aquella época. Así que, querido Han Minho, te auguro un futuro prometedor en las Aerolíneas Skywind.

Idriss Evans
CEO - Director General

Aerolíneas Skywind



CAROLINA

La risa de Kaya, ampliada a través de los altavoces del portátil de Carolina, se oyó por todo el patio trasero de la casa de Lily. Era sábado por la mañana, al menos en Nueva York, y Carolina y Dorian se habían sentado en las escalinatas de acceso a la casa, con el ordenador apoyado en una silla de jardín. Al otro lado de la pantalla, se encontraban los otros dos miembros del club.

—Madre mía, Minho —dijo Kaya, todavía entre risas—. Acabas de convertirte en el ojito derecho del director general de Skywind. ¿Qué opinan de esto tus supervisoras?

Ambos estaban en sus casas. Kaya sentada en un sofá de color amarillo mostaza, muy setentero, vestida como si estuviera a punto de salir y sujetando el móvil con la mano. Minho con lo que parecía un chándal de estar por casa, con las piernas cruzadas sobre la cama y con la espalda apoyada en el cabecero. En un lateral de la pantalla se intuía la cabeza lanuda de un perro blanco, acomodada en su regazo.

Carolina sonrió inmediatamente al ver al animal. Estaba claro que la hermana de Minho no había regresado aún de Jeju.

—Es verdad —intervino Carolina—. ¿Son conscientes tus supervisoras de que pronto serás tú quien las supervise a ellas?

Minho sonrió, nervioso.

—¡No pretendo tal cosa! Pero van a alucinar con que me haya contactado el director general, yo mismo todavía estoy alucinando.

Para ser sinceros, Carolina también estaba alucinando. Hacía unos minutos, Minho les había reenviado el correo de Idriss Evans. Apenas tres segundos después, Kaya había organizado de nuevo una llamada grupal de emergencia.

—Es una locura —murmuró Dorian—. Veintitrés mil millas de vuelo. Creo que no sois conscientes de lo que implica eso. Podríamos reunirnos en una ciudad diferente todos los fines de semana y tardaríamos meses en gastarlas.

—Entonces —intervino Kaya, con cautela, como si no quisiera hacerse demasiadas ilusiones —, ¿vamos a vernos todos los fines de semana?

Dorian soltó una carcajada.

—Era un decir, pero quizá sí que deberíamos organizar algo.

—Dorian tiene razón —comentó Carolina—. Incluso podríamos irnos juntos de vacaciones a algún sitio.

—Tampoco es que podamos hacerlo con otras personas —añadió Dorian—. Estas millas son intransferibles fuera del club, ¿no?

—Sí, eso es lo que pone en las instrucciones —contestó Minho.

—Ay, ¡podríamos ir a Italia! —propuso Kaya, entusiasmada—. ¡A Venecia!

—También podríamos ir a Grecia —añadió Carolina, sintiendo una irremediable corriente de afecto hacia ella—. Como tu tía.

—O a Shanghái —continuó Kaya.

—¡Me apunto a lo de Shanghái! —exclamó Dorian—. O a Corea. Echo de menos el bibimbap que preparan en Incheon.

Minho soltó una carcajada incrédula.

—¿En qué momento ha ocurrido esto? Si querían obsequiarnos con algo, bastaba con mucho menos.

—No le des vueltas —le aconsejó Carolina—. Nos lo merecemos: somos el mejor club de lectura de las aerolíneas.

—Somos el único club de lectura de las aerolíneas —la corrigió Minho, todavía risueño.

—Eso es verdad —contestó Kaya—. Pero, si hubiera diez clubs más, seguiríamos siendo los mejores… —El móvil que llevaba en la mano emitió un pitido y ella leyó algo en la pantalla—. Chicos, voy a tener que irme. He quedado para dar un paseo, mis amigas quieren enseñarme el parque floral y ya llego tardísimo.

—Yo también tengo que marcharme —suspiró Minho—. *Makgeolli* necesita moverse un poco y hacer pis antes de dormir.

—Espero que *Makgeolli* sea el perro que tienes justo ahí —comentó Dorian con suspicacia—. Y no una forma eufemística de referirte a tu pene.

Kaya volvió a reírse con fuerza, ruborizada y algo escandalizada.

—¿Qué? —respondió Minho—. ¡Claro que es el perro! ¿Por qué iba a…? —Dejó la frase a medias y se ruborizó también un poco—. ¿Por qué iba a ponerle a mi pene el nombre de una bebida alcohólica? ¿Por qué iba siquiera a ponerle un nombre?

Dorian le dedicó una sonrisa inocente.

—No serías ni el primero ni el último. Ya conociste a mi compañero de piso Adriel, ¿no? Pues resulta…

—¡No quiero saberlo! —exclamó Kaya, tirando el móvil sobre su regazo para taparse los oídos con ambas manos—. Va a ser mi tutor de prácticas este otoño, no quiero saber cómo llama a su pene.

—Es broma —admitió Dorian con una risita—. Yo también prefiero no saberlo; seguro que le pondría el nombre de algún poeta irlandés muerto hace décadas.

—Mira, paso de ti —concluyó Minho, riendo un poco él también—. Kaya, cierra esta conversación antes de que Dorian vuelva a hablar.

—Disfrutad de lo que queda de vuestro sábado, chicos —se despidió Carolina.

Cuando el rostro de sus dos nuevos amigos desapareció de la pantalla del portátil, Carolina se giró hacia Dorian, divertida.

—Los has asustado. Van a expulsarte del club.

—He usado la palabra «pene»: un término científico, correcto y elegante —se defendió Dorian—. Además, si queremos estrechar lazos de verdad e irnos de vacaciones juntos, debemos abordar temas importantes.

—¿Qué clase de temas?

—No lo sé, lo típico… ¿Tienen algún tipo de alergia? ¿Son creyentes? ¿A qué partido político votan? ¿Les han puesto nombre a sus genitales?

—¿Prefieren a Elvis o a los Beatles? —añadió Carolina, siguiéndole el juego—. ¿Rachel debió quedarse con Ross o con Joey?

—Exacto —continuó Dorian—. ¿Han visto *Juego de Tronos*? ¿Escuchan el podcast de Randy?

—¿Sabes qué? —le cortó ella—. Randy sí que tenía un nombre para… —Levantó una ceja—. Ya sabes.

Dorian abrió mucho los ojos. De repente, parecía que acabase de tocarle la lotería.

—No, por favor —murmuró, encantado—. Y yo que pensaba que esta deslumbrante mañana de sábado no podía mejorar. —Colocó las manos juntas, frente a Carolina, como en un ruego—. Dime que Randy llamaba a su pene «Desembarco del Rey». No, espera…, mucho mejor: «Lanza del Sol».

Carolina rio con fuerza.

—También es broma. Siento decepcionarte, pero quería que probaras tu propia medicina.

Dorian le dedicó una mirada gélida.

—Me lo has dado todo durante unos instantes y, de repente, ya no tengo nada.

Carolina se levantó de las escaleras y recogió el portátil.

—Suenas como el protagonista de las telenovelas de Marien. —Tendió la mano libre en dirección a Dorian—. Vamos, hay cosas que hacer antes de ir a la fiesta y tienes que ayudarme a decidir qué vestido me pongo.

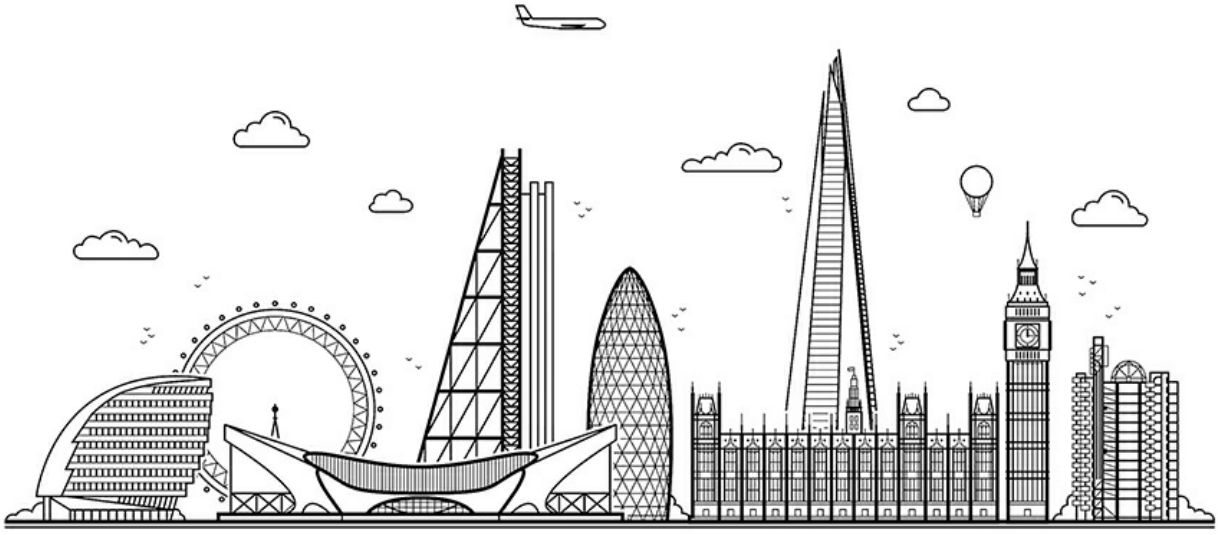
—¿Seguro que quieres ir? —preguntó él, levantándose y recuperando por fin la seriedad—. Me da igual quedarme en casa.

Carolina tenía que admitir que le daba un poco de pereza salir esa noche. A excepción de su cita con Tony, no había socializado con gente de su edad desde que había vuelto a Queens. A dos manzanas de allí, en un viejo solar reconvertido en merendero, algunos jóvenes del barrio organizaban una barbacoa con música y alcohol. Carolina se había encontrado con una de sus viejas amigas de la época del instituto cuando esperaba su turno en la farmacia, y les había invitado. A ella y a Dorian. Había insistido especialmente en ese último punto. Carolina sospechaba que esa chica estaba interesada en Dorian desde los quince años.

Eso es lo que más pereza le daba de todo. No se moría de ganas de ver a Dorian ligarse a una de sus compañeras de instituto, precisamente. Sobre todo, después de pasar a su lado una semana entera, conviviendo de nuevo y compartiendo los pequeños momentos del día a día. Haciendo que sus sentimientos hacia él, ya bastante confusos de por sí, se convirtiesen en una maraña enrevesada y casi imposible de desenredar.

Aun así, él no tenía la culpa de nada de eso. Su amigo llevaba una semana entera en Nueva York y se marchaba al día siguiente. Ahora que Marien ya estaba bien y las cosas volvían a la normalidad, Carolina le debía a Dorian un poco de diversión.

—Claro que quiero ir —le dijo—. Lo pasaremos en grande.



DORIAN

Tenía que haber previsto que en aquella barbacoa no iba a haber comida para él. Nadie más allí parecía tener problemas en consumir carne, hasta las puñeteras patatas de bolsa eran con sabor a pollo frito. Al menos, la cerveza era buena. Habían pinchado varios barriles, y un hombre muy simpático, que había pasado a convertirse en el mejor amigo de Dorian por motivos completamente desinteresados, se dedicaba a llenar una jarra tras otra con el punto justo de espuma que a él le gustaba.

También había reconocido a un par de chicos con los que había pasado el rato durante el verano que se quedó en Nueva York y a una joven pareja que vivía justo dos casas más allá de la de Lily. En general, si se obviaba el tema de la comida, el ambiente era bueno. El solar estaba decorado con lucecitas que alguien había encendido ahora que ya empezaba a anochecer. Había varios altavoces conectados al reproductor de un coche, donde se alternaba reguetón antiguo con algo de punk y música pop.

—Quien haya creado la lista de reproducción tiene un gusto ecléctico que no puedo más que admirar —comentó Carolina una de las veces que se acercó a su lado.

La mayor parte de la fiesta habían estado separados. A Dorian no le sorprendía mucho. Carolina y él tendían a ir un poco a su aire en eventos así. Pero esa iba a ser su última noche antes de coger un vuelo de regreso a Londres y, en el fondo, había esperado pasarla con su amiga.

Aunque los motivos para quedarse allí no eran los mejores, Dorian había disfrutado de su

semana en Queens. Una parte de él había sentido que estaba en el lugar en el que debía estar, que se encontraba a salvo y en casa.

Sin embargo, también estaba esa otra parte que había sentido lo mismo al cruzar el umbral de su apartamento en Bankside, para pasar allí la noche durante el vuelo que había cubierto desde Nueva York hasta Londres a mediados de semana. Richa se había empeñado en poner un documental sobre los callejones de Edimburgo, mientras cenaban los tres en el sofá, y se les había hecho tarde debatiendo sobre qué época del pasado les gustaría visitar si el Doctor se apareciese en ese mismo instante con su Tardis en el salón y les hiciera el ofrecimiento.

Dorian llevaba tiempo luchando por no aferrarse demasiado a la tierra, porque sabía lo que ocurría cuando lo hacías. Al final, te limitabas a existir en una pequeña parcela de la realidad, ignorando las infinitas posibilidades a tu alcance. Pero debía de admitir que no era infeliz en esos dos pequeños rincones de realidad. Era feliz en Queens y también empezaba a ser feliz en Londres. Ahora solo tenía que conciliar el hecho de que ambos lugares se encontraban a un océano de distancia. Y lo que había hablado con Marien en el hospital, cuando le había echado las cartas, tampoco ayudaba a que Dorian aclarase sus ideas.

Carolina se estaba integrando bien: llevaba un vaso en la mano y charlaba con un grupo de chicas. Dorian las observó complacido. Era bueno que Carolina se sintiese cómoda de nuevo en Queens. En cuanto se recuperase un poco económicamente, debería alquilar un apartamento allí. En su situación, Dorian lo haría sin dudarlo. El Village siempre le pareció un poco pretencioso, Queens resultaba un barrio infinitamente más interesante.

Había una chica rubia, de cuerpo atlético y muy guapa, que estaba interesada en hablar con Dorian. Él la recordaba también de aquel primer verano y aceptó bailar con ella cuando se lo propuso. Se despidió tras varias canciones, inventando una excusa torpe, simplemente porque se dio cuenta de que estaban sonando los primeros acordes de «Your song» de Elton John.

Buscó con la mirada a Carolina, casi de forma automática, y ella hizo lo mismo. Tras esbozar una sonrisa un poco tímida e impropia de ella, susurró algo en el oído de una de las personas con las que estaba hablando y se alejó del grupo para ir con él.

—Es una de las baladas más famosas del siglo veinte —comentó Carolina cuando llegó a su lado, encogiéndose de hombros como si se estuviera disculpando en nombre de quien hubiera preparado la lista de reproducción—. Tarde o temprano iba a volver a sonar estando los dos juntos.

Dorian sonrió a su amiga y le tendió la mano.

—Supongo que sí. ¿Quieres bailar? Nunca la llegamos a bailar, en realidad.

Carolina aceptó la mano de Dorian y se acercó más a él.

—No lo hicimos —dijo ella—. Nos dedicamos a quedarnos quietos, tumbados en esas hamacas viejas, observando el cielo y lamentando nuestros errores.

«Lamentando habernos besado», matizó Dorian en su cabeza, sin atreverse a mencionarlo en voz alta. Quizá no había sido una buena idea ponerse a bailar esa canción.

La mirada de Dorian se deslizó de forma inconsciente hacia la boca de Carolina. A veces, cuando la tenía delante, le costaba asumir que, durante un breve instante que se había prometido a sí mismo olvidar, había besado esos labios. Parecía otra vida diferente a esa, parecían otras personas.

—Llevamos casi toda la noche separados —se quejó Dorian, tratando de cambiar de tema, mientras se movían al compás de la música—. Se supone que hoy es mi despedida.

—Quería dejarte un poco de libertad por si te apetecía conocer a alguien —contestó Carolina, frunciendo el ceño, como si aquella idea, pese a ser suya, le incomodase un poco—. Si me quedo todo el tiempo a tu lado, te será más difícil ligar.

Dorian también frunció el ceño.

—No contaba con ligar con nadie esta noche —dijo a la defensiva—. Solo quería divertirme un rato contigo. Ya te dije que me daba igual quedarnos en casa.

—Lo sé. —Carolina suspiró— Lo siento, ni siquiera has podido cenar nada.

—Me lo estoy pasando bien, de todos modos. Me gusta este sitio. Me gusta Queens.

—Te echaré de menos mañana. Ha sido bonito tenerte por aquí una semana entera.

—Nos veremos pronto —trató de animarla—. Tenemos más millas de vuelo de las que podemos gastar, ¿recuerdas?

Carolina sonrió.

—Lo recuerdo. Aun así… —Pareció meditar unos segundos cómo continuar la frase—. ¿Te has planteado solicitar un cambio en tu ruta de vuelo habitual? En lugar de volar hasta Los Ángeles, podrías cubrir el trayecto Londres-Nueva York, como has hecho estos días.

Dorian, definitivamente, se lo había planteado. No solo esta semana. Desde que comenzó a trabajar en Skywind, se había sentido tentado a solicitar esa ruta. Podría pasar varias noches al mes en casa de Lily, en lugar de en un hotel anodino junto al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Pero siempre había algo que le retenía.

—Quizás podría intentarlo —contestó—. Lo pensaré.

—Quizás —repitió Carolina con una sonrisa.

Una ligera sombra en su mirada que hizo que Dorian se percatase de que su amiga, en el fondo, no tenía muchas esperanzas de que acabase solicitando el cambio. No podía culparla. No era la primera vez que Carolina le proponía algo así, algo perfectamente razonable y coherente que les permitiese verse más a menudo. Tampoco era la primera vez que Dorian lo rechazaba.

—Tiene que ser complicado seguir a mi lado después de tantos años —musitó él, avergonzado de repente—. Debe resultar agotador lidiar con todas mis gilipolleces.

Seguían bailando, aunque sonaba una canción distinta. Se preguntó si Carolina la

memorizaría, igual que tantas otras. «Un instante y una canción: cuando Dorian trató de disculparse por ser un caso perdido mientras bailábamos en un solar de Queens».

—No digas tonterías —contestó Carolina con voz firme—. Me gustan tus gilipolleces mucho más que las de la mayoría.

Dorian soltó una carcajada.

—No te merezco. —Se inclinó un poco para apoyar su frente sobre la de ella.

—No voy a repetirlo: deja de decir tonterías.

Todavía estaban bailando. Carolina se movió hacia él, acercándose un poco más para acomodar mejor los brazos alrededor de su cuello. Dorian dio por zanjada la discusión, así que intentó relajarse y se dejó llevar por la música. Era agradable estar callados, para variar. La canción era suave y nostálgica. Ella la canturreaba en voz muy baja. Hablaba de noches cálidas y maletas repletas de recuerdos. Carolina olía a humo de barbacoa, a vodka y zumo de naranja, y a su perfume habitual. Un aroma atalcado y floral que Dorian sería capaz de reconocer en cualquier parte. También creía reconocer la canción: era un tema de Cindy Lauper versionado por una voz masculina. Carolina podría decirle quién era el intérprete.

Estaba a punto de preguntárselo. Ese era su plan original: una pregunta sencilla e inocente. En lugar de eso, se inclinó hacia ella y la besó.

Fue un beso suave. Apenas un roce de labios. Sin embargo, Dorian sintió cómo esa simple caricia enviaba una descarga eléctrica a todas y cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Se miraron a los ojos. Aún estaban muy cerca. Ella, con los brazos alrededor del cuello de Dorian. Él, con las manos en su cintura. Carolina le dedicó una mirada sorprendida.

«Tengo que dejar de hacer esto cada vez que bailamos», quiso decirle. Volvió a fallar. En su lugar, se inclinó de nuevo hacia ella. Esta vez, Carolina entreabrió un poco los labios para recibirlo, y el beso fue muy distinto. Sintió, más que oyó, su jadeo de sorpresa cuando la atrajo todavía más hacia él, pegándola a su cuerpo. La boca de Carolina era cálida y perfecta, y podía sentir su pulso acelerado contra su propio pecho. Dorian había echado de menos aquello. Acababa de darse cuenta de que llevaba demasiado tiempo echándolo de menos. Desde la primera y única vez, en la terraza del apartamento de Camden, justo después de su ruptura con Jen y justo antes de que ella conociese a Randy. Quizá, incluso llevaba mucho más tiempo echando de menos besar a Carolina. Antes de ese primer beso, antes de que se conocieran.

Esta vez, cuando se separaron, permanecieron pegados el uno contra el otro. Hacía un buen rato que habían dejado de bailar. Estaban completamente abrazados en medio de la pista. Sus bocas estaban apenas a unos milímetros de distancia. Ella tenía los ojos entrecerrados y respiraba con fuerza. Dorian sintió que le embargaba una sensación familiar. Una mezcla de inseguridad y miedo. Todavía estaban a tiempo de parar aquello y fingir que no había pasado nada. Ya lo habían hecho una vez.

—Perdóname —le susurró él—. No es el lugar más adecuado.

Carolina miró hacia arriba, directamente hacia los ojos de Dorian. No parecía haberle pillado por sorpresa lo que acababa de decir. Aun así, no se separó de él.

—¿Una fiesta no es el lugar más adecuado para besar a una chica?

No sonaba decepcionada. Había cierta anticipación en su voz. Quizá había percibido las grietas en la coraza de Dorian, quizá se había dado cuenta de que esa vez era distinta a la anterior. Sin poder remediarlo, Dorian la besó de nuevo.

—Tú no eres «una chica en una fiesta» —comentó, separándose un poco y volviendo a acercarse una y otra vez—. Ese es el problema.

—Sí que lo soy. —Cogió entonces el pelo de Dorian a la altura de la nuca y tiró un poco de él hacia atrás para obligarle a mirarla de nuevo—. Eso es exactamente lo que soy ahora mismo: una chica que está en una fiesta. —Se puso de puntillas para que él no tuviera que inclinarse, y depositó un beso suave en su mandíbula. Después otro, y otro más, hasta rozar con los labios el lóbulo de su oreja—. Y esto me está gustando —le susurró, provocándole un estremecimiento—. ¿A ti no te gusta?

—Joder. —La risa nerviosa de Dorian retumbó entre los dos—. ¿Tú qué crees?

Carolina rio también y volvió a colocarse frente a él, un poco más lejos que antes, como si quisiera darle espacio para respirar. Tenía las mejillas ruborizadas. Al volver a mirarse cara a cara, le dedicó una sonrisa nerviosa. Dorian se sintió extrañamente aliviado al ver esa sonrisa.

—Te propongo algo —dijo ella, y bajó las manos de los hombros de Dorian hasta su camisa, a la altura del pecho—. Finjamos un poco, solo por hoy. Finjamos que yo soy una chica de Queens y tú eres un chico de Londres, y que estamos en una fiesta. Que nunca llegamos a tropezarnos el uno con el otro en la avenida Roosevelt y que acabamos de conocernos aquí.

Dorian asintió. Iba a ser un poco difícil. Había pocos aspectos de su existencia que no estuviesen directa o indirectamente influenciados por el simple hecho de haberse tropezado con Carolina aquella mañana de junio.

—¿Qué hubiera ocurrido? —preguntó en su lugar—. Si nos hubiésemos conocido aquí en lugar de en la avenida Roosevelt.

—Me habría fijado en ti —confesó ella, ruborizándose un poco más. Esta vez, fue Carolina la que inició el beso. Le besó primero en la mejilla y luego en los labios—. Me hubiera dado cuenta de que no comías carne, me hubiese acercado y me hubiese ofrecido acompañarte a un Urby’s para que no te murieras de hambre.

—El menú vegetariano de Urby’s es un verdadero asco —murmuró Dorian contra sus labios, sin dejar él tampoco de besarla—, pero habría aceptado de todos modos. Si la chica más guapa de la fiesta quiere sacarme de aquí con la excusa de acompañarme a un restaurante grasiento y repulsivo, es una idiotez negarse.

Carolina le mordió el labio inferior de modo juguetón, y él volvió a reír. Le resultaba difícil no hacerlo. Se sentía como si le hubiesen inflado el cerebro con un globo de helio.

—No es repulsivo —dijo ella—. Hacen unos batidos buenísimos. Y tampoco era una excusa para sacarte de la fiesta, solo intentaba ser amable.

—Vale —aceptó él, retirándole un mechón de pelo oscuro de la cara y colocándoselo detrás de la oreja—. Una vez sentados el uno frente al otro en esa mesa del Urby's, ¿de qué hubiésemos hablado?

Ella esbozó una sonrisa, como si acabase de recordar algo.

—Hubiésemos tratado de conocernos un poco mejor afrontando temas de conversación importantes.

Dorian enarcó una ceja, divertido.

—¿Como cuáles?

—Bueno, te habría explicado que soy alérgica a la piel del melocotón, y también que soy creyente, a mi manera —contestó Carolina—. ¿Y qué era lo otro? ¡Ah, sí! —Volvió a reír—. He votado siempre al Partido Demócrata, y no planeo ponerle nombre a mis genitales a medio plazo.

Dorian soltó una carcajada. Dios santo, quería muchísimo a esa mujer. No era un pensamiento nuevo, ni nada que Carolina no tuviera presente, pero en ese momento las emociones amenazaban por desbordarle. Sin sentirse capaz de hacer otra cosa, volvió a atraer a Carolina hacia él para darle un abrazo. Un abrazo que podría haberse confundido con cualquier otro abrazo inocente que se pudieran haber dado en el pasado, si no fuera porque nunca habían tenido por costumbre abrazarse demasiado y porque todavía sentía los labios húmedos e hinchados por culpa de los besos.

—Quédate conmigo —le pidió Carolina en español, con la cabeza enterrada en su cuello. Debía de darse cuenta de que Dorian prácticamente estaba temblando—. Quédate sentado en esa mesa del Urby's.

—Vale —contestó él, recuperando un poco la compostura y soltándola por fin—. Supongo que yo te habría confesado entonces que opino que Elvis es infinitamente mejor que los Beatles y que Rachel debería de haber aceptado ese empleo en París y pasar de Ross, de Joey y de cualquier otro tío.

Esa vez fue el turno de Carolina de reír con fuerza. Ahora sí que estaban bastante separados, pero tenían las manos enlazadas, uno frente al otro, en medio de la pista de baile. Dorian ya no era consciente de qué canción estaba sonando. Tampoco importaba.

—Si me hubieses dicho todo eso, Dorian Thoresby, me temo que no me hubiese quedado otro remedio que sugerirte que nos fuésemos de allí —susurró Carolina—. Que buscásemos un sitio en el que estar a solas y donde poder encerrarnos hasta el día siguiente.

Dorian apenas se paró a pensar en lo que hacía, su cuerpo actuó antes de que su cerebro

pudiese procesarlo del todo. Tiró de Carolina para acercarla y, esta vez, fue él quien le susurró a ella en el oído:

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?



CAROLINA

A Carolina no se le ocurrió otro lugar mejor para llevar a Dorian que al apartamento vacío de Marien. Después de su alta en el hospital, Lily había insistido en que su amiga se quedara unos días en una de las habitaciones vacías de su casa, para poder atenderla entre todos hasta que la medicación para la úlcera terminase de hacer efecto.

Lady Orquídea les observó con expresión aburrida, cuando Carolina abrió la puerta y Dorian y ella entraron. Quizá sospechaba que, en esa ocasión, ninguno de los dos iba a servirle de mucha compañía porque, tras reconocerles, se alejó de ellos con parsimonia en dirección al dormitorio principal y desapareció de su vista.

Por suerte, no había sido un viaje largo hasta allí. Desde que abandonaron la fiesta, Dorian y ella habían empezado a comportarse con cierta timidez. Parecía que, al regresar al mundo real, hubiesen recordado quiénes eran y el significado de lo que estaban haciendo. Aun así, mientras caminaban en silencio el uno al lado del otro, Dorian había rozado la mano de Carolina con el dorso de la suya en varias ocasiones, como si quisiese asegurarse de que lo que había surgido esa noche entre ellos seguía ahí.

Al entrar al salón de Marien, Dorian esbozó una sonrisa nostálgica. Deslizó la mirada por la estrafalaria decoración y se acomodó en el alféizar del mirador para contemplar las vistas. Al otro lado de la cristalera, la avenida Roosevelt se mostraba animada. Coches, peatones y el metro avanzando por el carril aéreo. Nadie parecía querer perderse uno de los primeros sábados de

temperatura casi veraniega que había regalado el mes de mayo. En el interior del apartamento de Marien, sin embargo, todo estaba en silencio.

—Me trajiste aquí el primer día —comentó Dorian, desviando la mirada del cristal para encarar a Carolina—. Comimos hamburguesas.

—Y te enseñé a fumar —añadió ella, que todavía estaba de pie en medio de la sala, sintiéndose un poco torpe de repente.

Dorian sonrió.

—Cigarrillos y hamburguesas —repitió, fascinado—, dos cosas que ya he dejado de lado.

Era una sonrisa diferente a sus sonrisas habituales, menos brillante y despreocupada. Estaba claro que seguía un poco nervioso. Sin embargo, también había algo distinto en sus ojos, algo que Carolina ya había detectado brevemente durante esa Nochevieja en Camden: Dorian la deseaba. Aquel pensamiento le permitió reunir la valentía suficiente como para acercarse ella también a la cristalera. No tenía muy claro qué hacer cuando llegase a su altura. Por suerte, antes de que tuviera qué planteárselo, Dorian volvió a tomar la iniciativa. Alargó la mano y la sujetó por la muñeca con suavidad.

—Ven aquí —susurró, aproximándola hacia donde estaba él y rodeándole la cintura con los brazos, cuando la tuvo lo suficientemente cerca.

Dorian continuaba sentado en el borde del alféizar, y la diferencia de altura le permitió apoyar la frente contra el pecho de ella.

—Te late el corazón con fuerza —le dijo al cabo de unos segundos.

Carolina pasó los dedos por el pelo rubio de Dorian. En Camden lo tenía más largo. Le había gustado cómo lo llevaba entonces y le gustaba también cómo lo llevaba ahora. Se preguntó en ese instante si alguna vez habría algo de Dorian que pudiera no gustarle.

—También fue así el primer día —le confesó ella. Su propia voz le resultó ajena—. En esta misma cristalera, mientras te comías la mitad de mi hamburguesa y te encendía ese cigarrillo —aclaró—. También me latía así de rápido el corazón.

Dorian levantó la mirada. Parecía un poco sorprendido, pero intensificó el agarre alrededor de su cintura.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó, y Carolina volvió a estremecerse por todo lo que implicaban esas simples cuatro palabras.

—Bésame —le pidió ella, inclinándose hacia él.

Dorian obedeció. Aquellos besos fueron diferentes, más audaces y más intensos que en la fiesta. Se encontraban a solas, por fin, y Carolina apenas podía procesar nada más allá de las manos de Dorian contra su espalda, el roce de sus rodillas y su boca, que se alejaba de sus labios para comenzar a explorar el hueco entre su hombro y el cuello. Mientras Dorian le retiraba con cuidado la melena de los hombros para depositar besos dispersos justo en el nacimiento del pelo,

bajando con cuidado hacia las clavículas, Carolina trató de concentrarse un poco y buscó a tientas el interruptor que activaba el panel japonés instalado en la cristalera. Necesitaban más intimidad. Dorian se separó de Carolina al oír el ruido, contemplando cómo el pesado cortinaje bloqueaba las vistas desde la avenida.

—Ni siquiera era consciente de que eso estaba ahí —comentó.

—No creo que Marien lo use muy a menudo —murmuró, empujando un poco a Dorian hacia atrás para que se sentase mejor en el alféizar, y se subió ella también, a horcajadas. Colocó las rodillas a ambos lados de sus piernas, pero se mantuvo en el aire, sin atreverse todavía a acomodarse del todo sobre su regazo—. ¿Crees que le molestará que estemos aquí? —preguntó, repentinamente insegura.

—Quizá ya lo haya visto en sus cartas —contestó él. Parecía distraído por culpa del inesperado cambio de posición, sus ojos grises se habían oscurecido un poco.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella.

Dorian deslizó las yemas de los dedos por la pierna de Carolina, desde la rodilla hasta la mitad del muslo, justo por debajo del pliegue de su vestido.

—Estoy pensando en este vestido.

Carolina emitió una ligera risita.

—Me has ayudado tú a elegirlo.

—Tengo un gusto excelente —contestó él con una sonrisa provocadora.

Carolina rio con más fuerza. Se volvió a inclinar hacia él para besarle de nuevo.

—¿Sabes qué? Me encanta tu acento —le dijo, entre besos—. Siempre me ha gustado, pero así, tan cerca, me está volviendo loca.

—¿Mi acento?

—El modo estirado y repelente que tienes de hablar inglés.

Esta vez fue Dorian el que se rio, con suavidad, contra sus labios.

—Todo el mundo en Inglaterra habla así.

—Richa y Adriel no hablan así. Al menos, no tanto.

—No puedo creer que suene más repelente que Adriel. No puedo creer que estemos mencionando a Adriel en un momento como este.

Carolina volvió a reír. De alguna forma, tendría que haber imaginado que besar a Dorian sería eso. Risas, nervios, caricias y palabras susurradas entre los labios del otro. No hubiese deseado que ocurriera de otra manera. Le sujetó con cuidado el rostro con ambas manos y le obligó a mirarla de nuevo.

—Quiero pasar la noche aquí contigo —le dijo en español.

—¿Estás segura? —le preguntó él en inglés, con la voz quebrada.

Ella le soltó la cara y colocó los brazos alrededor de su cuello.

—Claro que sí.

No había estado más segura de nada en su vida.

La mano de Dorian se deslizó un poco más arriba, hasta que Carolina la perdió de vista, por debajo de su vestido. En ese preciso instante, el sonido de la puerta del apartamento se oyó alto y claro en medio del pulcro silencio, y Dorian y Carolina se separaron con un respingo.

—Pero ¿qué? —soltó Dorian, aturdido.

—¡*Lady Orquídea*! —La inconfundible voz de Lily llegó hasta ellos, mientras llamaba a la gata—. Anda, minina… Mira que tu madre me ha dicho que no se podrá dormir tranquila si no me aseguro de que te has comido tu lata de atún y…

Se detuvo a mitad del pasillo, con una bolsa del minimarket en una mano y un juego de llaves en la otra, contemplando a Carolina y a Dorian, que se encontraban de pie en medio de un salón en penumbra, ambos con el pelo revuelto y las mejores expresiones de inocencia que eran capaces de componer en ese momento.

—¿No estabais en una fiesta? —les preguntó Lily, suspicaz.

CAPÍTULO 12

VEINTITRÉS MIL MILLAS DE VUELO Y UNA BIBLIOTECA DE TRECE METROS DE ALTURA



Estiré la mano en su dirección, en un gesto formal que resultaba absurdo entre nosotras. Sentía que había perdido todo el derecho a tocarla desde el mismo momento en el que renuncié a ella.

—Espero que tengas un buen viaje. —Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Lo siento. Te quiero. Te quiero. Te quiero—. Y mucha suerte con tu librería.

Isobel contempló mi mano extendida durante unos segundos, antes de decidirse a estrecharla.

—Buena suerte tú también, con lo que sea que estés buscando.

INGRID BAUDIN (escritora francesa):
Luz trémula sobre los tejados azules

ASUNTO: Reunión de mayo
Han Minho (ICN Airport) a "Buzón: club de lectura"
20 de mayo a las 11:43 (KST)

¡Hola a todos!

¿Terminasteis bien la semana? Acabo de darme cuenta de que, cuando hablamos el sábado, olvidamos mencionar un asunto importante: tenemos que fijar una fecha para la reunión del club de este mes.

¿Os va bien el próximo fin de semana? Si ninguno tenéis planes (o trabajo, en el caso de Dorian), podemos hacer algo parecido a lo de nuestra primera reunión.

No puedo extenderme mucho más, está siendo un lunes bastante caótico en la oficina, y ya hablaremos de este tema largo y tendido en la reunión, pero os avanzo que me ha encantado la lectura.

Decid algo sobre vuestra disponibilidad y concretamos, ¿vale?

Un abrazo,

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

ASUNTO: Re: Reunión de mayo
Kaya Baudin (CDG Airport) a "Buzón: club de lectura"
20 de mayo a las 8:20 (CET)

¡Feliz lunes!

El próximo finde me va bien. Tengo libres los dos días, así que quedo a vuestra disposición.

A mí también me han encantado los poemas. ¡Excelente elección, Carolina!

Un abrazo,

Kaya Baudin
Empleada de Cafetería
Aeropuerto Charles de Gaulle - París - Francia

ASUNTO: Fw: Reunión de mayo

Han Minho (ICN Airport) a Dorian Thoresby (LHR Airport) y Carolina Cabrera (JFK Airport)

22 de mayo a las 14:37 (KST)

Chicos, ¿habéis leído el correo que os envié el lunes?

Si no podéis hacer la reunión este finde, no pasa nada, podemos buscar otro día.

Ya diréis lo que sea.

Un abrazo,

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

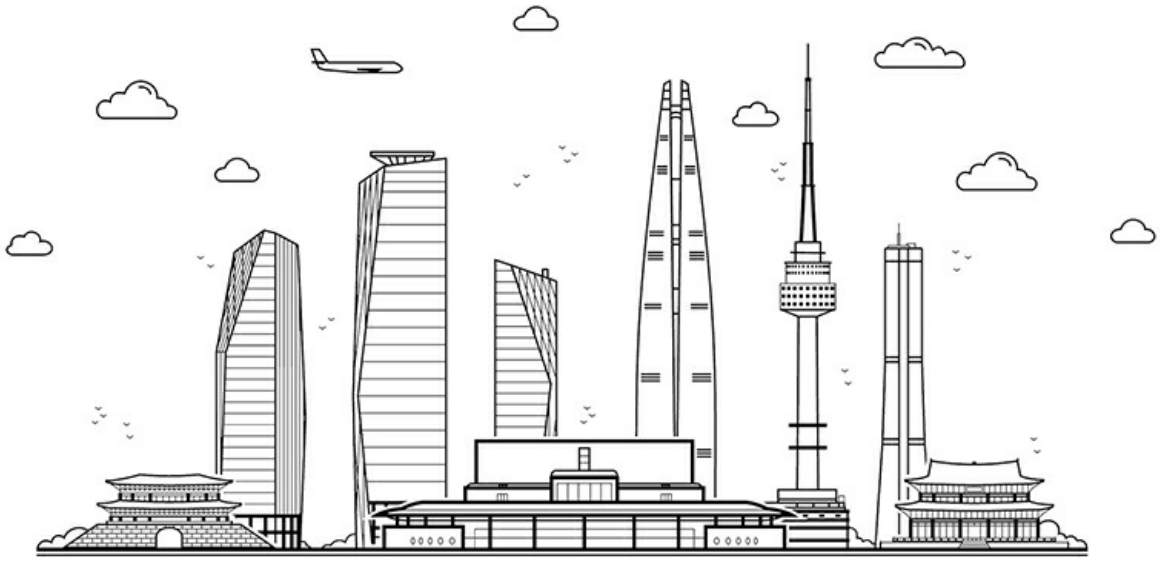
ASUNTO: Fw: Reunión de mayo

Han Minho (ICN Airport) a Dorian Thoresby (LHR Airport) y Carolina Cabrera (JFK Airport)

24 de mayo a las 20:56 (KST)

En serio, ¿estáis bien?

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur



MINHO

No solo se trataba de que Dorian y Carolina llevasen una semana sin dar señales de vida: Jisub también estaba muy raro. Minho debió de haber sospechado que a su mejor amigo le pasaba algo cuando le escribió para invitarle a desayunar en Seúl. Jisub no desayunaba habitualmente en cafeterías. Al menos, si podía evitarlo. Prefería cualquier otro plan, y siempre a partir del mediodía. Nunca había sido ni demasiado madrugador ni demasiado fanático de los *cupcakes*. Era mucho más partidario de gastarse el dinero en *jajangmyeon*, soju, cerveza o pollo frito. Sin embargo, se había empeñado en llevar a Minho y a Inna a una encantadora cafetería en el distrito Seodaemun, y había obsequiado a Minho con un enorme café con leche recubierto de nata montada y merengue. También le había pedido un pastel de limón decorado con flores de azúcar. Minho no entendía gran cosa, hasta que Jisub empezó a hablar.

—¿Somin y tú? —repitió Minho—. ¿Qué? ¿Cuándo ha ocurrido? ¿Cómo ha ocurrido?

—Bueno, es complicado —contestó Jisub con la mirada clavada en su taza de café—. Ha ido surgiendo poco a poco.

—¿Poco a poco? —comentó Minho—. Os conocisteis hace nueve días. Lo recuerdo bien porque os presenté yo mismo.

—Minho —intervino Inna con suavidad—, tienes que comprender que, a veces, pasan estas cosas. Dos personas se gustan sin necesidad de conocerse demasiado.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —le preguntó Minho a su amiga, intentando limitar al máximo

su tono acusador.

—Jisub me lo contó ayer —explicó ella—. No sabía cómo decírtelo, se siente muy mal.

Minho volvió a mirar a Jisub. Desde luego, parecía sentirse mal. Minho tampoco se sentía demasiado bien en ese momento.

—Vivimos en el mismo barrio —le explicó Jisub—. Y estudiamos en la misma universidad. Después de la cena, nos intercambiamos los teléfonos por cortesía, por si ella necesitaba que le ayudase en algo.

Minho soltó una carcajada; apenas eran las diez de la mañana y ya estaba agotado.

—Eres todo un caballero —contestó con acidez—. El cuerpo estudiantil de Hongdae debe de estar encantado de contar con tu «cortesía».

Jisub se pasó la mano por el pelo, despeinándoselo en un gesto nervioso.

—Soy un amigo terrible. Me siento fatal. Me siento más que fatal… Soy como aquel personaje que salía en el *drama* de la clínica veterinaria: el que tenía un hurón de mascota y traicionó a la protagonista haciéndole creer que la clínica estaba en la ruina porque su tío quería quedarse con el solar para construir un aparcamiento, pese a que ella había salvado la vida a su hurón en numerosas ocasiones…

—Mira —le cortó Minho—, si vas a usar el argumento de una serie de televisión para tratar de explicarte, al menos deberías elegir una que tenga algo que ver con lo que nos está pasando ahora mismo.

Jisub asintió apesadumbrado.

—Quizá pueda buscar otra referencia, dame un segundo.

—Además, ¿de qué iba todo aquello? —continuó Minho—. ¿Por qué el puñetero hurón no hacía más que tragarse dedales y monedas y quedarse atrapado en las tuberías?

Se giró hacia Inna al oír un sonido extraño, una mezcla entre un gemido y un sollozo. Se dio cuenta de que su amiga estaba tratando de contener la risa.

—¿Perdona? —intervino Jisub, ofendido, lanzándole a Inna una mirada reprobadora—. ¿Podrías comportarte un poco? Estamos manteniendo una conversación seria; nuestra amistad está en juego.

—Lo siento, chicos —contestó Inna, divertida—. Es que se os da fatal todo esto. Se os da fatal la vida en general. Cómo la pobre Somin se ha llegado a sentir atraída por cualquiera de los dos es algo que se me escapa.

Minho también esbozó una sonrisa a su pesar. Jisub, sin embargo, parecía todavía afectado.

—Minho, quiero que sepas que he hablado con Somin esta mañana y le he dicho que, si tu no apruebas lo nuestro, renunciaré a ella.

—¿Que le has dicho qué? —exclamaron Inna y Minho a la vez.

Jisub miró primero a uno y luego al otro.

—Minho es como un hermano para mí —trató de explicarse.

—Espero que la llames en cuanto salgamos de aquí y la invites a decenas de *cupcakes* —contestó Inna, negando con la cabeza y dando un sorbo a su *matcha latte*.

—No tengo que aprobar nada —le dijo Minho—. Lo que hagáis es cosa vuestra. Somin y yo ni siquiera teníamos una relación, era libre de verse con otros chicos si quería.

—Pero te has molestado —se quejó Jisub—. Hace un segundo parecías molesto.

—Porque me ha impactado que mi mejor amigo sea uno de esos chicos —se defendió—. ¿Esperabas que lo dejase pasar sin más? ¿Debía decir «ah, qué bien, hacéis buena pareja» y olvidarme del tema?

—No, claro que no —murmuró Jisub, avergonzado—. Sobre todo, porque no hacemos buena pareja.

Minho frunció el ceño.

—No digas eso.

—Es la verdad. Tú encajabas mucho mejor con ella: eres guapo, elegante y te sabes comportar. Como el tipo del *drama* de la clínica veterinaria que tenía un galgo afgano. —Se encogió de hombros—. Los padres de Somin son gente importante y, bueno, dudo que lo nuestro llegue tan lejos, pero si algún día tuviese que conocerlos…

Minho e Inna se intercambiaron una mirada significativa. Aquello no era nuevo. Pese a que intentaba disimularlo con una personalidad explosiva, Jisub nunca había destacado por su alta autoestima. Inma se aproximó un poco hacia él y le rodeó con los brazos.

—Si alguna vez te presenta a sus padres, se alegrarán enormemente de que su hija esté saliendo con el chico más dulce, amable y divertido que he conocido nunca —le dijo—. El chico que lleva cuidando toda su vida de sus dos mejores amigos. Verdad, ¿Minho?

Minho estiró el brazo sobre la mesa con la palma hacia arriba y Jisub colocó su mano sobre la de él, con un suspiro de alivio, como si aquel simple contacto físico acabase de quitarle un gran peso de encima.

—Verdad —contestó Minho—. Y si aun así no les gustas, que les jodan. La que importa es Somin, ¿no?

—¡Exacto! —exclamó Inna, encantada. Minho no solía utilizar un vocabulario tan vehemente —. Si son crueles contigo, iremos a su casa y nos cobraremos venganza.

Minho asintió con una sonrisa.

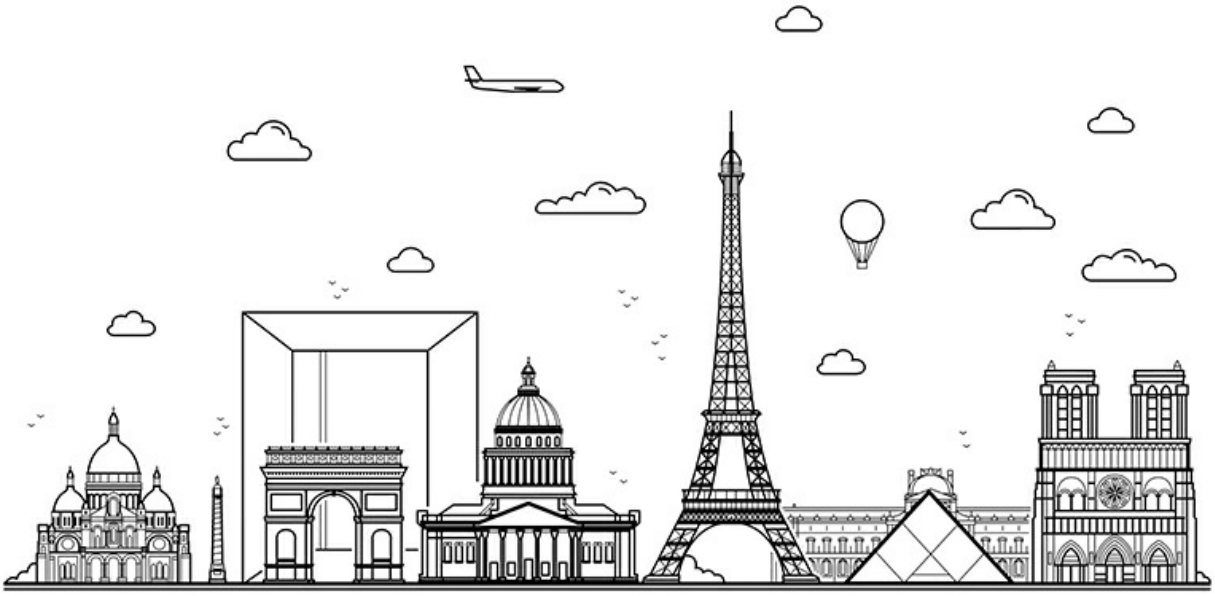
—Soltaremos un montón de hurones furiosos en su cuarto de estar y se quedarán sin dedales. No podrán remendar más calcetines.

Esta vez, fue Jisub quien soltó una carcajada. Tenía los ojos un poco húmedos y seguía aferrando la mano de Minho con fuerza.

—Es un plan infalible.

Inna colocó su mano encima de las de los chicos.

—Somos nosotros, todos nuestros planes son infalibles.



KAYA

—¿Lo dices en serio? —Kaya se quedó parada en medio de la pastelería—. ¿Somin y Jisub están saliendo juntos? ¡Estoy alucinando! Es como que…, no sé… ¿Cómo ha podido pasar?

Al otro lado de los auriculares, se oyó la sutil risa de Minho.

—Esa fue básicamente mi reacción.

—No me extraña —comentó ella mientras cogía la bolsa de papel y el chocolate caliente para llevar y pasaba la tarjeta de socia por la máquina registradora—. ¿Te lo has tomado muy mal?

—En realidad, no —admitió Minho—. Hacía tiempo que Somin y yo habíamos asumido que lo nuestro no iba a ninguna parte.

Kaya agradeció que aquello fuera una conversación telefónica y Minho no pudiera mirarla a los ojos al plantear la siguiente pregunta:

—¿Y ahora? ¿Te organizará tu hermana más citas a ciegas?

Hubo una pequeña pausa al otro lado de la línea, y Kaya temió haber abordado un asunto sensible.

—Creo que no. Al menos, por una temporada.

—Bien —dijo ella mientras emprendía su camino rumbo a las escalinatas de la basílica principal de Montmartre—. Bueno, no es que me alegre de que no tengas más citas —se apresuró a añadir—. Solo me alegro si eso es lo que tú quieres.

Minho volvió a reír.

—Definitivamente, es lo que quiero. Aunque no es culpa de mi hermana. Creo que debí haberme dado cuenta antes de lo que ese asunto de las citas a ciegas me estaba suponiendo. Ya sabes, toda la presión añadida para intentar encajar en los planes que mi familia había hecho para mí.

—Te entiendo. Apuesto a que en mi familia tampoco contaban con que acabase mudándome yo sola a París para trabajar en la cafetería de unas aerolíneas.

—Imagino que no. —El tono de voz de Minho sonó mucho más animado—. Pero ¿qué más da? Te encanta tu trabajo.

Kaya sonrió.

—¡Exacto! Y también me encanta París.

—¿Dónde estás ahora? Tenía miedo de pillarte durmiendo cuando te he llamado, pero has madrugado mucho para ser sábado.

Kaya terminó de subir los últimos escalones mientras le explicaba a Minho dónde se encontraba, y miró a su alrededor, satisfecha. Apenas eran las ocho y media de la mañana. Se había levantado con el propósito de desayunar contemplando las mejores vistas de la ciudad. Todavía era temprano para que la basílica blanca del Sacré-Cœur empezase a llenarse de turistas, así que se acomodó en la parte superior de las escalinatas y observó el paisaje que se extendía bajo sus pies. Sintió un estremecimiento al darse cuenta de algo.

—Ojalá estuvieras aquí para ver esto —susurró—. Es precioso. Ahora entiendo el título de la novela de mi tía. Desde lo alto, todo es azul: la luz, las nubes y los tejados de los edificios. París es azul, nunca me había dado cuenta.

De nuevo, se produjo un pequeño silencio al otro lado de la línea. Esta vez fue muy distinto: no parecía que Minho estuviera dudando qué decir a continuación. Simplemente, parecía estar asimilando las palabras de Kaya. Intentando recrear en su mente la imagen que ella estaba describiendo.

—Haces que me sienta tentado a gastar parte de nuestras veintitrés mil millas de vuelo en un viaje a París —dijo por fin, con un suspiro.

Kaya sonrió y abrió la bolsa con su desayuno para tratar de distraerse un poco de la intensa sensación de pérdida y nostalgia que las palabras de Minho acababan de despertar en ella. ¿Cómo era posible que sintiera nostalgia de algo que jamás había ocurrido? La simple idea de imaginarle allí, sabiendo que en realidad se encontraba al otro lado del mundo, le resultaba un poco dolorosa.

Agradeció cuando él decidió cambiar de tema.

—¿Crees que Dorian y Carolina están bien? —le preguntó Minho con cautela en ese momento—. Llevan unos días desaparecidos.

—Seguro que no tardarán en escribirnos. Supongo que estarán ocupados, después del susto

con su amiga… —Se propuso escribir esa misma noche a Carolina para preguntarle por ella—. Y tú, ¿dónde estás? Ya es por la tarde, ¿no? ¿Has estado todo el tiempo con Jisub e Inna?

—Me he despedido de ellos hace una hora más o menos. Después de nuestra vergonzosa conversación, hemos ido a dar un paseo y hemos comido en el Starfield Coex, un centro comercial del barrio de Gangnam.

—Entonces, ¿todavía sigues en Seúl o ya estás de vuelta en Incheon?

—Sigo en Seúl. —Percibió un tono intrigante en la voz de Minho—. Por eso te he llamado tan temprano, quería enseñarte una cosa antes de marcharme. Tiene algo que ver con los tejados azules que estás mirando ahora mismo.

Kaya, que estaba a punto de dar un trago a su chocolate caliente, dejó el vaso a un lado, en las escalinatas, y se enderezó, sorprendida.

—¿En serio? ¿Qué quieres enseñarme?

—Prefiero que lo veas tú misma, ¿te puedo hacer una videollamada?

—¡Claro! —se apresuró a contestar Kaya.

Antes de que se diera cuenta, Minho había cortado la conexión y su teléfono móvil comenzaba a vibrar de nuevo. Kaya aceptó la videollamada entrante.

—Hola de nuevo —dijo Minho con una sonrisa cuando estuvieron cara a cara.

Tenía un aspecto tan impoluto como siempre, vestido con un jersey de lana suave y con mechones de pelo castaño cayéndole por la frente.

—Hola —contestó, devolviéndole la sonrisa.

—¿Vas a enseñarme los tejados de París? —preguntó él.

Kaya negó con la cabeza, todavía sonriente.

—Esperaré a que vengas y los veas por ti mismo. No puedo creer que hayas estado en Londres tres veces y ninguna en París.

Minho soltó una carcajada.

—Supongo que me lo merezco. ¿Quieres que te enseñe Seúl?

—Por favor.

Minho giró la cámara de su móvil para mostrarle a Kaya el lugar donde se encontraba. Era una zona despejada y de edificios altos. Aunque se oía el ruido del tráfico en la lejanía, Minho estaba caminando por una zona amplia y peatonal repleta de carteles luminosos.

—Este edificio acristalado de aquí es el Starfield Coex —le informó él—. He salido para llamarte, pero voy a volver a entrar. Lo que quiero enseñarte está en el centro comercial. Una vez allí, tendré que hablar muy bajito, ¿vale? Espero que puedas escucharme.

—¿Es que vas a enseñarme una iglesia? —preguntó Kaya, confusa—. ¿Tenéis una iglesia dentro del centro comercial?

Minho soltó otra carcajada, mientras a través de la cámara se veía cómo cruzaba las enormes

puertas del complejo.

—No exactamente. Voy a enseñarte una biblioteca.

—¡Es cierto! —contestó Kaya—. He oído hablar de ella.

Había leído algo al respecto en Internet: la biblioteca Starfield era una de las más impresionantes del mundo.

Minho continuaba caminando por los pasillos del centro comercial.

—Cuando me he despedido de Inna y Jisub, he venido aquí porque… —Su voz adquirió un tono defensivo, como si hubiese esgrimido ese mismo argumento delante de sus amigos unas cuantas veces—. Bueno, porque no tiene sentido comer en el Starfield Coex y no venir a pasar la tarde a la biblioteca, la verdad. Es de las mejores cosas que tiene Seúl.

Kaya soltó una risita, debía de admitir que ella hubiera hecho lo mismo. Minho continuó hablando:

—El caso es que hacía tiempo que no me acercaba y me he llevado una pequeña sorpresa… Un segundo, estoy a punto de entrar. Te lo enseñaré.

Kaya se quedó sin aliento en cuanto Minho entró en la biblioteca. Había visto alguna foto, pero no hacía justicia a la imagen que tenía ante ella. Quizá era porque Minho se encontraba allí mientras hablaban y eso lo convertía en un lugar real, no solo en una imagen de postal en un blog de viajes. Era enorme, con varios niveles y escaleras mecánicas que conectaban la planta baja con las grandes balconadas de la parte superior. El techo era altísimo y de cristal, al igual que las paredes. La luz de la tarde de Seúl lo iluminaba todo, dándole a la estancia un aspecto vibrante y moderno. Sin embargo, lo más impresionante era contemplar las estanterías repletas de libros.

—Miden diecisiete metros de alto —susurró Minho, adivinando el motivo por el que Kaya acababa de soltar una exclamación.

—Es un lugar precioso —comentó ella también en voz baja, olvidando que no se encontraba realmente en la biblioteca y que Minho llevaba auriculares—. Nunca había visto nada igual.

—Espera un momento —le pidió Minho con suavidad mientras subía por una de las escaleras mecánicas hasta la planta superior y se acercaba a los estantes de arriba—. Todavía falta lo mejor.

—¿Mejor que esto?

—¿Recuerdas lo que me dijiste en uno de tus primeros correos? Lo de que no habías encontrado *Luz trémula sobre los tejados azules* en ninguno de los puestos de libros de segunda mano de la ribera del Sena.

—Lo recuerdo. Me prometiste que, si alguna vez venías a París, me ayudarías a buscarlo.

—Mantengo esa promesa, pero mientras tanto…

Minho no dijo nada más. Se encontraba junto a una de esas preciosas estanterías. Acercó la cámara del móvil lo suficiente para que pudieran distinguirse los títulos de los libros.

—Son libros en francés —comentó Kaya, sintiendo que se le aceleraba el corazón al adivinar lo que estaba a punto de ocurrir.

—Esta zona está dedicada a la literatura en otros idiomas —le explicó él—. He venido sin esperanza ninguna, pero aquí está.

Contempló en la pantalla cómo Minho estiraba el brazo para coger uno de los libros de la estantería. Sintió que se le humedecía la vista, y tuvo que pestañear un par de veces para dejar de verlo todo borroso. Como bien decía Minho, ahí estaba: *Luz trémula sobre los tejados azules* de Ingrid Baudin. Se trataba de uno de los ejemplares originales, encuadernado en tapa dura y con la cubierta de color verde menta.

—Pensé que mi ejemplar era el único del país —comentó Minho, divertido—. Me alegro muchísimo de que no sea así.

Kaya rio, entre lágrimas.

—Yo también. ¿Cómo habrá llegado hasta Corea del Sur?

Minho abrió con cuidado el libro, todavía manteniendo el móvil apuntando en esa dirección.

—Fíjate, aquí pone algo. —Había un sello de tinta en la primera página del libro. Tenía el logotipo de la biblioteca Starfield y había unas palabras escritas a bolígrafo, en coreano—. Es una donación personal —le explicó Minho—. Pertenece a la colección del embajador francés de Corea.

—Es increíble —susurró Kaya, maravillada.

Vio cómo Minho volvía a dejar el ejemplar en el estante de literatura francesa. Ambos permanecieron en silencio unos segundos, mientras él abandonaba la biblioteca y regresaba a la zona peatonal frente al centro comercial. Kaya aprovechó para secarse las mejillas humedecidas por el llanto. Una vez fuera, Minho conectó la cámara frontal para enfocar de nuevo su rostro.

—No quería hacerte pasar un mal rato —dijo, sonriente y un poco avergonzado, al ver los ojos enrojecidos de Kaya—. Habías planeado un desayuno tranquilo, contemplando los tejados de París, y has acabado llorando por mi culpa.

—No son lágrimas de tristeza, precisamente.

Era maravilloso saber que la novela de su tía había llegado tan lejos, teniendo en cuenta que nunca tuvo demasiado éxito en Francia. Primero, la editorial estadounidense y la conmovedora historia de Yorgos y Marilena, y ahora esto. Ni siquiera podía imaginar cómo había acabado ese ejemplar en manos de un embajador.

Minho volvió a sonreír.

—Aun así, debería dejarte tranquila para que disfrutes del Sacré-Cœur antes de que se llene de turistas, y será mejor que yo regrese de una vez a Incheon.

—Vale, sí… Claro.

Trató de no sonar demasiado decepcionada. En realidad, Kaya no quería cortar la

conversación. Le hubiese encantado quedarse allí sentada el resto de la mañana, acompañando en la distancia a Minho mientras cogía su tren de regreso a casa. Pero sabía que eso no sería suficiente: que tarde o temprano acabarían apagando el móvil y, al igual que siempre, regresaría esa extraña sensación de nostalgia.

Empezaba a estar cansada de esa sensación. Quizá fue por eso, o porque ver algo tan familiar como el libro de su tía en las estanterías de un lugar tan lejano le había dado fuerzas, pero Kaya se armó de valor e hizo algo que no había hecho nunca hasta ahora.

—¿Te gustaría cenar conmigo el sábado que viene? —le preguntó de forma atropellada.

Minho parecía confuso.

—¿Te refieres a que hagamos algo parecido a lo de hoy, tú en un restaurante de París y yo en uno de aquí? Porque, si ese es el caso, creo que el cambio de horario va a ser un problema.

—No me refiero a eso —murmuró Kaya, ruborizada de improviso.

—¿Entonces…?

—¿Te he hablado alguna vez de Narendra? —preguntó ella—. Es uno de mis compañeros de trabajo en la cafetería.

—Creo que no. —La voz de Minho sonaba cauta, como si no terminase de entender a dónde quería llegar ella.

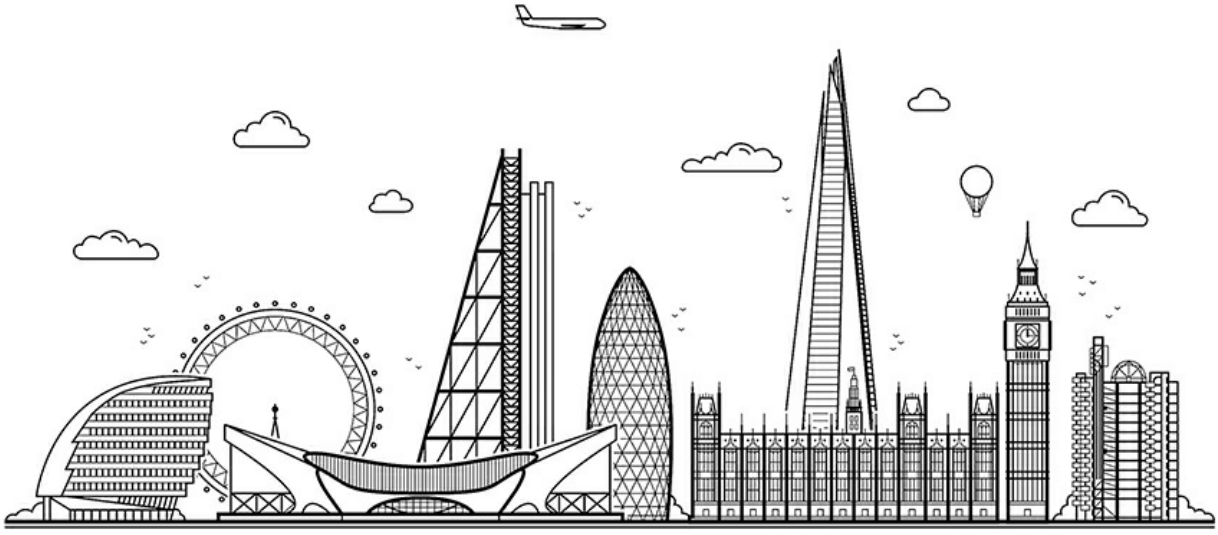
—Dejó su trabajo la semana pasada porque le han ofrecido el puesto de chef principal en un restaurante de comida india que tiene una pinta increíble. El caso es que… me preguntaba… —Podía decirlo, no era tan difícil. Ni siquiera había quedado claro si aquello era una cita con tintes románticos. Minho y ella eran amigos, y los amigos hacían ese tipo de cosas, o cosas parecidas al menos—. Me preguntaba si querrías acompañarme a visitarlo el próximo sábado. Da la casualidad de que su restaurante está a medio camino entre tu casa y la mía.

Minho soltó una carcajada incrédula.

—¿A medio camino? ¿Dónde está ese restaurante exactamente?

Kaya tragó saliva antes de hablar:

—En la terminal uno del Aeropuerto Internacional Indira Gandhi, en Nueva Delhi.



DORIAN

ASUNTO: Re: Reunión de mayo
Dorian Thoresby (LHR Airport) a "Buzón: club de lectura"
24 de mayo a las 20:26 (PDT)

Es verdad, Minho, joder.

Leí en algún momento tu correo y después lo borré de mi memoria. Llevo toda la semana trabajando sin parar para compensar los favores que pedí la semana pasada. Acabo de llegar a Londres, y ni siquiera sé si debería ser de día o de noche.

Trataré de adaptarme a lo que digáis. Decidme cuándo hacemos la reunión y allí estaré.

D.

Dorian Thoresby
Auxiliar de vuelo
Tripulación de Aire
Aeropuerto de Londres - Heathrow - Inglaterra

Dorian había regresado a casa la tarde anterior, tras una semana de trabajo sin descanso. Nada más llegar, se encerró en la habitación y se lanzó sobre la cama todavía con el uniforme puesto.

Se despertó horas después con el cuarto a oscuras y completamente desorientado. Apenas fue capaz de reunir la fuerza de voluntad suficiente para desnudarse y meterse a la ducha. Eran las tres de la mañana, y ni siquiera estaba seguro de quién más había en el piso. La puerta de la habitación de Richa estaba entreabierta, así que dedujo que tenía guardia en el hospital. No parecía que el novio de Adriel hubiese venido a Londres a pasar el fin de semana, porque la cocina no olía a especias ni había nada apetecible en el frigorífico. Dorian cogió una botella de yogur líquido y una manzana, y volvió a encerrarse en su habitación.

Cuando emergió de nuevo al mundo exterior, varias horas después, encontró a Adriel sentado en el sofá, vestido con unos pantalones de pijama y una camiseta, con una taza de café en la mano y el ceño fruncido, contemplando muy interesado la pantalla del televisor.

—Estás bien, ¿no? —le preguntó a Dorian, sin levantar la mirada del televisor—. Llevas casi un día entero durmiendo.

—Estoy bien —respondió él de mala gana, dejándose caer a su lado—. ¿Qué se supone que estás viendo?

—Un documental —contestó Adriel, y le dio un sorbo a su café sin retirar la mirada de la pantalla—. ¿Sabías que, antes de los dinosaurios, la tierra la poblaban una especie de monstruos semejantes a los mamíferos? Estoy flipando muchísimo. Tendría que haber estudiado ciencias. Este programa me está cambiando la vida.

—Suena interesante —contestó Dorian. Subió las piernas a la parte que quedaba libre del sofá y cogió una de las mantas colocadas sobre el respaldo para echársela por encima y acurrucarse hecho un ovillo.

Adriel se giró hacia él, por fin.

—¿Seguro que estás bien? ¿Tienes gripe o algo? No me sorprendería, te has pasado la última semana metido en un avión.

—Estoy perfectamente, solo un poco cansado. —Hizo un gesto vago en dirección a la televisión—. Sigue viendo tu documental cutre con efectos especiales de los noventa.

—Esto será lo único de lo que hable en los próximos dos meses, así que vete acostumbrando. —Se volvió de nuevo hacia la pantalla—. Esa lagartija viene a joderlo todo, ya verás.

—He besado a Carolina —soltó Dorian de golpe.

Si no lo hablaba con alguien iba a volverse loco. Llevaba una semana volviéndose loco, de hecho. Adriel se giró hacia él, visiblemente sorprendido. Ya no parecían interesarle demasiado los predinosaurios o como fuera que se llamasen esos bichos.

—¿Cuándo? —le preguntó.

—La noche antes de marcharme de Nueva York, hace una semana.

—¿Había ocurrido antes algo así entre vosotros?

Dorian agradeció enormemente que Adriel estuviera enfocando ese tema de un modo sensato

y razonable. Sin entrar en pánico ni dramatizar, como había hecho él. Quizá no era para tanto. Quizá en el mundo adulto, al que Carolina y Dorian llevaban años perteneciendo, ese tipo de cosas no fueran para tanto.

—Hace unas cuantas Navidades también nos besamos un poco —murmuró Dorian, de repente muy interesado en arrancar un hilo suelto de la manta que llevaba encima.

—Un poco —repitió Adriel.

—Exacto. Esta vez fue más… —Sintió que se ruborizaba, y creyó que Adriel se reiría de él de un momento a otro. Normalmente, lo hacía. Él y Richa solían burlarse de él a menudo, pero su compañero de piso lo observaba con atención, como si lo que Dorian estaba contándole fuese importante—. No sé… Si no nos hubiesen interrumpido, creo que no hubiéramos parado, que hubiésemos llegado hasta el final.

—Te alegras de que os interrumpieran, ¿entonces?

Dorian negó con la cabeza. No porque su respuesta fuese negativa, sino porque no estaba seguro de qué responder. ¿Se alegraba de que Lily hubiese entrado justo en ese momento? Posiblemente había sido lo mejor, pero una parte de él deseaba que no lo hubiese hecho.

Se habían inventado una excusa barata para justificar que los encontrase en el apartamento de Marien. Carolina le había dicho que había bebido demasiado en la fiesta y que tenía el estómago revuelto. Después de aquello, ya no habían vuelto a estar a solas. Habían pasado el resto de la noche en casa de Lily, quien obligó a Carolina a beber tres vasos rebosantes de manzanilla. Alegando que Dorian tenía que coger un vuelo muy temprano y que Carolina no se encontraba bien, les había mandado a sus respectivas habitaciones, y ellos habían obedecido porque ¿qué otra opción tenían? ¿Seguir evitándose la mirada mientras Lily, Marien y los dos niños permanecían ajenos a todo lo que había pasado?

A la mañana siguiente, Dorian se había marchado al aeropuerto dejando una simple nota de despedida en la pizarra de la cocina.

Le explicó todo esto a Adriel, de un modo un poco caótico. Adriel suspiró y observó a Dorian con resignación.

—¿No habéis hablado desde entonces?

—Mensajes genéricos.

«Ya he llegado al JFK». «Buen viaje, hablamos luego». «Hace un tiempo terrible en Helsinki». «Te dejaste aquí las gafas de sol, ¿te las guardamos o te las envío?». «Tranquila, tengo otras». «Lorenzo quiere que sepas que se ha apuntado al equipo de balón quemado porque en su colegio no hay vóley». A Dorian le sacaron de quicio todos y cada uno de esos mensajes. Todos menos el último, claro, porque Lorenzo era encantador; pero los demás le habían provocado ganas de gritarle a la pantalla de su teléfono. ¿De verdad iban a fingir que no había pasado nada?

—Creo que… —comenzó—. No sé, pensé que esta vez sería distinto, para bien o para mal, porque en realidad sí que fue distinto, ¿sabes? Lo que hicimos y las cosas que me dijo…

Adriel carraspeó con suavidad, como si se estuviera preparando para afrontar un aspecto complicado de aquella conversación.

—¿Puedo preguntarte qué te dijo? No quiero entrometerme en vuestra intimidad, pero hay algo que llevo un tiempo sospechando sobre vosotros que me gustaría comprobar.

Dorian asintió, confuso.

—Me dijo que, si nos hubiésemos conocido justo ahora, se hubiese fijado en mí y hubiese intentado ligar conmigo. También me dijo que le ponía un poco mi acento. Te mencionamos en ese momento, de hecho.

Adriel soltó risita, pero le dejó continuar.

—¿Algo más?

Sí que había algo más. Algo en lo que Dorian no había dejado de pensar desde entonces.

«También fue así el primer día. En esta misma cristalera, mientras te comías la mitad de mi hamburguesa y te encendía ese cigarrillo. También me latía así de rápido el corazón».

—Dio a entender que lleva todo este tiempo sintiendo algo por mí. Al menos, es como yo lo interpreté.

Adriel desvió la mirada de nuevo a la pantalla del televisor. No estaba prestando atención al documental, pero parecía necesitar unos segundos para procesar la información. Al cabo de un instante, se giró hacia Dorian.

—Vale, necesito que entiendas algo. Necesito que entiendas a Carolina.

Dorian asintió y se irguió un poco en el sofá para contemplar a su compañero.

—¿En qué sentido?

—Ella te dijo todas esas cosas —continuó Adriel, levantando los dedos en el aire para enumerarlas—. Que le atrae tu acento, que habría intentado ligar contigo si acabase de conocerte y, es más, que lleva todos estos años un poco colgada por ti.

—Exacto. —Dorian tenía un nudo en la garganta.

—Y, de algún modo, te molesta que ahora finja que no ha pasado nada mientras tú también finges que no ha pasado nada.

—No estoy fingiendo, estoy dándole espacio para que ordene sus ideas. No quiero agobiarla.

Adriel esbozó una sonrisa cansada, como si Dorian fuese uno de sus alumnos universitarios incapaces de valorar de forma adecuada la genialidad de los poemas de Yeats.

—No te das cuenta, ¿verdad? Ella no necesita ordenar sus ideas, ni tampoco necesita que le des espacio. ¿Qué más quieres que haga? ¿Que se tatúe tu nombre en el brazo y lo rodee con un corazón? Intenta ponerte en su lugar, intenta comprender cómo se sentirá Carolina ahora mismo. Ella te dijo todas esas cosas, ¿y qué le dijiste tú?

Dorian se esforzó por recordarlo. Era complicado rememorar esa noche sin dejarse llevar por las sensaciones del cálido cuerpo de Carolina abrazando el suyo y el modo en el que se habían besado una y otra vez. Trató de recordar qué le había contestado él a todas esas cosas. Si es que le había contestado algo. Si es que había hecho algo más que besarla y dejarse llevar.

—Le dije que me gustaba su vestido —dijo con un hilo de voz—. ¿Eso cuenta?

Adriel puso los ojos en blanco y cogió la manta que Dorian aferraba sobre su regazo para echársela por la cabeza.

—¿Lo entiendes ahora?

Dorian empezaba a entenderlo.



CAROLINA

ASUNTO: Re: Re: Reunión de mayo

Carolina Cabrera (JFK Airport) a "Buzón: club de lectura"

27 de mayo a las 12:58 (EST)

Mierda, acabo de leer todo esto. ¡No quería preocuparos!

Todo bien, de verdad. Marien ya está bien (he visto que Kaya también me ha escrito un mensaje preguntando por ella). Es solo que ha sido una semana un poco caótica.

A estas alturas, ya es un poco tarde como para organizar una reunión del club para el fin de semana, ¡siento no haber dado señales de vida hasta el lunes!

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.

Carolina esperaba que Minho no tuviera activado el acuse de recibo en los correos del club de lectura porque acababa de mentirle descaradamente. Había leído el primer correo el mismo día

que lo recibió. Los había leído todos, en realidad, y se sentía muy culpable por haberlos ignorado uno tras otro. Ese mes, ella había escogido la lectura y se sentía orgullosa de haber descubierto a Luz Méndez de la Vega a sus tres compañeros, pero la idea de hacer una reunión y volver encontrarse cara a cara con Dorian (aunque fuese a través de una pantalla), después de lo que había pasado entre ellos, le resultaba complicada de gestionar.

No había conseguido dejar de pensar en él ni un solo segundo durante la última semana. No importaba demasiado dónde se encontrase o qué estuviera haciendo, un rincón de su cerebro permanecía atascado en aquella noche de sábado. En la fiesta en el solar y en el apartamento vacío de Marien. En la canción de Cindy Lauper y en la nota de despedida garabateada en la pizarra de la cocina.

Desde luego, no se sentía nada preparada para volver a ver a Dorian. Tampoco se sentía demasiado preparada para comentar los poemas de Luz. Si alguien mencionaba uno de sus favoritos, «Anticipo», Carolina podría echarse a llorar en ese mismo momento.

«Porque eres viajero
mi amor siempre tiene
dolor de adioses.
Un día te irás.
Pasajero huésped,
te esconderán otras caras,
otros nombres
y otros brazos».

No.

«Te irás porque eres marino
perseguidor de horizontes
en tu alucinada brújula
de nortes imposibles.
Te irás y lo nuestro
será sueño y olvido».

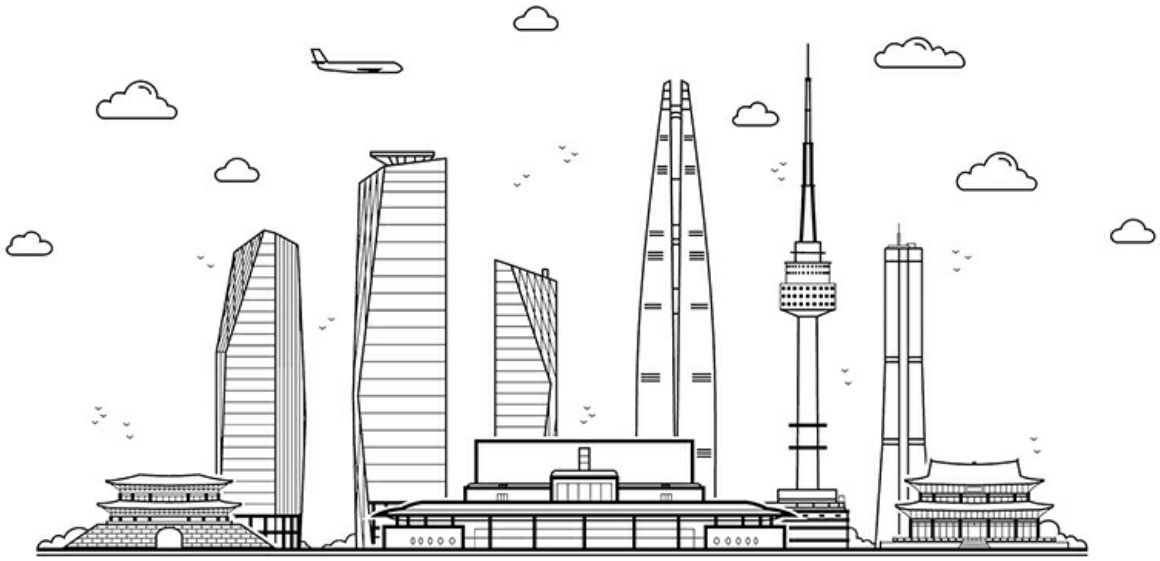
Definitivamente, no estaba preparada.

Quizá, si no hubiese tenido a Dorian tan presente, Carolina hubiera recordado qué era lo que le preocupaba tanto los días anteriores a la fiesta. De esa manera, lo que acabó sucediendo ese lunes de finales de mayo, poco después de enviar el correo de disculpas a Minho, no le habría

pillado tan desprevenida.

Ocurrió durante su media hora para el almuerzo. Carolina salió del departamento del Servicio Terrestre de Atención al Pasajero para dirigirse a la sala de descanso del personal de tierra. Se compró un sándwich de queso y tomate seco en la máquina y también una botella de agua San Pellegrino. Mark Norton, un hombre bastante divertido que trabajaba en los controles de equipaje de la aerolínea, bromeó con ella sobre sus gustos sofisticados. En realidad, apenas se había gastado cuatro dólares, pero le siguió el juego fingiendo acento italiano. Tina Kole, una de las trabajadoras del mostrador de venta de billetes, se rio a carcajada limpia al escucharlos. No estaba siendo un mal día, después de todo. Era un buen sándwich. Se preguntó si Mark estaría soltero y si le interesarían las mujeres. Estaba casi convencida de que a Tina le gustaba un poco.

Regresó a su puesto de trabajo con el café para llevar que le había encargado su compañero y pensando en Mark y en Tina. Alguien había colocado un trozo de tarta sobre su mesa. Era tarta de zanahoria, ni más ni menos. Su favorita. Su compañero le explicó que el hijo de la directora regional de Recursos Humanos había sido por fin dado de alta de su tratamiento oncológico y había un trozo de tarta para todos los trabajadores de Skywind del JFK. No solo no estaba siendo un mal día, estaba siendo un día estupendo. Al menos, hasta que su supervisora la llamó para que fuera a su despacho.



MINHO

ASUNTO: Re: Re: Re: Reunión de mayo
Han Minho (ICN Airport) a "Buzón: club de lectura"
28 de mayo a las 9:30 (KST)

¡Tranquilos! Ha sido un mes bastante duro para ambos.

¿Os parece que, por esta vez, comentemos el libro por e-mail en lugar de reunirnos por videollamada? Quizá os parezca aburrido, pero mayo ya casi va a terminar, y creo que tanto a Carolina como a Dorian os vendrá bien descansar un poco.

Tampoco estará tan mal (os recuerdo que esas eran las reglas originales del club y, modestia aparte, al director general le encantaron), ya pensaremos en algo mejor para el mes que viene.

Carolina, ¿empiezas tú? ¿Qué te hizo escoger a esta autora? ¿Hay algún poema de ella que te guste especialmente?

Han Minho
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto de Incheon - Corea del Sur

—¡Si vas a salir, pasa por el Ministop y tráeme una tarrina de helado! —exclamó Minjin desde el sofá mientras Minho se abrochaba los cordones de las zapatillas, sentado en el escalón del recibidor—. Y tampones. Mejor, dos tarrinas de helado —añadió tras meditarlo.

Su hermana se había quedado a pasar la noche en casa. Todavía le quedaban un par de días de vacaciones, tras su regreso de Jeju. Su marido se había tenido que incorporar cuanto antes al despacho para hacerse cargo de un asunto urgente, y Minjin se negaba a quedarse sola y aburrida en el piso de Seúl. Así que, en lugar de pasar a recoger a *Makgeolli*, se había instalado ella también en casa de sus padres. Llevaba toda la tarde tumbada en el sofá, con un pijama viejo que todavía guardaba allí, comiendo Pringles y viendo reposiciones de *Mr. Trot* en la tele por cable. Había dejado atrás todo el glamour distante de la última fiesta en el hotel de Gangnam, pero Minho la prefería así mil veces más.

—Tardaré en volver —le advirtió—. Necesito tomar el aire; se me está poniendo dolor de cabeza. Quizá no regrese hasta las nueve.

—No importa —contestó ella sin retirar la mirada de la televisión—. Pero que sean de los grandes, ¿vale?

—¿Los helados o los tampones?

—¡Ambas cosas! ¿No comprendes que son dos necesidades que van en consonancia?

—Cuando regreses, pasa por casa de los Choi y pídele a Minseo que nos devuelva la maquinilla para cortar el pelo —le pidió su madre desde la cocina—. Hace dos meses que se la presté, y tu padre, a este paso, pronto podrá hacerse una trenza.

—Quizá una trenza no me favorecería demasiado —Minho escuchó la voz gentil de su padre, también desde la cocina—, pero un *sangtu*, como en la dinastía Joseon, me daría un aire erudito.

Minho soltó una carcajada y se dirigió hacia la puerta.

—¡Os veo luego! —se despidió—. Vamos, *Makgeolli*.

El caniche salió trotando detrás de él, entusiasmado por su paseo nocturno.

Apenas había salido de casa y caminado un par de metros, cuando el móvil le empezó a vibrar en el bolsillo. Minho lo sacó, sin tener muy claro a quién debería esperarse. ¿Su hermana necesitaba algo más de la tienda? O quizá se tratase de la supervisora del turno de noche. Había sido un martes muy movido en la oficina y no le sorprendería haber cometido algún error.

No era ninguna de las dos. El nombre que apareció en la pantalla le pilló por sorpresa.

—¿Carolina? —saludó, confuso, cuando aceptó la llamada—. ¿No es todavía muy temprano en Nueva York?

—¿Eh? Supongo que sí… ¿Es un mal momento? —Su voz sonaba extraña, como si pronunciase cada palabra con cautela.

—No, tranquila —se apresuró a decir él—. Vuelves a pillarme paseando al perro.

—¿«El perro»? ¿Cómo que «el perro»? ¿Ya no te refieres a él por su bonito nombre de pila?

—repuso Carolina con una ligera nota de diversión en la voz que Minho agradeció enormemente. Al menos, si se tratase de una emergencia, Carolina no tendría ánimo para bromear.

—Dorian me ha traumatizado a ese respecto para el resto de mi vida, muchas gracias —contestó él.

Ella soltó una ligera risa.

—¿Estás cerca de casa?

—Sí, más o menos. Acabo de salir. —Había algo raro en la última pregunta. Como si no se tratase de un simple modo de entablar conversación. Como si la respuesta fuese realmente relevante—. Escucha, está todo bien, ¿no? La última vez que hablamos por teléfono… Bueno, la última vez parecías un poco agobiada.

Hubo una pequeña pausa al otro lado de la línea.

—Sí, estoy bien —masculló, evasiva—. ¿Sabes qué? Estaba pensando en la conversación que tuvimos en el aeropuerto de Londres. Hablamos de un videoclub de mi barrio que cerró cuando tenía trece años, ¿recuerdas?

Minho esbozó una sonrisa incrédula. ¿De verdad Carolina quería hablar de eso justo ahora?

—Lo recuerdo.

Habían pasado un rato juntos y a solas mientras esperaban sus respectivos vuelos. Carolina le había contado que el dueño de su videoclub favorito le regaló el DVD de *La princesa prometida* a modo de despedida, porque lo había alquilado al menos quince veces en los últimos dos años. A Minho aquella anécdota le conmovió especialmente. Él también tenía un lugar así: un viejo videoclub al que acudía con cierta frecuencia cuando era adolescente. Curiosamente, también había alquilado a menudo *La princesa prometida*. Si los otros chicos le preguntaban, siempre decía que era por culpa de su hermana, que se empeñaba en verla. La realidad era que a Minho le encantaba esa película y estaba un pelín enamorado de Robin Wright.

—Me dijiste que el videoclub de tu adolescencia sigue abierto ahora —continuó Carolina—. Me morí de envidia. Echo de menos el mío.

—Así es. El dueño es un apasionado del cine y está empeñado en mantenerlo mientras le queden fuerzas para gestionarlo. No creo que le reporte mucho dinero a estas alturas, pero es el único videoclub tradicional que sigue abierto en toda la ciudad.

—Me he dado cuenta. Eso ha facilitado las cosas.

Minho frunció el ceño, confuso. *Makgeolli* tiraba de la correa para salir hacia la avenida principal en dirección al parque. Minho lo sujetó con fuerza para obligarle a quedarse quieto. ¿Qué cosas había facilitado?

«¿Estás cerca de casa?», le había preguntado ella hacía apenas unos segundos. De repente, se percató de lo qué estaba pasando. Se dio cuenta de por qué esa pregunta era relevante.

—¿Dónde estás ahora mismo? —Minho sintió cómo se le aceleraba el pulso esperando la

respuesta.

—Sentada en las escaleras junto a la puerta de entrada de un videoclub —contestó ella, algo avergonzada—. El único videoclub tradicional que todavía sigue abierto en la ciudad de Incheon, al parecer.

CAPÍTULO 13

LA BELLA BUTTERCUP Y SU MOZO DE CABALLERIZAS



Para ti mamá siempre ha sido mamá. Nunca se te pasó por la cabeza que un día había dado su primer paso, o que había tenido tres, doce o veinte años. Mamá era mamá. Había nacido siendo mamá.

SHIN KYUGGSOOK (escritora coreana):
Por favor, cuida de mamá[4]

ASUNTO:
Carolina Cabrera (JFK Airport) a "Rosa Morales - Resort Punta de Palma"
27 de mayo a las 14:11 (EST)

¿Qué derecho te crees que tienes para presentarte en mi trabajo así como así después de tantos años?

[CORREO SIN ENVIAR: GUARDADO EN BORRADORES]

ASUNTO:
Carolina Cabrera (JFK Airport) a "Rosa Morales - Resort Punta de Palma"
27 de mayo a las 14:12 (EST)

Quizá el mensaje que envié te hizo creer que quiero retomar la relación, pero te equivocas. No quiero saber nada de ti. Así es como funcionan las cosas cuando abandonas a tu hija de siete años y desapareces de su vida.

[CORREO SIN ENVIAR: GUARDADO EN BORRADORES]

ASUNTO:
Carolina Cabrera (JFK Airport) a "Rosa Morales - Resort Punta de Palma"
27 de mayo a las 14:15 (EST)

Acabo de enterarme de que has pasado por el Servicio de Atención al Pasajero esperando encontrarme allí. Quizá te hayas llevado una impresión equivocada por el correo que envié a tu hotel hace unos días. Agradezco que me hayas dejado tu tarjeta de visita, pero no tengo interés en contactar contigo y preferiría, si es posible, que tampoco contactaras con Lily o Marien durante tu estancia en Nueva York.

[CORREO SIN ENVIAR: GUARDADO EN BORRADORES]

ASUNTO: Solicitud de trabajo a distancia
Carolina Cabrera (JFK Airport) a "BUZÓN: Recursos Humanos - Coordinación internacional"

27 de mayo a las 14:34 (EST)

Buenas tardes:

Mi nombre es Carolina Cabrera y mi número de empleado es US547589.

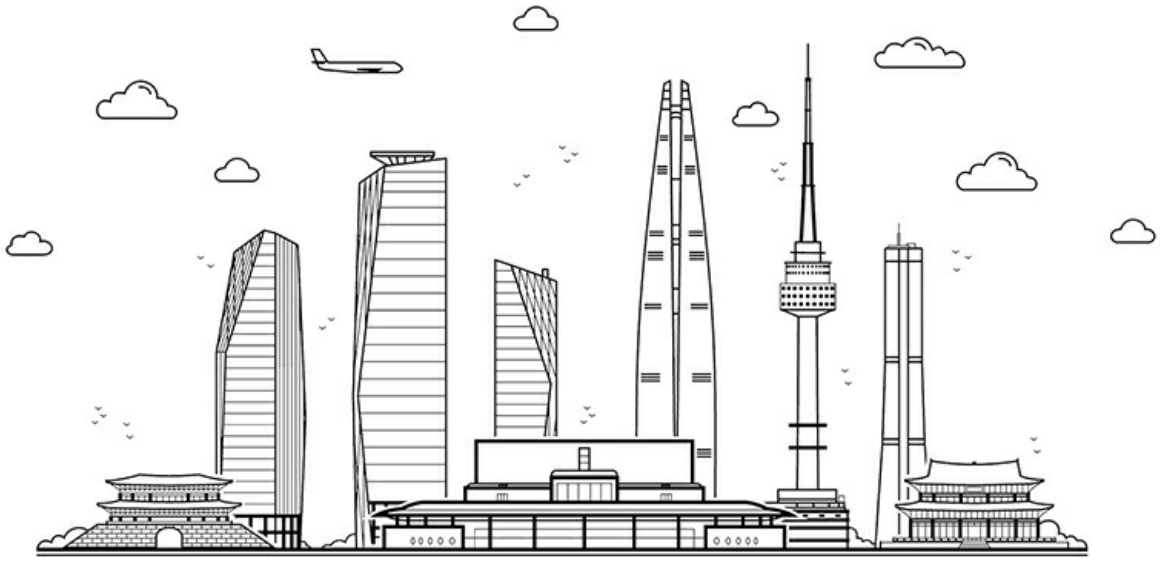
Adjunto la autorización firmada por mi supervisora para desempeñar de forma temporal mis labores como ayudante de mánager del Servicio Terrestre de Atención al Pasajero desde un aeropuerto diferente al mío durante el resto de la semana, empezando pasado mañana.

Solicito acceso remoto a mi servidor y que me sea asignado un puesto de trabajo en las oficinas de Skywind en el Aeropuerto Internacional de Incheon (Corea del Sur).

Quedo a vuestra disposición.

Un saludo y gracias,

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.



MINHO

Inna y Eunwoo les abrieron la puerta de su apartamento de Seúl con el pijama ya puesto. Si se sorprendieron al ver a Minho a esas horas de la noche, junto a una joven desconocida de aspecto extranjero, lo disimularon sorprendentemente bien.

—No puedo llevarla a casa —se justificó Minho cuando Inna y él se quedaron a solas—. Mucho menos con mi hermana también allí. En cuanto me vean aparecer con una chica de mi edad, mi madre no tardará en ir a buscar una pareja de patos mandarines y organizar la boda.

Inna soltó una carcajada.

—No creo que sea para tanto.

—No puedes comprenderlo porque tienes novio formal desde los diecisiete años y llevas casada desde los veintidós. Eres el sueño de cualquier madre coreana.

Inna volvió a reír, desviando la mirada hacia la puerta entreabierta de la pequeña cocina. Eunwoo estaba vertiendo agua caliente en un bol de *ramyeon* instantáneo frente a Carolina, que lo miraba agradecida. Minho se sintió un poco culpable, ni se le había ocurrido preguntarle si quería que parasen en algún sitio a comer algo, durante su trayecto desde Incheon hasta Seúl.

—¿Vas a quedarte tú también a dormir? —le preguntó Inna, abriendo el armario del pasillo donde guardaban los futones—. ¿O solo se queda ella?

Minho llevaba un buen rato planteándose esa misma pregunta. Se había inventado una excusa en casa para justificar que debía volver a marcharse y quizá ausentarse el resto de la noche, tras

regresar con *Makgeolli* y todo lo que le había encargado su hermana. Sin embargo, a Minho le daba un poco de reparo quedarse él también a dormir allí. Tendrían que colocar los futones prácticamente uno al lado del otro, en el suelo del comedor, y no sería muy diferente a dormir en la misma cama. Minho se preguntó si Carolina y él tenían la confianza suficiente para hacerlo.

—No es que me importe que te vayas —continuó Inna, que llevaba toda una vida especializándose en la difícil disciplina de adivinar los confusos pensamientos de Minho con solo mirarle a la cara—. Eunwoo se apaña bien con el inglés, pero quizá Carolina se sentiría más cómoda si tú también estás aquí. Al menos, la primera noche.

—Supongo que tienes razón —razonó Minho—. Podríais ser unos asesinos en serie, en lo que a ella respecta.

—¿Por qué no dormís en la terraza? —propuso Inna—. La noche es cálida y tenemos hamacas reclinables. Podemos colocar los futones allí y preparar unas mantas. Será menos íntimo, casi como una acampada al aire libre. Seguro que a Carolina le gustan las vistas.

—No es mala idea —admitió Minho.

—Yo nunca tengo malas ideas. —Volvió a mirar en dirección a la cocina antes de hablar en voz más baja, algo innecesario porque Carolina no podía entenderles—. ¿Te ha dicho por qué está aquí? Es un poco raro, ¿no?

—Me ha dicho que va a teletrabajar desde mi aeropuerto el resto de la semana. Pero no ha llegado a aclararme por qué ha decidido hacer algo así. Tampoco he querido presionar demasiado.

—Coger un vuelo desde el otro lado del mundo de la noche a la mañana para plantarse prácticamente en la puerta de tu casa… —comentó Inna, pensativa—. Solo se me ocurren dos motivos para hacerlo.

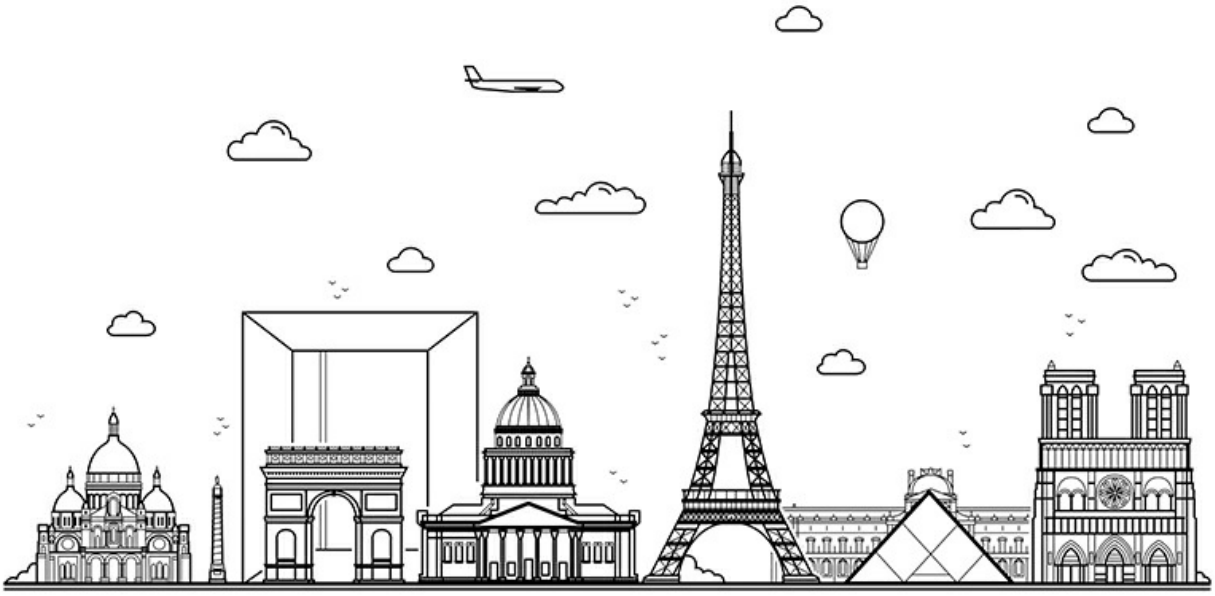
—¿Qué motivos?

—O está enamorada de ti…

Minho tragó saliva, nervioso. ¿Así es como iba a interpretar la gente aquello?

—No digas tonterías, no está enamorada de mí.

—En ese caso —concluyó Inna—, está huyendo de algo.



KAYA

Celine estaba sentada en la cama de Kaya, con la mirada clavada en su teléfono y expresión analítica. Había ropa por todas partes, sobre la propia cama y en el sillón junto al armario. También encima de la maleta semivacía que Celine había traído consigo. Ropa que no era de Kaya y que no tenía demasiado claro que fuera a quedarle bien. Ambas tenían una talla parecida, pero su amiga era más alta.

—Tienes razón —dijo Celine, dejando el móvil a un lado y girándose hacia ella—. Parece un restaurante bastante pijo. Nunca imaginé que hubiera restaurantes así en los aeropuertos. Yo no tengo ropa tan elegante, pero si le preguntamos a Alizee…

—Su ropa me quedaría pequeña —respondió Kaya—. Debí haber previsto esto cuando propuse el plan. Soy un desastre, seguro que Minho aparece vestido de un modo impecable.

—No eres ningún desastre. Tuviste el valor de invitar al chico que te gusta a una cita para cenar en la India, ni más ni menos. Lo de la ropa es secundario, y lo solucionaremos.

—No es una cita —susurró Kaya, sintiendo que le ardían las mejillas de nuevo—. Al menos, no creo que él sea consciente de que es una cita.

Celine soltó una carcajada y se dejó caer en la cama de Kaya, bocarriba. Kaya la miró agradecida, sabía que su amiga estaba cansada. Casi eran las siete de la tarde y todavía llevaba el chándal del gimnasio donde trabajaba, pero había contestado al mensaje de socorro de Kaya y había aparecido en su casa con un montón de ropa, una botella de vino y una bandeja de sushi.

—Entonces, vas a tener que asegurarte de que le queda claro que se trata de una cita, una vez estéis allí —le dijo Celine con una sonrisa pícara.

—Creo que sobrestimas mis capacidades —contestó Kaya nerviosa, y se acercó a la maleta para escoger un vestido negro y sencillo. Lo sujetó con ambas manos para observarlo mejor—. Este quizá funcione…

Celine se incorporó un poco, apoyando la cabeza en la mano y el codo en el colchón.

—No está nada mal, es de tu estilo. De todos modos, todavía es martes, podemos volver a quedar mañana, directamente en Le Marais. Te acompañaré a mirar algo. Un amigo tiene una tienda de ropa en Rue des Francs-Bourgeois. Saldremos de allí con algo con lo que te sientas cómoda y atractiva.

Kaya esbozó una sonrisa tímida y se dejó caer también en la cama, al lado de Celine.

—¿Tu amigo hace milagros, además de vender ropa?

Celine le dio un golpe suave en el brazo con el puño.

—Kaya, eres guapísima —le recriminó—. Cualquiera puede verlo. Yo lo veo, Alizee lo ve y estoy segura de que tus amigos del club de cerebritos también lo ven…

Kaya soltó una carcajada, a su pesar.

—Club de lectura —le corrigió.

—¿Sabes qué? —continuó Celine—. Creo que deberías pasar de todo y llevar tu propia ropa. El chef principal de ese sitio es colega tuyo, ¿no? No te van a vetar la entrada.

Kaya frunció levemente el ceño, meditando la propuesta.

—Creo que tienes razón. Además, es un viaje largo. Iré mucho más cómoda si no me pongo un vestido elegante.

—Y eso nos deja libre el resto de la noche para terminarnos la botella de vino y toda la tarde de mañana para ir a mi casa a comer gofres descongelados y ver *Las chicas Gilmore.*

Kaya se giró en la cama para encarar a Celine.

—Y pensar que íbamos a renunciar a ese plan para ir de compras.

—También podemos ver un *kdrama* —sugirió Celine, haciendo un gesto pretendidamente seductor con las cejas—. Mis compañeros de gimnasio me han recomendado unos cuantos. Así tendrás temas de conversación adicionales durante la cena. Hay uno sobre una sirena que no tiene mala pinta. —El teléfono de Kaya, que Celine había tirado sobre la cama, vibró con la notificación de un nuevo mensaje. Su amiga estiró el brazo para cogerlo y se lo pasó—. Plantéatelo, seguro que él está viendo *Las aventuras de Ladybug* por ese mismo motivo.

Kaya apenas escuchaba a Celine. Estaba leyendo el mensaje que acababa de recibir, sin tener muy claro cómo debía sentirse. Era de Minho, precisamente. Allí debía ser ya noche cerrada. Había esperado cualquier cosa, una disculpa porque se veía obligado a cancelar sus planes del fin de semana, tal vez. Hubiera sido decepcionante, pero, al menos, así Kaya hubiera sabido a qué

atenerse. Le costaba interpretar lo que significaba aquello. Se incorporó.

—¿Todo bien? —preguntó Celine.

Kaya le pasó el teléfono a modo de respuesta y se levantó de la cama en busca de la botella de vino. Detrás de ella, Celine leyó en voz alta el mensaje de Minho:

Minho

Hola. Espero no pillarte en mal momento. Solo quería que supieras que Carolina está aquí. En Corea, quiero decir. Ha volado hasta Incheon. No estaba planeado.
No le digas nada a Dorian por ahora. Vamos a esperar a mañana. Todavía no estoy seguro de si es buena idea que se entere.



CAROLINA

Era abrumadora la sensación de irrealidad. Los amigos de Minho les habían preparado unas camas improvisadas en la terraza, y ya eran pasadas las dos de la mañana, pero ni Carolina de Minho estaban dormidos.

Sabía que no era culpa del *jet lag*. De hecho, debería estar exhausta. Aun siendo consciente de que se encontraba muy despierta, a Carolina le costaba asimilar que todas esas luces nocturnas y esos rascacielos en la lejanía no fueran parte de un sueño. Tal vez, a alguien nacida y criada en Nueva York no debería haberle impactado tanto una ciudad moderna y enorme como Seúl, pero no podía evitarlo. Estaba acostumbrada a una *skyline* diferente. El aire también era distinto y transportaba el aroma de un parque cercano.

Le habían explicado que estaban en el barrio de Seongdong. Parecía una zona agradable y residencial. Los amigos de Minho también parecían agradables. Inna le había prestado un pijama y habían metido su ropa en la lavadora y la secadora. Iba a tener que volver a ponérsela al día siguiente para ir a trabajar al aeropuerto de Incheon, porque no tenía otra cosa.

No había planeado muy bien su viaje. En cuanto su supervisora le había dado luz verde, había comprado un billete usando las millas de vuelo del club y se había subido al primer avión que la llevase hasta allí. Ahora mismo, se sentía un poco culpable por haberse burlado de Dorian, que se había presentado primero en París y después en Nueva York sin apenas equipaje, a excepción de una camiseta hortera.

Dorian. Odiaba pensar en él incluso en un momento así. Carolina reprimió un suspiro, acomodándose mejor en la hamaca y haciéndose un ovillo bajo las mantas. Costaba asumir que aquel encuentro en el hospital apenas había ocurrido hacía poco más de un par de semanas. Habían pasado demasiadas cosas desde entonces.

A su lado, Minho jugueteaba con el móvil, dándole vueltas entre los dedos. No se mostraba tan impresionado como Carolina con el paisaje urbano que se desplegaba a su alrededor. Pese a su aparente actitud calmada, tenía los hombros un poco tensos y parecía estar alerta, como si estuviera esperando que ella rompiese el hielo y le contase qué había ido a hacer allí.

Tampoco es que Carolina tuviera una explicación demasiado coherente que ofrecerle. Quizá sí que podía explicar por qué había salido huyendo del JFK, pero seguía sin tener demasiado sentido que hubiese escogido Seúl entre todos los destinos posibles. Al menos, si no estabas al tanto de cierta profecía vaticinada por cierta adivina de cierta avenida Roosevelt.

Se incorporó un poco, para quedar sentada en la hamaca igual que él. Tal vez no se sintiese preparada para contárselo todo esa noche, pero al menos podía contarle una parte.

Se dio cuenta de que estar allí, tan lejos de casa, en una ciudad tan parecida y tan diferente al mismo tiempo a la suya, rodeada de desconocidos (y junto a alguien tan parecido y tan diferente al mismo tiempo a ella misma) resultaba mucho más sencillo que haber tomado el tren habitual desde el JFK hasta Queens y enfrentarse a su propia vida. El dolor parecía amortiguarse un poco gracias a la distancia.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre mi madre aquella vez que te escribí y tú me llamaste por teléfono? Ese día que estabas en la playa con *Makgeolli*.

Minho se giró hacia ella y asintió, despacio.

—Mencionaste que le habías mandado un correo electrónico —contestó con voz suave—. También mencionaste que te había abandonado cuando eras una niña.

—Se presentó en mi oficina, así sin más —le explicó—. El lunes por la mañana. Yo estaba en mi descanso y, cuando regresé, me dijeron que mi madre había estado allí. Había volado desde La Aurora, y planeaba quedarse en Nueva York un par de días por negocios. Dejó una tarjeta con sus datos de contacto como si fuera algo normal, una simple visita de cortesía.

Minho le dedicó una mirada comprensiva.

—No me sorprende que quisieras marcharte de allí lo antes posible.

—La simple idea de que ella volviera a presentarse en la oficina en cualquier momento, antes de su vuelo de vuelta… —comenzó, negando con la cabeza—. No podía soportar enfrentarme a eso. —Minho asintió en silencio y Carolina continuó hablando—: Sé que fui yo la que envió el primer correo, pero no esperaba que apareciera tan pronto, y en persona, en mi lugar de trabajo. Creí… No sé, creí que ella también me escribiría tanteando el terreno, pasados unos meses, y que yo tendría tiempo para pensar qué hacer. Aún no he decidido nada… —se lamentó—. No sé si

quiero perdonarla o si tengo derecho a no hacerlo después de que nos haya ayudado con su dinero.

—Tienes derecho a hacer lo que sientas que debes hacer —le contestó Minho con firmeza—. No creo que haya una respuesta correcta en este caso, pero, desde luego, el dinero no debería comprar tu perdón. Tampoco creo que tu madre quiera eso.

Carolina esbozó una sonrisa triste.

—Supongo que tienes razón.

—De todos modos —dijo Minho—, no tienes que decidir nada esta noche. Has hecho bien en venir. Nadie va a pedirte explicaciones mientras estés aquí, tienes tiempo para aclarar tus ideas. Mañana iremos juntos al aeropuerto y te enseñaré tu nueva oficina. Dudo que tu madre vaya a encontrarte en Incheon.

Carolina soltó una carcajada, a su pesar, contemplando el paisaje de Seúl que se extendía frente a ellos.

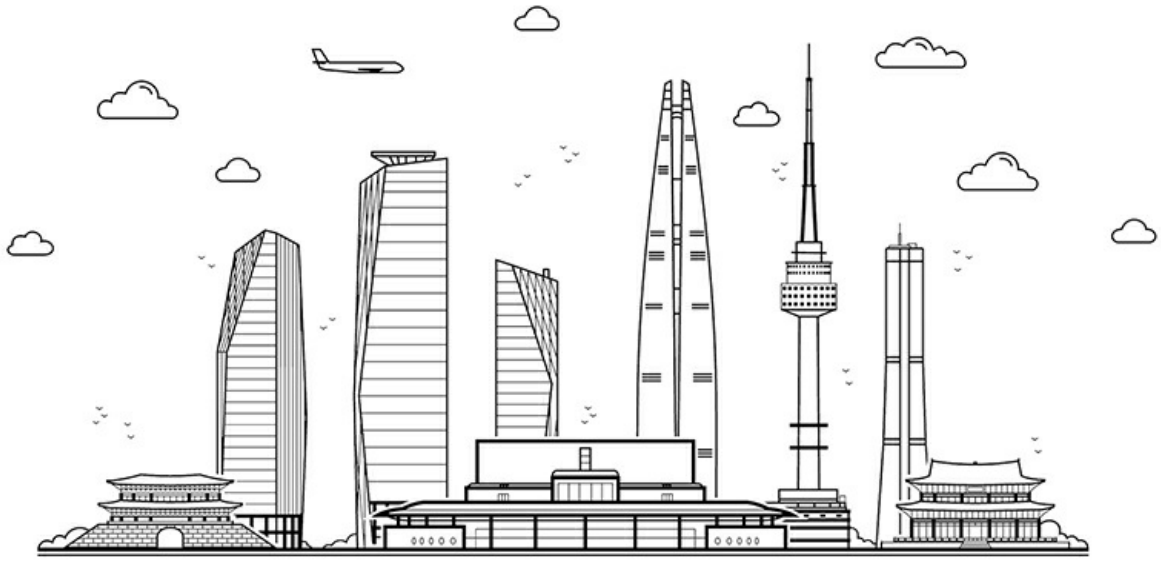
—Yo también lo dudo.

Minho se recostó un poco más en su hamaca, mirándola de medio lado. Tal vez se debiera a que la había escuchado reír, pero parecía un poco más relajado.

—También podemos comer juntos, si quieres, ahora que somos compañeros de aeropuerto —le propuso—. Te puedo llevar a un terreno que tenía mi abuelo no muy lejos de allí. Creo que te gustará. A mí siempre me ayuda a aclarar mis ideas.

A lo mejor en eso consistía tener un alma gemela, pensó Carolina. Poder hablar en voz alta con esa persona de algo tan vital, tan primitivo y tan desgarrador como lo que sentía por su madre, sin necesidad de utilizar demasiadas palabras o grandes aspavientos. Haciéndose entender de un modo sencillo y reconfortante.

—Me encantaría visitar el terreno de tu abuelo —respondió ella con sinceridad.



MINHO

—Aunque solo hubiera sido por este almuerzo, hubiese merecido la pena el vuelo de catorce horas y media —comentó Carolina, llevándose un bocado de tofu frito a la boca y, después, otro de cerdo picante—. Te aseguro que no venden comida tan buena en el JFK. Ni tan bien preparada como en estas fiambreras.

Estaba sentada sobre la cerca de piedra, con las piernas cruzadas en un gesto relajado. Pese a que Minho dudaba que Carolina saliese al campo muy a menudo, parecía perfectamente cómoda en un sitio tan agreste. Como si en vez de encontrarse en el terreno medio abandonado del abuelo de Minho, estuviesen almorzando en una de las cafeterías del aeropuerto. Habían llegado hasta allí en la moto de Eunwoo, que se la había prestado esa misma mañana para facilitarles el trayecto al aeropuerto desde Seongdong.

Carolina se estaba adaptando a todo con asombrosa facilidad. A la moto, a la comida, al aeropuerto, a sus amigos y al propio Minho. Ni siquiera llevaba allí veinticuatro horas y casi parecía que hubiese nacido en Corea del Sur, en lugar de en Estados Unidos.

—La mujer que gestiona el puesto de *toshirak* en la terminal uno es maravillosa —admitió él, cogiendo con los palillos un trozo de huevo enrollado de su fiambrera—. Me ha salvado infinidad de veces de morir de hambre. Estoy ahorrando para comprarme una casa y pedirle matrimonio.

Carolina se rio y dio un trago a su lata de Sprite.

—¿No es un poco mayor para ti? Da la impresión de que no le queda mucho tiempo para jubilarse.

Minho asintió, fingiendo fastidio.

—Y sospecho que ya está casada.

Carolina volvió a reír.

—Hablando de matrimonios felices, a Inna y a Eunwoo parece irles bastante bien… —Señaló su fiambrera—. Por cierto, ¿debería comerme el arroz con palillos o con cuchara? ¿Pasa algo si lo mezclo con el kimchi?

—Suele hacerse con cuchara, y puedes mezclarlo sin problemas —contestó Minho, y le tendió una de las cucharas de plástico que les habían metido en la bolsa—. Sí que les va muy bien —añadió, retomando la conversación—. A Inna le gusta hacerse un poco la dura con este tipo de cosas, pero es obvio que siguen tan enamorados como el primer día.

—Inna y tú también estáis muy unidos, ¿no?

Minho asintió, dejando su fiambrera a un lado y limpiándose las manos con una servilleta.

—Somos amigos desde siempre, ni siquiera estoy seguro de cuándo nos conocimos. Crecimos en el mismo vecindario.

Carolina asintió, pensativa.

—Se os ve muy cómodos cuando estáis juntos. ¿Alguna vez…? —Dejó la pregunta a medias, antes de reformularla—: ¿Alguna vez habéis llegado a sentir algo distinto a la amistad el uno por el otro?

Minho se sorprendió un poco.

—En realidad, no. Inna es genial y, si vas a quedarte hasta el viernes, seguro que Eunwoo no tardará en contarte cierta anécdota relacionada con una revista robada de un salón de belleza… —Carolina esbozó una sonrisa en respuesta al gesto resignado de Minho—. Pero nunca ha habido entre nosotros nada más que amistad.

—Os envidio —susurró Carolina, devolviendo su atención de nuevo al arroz y revolviéndolo un poco más con la cuchara. De repente, no parecía tener tanta hambre—. Hacéis que parezca sencillo.

Minho la contempló en silencio durante un rato, mientras acababa de comer. Carolina se había abierto bastante con él durante las pocas horas que llevaban juntos. Le había hablado incluso de su madre, un asunto muy delicado y doloroso, pero había un tema que no habían tocado todavía. Un nombre que ninguno de los dos había mencionado aún, pese a que Minho era consciente de lo presente que estaba en la vida de Carolina.

—¿Se trata de Dorian? —preguntó Minho, por fin—. ¿Ha pasado algo con él?

Carolina levantó la mirada de su plato y emitió un suspiro cansado.

—¿Tan transparente soy?

Minho sonrió con delicadeza.

—¿Pasó algo entre vosotros en Nueva York? —aventuró—. Ambos estuvisteis muy ausentes la semana siguiente, sin apenas contestar a los correos. ¿Tuvisteis una discusión?

Carolina negó con la cabeza. Se había ruborizado, y Minho se preguntó si aquella era la primera vez que veía a Carolina ruborizada.

—No discutimos, simplemente… —Soltó una carcajada nerviosa—. No sé, lo cierto es que me cuesta explicarlo y conseguir que tenga un poco de sentido. Apenas lo tiene en mi cabeza… ¿Sabes lo que hemos hablado sobre tu amistad con Inna? —Minho asintió—. Dorian y yo nunca hemos tenido algo así. Llevamos casi diez años fingiendo que nuestra relación es como la vuestra, pero ni por un solo segundo ha sido verdad, y creo que hemos llegado a un punto donde ya es imposible seguir engañándonos.

Minho se dio cuenta en ese momento de que todo aquello no le pillaba de sorpresa. Siempre había estado ahí, sobrevolando cada instante en el que había visto a Carolina y a Dorian interactuar. En Londres sobre todo, pero también durante sus videollamadas. Incluso había estado ahí cuando uno de los dos no se encontraba presente.

—Pero eso no es malo, ¿no? Es obvio que un hombre y una mujer pueden ser solo amigos, pero no es necesario que ocurra siempre así. Si ambos sentís lo mismo, quizá…

—Ese es el problema —le cortó Carolina—. Él no siente lo mismo. Siente algo por mí, pero no lo suficiente como para querer arriesgarse. Y en mi caso… —Hizo una pausa y le dedicó a Minho una mirada complicada de descifrar—. En mi caso, las cosas tampoco son tan sencillas.

Minho frunció un poco el ceño, confuso.

—Debió ser duro escuchar a Dorian decir que no sentía lo mismo por ti.

Carolina desvió la mirada hacia el horizonte, donde los campos de cultivo se difuminaban contra el azul del mar. Parecía un poco avergonzada.

—Ya, bueno…

Minho enarcó una ceja, suspicaz.

—Porque lo habéis hablado, ¿no?

—No ha hecho falta, en realidad. Y tampoco es que me muera de ganas de oírselo decir de un modo tan directo. Soy capaz de pillar las señales. —Hizo una pausa momentánea antes de volver a hablar—: Está deseando emparejarme con otro chico. Lleva meses tratando de hacerlo.

Minho tenía la sensación de que se estaba perdiendo algo.

—¿El monitor de *aquagym*?

Carolina negó con la cabeza y jugueteó nerviosa con la correa de su reloj. Él bajó la mirada al suyo. Lo había olvidado, pero eran idénticos. De repente, había una sensación extraña en el ambiente, como si todo a su alrededor se hubiese vuelto más nítido y más real, y le costaba comprender el motivo.

—De todos modos —comenzó, intentando retomar la conversación—, ¿sabe Dorian que estás aquí?

Carolina volvió a negar con la cabeza. Levantó de nuevo la cabeza.

—¿Debería contárselo?

«No. No se lo digas por ahora».

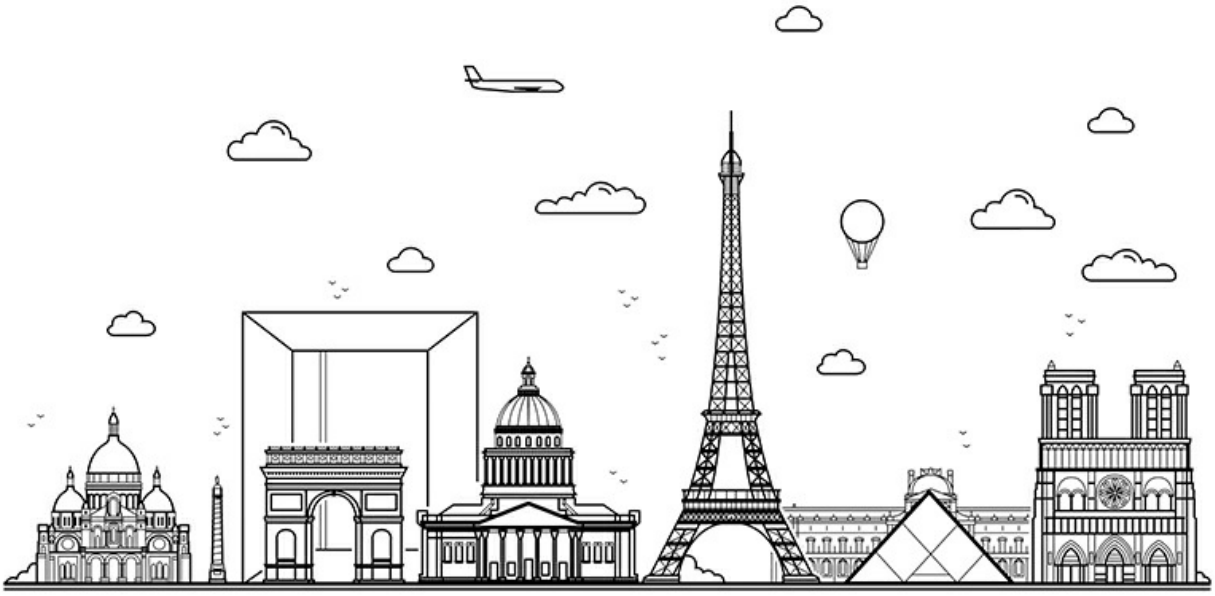
No estaba seguro de por qué quería contestarle algo así. Ni siquiera estaba seguro de si eso era lo que quería contestarle, realmente. Carolina y él ni siquiera se conocían tanto, pero había un extraño impulso dentro de él que parecía crecer al encontrarse en un lugar como este, tan conectado a las creencias tradicionales de sus antepasados, y que deseaba alargar este pequeño momento. Quería mantenerse alejado de todos y de todo, junto a ella, un poco más.

—Sería raro que no le dijeras nada —contestó al fin, tras esforzarse por dejar a un lado esa extraña sensación—. Se enterará tarde o temprano, y podría parecer que tenemos…, tienes… —se corrigió con rapidez— algo que ocultar.

El propio Minho no estaba muy seguro de por qué había escrito a Kaya tan pronto. ¿Quizá por la misma razón? ¿Porque no quería que se enterase más tarde y sacase conclusiones equivocadas? El mensaje que le había escrito no había sido muy esclarecedor, de todos modos.

«O está enamorada de ti o está huyendo de algo», había sugerido Inna la noche anterior. Minho había desechado la primera opción casi al instante. Poco después, había quedado claro que Carolina estaba huyendo de varias cosas. En especial de su madre, pero también de sus sentimientos hacia Dorian.

Pero, a estas alturas, Minho tenía la certeza de que había algo más.



KAYA

En cuanto escuchó la voz de Minho, Kaya se arrepintió de lo que acababa de hacer.

—Mierda, sabía que era un poco tarde para llamarte. Lo siento, no me he quedado libre hasta ahora.

Acababa de salir de trabajar. Había dejado escapar su tren habitual solo para telefonear a Minho desde el andén. Aquella llamada ya le ponía suficientemente nerviosa de por sí como para hacerla en medio de un vagón abarrotado de pasajeros y maletas.

—Tranquila. —El chico sonaba adormilado, como si acabara de despertarse, y Kaya deseó haberle mandado un mensaje antes—. Aquí aún son las doce, podemos hablar.

—¡Las doce! —exlamó Kaya—. En serio, lo siento mucho.

Minho rio con suavidad.

—De verdad que no pasa nada. Me ha venido bien que me despertaras. Me he quedado dormido encima de la cama, y aún llevo puesta la ropa del trabajo.

Kaya decidió abordar el tema de un modo directo. Había llamado para eso, ¿no?

—Esto…, bueno… —El modo directo no resultaba tan sencillo como podría uno imaginar—. ¿Está Carolina ahora contigo?

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—No. La he dejado en casa de mis amigos y yo he vuelto a la mía. No hay suficiente espacio para ambos allí. Anoche dormimos en unas hamacas al aire libre. —Otra pausa—. Escucha,

Kaya, respecto a Carolina…

—Ella está bien, ¿no? —le cortó Kaya.

De repente, se dio cuenta de que eso era más importante que todo lo demás. Se sentía un poco egoísta por no habérselo planteado con anterioridad.

—Sí, está bien. Un poco abrumada por un asunto familiar, entre otras cosas.

—¿Puedo ayudar en algo?

Minho pareció meditar.

—¿Sabes qué? Creo que sí. Me ha pedido un favor, pero estoy demasiado atontado como para escribir un mensaje coherente. ¿Te importa contactar con Dorian y contarle que Carolina está aquí y que está bien? Va a quedarse hasta el viernes.

—Claro, no hay problema.

—Muchas gracias. Creo que debería levantarme, ducharme, ponerme un pijama y comportarme como una persona funcional.

Pese a sus palabras, parecía a punto de volver a quedarse dormido. Había tenido suficientes conversaciones con Minho en circunstancias parecidas como para reconocer las señales. Se dio cuenta de que la llamada no tardaría en concluir, era ahora o nunca.

—Entonces, ¿nuestro plan del fin de semana sigue en pie?

De repente, la voz de Minho sonó mucho más despejada:

—¿Lo de la India? Claro que sigue en pie… ¿Llegaste a pensar otra cosa por mi mensaje?

—No estaba segura —admitió Kaya, sintiéndose un poco vulnerable de repente—. Últimamente, estoy hecha un lio en general, ya no estoy segura de casi nada.

Minho soltó una risita.

—Bienvenida al club —bromeó.

—Al otro club, querrás decir —contestó Kaya, sonriente.

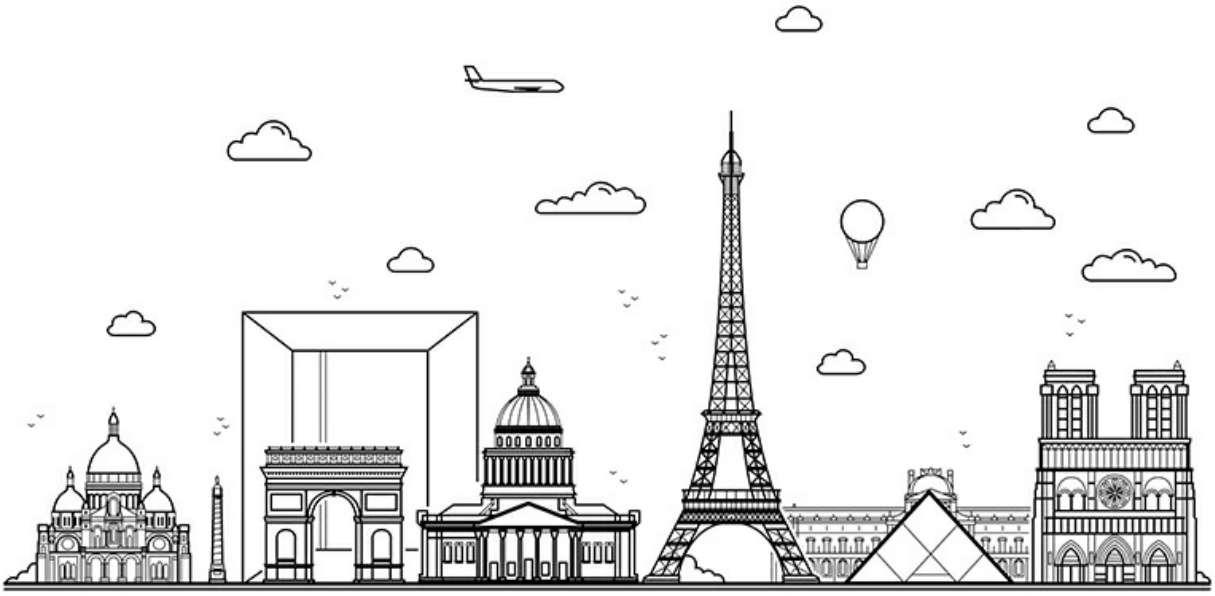
—Exacto, al que voy a abrir en las Aerolíneas Skywind para gente que está «hecha un lio en general» y en el que sospecho acabaremos apuntados los mismos cuatro miembros que en el club original.

Kaya soltó una carcajada.

—Esperaré a que me envíes el carné para imprimirlo y plastificarlo como es debido.

Minho volvió a reír al escuchar aquello.

—Lo haré, sin falta.



MINHO

Ahora que Minho se paraba a pensarlo, aquel año San Valentin había caído en jueves. Ese día, Kaya le había mandado un correo hablándole por primera vez de *Luz trémula sobre los tejados azules*. Una semana después, su cumpleaños también había caído en jueves. Entonces conoció a Dorian y tuvo el libro por primera vez en sus manos.

Fue un jueves el día que invitó a Somin a cenar con sus amigos, con todo lo que aquello implicó poco después. Ahora mismo, ella y Jisub hablaban en susurros a pocos metros de donde se encontraba él, apoyados en la barandilla del mirador frente a la Torre Namsan y contemplando cómo las luces de la ciudad se iluminaban bajo sus pies. Era la primera vez que los veía juntos desde que Jisub le había confesado la verdad. Curiosamente, hoy también era jueves.

Sus amigos se habían empeñado en llevar a Carolina allí al salir del trabajo. Para que pudiera visitar al menos un sitio turístico de la ciudad. Mañana regresaría a casa, y querían que se marchase con el mejor recuerdo posible.

Había sido una buena idea. Carolina estaba disfrutando mucho del parque y del mirador. Al anochecer se había llenado de gente, pero el ambiente seguía siendo tranquilo y agradable. Había puestos de comida y de souvenirs justo en la entrada de la torre, e Inna y Carolina se habían comprado camisetas a juego con la imagen impresa de dos osos vestidos con *hanbok*.

—Dice que tienes que regresar durante la festividad de Chuseok —le explicó Eunwoo a Carolina, traduciendo las palabras de su esposa—. Te prepararemos un *hanbok* de verdad.

—¡Suena genial! —Carolina le dedicó a Inna una sonrisa radiante, mientras ella se limitaba a asentir de forma efusiva.

Minho también sonrió. No contaba con que aquello fuese a ser tan sencillo: que Carolina se integrase tan bien con sus amigos, pese a la barrera idiomática, o que él mismo se encontrase tan relajado en presencia de Somin y de Jisub. Sospechaba que ese último punto también era culpa de Carolina. De algún modo, todo parecía fluir mejor si ella estaba presente.

Mientras paseaban por uno de los puentes de madera, Carolina se aproximó con curiosidad hacia el enrejado abarrotado de pequeños candados de colores, colocados allí por parejas de enamorados.

—¿Cuántas de estas parejas crees que siguen juntas? —le preguntó a Minho cuando se acercó a ella, contemplando los nombres y las fechas escritos a rotulador—. Algunos de estos candados tienen más de diez años.

—Mi hermana y su marido vinieron aquí cuando llevaban un mes saliendo —le explicó Minwoo, y echó un vistazo a su alrededor—. Sería imposible encontrar su candado. Hay miles de ellos, entre los puentes y el mirador de la torre.

—Al menos, sabemos que a ellos les fue bien.

Minho se dio cuenta de que se habían quedado solos. Sus amigos caminaban varios metros por delante, con una velocidad bastante inusual para un paseo relajado, y ya estaban abandonando el puente. Minho enarcó una ceja. Al percatarse ella también de lo que ocurría, Carolina soltó una carcajada.

—Creo que quieren emparejarnos.

—Les dije que no había nada entre nosotros —trató de disculparse él—. Lo siento. No suelen entrometerse de esta manera. —Se giró hacia Carolina con una sonrisa avergonzada—. Supongo que les gustas mucho y no quieren perderte de vista.

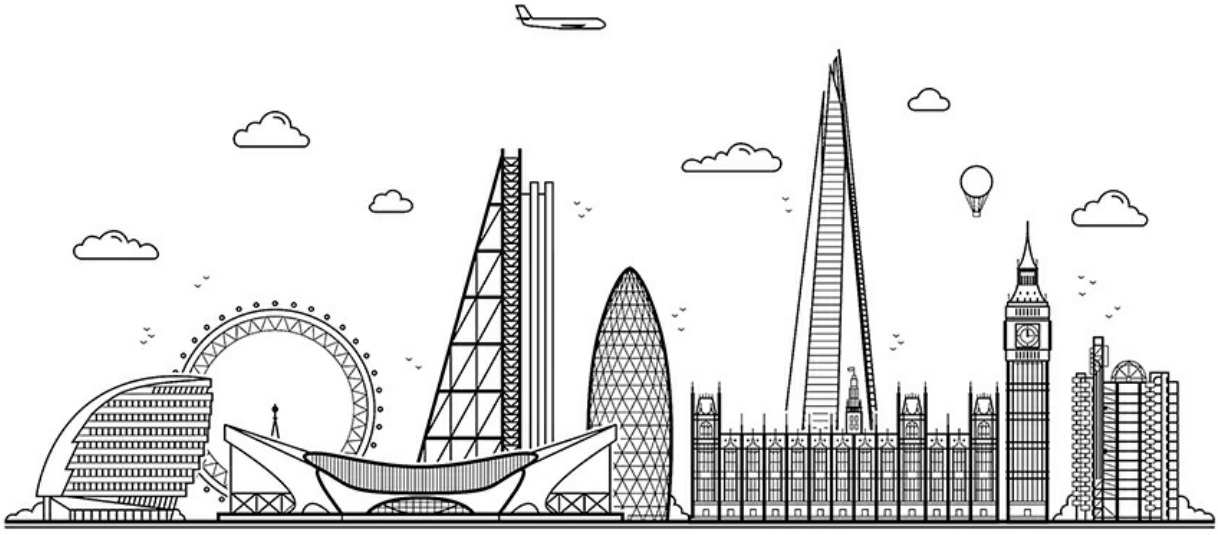
—A mí también me gustan. Más de lo que me gusta la mayoría de la gente.

Minho miró en dirección a sus amigos, que prácticamente se habían perdido de vista, y volvió de nuevo a Carolina.

—¿Quieres que intentemos alcanzarlos o prefieres que salgamos de aquí y nos vayamos a un bar? Aunque se sentirán muy orgullosos creyendo que su plan ha surtido efecto y no sé si estoy dispuesto a lidiar con las consecuencias.

Carolina sonrió con dulzura.

—Una cerveza con soju estaría muy bien —le dijo, y tendió la mano para que Minho la tomara—. Huyamos del deprimente romanticismo de este parque y vayamos a emborracharnos como es debido. Lidiaremos con tus amigos después, los dos juntos.



DORIAN

Dorian contempló el asombroso despliegue de comida dulce y salada que acababan de servir delante de él, en bandejas de porcelana pintada, cuidadosamente colocadas unas encima de las otras con un soporte metálico.

—Ni siquiera era consciente de que este tipo de cosas se hicieran en la vida real —comentó —. Pensé que el té de media tarde formaba parte de la tradición mitológica de Inglaterra, como Robin Hood o Isaac Newton.

Su padre lo contempló con una ceja alzada, por encima de los pastelitos de fresa de la bandeja superior. Al menos, había levantado la mirada de la pantalla de su BlackBerry.

—Sabes que Isaac Newton existió en la vida real, ¿verdad? —preguntó, casi temiendo la respuesta.

Dorian le dedicó una sonrisa ambigua.

—Claro que lo sabe —intervino su madre, sirviéndose un poco de leche—. Solo intenta provocarnos.

Dorian cogió uno de los sándwiches.

—Entonces, ¿para qué queríais verme?

Sus padres le habían invitado a tomar un té en una de las terrazas al aire libre de Gabriel's Wharf, un moderno muelle junto al río repleto de tiendas y restaurantes. Al principio, Dorian había sospechado que sus padres habían elegido ese lugar para no darle una excusa para rechazar el plan (aunque no solía pasar por allí a menudo, Gabriel's Wharf estaba muy cerca de su

apartamento), hasta que se había percatado de que la librería del profesor Bounce también se encontraba allí, apenas a unos metros de distancia de donde estaban ellos sentados.

Cuando se lo hizo saber a su madre, ella se limitó a echar un nuevo azucarillo a su bebida, antes de hablar:

—Arthur y yo hemos quedado para cenar. Llevamos un par de semanas viéndonos con cierta asiduidad.

Esta vez fue Dorian quien enarcó una ceja.

—Creí que no había nada entre vosotros —le dijo.

—Bueno, no lo había cuando me lo preguntaste —contestó ella, tratando de ocultar una sonrisa llevándose la taza a los labios—. Creo que nos ha venido bien dejar de trabajar juntos.

Dorian se giró hacia su padre, aturdido, esperando una reacción por su parte. Él simplemente soltó una pequeña carcajada, mientras continuaba revisando la agenda de su teléfono. Al levantar la vista y mirar a su hijo, esbozó una sonrisa pretendidamente tranquilizadora y se recolocó las gafas metálicas.

—Tienes que entender que tu madre ahora está divorciada, o lo estará muy pronto, y es libre de conocer a otras personas. Es normal que te sientas desorientado e inseguro ante los cambios que ha sufrido nuestra familia…

—Ahora lo comprendo —dijo Dorian—, me habéis invitado a sándwiches de pepino y scones con mermelada para psicoanalizarme y demostrar lo modernos y comprensivos que sois gestionando vuestra separación.

—No pretendemos demostrar nada y, desde luego, no pretendemos psicoanalizarte —continuó su padre, mirando de nuevo la pantalla del teléfono—. Si necesitas hablar, ya sabes dónde encontrarme.

—Genial —contestó Dorian con acidez—. ¿Me harás un hueco entre tu paciente de las cinco y el de las siete?

Su padre pareció darse por aludido, porque dejó por fin la Black-Berry sobre la mesa.

—Supongo que me lo merezco —admitió con un suspiro.

Su madre extendió las manos para sujetar las de ambos. Dorian se sorprendió, no era una mujer demasiado propensa a repentinas muestras de afecto.

—Nunca hemos sido una familia perfecta, pero tampoco nos ha ido tan mal —les dijo con su habitual voz firme—. Nos queremos y nos respetamos, pese a que a veces no estemos de acuerdo los unos con los otros, y eso es lo importante, ¿no?

—Supongo que sí —admitió Dorian de mala gana—. Si te sirve de algo, he de decir que el profesor Bounce siempre me ha parecido un buen tipo.

—Aunque vista chalecos a juego con su perro —intervino su padre, esforzándose en contener una sonrisa.

Dorian se rio. Su madre puso los ojos en blanco y les soltó las manos para volver a coger su taza de té. Aun así, también tenía un brillo risueño en la mirada.

—Ese es solo uno de sus múltiples encantos.

Dorian volvió a reír y su padre también lo hizo. Eso sí que era inaudito, pensó. No recordaba la última vez en la que habían reído los tres juntos.

Sus padres se marcharon al cabo de un rato, dejándolo solo. Su madre, a su cita con el profesor Bounce, que se acercó a donde estaban sentados para buscarla, mucho más nervioso de lo que Dorian lo había visto nunca. Su padre, a una sesión de trabajo, antes de darle a su hijo una palmadita en el hombro e invitarle a uno de los partidos de lacrosse de su viejo equipo de la universidad.

—Ver jugar a un puñado de sesentones quizá no sea muy estimulante, pero las cervezas de después hacen que merezca la pena.

Dorian aceptó, porque llevaba toda una vida fingiendo que no le interesaba el lacrosse mientras le robaba a su padre sus viejas sudaderas universitarias aun sabiendo que, si se las hubiese pedido, se las habría regalado gustoso. Sintió que, si iban a esforzarse para que su familia funcionase, también debía de poner un poco de su parte.

Cuando se quedó a solas, cogió al fin el teléfono móvil. Se había negado a sacarlo hasta ese momento para dar buen ejemplo. Tenía un mensaje de Kaya, escrito hacía algo más de media hora. Estaba a punto de abrirlo cuando alguien se dirigió a él desde la mesa de al lado.

—Entonces, ¿tu madre está saliendo con Arthur Bounce?

Dorian se giró, confuso. A pocos metros de distancia, sentada frente a una taza de café vacía, había una mujer de unos setenta años. Vestía de un modo bastante informal, con unos vaqueros y un jersey de punto. Llevaba el pelo rubio casi blanco recogido en una coleta y los ojos ocultos bajo unas enormes gafas de sol.

—Eh, sí… Eso parece.

—Perdona, no pretendía escuchar vuestra conversación —se disculpó ella—. Las mesas están demasiado cerca. —Buscó algo en el bolso que había dejado sobre una de las sillas vacías y sacó un paquete de tabaco y un encendedor—. ¿Quieres uno? —le ofreció mientras se llevaba un cigarrillo a los labios.

Dorian negó con la cabeza con un gesto resignado.

—Se supone que lo he dejado.

Esperaba que aquella mujer no fuese una examante despechada del profesor Bounce. Tenían una edad semejante. La mujer sonrió.

—Chico listo. Ojalá yo también hubiese dejado de fumar a tu edad… No he tenido el placer de conocer en persona a Arthur Bounce —añadió, casi como si hubiera adivinado los temores de Dorian—. Pero puede decirse que tenemos una amiga en común.

—Ah, qué bien. —Quizá no pasaba nada si aceptaba un cigarrillo de esa mujer, se dijo. Lo cierto es que el humo olía de maravilla. Trató de disipar el pensamiento de su cabeza—. ¿Ha venido a Londres a visitar a su amiga?

Temió haber hecho una asunción precipitada, pero la mujer hablaba en inglés con un acento tenue, difícil de ubicar, propio de las personas que no suelen permanecer mucho tiempo en el mismo lugar.

Ella sonrió y le dio una larga calada a su cigarrillo.

—Esa es la idea, pero llevo todo el día aquí sentada intentando armarme de valor para cruzar este muelle y entrar en esa librería.

Dorian siguió su mirada hasta The Open Door, la librería del profesor Bounce. Nunca había estado dentro, pero parecía un sitio agradable. Así que la amiga de esa mujer era la socia del profesor, concluyó. Recordaba haberla visto durante la fiesta de jubilación. ¿Cómo se llamaba? ¿Elisabeth?

Le dedicó a la mujer una sonrisa alentadora, mientras se levantaba de la mesa. Era hora de marchase de allí, si no quería arruinar todas esas semanas sin probar el tabaco.

—Bueno, estoy seguro de que va a ir bien. Con su amiga, quiero decir.

Ella apagó el cigarrillo contra el plato bajo la taza de café.

—Eso espero.

—Si es así, quizá volvamos a vernos por aquí —dijo Dorian—. Si decide quedarse una temporada.

La mujer lo contempló durante unos segundos, como si sus palabras tuviesen un significado mucho más profundo de lo que él había pretendido.

—Quizá nos veamos —contestó. Después, añadió algo en voz baja, más para sí misma que para él—: Puede que decida quedarme una temporada.

Dorian se marchó por fin de allí, con la sensación de que se le escapaba algo importante. Apenas había salido de Gabriel’s Wharf cuando se detuvo de golpe, en medio de Stamford Street. Se giró hacia atrás, aturdido, tratando de poner en orden sus ideas. En ese momento, recordó el mensaje de Kaya. Volvió a sacar el teléfono y lo que leyó allí le hizo olvidar la breve conversación con la mujer extranjera y todo lo que ello implicaba.

—¿¡Que Carolina está dónde!? —exclamó, lo que provocó que algunos viandantes se giraran hacia él.



CAROLINA

—Ojalá pudieras quedarte un poco más —se lamentó Minho mientras acompañaba a Carolina a la terminal de salida de su vuelo—. Estoy seguro de que a mi supervisora no le hubiera importado tenerte otra semana por aquí. Sigue fascinada con las macros de Excel que le has preparado.

Carolina esbozó una sonrisa. A ella tampoco le hubiese importado quedarse un poco más. Trabajar en Incheon durante tres días, y dormir en Seúl durante tres noches, le parecía muy poco. Jamás imaginó sentirse tan cómoda tan lejos de casa.

—Volveré —le prometió a Minho—. Pienso utilizar nuestras millas de vuelo para volver aquí antes de que acabe el año. A lo mejor para Chuseok, se lo he prometido a Inna y a Eunwoo.

—Y tú y yo tenemos que ver juntos *La princesa prometida*. No puedo creer que no hayamos sacado tiempo para eso.

—Nuestras prioridades son un asco —murmuró Carolina, risueña—. ¿Quién necesita dormir o comprar ropa para ir vestida a trabajar, pudiendo revivir por enésima vez la historia de amor de Westley y Buttercup?

Lo cierto era que le había encantado ir de tiendas por Seúl. Había sido una de sus partes favoritas del viaje. Eunwoo la había llevado a los grandes almacenes donde trabajaba, para que pudiera quitarse de una vez el único conjunto que había traído, y Carolina había tenido que contenerse muchísimo para no quedarse con todo lo que veía.

Minho y ella mostraron sus acreditaciones como trabajadores de Skywind para que les permitieran pasar el control de embarque. Carolina dejó que revisasen, no sin cierta vergüenza, su mochila a punto de reventar, cargada con decenas de mascarillas faciales, su ordenador portátil, tres blusas y un pantalón, una fiambrera con kimbap preparado por la supervisora del Servicio de Atención al Pasajero como agradecimiento a las macros de Excel, cuatro cajas de Chocopie y otras tantas de Crown Sando con sabor a fresa. Si lo comparaba con el contenido de su mochila durante el vuelo de ida (prácticamente vacía excepto por el ordenador, un paquete de chicles y otro de pañuelos de papel), Carolina lo consideraba una bonita metáfora.

—Seguro que en Nueva York también venden esas chocolatinas —comentó Minho, divertido, mientras Carolina trataba de cerrar de nuevo la cremallera—. Al menos, en el barrio coreano.

—Eso espero, porque es un vuelo de casi quince horas, y cuando aterrice ya me habré comido la mitad.

Minho soltó una carcajada y echó un vistazo a su reloj. Ella siguió el movimiento en silencio. Había algo que todavía quedaba pendiente y se le acababa el tiempo.

—¿Quieres tomar un café antes de ir a la puerta de embarque? —le sugirió Minho—. Falta algo más de una hora.

—No quiero entretenerte —contestó Carolina—. Deberías irte a casa y descansar. Ya has hecho por mí más que suficiente, y mañana vuelas a la India.

A lo mejor podrían hablarlo en otra ocasión, pensó. Una conversación apresurada en un aeropuerto no era el lugar idóneo para plantear un tema como aquel. ¿Creería Minho en el Tarot de Marsella? No parecía una persona demasiado espiritual.

—Tranquila, tampoco es que tenga que preparar una maleta. No me importa quedarme hasta que subas al avión. —Mientras hablaba, Minho miraba de lejos las tiendas de esa zona del aeropuerto. Clavó la mirada en un pequeño quiosco con libros y revistas en varios idiomas—. Espérame en ese Hollys Coffee de ahí, ¿vale? —le pidió, y se alejó de ella en dirección al quiosco—. Quiero comprarte un regalo de despedida.

—¡De verdad que no hace falta! —exclamó Carolina, aunque Minho ya no podía oírla.

Emitió un suspiro de resignación y se encaminó hacia la cafetería. Pidió un café con leche para ella y un té chai para Minho, y se sentó a una de las mesas.

Podían disfrutar de sus bebidas y tener una conversación tranquila. Podía pedirle que le hablase un poco más de *Makgeolli* o de la anécdota de la revista robada en el salón de belleza. También quería preguntarle sobre la canción que estaba sonando ahora mismo en esa cafetería. Carolina había descubierto en estos últimos tres días que le gustaba bastante el K-pop. Inna le había prometido llevarla en otra ocasión a un concierto de Twice. Podían hablar de eso, ¿le gustaría a Minho ese grupo? No hacía falta que sacase a colación el Gran Asunto Pendiente solo porque él hubiera decidido quedarse. Había tenido la oportunidad perfecta, mientras paseaban

por el parque de Namsan rodeados de todos esos candados, y lo había dejado pasar. La terminal de salidas del aeropuerto parecía el peor lugar posible para abordar algo así.

Además, ¿cómo se supone que iba a enfocarlo?

«¿Eres consciente de que naciste exactamente seis meses después de que lo hiciera yo? Justo el día opuesto en el calendario. Además, quizá ese reloj que llevas para ti no signifique gran cosa, pero, en mi caso, se trata de un símbolo muy importante. Por otro lado, ¿alguna vez te han echado las cartas?».

El regreso de Minho la sacó de golpe de sus cavilaciones. Llevaba dos libros en la mano, envueltos con papel de regalo. Se sentó frente a Carolina, un poco ruborizado, y los colocó sobre la mesa.

—No estaba segura de si prefieres leer en español o en inglés, así que te he comprado la misma novela traducida a ambos idiomas —le explicó, ruborizándose aún más—. Sé que no hemos vuelto a hablar del tema desde la primera noche en la que llegaste aquí, pero creo que te puede ayudar a comprender un poco mejor lo que sientes por tu madre.

Carolina cogió uno de los paquetes y lo abrió con cuidado. Era un libro de una autora coreana, pero, tal como Minho le había dicho, estaba traducido al español.

—«Por favor, cuida de mamá» —leyó en voz alta—. De Shin Kyungsook.

—Antes de que vinieras, iba a proponer otra novela para el club de lectura de este mes —comentó Minho—. Pero pensé que esta podría gustarte.

Carolina pasó las yemas de los dedos por la cubierta. Pese a que su madre tenía la tez un poco más oscura y los ojos diferentes, se parecía bastante a la mujer que estaba ilustrada allí.

—Todavía puedo escoger otra lectura, si no te apetece leer esto ahora mismo —añadió Minho. Carolina se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo sin hablar—. Puedes guardarla para más adelante. Quizá no es el momento adecuado y…

No terminó la frase. Carolina se levantó de golpe de su silla para darle un abrazo. Minho se lo devolvió con un poco de torpeza.

—La leeré en español —le informó Carolina, esbozando una sonrisa suave cuando se separó por fin de él y regresó a su asiento—. Suelo leer en inglés más a menudo, pero creo que, en este caso, prefiero la traducción en español. La empezaré en cuanto suba al avión.

Minho le devolvió la sonrisa; parecía aliviado.

—Por un momento, temí haberme extralimitado —le confesó—. Avísame cuando llegues a casa, ¿vale? Y me cuentas qué tal el vuelo.

—¡Ni hablar! Tienes que centrarte de una vez en tu viaje a la India, ya he sido suficiente molestia para ti.

—Ya te lo he dicho, no es para tanto —contestó él, y alargó el brazo para coger su bebida—. No estaremos allí más de quince horas.

Carolina lo contempló en silencio durante unos segundos.

—No puedo creer que hayáis organizado un viaje a la India por vuestra cuenta —murmuró con voz juguetona—. A espaldas de la mitad de los miembros del club. Da que pensar.

Minho casi se atragantó con el té al escuchar aquello.

—Cuando Kaya me lo propuso, Dorian y tú llevabais una semana sin apenas dar señales de vida. Fue un plan improvisado que surgió de repente. ¿Qué es lo que da que pensar?

—Nada —murmuró Carolina, y le dio también un trago a su bebida.

Minho la observó con ojos entrecerrados.

—Ese «nada» suena a todo menos a nada.

Carolina soltó una carcajada y volvió a colocar su vaso de cartón sobre la mesa.

—Mira, hagamos un trato. Cuando vuelvas de la India, me escribes y me cuentas qué tal ha ido todo y yo te cuento qué tal el libro. Entonces te diré si mi «nada» no significaba nada o si significaba otra cosa.

Minho le dedicó una mirada resignada.

—Te crees muy lista, ¿verdad?

Carolina se encogió de hombros.

—Digamos que sí. ¿Has oído hablar de Platón? ¿De Aristóteles? ¿De Sócrates?

Minho soltó una carcajada y ella supo que había pillado la referencia a *La princesa prometida.*

—Sí —contestó él, sonriente.

—Unos incultos —añadió ella.

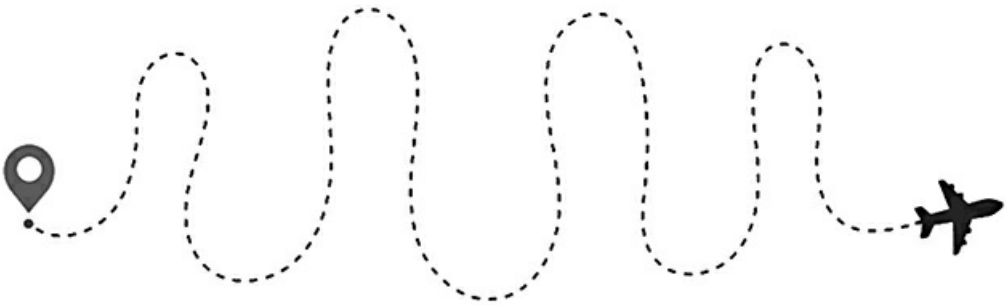
Los dos rieron con ganas.

Entonces lo supo. Carolina comprendió que ese instante y ese lugar eran tan buenos como cualquier otro y que contarle a Minho la verdad no tenía por qué cambiar nada. No tenía que cambiar lo que ella sentía por Dorian y lo que Minho todavía no era consciente que Kaya sentía por él. No tenía que forzarles a convertirse en algo diferente a lo que eran ahora mismo: una amistad incipiente, un refugio, un espejo en el que entenderse a sí mismos un poco mejor. Un hogar al otro lado del mundo.

—Minho —dijo ella por fin, recuperando la seriedad de golpe—. ¿Crees en las almas gemelas?

CAPÍTULO 14

LA TERMINAL UNO DEL AEROPUERTO INTERNACIONAL INDIRA GANDHI, EN NUEVA DELHI



—No parece que vaya a dejar de llover en un buen rato. —También se había acercado al escaparate y contemplaba la calle con resignación. Apenas podían distinguirse los edificios del otro lado, tras la cortina de agua. ¿Cómo ha podido cambiar el tiempo tan rápido?

Hablaba francés con un marcado acento británico. Llevaba una boina negra y unas gafas de sol, pese a lo inútiles que resultaban en un lugar cerrado y con un tiempo como aquel. Sujetaba un cigarrillo apagado entre los labios. Me pregunté si se habría acercado hasta mí porque me había sorprendido mirándola justo antes. Quizá, simplemente, yo era la única mujer de su edad entre los clientes atrapados en esa pastelería.

—Vivo justo enfrente —le dije, casi sin pensar en lo que hacía—. Si prefieres refugiarte de la lluvia en mi casa mejor que aquí, puedo prepararte una taza de café.

Era una oferta ridícula, acabaríamos empapadas en cuanto pusiéramos un pie en la calle. La joven enarcó una ceja por encima de las gafas de sol y esbozó una sonrisa torcida cargada de segundas intenciones.

—Creo que nada me gustaría más ahora mismo que una taza de café —contestó Isobel.

Y así fue como empezó todo.

INGRID BAUDIN (escritora francesa):
Luz trémula sobre los tejados azules

ASUNTO: Cancelación Tour “Taj Mahal al atardecer”
“Canal de reservas - Tours & Activities” a Han Minho (ICN Airport)
2 de junio a las 11:47 (IST)

Estimado/a cliente:

Lamentamos informarle de que, debido a las inesperadas condiciones climatológicas, nos vemos obligados a cancelar el TOUR TAJ MAHAL AL AMANECER — SALIDA Y RETORNO DESDE EL AEROPUERTO que reservó para el DOMINGO 3 DE JUNIO.

Lamentamos las molestias que esto haya podido ocasionar. Recibirá el reembolso de la reserva en su cuenta corriente en un plazo de 24 a 48 h.

Le saluda atentamente,

Canal de reservas Skywind - Tours & Activities
Aeropuerto de Indira Ghandi - Nueva Delhi

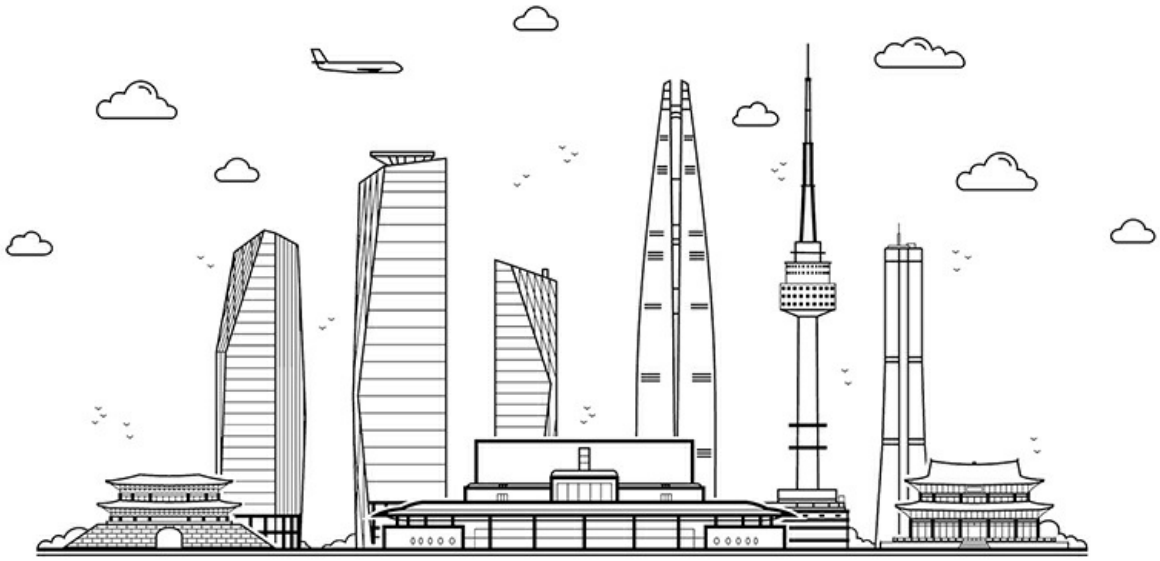
ASUNTO: Confirmación reserva
“Canal de reservas - Restaurante Dharamshala” a Kaya Baudin (CDG Airport)
2 de junio a las 12:00 (IST)

Estimada Kaya:

Le recordamos que tiene confirmada una reserva para nuestro restaurante (2 personas) hoy a las 19:00 h.

śubha dina!

Restaurante Dharamshala
Aeropuerto de Indira Ghandi - Nueva Delhi



MINHO

—Tu amigo va a pensar que soy idiota —se lamentó Minho al salir del restaurante—. Debería haber mantenido la boca cerrada y limitarme a escoger entre las sugerencias del chef.

Kaya se rio con fuerza. Tenía las mejillas algo encendidas por culpa del licor de coco y anacardo que les habían servido durante la cena, y parecía estar divirtiéndose mucho a su costa.

—No ha sido para tanto —quiso tranquilizarle—. Ya has oído lo que te ha dicho Narendra: se están planteando incluir el pollo con arroz y mantequilla en la carta.

—¡En el menú infantil! Madre mía, ha sido horrible. ¿Qué clase de persona entra en un restaurante indio con dos estrellas Michelin y pide pollo con arroz y mantequilla? Yo, al parecer… Ha sido como ir a un restaurante italiano de cocina creativa y pedir espaguetis con tomate.

Comenzaron a caminar uno al lado del otro por la zona de restauración de la terminal uno, sin rumbo fijo. Resultaba agradable, no muy diferente a hacerlo por un centro comercial o una calle concurrida. Una calle donde todo el mundo parecía tener un poco más de prisa de lo normal y la mayoría de peatones llevaban maletas de mano o bolsas de viaje.

—Los espaguetis con tomate están buenísimos —contestó Kaya—. Y estoy segura de que tu pollo con mantequilla también. No debiste haberte negado a que te lo preparara cuando se ha ofrecido.

—Cerca de mi casa hay un pequeño puesto de comida india para llevar. Está allí desde que

tengo memoria, y siempre pido ese plato. —Le dedicó a Kaya una mirada abochornada—. Aun así, me alegro de haberme obligado a probar cosas nuevas.

—Estaba todo buenísimo, ¿verdad?

—Ha sido increíble. Pensé que no iban a parar de sacarnos platos gratis de la cocina.

—Creo que Narendra se ha emocionado porque hayamos volado de tan lejos solo para probar su comida. El pulpo marinado, ese plato de verduras y curry… —enumeró Kaya con voz soñadora—. Mierda, no recuerdo la mitad de los nombres. ¿Cómo se llamaba lo que nos han sacado de aperitivo?

—Bhelpuri.

—¡Bhelpuri! ¿No es lo mejor que has comido nunca? ¡Y los postres!

Minho soltó una carcajada.

—Me estoy acordando de uno de tus primeros correos electrónicos, cuando me hablaste de lo mucho que te emocionaba la cantidad de restaurantes que hay en París.

Kaya esbozó una sonrisa nostálgica. Minho se preguntó si se debía al rememorar sus inicios en París o al recordar aquel e-mail en concreto. Quizá a las dos cosas.

—Cuando escribí aquello, no imaginaba que acabaríamos aquí, ni mucho menos —dijo Kaya.

Minho tampoco lo hubiera podido imaginar ni en un millón de años. Recordó el correo que había precedido a ese, en el que ella le había enviado una foto suya con el carné del club.

—¿Alguna vez te planteas lo frágil que resulta todo? —Kaya le dedicó una mirada confusa, y él trató de explicarse—: Si nunca hubieras leído mi e-mail con las reglas del club, jamás nos hubiésemos conocido. No habríamos sido ni remotamente conscientes de la existencia del otro en toda nuestra vida.

Kaya asintió despacio.

—Da un poco de vértigo pensar en ese tipo de cosas, ¿verdad?

Verdad. Tampoco hubieran conocido nunca a Dorian y a Carolina, si Dorian hubiera cubierto un vuelo distinto aquel día o Kaya no lo hubiese escogido para hacerle llegar la novela de Ingrid Baudin. Carolina creía que ella y Minho eran almas gemelas. Se lo había confesado el día anterior, sentados en una cafetería del aeropuerto de Incheon. Le había hablado de su amiga Marien, de las cartas del Tarot de Marsella y de la joyería del Soho neoyorquino donde había comprado su reloj. Minho seguía sin saber qué creer o cómo sentirse al respecto. Desde luego, Carolina y él coincidían en muchas cosas, pero en otras no podían ser más opuestos. En el huso horario para empezar, pero también en la relación emocional que habían establecido con el trabajo o el modo en que gestionaban sus propios sentimientos. Si Minho no hubiera crecido junto a un abuelo tan aferrado a las viejas tradiciones del *musok*, donde se valoraba de una forma tan positiva la unión espiritual de las fuerzas opuestas, tal vez le hubiese resultado más sencillo desechar la teoría de Carolina.

Y aunque una parte de Minho empezaba a aceptar que aquello podía ser verdad y que Carolina y él estaban unidos por algún tipo de vínculo espiritual, le costaba creer que Dorian y Kaya no formaran parte de ello de alguna manera. De nada hubiera servido que a Carolina le hubiesen hablado de Minho a los quince años, durante una lectura de cartas, si Kaya no hubiese contestado a ese primer correo electrónico o si Dorian no hubiese decidido ir a cenar bibimbap esa noche en lugar de quedarse en su hotel.

—¿Quieres que vayamos a la tienda de gafas de sol? —le preguntó a Kaya para aligerar un poco la conversación—. ¿Hacemos apuestas sobre qué famoso indio superatractivo han puesto en el escaparate de este aeropuerto y si superará a Marion Cotillard y a Gong Yoo?

Kaya soltó una risita, recuperando su buen humor habitual.

—¡Perfecto! Después, si quieres podemos… —Dejó la frase a medias, con la mirada clavada en una de las enormes pantallas informativas en medio del pasillo—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué han retrasado todos esos vuelos de repente?

Minho echó un vistazo él también a la pantalla. Desde luego, era bastante llamativo: todos los vuelos programados para despegar esa noche mostraban un aviso de retraso hasta nueva orden. No les afectaba a ninguno de los dos, pues sus vuelos partían al día siguiente a mediodía, y habían planeado pasar la noche en vela, bebiendo café y recorriendo las librerías de la terminal. No obstante, Minho sintió una corriente de sudor frío en la espalda. Aquello no era una buena señal.

—¿Crees que se debe a la lluvia? —inquirió Kaya.

Les habían cancelado la excursión que habían reservado para el día siguiente por culpa de las fuertes tormentas. Incluso Minho se había sorprendido un poco al aterrizar y presenciarlas por sí mismo.

—Es probable. Si han empeorado, los vuelos nocturnos van a tener problemas.

A su alrededor, los pasajeros afectados empezaban a arremolinarse frente a las pantallas. Minho cogió la mano de Kaya para alejarla de allí. Conocía los primeros síntomas, llevaba unos cuantos años trabajando en el Servicio Terrestre de Atención al Pasajero como para ser consciente de que pronto el nerviosismo se extendería por toda la terminal. Ninguna de esas personas había contado con quedarse a pasar la noche allí y todo apuntaba que eso era lo que iban a tener que hacer.

Hizo un rápido cálculo mental. A esas horas, ya no deberían quedar demasiados vuelos pendientes de salir, pero, según las pantallas, no había despegado un solo avión desde las ocho de la tarde. Miles de personas afectadas.

Los altavoces de la terminal comenzaron a transmitir un mensaje en varios idiomas. Solicitaban tranquilidad y pedían que se permaneciese dentro de las instalaciones del aeropuerto, por seguridad.

—No tiene buena pinta —le confesó a Kaya cuando se hubieron alejado de la muchedumbre —. Estos retrasos afectarán a los vuelos de mañana, y eso si tenemos suerte y las lluvias disminuyen durante la noche.

Kaya emitió un sonoro suspiro.

—Pobre gente.

—Tampoco envidio demasiado a los trabajadores del aeropuerto ahora mismo —añadió Minho con pesar.

Se refugiaron en uno de los Starbucks de la terminal, un poco apretujados en un solo sillón individual para hacer hueco a otros clientes. Tras el impacto inicial y la inevitable frustración, la mayoría de pasajeros entraron en un letargo resignado. Minho se sentía culpable por estar disfrutando de encontrarse allí, mientras tantas otras personas a su alrededor no lo deseaban en absoluto. Se bebió el chocolate caliente que Kaya escogió por él y compartieron los auriculares para escuchar música en su móvil.

—Ya no hueles a fiesta tropical —comentó Kaya en un momento dado.

Habló en voz muy baja. Posiblemente, para no despertar las personas que dormitaban cerca de allí, pero también parecía haber un resquicio de vergüenza en su voz. Como si hubiera esperado que Minho no la escuchara, pese a lo cerca que estaban el uno del otro. Él tardó en darse cuenta de a qué se refería.

—¿Lo dices por el perfume del aeropuerto de Heathrow? —preguntó, divertido—. Por suerte, fue un error puntual.

—A mí me gustaba —dijo ella, fingiendo un mohín.

—Bueno, siento decepcionarte, pero tú también olías ese día a croissants recién hechos y hoy nada de nada.

Kaya tuvo que taparse la boca con la mano para no soltar una carcajada.

Estuvieron allí un par de horas más, hasta que el aeropuerto comenzó a despertar poco a poco y la inquietud volvió a apoderarse de los viajeros. Tal como había vaticinado Minho, aquello no tenía perspectivas de mejorar a corto plazo. Los vuelos que la noche anterior habían aplazado ahora mostraban un cartel de cancelado, y los vuelos programados por la mañana ni siquiera salían en la pantalla. El mensaje de los altavoces solicitó a los pasajeros que se pusieran en contacto con los servicios de atención al cliente de sus correspondientes aerolíneas para recibir más información al respecto.

Kaya y Minho se hicieron con un par de sándwiches y se aproximaron a los enormes ventanales de la zona norte de la terminal. Era difícil determinar si ya había amanecido o no porque llovía sin descanso y con una fuerza intimidante.

—Creo que debemos empezar a asumir que no vamos a llegar hoy a nuestras casas —comentó Minho sin dejar de contemplar la lluvia—. Esto no tiene pinta de arreglarse a corto

plazo.

Debería sentirse frustrado, incluso nervioso. Iba a tener que faltar al trabajo el lunes, como mínimo. Estaba atrapado en un aeropuerto desconocido y viviendo una situación que se escapaba a su control. Si algo odiaba Minho por encima de todas las cosas, eran las situaciones que se escapaban a su control.

Sin embargo, se encontraba sorprendentemente tranquilo. Sabía lo que debía hacer y solo había una cosa que le preocupaba. Se giró hacia Kaya, componiendo un gesto culpable.

—Odio abandonarte en un momento así, pero ¿te importa si te dejo sola un par de horas y me acerco por las oficinas de Skywind? Sospecho que les vendrá bien un poco de ayuda.

Kaya asintió con una sonrisa indulgente.

—Llevaba un buen rato esperando que lo dijeras.

Resultó ser algo más que un simple par de horas. Minho empezaba a estar bastante cansado, pero hacía mucho tiempo que no se sentía tan satisfecho y tranquilo haciendo su trabajo. Tal vez, el motivo fuese que se trataba de una situación excepcional, con miles de personas atrapadas en el Indira Gandhi, y su presencia podía marcar la diferencia. Llevaba casi todo el día sin parar, atendiendo las constantes peticiones de los clientes y ayudando a reubicar a los pasajeros en los hoteles colindantes al aeropuerto y en las salas VIP de la aerolínea.

En un momento dado, incluso tuvo que acompañar a una mujer de mediana edad a una zona más tranquila junto a las escaleras de emergencia, para asistirla durante lo que parecía el inicio de un ataque de ansiedad. A los oficinistas del Servicio Terrestre de Atención al Pasajero se les facilitaba ciertos conocimientos básicos sobre cómo reaccionar ante este tipo de situaciones, pero no estaban tan capacitados como los auxiliares de vuelo para lidiar con un episodio grave de ansiedad. Aun así, Minho tenía suficiente experiencia personal en la materia como para resultar efectivo en una situación como esa.

Cuando regresó a la mesa que se le había asignado, uno de los trabajadores más veteranos de la oficina le dedicó una sonrisa de medio lado.

—Te gusta esto, ¿verdad?

Minho, por un momento, no tuvo muy claro a qué se refería. ¿Atender a una persona en apuros? ¿Sentirse atrapado en un aeropuerto? ¿Que la temporada del Monzón se hubiese adelantado unas cuantas semanas? El hombre pareció leer la confusión de su rostro.

—Skywind —aclaró—. Te gusta trabajar aquí.

Minho soltó una risita cargada de un poco de amargura.

—Mi madre y mi hermana opinan que me gusta demasiado —contestó—. A veces, creo que tienen razón.

El hombre rio con ganas y volvió la mirada a la pantalla de su ordenador.

Kaya acudió un poco después, con un montón de bolsas repletas de comida del restaurante Dharamshala para todos los trabajadores del servicio, y se ruborizó de un modo encantador, a ojos de Minho, al recibir el aplauso agradecido de los oficinistas. Él aprovechó ese momento para acercarse a ella y facilitarle los datos de la habitación del hotel que les habían asignado.

—Técnicamente, tenemos derecho a dos habitaciones —le explicó, y le hizo un gesto para que se sentase un momento en una de las sillas de la zona de espera—. Pero andamos un poco justos de espacio. Hay familias con niños que van a tener que apañarse con una cama doble y pensé que quizá podrían utilizar una de las nuestras.

—Supongo que sí —murmuró Kaya, contemplando con el ceño un poco fruncido la hoja impresa con la reserva del hotel.

Minho temió haber cometido un grave error al asumir que a Kaya no le importaría compartir habitación con él. Ya habían dormido juntos en Londres, más o menos, pero quizá esta situación era diferente.

—A lo mejor… —comenzó.

Kaya no le dejó terminar. Levantó la mirada de nuevo con aire decidido.

—Oye, ¿por qué no les cedemos también esta habitación? —le preguntó—. No te voy a negar que me vendría de lujo tumbarme un rato o darme una ducha, pero puedo aguantar dos noches seguidas sin dormir.

Minho sintió que el nudo de su estómago se disolvía de golpe y era sustituido por una sensación muy diferente.

—Es un bonito gesto por tu parte, pero quizá sean más de dos noches —le advirtió con una sonrisa tenue—. Ve al hotel y descansa un poco, en serio. Además, te prometo que prácticamente todo el mundo tiene ya una habitación asignada. De no ser así, jamás hubiese aceptado la nuestra.

Kaya le devolvió la sonrisa.

—No me cabe la menor duda —contestó con suavidad. Tras una pausa, levantó una mano en dirección al rostro de Minho y rozó con los dedos la patilla de sus gafas. La agradable sensación de su pecho se acrecentó un poco más—. Vuelves a parecer el bibliotecario molón de una peli de vampiros adolescentes.

Minho soltó una carcajada nerviosa.

—Es una comparación asombrosamente precisa —contestó—. Ha sido una suerte que se me ocurriera cogerlas para el viaje, no creo que hubiese aguantado tantas horas frente a un ordenador sin ellas.

—Te quedan bien.

Minho tragó saliva antes de contestar. ¿Qué le pasaba? Kaya y él mantenían conversaciones de ese tipo a menudo y nunca se había puesto tan nervioso.

—Gracias —dijo por fin.

Se quedaron en silencio unos segundos. Hasta que Kaya se levantó del asiento, como si de repente tuviese mucha prisa por marcharse.

—Iré a hacer unas compras rápidas, y creo que te haré caso y descansaré un poco. ¿Nos vemos en el hotel esta noche?

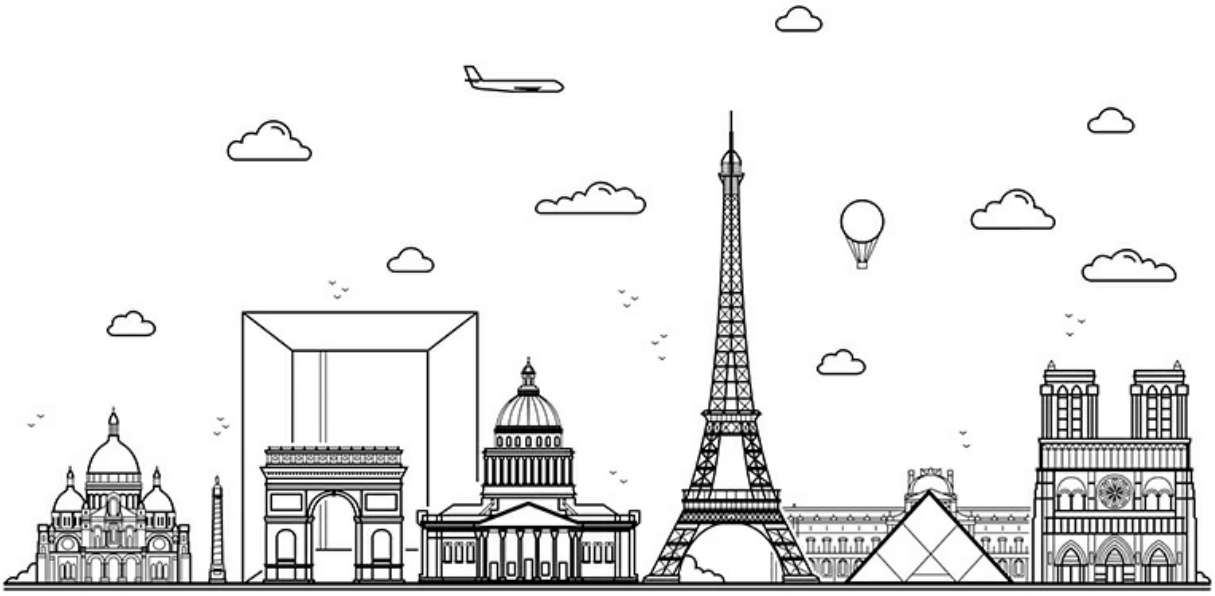
—Eh, claro —contestó él, un poco aturdido por la apresurada despedida.

—¡No te agotes demasiado y saca unos minutos para comer algo! —exclamó ella mientras se alejaba.

Resultó que dentro de las bolsas había una pequeña caja de cartón con el nombre de Minho. Una de sus compañeras se la acercó hasta la mesa cuando reparó en ello. Sobre la caja, se podía leer un pequeño texto escrito en francés de parte del nuevo chef del restaurante:

Para Minho:
Espero que disfrutes de tu almuerzo.
Creo que tienes razón: los platos sencillos son los más reconfortantes.
Narendra.

En el interior, había una ración enorme de pollo con arroz y mantequilla.



KAYA

Era una comparación asombrosamente precisa porque Kaya había pensado en las gafas de Minho más de una y dos veces, desde que le había visto con ellas en Londres. Caminó a paso ligero por los pasillos de la terminal, en dirección a la zona de tiendas, sintiendo que sus mejillas amenazaban con entrar en combustión.

Celine iba a tener que conformarse con aquello porque Kaya no planeaba hacer nada más para darle a entender a Minho lo que sentía por él. Ya había hecho más que suficiente, dadas las circunstancias. ¡Estaban viviendo una especie de apocalipsis, maldita sea! Nadie ligaba durante los apocalipsis. A no ser que fueras Ben Affleck o Liv Tyler, y Kaya distaba mucho de ser ninguno de los dos.

Intentó concentrarse al llegar al pequeño supermercado del *duty free*. Necesitaba algunas cosas para el hotel, si quería aprovechar al máximo la habitación que les habían dejado. Según la hoja informativa, tendrían a su disposición ropa para pasar la noche, pero también necesitaba lavar la que llevaba ahora. En ese momento, se le antojó completamente disparatado haber viajado hasta la India sin ningún tipo de equipaje y se sintió culpable por haber arrastrado a Minho a esa locura.

Se acercó a la zona de productos de aseo y se hizo con un bote de detergente para lavar a mano. Recordó a Dorian y los artículos de emergencia que había comprado para su improvisada estancia en casa de Kaya. Probablemente, el hotel les facilitaría cepillo de dientes, pero quizá era

una buena idea comprar ropa interior, como hizo él.

Reprimió un suspiro en medio del pasillo de las revistas y las guías de viaje. Seguro que Dorian habría gestionado mejor todo ese asunto del apocalipsis. Dorian se hubiera enfrentado al encierro en el aeropuerto como si nada y, ya de paso, se hubiera ligado a Liv Tyler y a Ben Affleck. Casi sin pensarlo, sacó el móvil del bolso y observó la pantalla, dubitativa. ¿Y si le escribía un mensaje? Hablar con alguien le ayudaría a desahogarse un poco.

No hizo falta. Antes de que pudiera tomar la decisión, la pantalla se iluminó con el nombre de otra persona: Carolina Cabrera.

Carolina
¿Estáis bien?
Mierda, Kaya, acabo de despertarme y he leído que en Delhi está cayendo la tormenta del siglo.

Kaya cerró los ojos y temió ponerse a llorar allí mismo, junto a las revistas y las guías de viaje.

Kaya
Estamos bien.
Aunque atrapados en el aeropuerto hasta nueva orden.
Ahora mismo está todo bajo control, ya se han reubicado a casi todos los pasajeros en los hoteles y los ánimos se han calmado un poco.

Decía la verdad, aquella zona del aeropuerto presentaba un aspecto muy diferente al de hacía unas horas. Mucho más vacía y con los pocos pasajeros que todavía se encontraban por allí actuando de un modo más relajado.

Carolina
Bueno, ya ha pasado lo peor entonces.

Kaya
Supongo que sí.
Minho está ayudando en las oficinas.
Pero me siento culpable e idiota por proponer este plan.
Estaba animada hasta hace unos minutos, no sé lo que me pasa.

Me ha dado un bajón de golpe.

Carolina
No eres idiota y, desde luego, no tienes culpa de nada.
¿Sabes ya dónde vais a dormir?

Kaya
Nos han asignado una habitación de hotel, y estoy intentando concentrarme para comprar las cosas necesarias para pasar la noche.

Carolina
Chocolate.
Compra chocolate.
Y ropa interior.
He pasado por una situación semejante hace poco (viajar sin equipaje, no lo de la crisis del Monzón) y recomiendo 100% el pack de tres bragas temáticas del duty free.
Si las venden en el JFK y en Incheon, las venderán también en el Indira Gandhi, aunque en las tuyas pondrá I ❤ India

Kaya soltó una carcajada, a su pesar.

Kaya
Buen apunte. Las buscaré.

Tras meditarlo un poco, volvió a teclear.

Kaya
Tú ya estás mejor, ¿verdad?
Minho me ha dicho que estabas mejor cuando te marchaste de Corea.

Carolina
Mucho mejor que cuando llegué, desde luego.
Intentando reunir fuerzas para hacer algo que llevo media vida posponiendo.

Kaya

Todo saldrá bien, ya lo verás.

Carolina

Por cierto…

¿Recuerdas aquel día en el que Minho no se encontraba bien y le obligamos a permanecer al teléfono hasta que se subió a un taxi?

Kaya

Lo recuerdo.

Carolina

Se me ha ocurrido algo.

Voy a llamarte y hacemos la compra juntas.

Te acompañaré hasta el hotel.

Kaya se sintió mucho mejor en cuanto entró en la habitación del hotel y cerró la puerta tras de sí. Se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo compartiendo espacio con demasiada gente. Por fin, su cerebro dejó de funcionar a tanta velocidad. Se despidió de Carolina asegurándole que ya se encontraba mejor y fue directamente a la ducha. Agradeció que Minho la hubiese convencido de aceptar la habitación. Ya no parecía tan terrible si tenían que quedarse allí unos días más. Era una habitación pequeña pero muy agradable. El único problema, que Kaya decidió dejar a un lado por el momento y lidiar con él después, era que solo tenía una cama.

En la recepción le habían dado a escoger algo de ropa limpia de su talla. Se puso el pijama y tiró sobre la cama, boca abajo, sin molestarse en retirar la colcha. El golpeteo constante de la lluvia en el cristal de la ventana hubiera resultado relajante de no recordarle todos los problemas que había ocasionado.

Se quedó dormida, en esa misma posición, casi al instante. No se despertó hasta que oyó a alguien llamar a la puerta. Se levantó con rapidez para abrir. Minho tenía una sonrisa radiante en el rostro cuando entró.

—¡Buenas noticias! —exclamó a modo de saludo—. Parece que la tormenta está amainando y es más que probable que los vuelos se retomen mañana mismo.

—¡No me digas!

Kaya dio un salto de alegría, descalza sobre la moqueta, y Minho soltó una carcajada un poco cansada. Se pasó la mano por el rostro para despejarse un poco y echó un vistazo a la habitación.

—Sé que es una habitación sencilla, pero ahora mismo me parece una suite de lujo.

Kaya compartía ese sentimiento, y eso que no se encontraba ni la mitad de exhausta de lo que debía de estar él. Minho entró al cuarto de baño y salió hasta un buen rato después, cuando ella ya se había acomodado de nuevo en la cama, esta vez sentada y con la espalda apoyada en el cabecero, mientras revisaba las noticias sobre la previsión de lluvias en su teléfono. No terminaba de creer que esa tormenta interminable estuviese a punto de amainar.

Al igual que ella, Minho se vistió con la ropa que le habían prestado. En su caso, un pantalón largo de chándal, que parecía pertenecer al gimnasio del hotel, y una camiseta. Llevaba el pelo húmedo tras la ducha. Por el olor a detergente que desprendía, Kaya sospechó que también había lavado a mano alguna de sus prendas.

—Podríamos haber llamado al servicio de lavandería del hotel —comentó Kaya—. Estoy segura de que está funcionando con normalidad.

—No quiero causarles más problemas. Ya han hecho mucho por nosotros —contestó él, y se sentó también en la cama junto a ella, tras un pequeño titubeo, y emitió un suspiro satisfecho.

Kaya trató de no analizar demasiado que Minho y ella estaban a solas en una cama doble perfectamente confortable donde, dadas las circunstancias, se esperaba que durmieran juntos esa noche. No era nada del otro mundo, se dijo. Los amigos dormían juntos en ocasiones. Tampoco era la primera vez que Minho y Kaya se quedaban a solas en una habitación de hotel. Aun así, esto era distinto: en Londres había dos camas, y ella estaba más vestida. El pantalón de pijama que le habían dejado le pareció entonces demasiado corto. La camiseta, demasiado fina. Quizá debería haberse dejado puesto el sujetador.

—¿Kaya?

Parpadeó dos veces, regresando al mundo real. Minho le había preguntado algo.

—Perdona, ¿qué?

Él le dedicó una mirada divertida antes de repetir su pregunta:

—¿Quieres ver una peli?

Señaló la televisión situada en la pared frente a ellos.

—Podemos poner la televisión local —sugirió Kaya, recordando algo—. Si no ves la tele de un país cuando lo visitas, es como si no lo hubieses visitado realmente.

Minho soltó una carcajada.

—Tampoco es que lo hayamos visitado, en realidad.

Kaya asintió, resignada.

—Tienes razón, y no creo que entendamos gran cosa sin subtítulos. ¿Buscamos una peli india en Netflix como alternativa? —Alargó el brazo para coger el mando a distancia de la mesita de noche, abrió la aplicación y tecleó en el buscador. Leyó la primera sugerencia que aparecía en la pantalla—. ¿Qué te parece *La noche del Monzón*? —Soltó una carcajada—. Es muy apropiada, si me permites la sugerencia.

Minho volvió a reír.

—Vale, empezamos por esa.

En *La noche del Monzón* aparecía una joven empeñada en convertirse en bailarina pese a la oposición de su estricta familia. También un gato bengalí un poco trasto y con la costumbre de perderse por los tejados de Calcuta; un universitario con miedo a las alturas y dos ancianas entrometidas. Sin embargo, nadie mencionaba que tanta lluvia podría colapsar un aeropuerto. Aun así, resultó ser una gran historia.

—Esto es muy agradable —susurró Kaya al cabo de un rato, cuando ya iban por su segunda película y su tercer Toblerone—. Sé que no era lo que habíamos planeado —añadió con rapidez —. Sé que ambos nos moríamos de ganas de esa excursión al Taj Mahal y que has estado trabajando a tope durante horas, pero debes admitir que, con la lluvia amainando por fin, sabiendo que pronto los vuelos volverán a la normalidad, las cosas se ven de otra manera.

Minho sonrió con suavidad y se giró hacia ella.

—¿Calentitos y recién duchados, vestidos con ropa limpia del hotel y haciendo maratón de pelis de Bollywood en Netflix? Desde luego que se ven las cosas de otra manera. Además, no se me ocurre mejor plan que este para una noche de lluvia.

Llevaba más de un día sin afeitarse y olía a jabón del hotel, igual que ella. Tenía una suave sombra de cansancio bajo los ojos, pero la camiseta que le habían prestado le quedaba de maravilla. Kaya se preguntó cómo una simple camiseta blanca con el logo estampado de un pavo real podía quedarle tan bien a alguien.

Se dio cuenta de que llevaban un buen rato mirándose el uno al otro, igual que había ocurrido hacía unas horas en las oficinas. Minho la estudiaba con el ceño levemente fruncido y un brillo de curiosidad en la mirada, como si tratase de resolver un acertijo.

Y ocurrió sin más. Habría sido imposible determinar quién dio el primer paso. Cuando Kaya se quiso dar cuenta, ya se estaban besando.

Fue un beso lento y lánguido, húmedo e intenso. Imaginaba que Minho sería un poco tímido a la hora de besar a una chica, pero estaba claro que tenía más experiencia que ella. Se separaron unos segundos, lo justo para recostarse un poco mejor sobre la cama: Kaya tumbada bocarriba y Minho sobre ella. Kaya le ayudó a quitarse la camiseta. Por muy bien que le quedase, verle sin ella supuso una notable mejoría. Mientras volvían a besarse, Kaya le acarició con manos temblorosas los hombros y la espalda, dibujando con las yemas de los dedos las ligeras protuberancias de su columna vertebral. Una de las manos de Minho se deslizó por su cuello y sus clavículas, desabrochando los primeros botones de su pijama, pero no llegó a quitarle la camiseta del todo. Se agachó para besar con suavidad la piel que quedaba expuesta. Kaya le agarró del pelo con una mano y con la otra buscó a tientas el mando de la televisión, abandonado sobre la cama, y la apagó. Le gustaba la música de Bollywood tanto como a cualquiera, pero no

parecía la banda sonora más adecuada para ese momento.

—Entonces, ¿nos quedamos sin saber si al final consiguen casar a su hija mayor? —bromeó Minho entre beso y beso.

—Puedo volver a encenderla si quieres —dijo Kaya, intentando no dejarse llevar por la inseguridad—. Dejarla puesto de fondo.

El único chico con el que se había acostado en el pasado, un joven del pueblo de al lado al que había conocido en las clases de la autoescuela y con el que había quedado unas cuantas veces, siempre se empeñaba en poner la radio cuando se enrollaban en el coche. Kaya sospechaba que así se sentía más relajado, que el sonido de fondo disipaba un poco la presión y la abrumadora sensación de intimidad.

Pero Minho no era como aquel chico, al parecer.

—Lo prefiero así —murmuró, descendiendo por el cuerpo de Kaya—. Prefiero escuchar la lluvia y, definitivamente, prefiero escucharte a ti.

La besó en el interior de los muslos, acariciando la piel suave de esa zona. Luego subió de nuevo por la pierna, poco a poco, hasta llegar hasta el lugar en el que los pantalones cortos del pijama de Kaya se le arrugaban contra el hueso de la cadera. Minho colocó las manos sobre la cinturilla elástica y levantó la mirada. El peso de esa mirada hizo que Kaya se estremeciera.

—¿Puedo quitarte esto? —le preguntó él.

Kaya asintió, cerrando momentáneamente los ojos para controlar la oleada de deseo. La voz de Minho, las manos de Minho y el rostro de Minho. Era demasiado. Demasiadas cosas de golpe. Se sentía incapaz de procesar algún tipo de pensamiento coherente. Levantó las caderas para ayudarle con el pantalón. Ella misma se quitó la camiseta, sin molestarse en terminar de desabrocharla, y la arrojó a un lado de la cama.

Cuando volvió a tumbarse en el colchón, Minho la observó en silencio, casi de un modo reverente. No parecía importarle que Kaya llevase unas bragas de tres euros del *duty free*. Tal vez el truco consistía en que, en ese momento, Kaya solo llevaba unas bragas de tres euros del *duty free*.

—Eres… —susurró él sin dejar de mirarla—. Estás… —Era un alivio descubrir que ella no era la única incapaz de pensar con claridad—. Siempre me has parecido preciosa —dijo por fin, y Kaya se estremeció de nuevo—. Pero hoy…

No le dejó terminar la frase. Seguía siendo demasiado. Por un momento, Kaya entendió al chico de la autoescuela: deseó tener una distracción que mitigase esa intensidad. Lo atrajo hacia ella para besarlo de nuevo.

—Llevas demasiada ropa —se quejó Kaya, y deslizó la mano por el bolsillo trasero de sus pantalones.

Minho se volvió a separar un poco. Tenía el pelo más revuelto que antes y respiraba con

fuerza.

—En realidad, no llevo tanta ropa como parece —respondió, haciendo gala de una asombrosa timidez, teniendo en cuenta que se encontraba recostado sobre el cuerpo prácticamente desnudo de Kaya y resultaba imposible disimular su excitación—. Si me quito el pantalón… —Cerró los ojos él también un segundo, antes de volver a abrirlos—. No he tenido tiempo de comprar nada en el *duty free* antes de venir aquí. Mis únicos calzoncillos se están secando ahora mismo colgados de la mampara de la ducha.

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir que, si no quieres ir más allá de lo que ya estamos haciendo, por mí está bien. —Acarició el rostro de Kaya, retirándole un mechón de pelo de la frente, antes de seguir hablando—: Pero, en ese caso, no puedo quitarme el pantalón y quedarme en ropa interior como tú porque, básicamente, no llevo puesta ropa interior.

Kaya volvió a besarle, sonriendo entre sus labios.

—Muy atrevido por tu parte —bromeó—. Un estilo muy europeo.

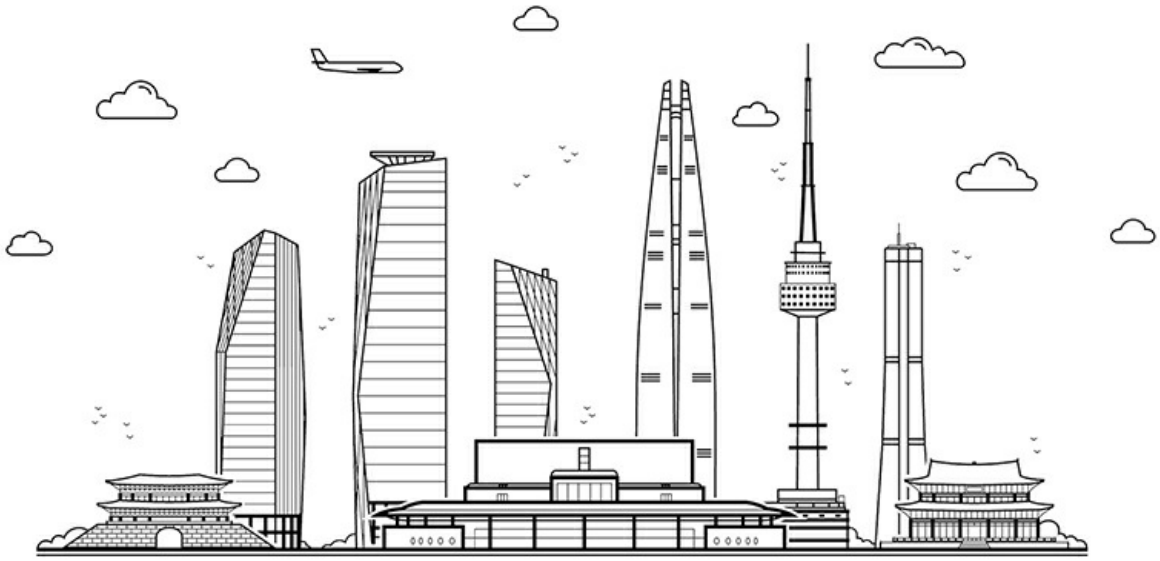
—No tiene gracia —dijo él, sin poder disimular una sonrisa—. ¿Has escuchado lo que acabo de decirte?

—Lo he escuchado, pero resulta que sí que quiero más —contestó Kaya, retomando la seriedad. Llevó de nuevo la mano al interior del bolsillo trasero del chándal de Minho y lo atrajo hacia ella, sintiendo su erección a través de la tela de algodón—. Si tú también quieres, claro.

Minho reprimió un gemido a duras penas y Kaya sintió que, de todas las cosas increíbles que habían ocurrido en esa habitación, aquel sonido era lo mejor de todo.

—Yo también quiero más —admitió él con el rostro enterrado en el cuello de Kaya. Buscó la mano que ella tenía libre y entrelazó los dedos con los suyos—. Ni siquiera me importa si es o no una buena idea.

A Kaya tampoco le importaba. En absoluto. Minho volvió a acercarse para besarla. Al hacerlo, le soltó la mano y la colocó sobre su cadera, justo encima del elástico del pantalón, para que le ayudase a quitárselo.



MINHO

Cuando Minho se despertó, estaba solo en la cama. Tardó un poco en ubicarse. No debía de quedar mucho para el amanecer, porque el cielo al otro lado de la ventana presentaba un color grisáceo. La tormenta había cesado su fuerza y apenas se oía el sonido de una ligera llovizna. La habitación olía a detergente para la ropa, a ambientador de hotel y, de un modo tenue y agradable, también a sexo y a sudor. Minho todavía estaba desnudo debajo de las sábanas. ¿Cuándo se había quedado dormido? Ni siquiera lo recordaba. Se incorporó y trató de enfocar la mirada hacia el cuarto en penumbra. Kaya levantó la vista en su dirección. Estaba sentada en una de las butacas junto al escritorio, ya vestida, y se abrochaba los cordones de las botas.

—No quería despertarte —dijo ella, y volvió a retirar la mirada para concentrarse en la tarea que tenía entre manos—. Apenas has dormido un par de horas.

—Parece que hayan sido un par de días —murmuró Minho.

Kaya esbozó una leve sonrisa, pero continuó con la mirada clavada en sus botas unos segundos más. Después, se levantó de la butaca, cogió el móvil de Minho, olvidado sobre el escritorio, y se lo lanzó con cuidado.

—Han mandado un aviso de que los vuelos están a punto de restablecerse.

Minho la contempló, confuso. ¿Por qué estaban hablando de eso y no de lo que acababa de pasar entre ellos?

—El mío sale en una hora —añadió ella—. Para tu vuelo queda un poco más, pero seguro que

lo tienes antes del mediodía. No tardarán en enviarte un mensaje.

Minho observó la pantalla oscura de su móvil, sobre la colcha blanca, y después el rostro nervioso de Kaya, que parecía obcecada en no mantenerle la mirada más de tres segundos seguidos.

—Son buenas noticias, supongo —se limitó a decir.

—Sí que lo son —contestó Kaya, jugueteando con la manga de su vestido de punto—. Podemos volver a casa.

¿Se trataba de eso? ¿Por eso estaba tan rara?

—Kaya, yo…

Ella no le dejó continuar.

—Tengo que irme. Nos hacen rellenar un par de documentos antes de embarcar, y no me queda mucho tiempo.

Él hizo ademán de levantarse de la cama. Después, recordó que seguía desnudo y Kaya estaba completamente vestida. Se detuvo de golpe.

«Llevas demasiada ropa», le había susurrado ella hacía apenas unas horas. Por un momento, Minho sintió que aquello le había ocurrido a otra persona. Que formaba parte de un recuerdo que no le pertenecía del todo a él.

—Puedo acompañarte —le sugirió—. Si me das diez minutos, puedo ir contigo hasta la puerta de embarque.

—¿Y de qué serviría eso? —Kaya habló en una voz tan tenue que a Minho le costó entenderla. Parecía muy triste de repente. Él negó con la cabeza, aturdido.

—No lo sé, ¿podemos…? —¿Qué? ¿Qué quería decirle?—. ¿Podemos hablar de lo que pasó anoche?

Kaya esbozó una sonrisa, pero pronto se tornó en un gesto triste. Al menos, esta vez le mantuvo la mirada.

—No quiero estropearlo.

—¿Hablar de ello va a estropearlo? —preguntó Minho sin poder reprimir una nota de frustración en la voz—. No sé qué esperas de mí o qué se supone que tenemos que hacer.

—No se trata de lo que tenemos que hacer, sino de lo único que podemos hacer —contestó Kaya con vehemencia—. Podemos subirnos a nuestros respectivos vuelos y regresar a casa.

—¿Y qué pasará luego? —insistió Minho.

—Mañana nos escribirás a todos un correo desde tu oficina para confirmar el libro que leeremos este mes —contestó Kaya—. Ya vamos con mucho retraso. Después, me escribirás otro solo a mí, contándome alguna anécdota curiosa sobre cómo te ha ido el día y yo te responderé con algo parecido, como hacemos siempre. Seguiremos con nuestras vidas, a ocho mil novecientos sesenta kilómetros del otro, porque ¿qué otra cosa podemos hacer? —Repitió. Pese a

la penumbra de la habitación, resultaba obvio que Kaya estaba llorando—. Y sí, por si te lo estás preguntando: me gustas tanto y soy tan patética que tengo memorizada la distancia exacta entre nuestras dos ciudades.

La habitación se sumió en silencio durante unos segundos, hasta que Minho volvió a hablar:

—Ocho mil novecientos cincuenta y siete.

—¿Qué?

—Esa es la distancia exacta desde París hasta Incheon, yo también lo he memorizado.

Kaya soltó una carcajada nerviosa y se secó los ojos con el dorso de la mano. Minho esbozó una sonrisa y ella se la devolvió con timidez.

—Sigo sin querer que me acompañes a la puerta de embarque —dijo, todavía sonriendo con suavidad—. Es mejor que nos despidamos aquí.

—Vale. Lo entiendo.

—Buen viaje de vuelta —le deseó mientras abría la puerta de la habitación y el mundo exterior se interponía de golpe entre ellos—. No te olvides de revisar cuándo va a salir tu vuelo.

—Buen viaje —susurró Minho, a duras penas.

No estaba seguro de si Kaya le había oído. Acababa de cerrar la puerta tras de sí.

Se dejó caer de nuevo sobre la cama con un suspiro. Tras pasarse un buen rato mirando al techo con la mente en blanco, buscó a tientas el teléfono y revisó los mensajes. Efectivamente, acababa de recibir el aviso de que su vuelo despegaría en algo más de tres horas. Perfecto. Tenía tiempo de sobra para ducharse, comer algo y lamentarse de sus errores.

Le parecía surrealista subirse a ese avión y regresar a Corea. Volver a su vida cotidiana y, tal como había dicho Kaya, enviarles al día siguiente un correo confirmando el libro que iban a leer ese mes en el club de lectura. Después de la visita inesperada de Carolina, después de lo que ella le había confesado durante su despedida y, sobre todo, después de la noche que había pasado con Kaya, ¿cómo iba a fingir que las cosas seguían como antes?

De repente, supo lo que tenía que hacer. Presionó el número de teléfono que acompañaba al mensaje de confirmación de su vuelo y se llevó el aparato al oído.

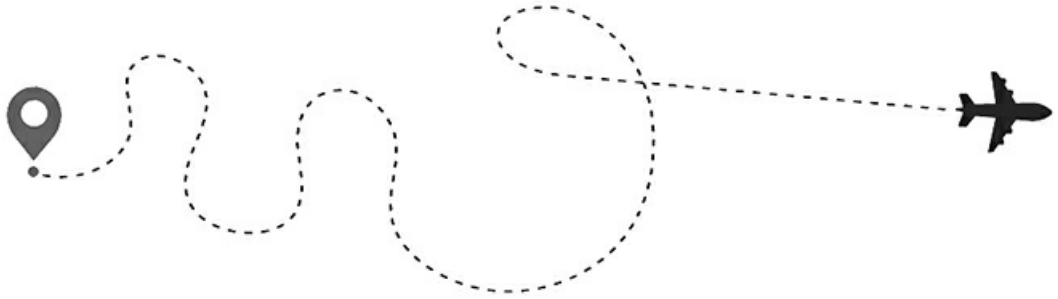
—Aerolíneas Skywind, ¿en qué puedo ayudarle? —saludó una voz en inglés.

—Buenos días —contestó Minho—. Siento causarles molestias, pero me preguntaba si todavía estoy a tiempo de cambiar mi vuelo a Incheon por una ruta distinta.

—Por supuesto —murmuró la voz, acompañando sus palabras con el reconfortante sonido de un rápido tecleo en un ordenador—. ¿A qué destino le gustaría viajar?

CAPÍTULO 15

TODO LO DEMÁS



ACANTILADO NAKHWAAM. EXT. DÍA.

(Sunhee y Daehong están uno frente al otro, al borde del acantilado. Daehong ha recuperado su apariencia humana y Sunhee jadea por el esfuerzo de haber subido hasta allí corriendo).

SUNHEE

Deja de hacer eso.

DAEHONG

¿Hacer qué?

SUNHEE

Deja de mirarme así, como si creyeras que estamos predestinados.

DAEHONG

(Se ríe).

Es que creo que estamos predestinados.

SUNHEE

Me da igual, ¿no lo entiendes? Me da igual lo que dijese esa profecía, me da igual que tu padre sea el rey de todo el océano Pacífico y yo una simple becaria de moda…

DAEHONG

En realidad, solo es el rey de la zona basal, en la zona epipelágica gobierna mi tío.

SUNHEE

¡Eso es lo de menos! Olvídate de eso, lo que intento decir es que…

(Sunhee calla. Se acerca a Daehong y le sujeta la cara con las manos).

SUNHEE (CONT.)

No me importa. Ya no me importa nada. Pero si te pasas todo el tiempo intentando averiguar

si esto tiene sentido, si el mensaje que escuchaste en esa cueva hablaba de nosotros, te estarás perdiendo todo lo demás.

DAEHONG

(Confuso).

¿Qué es todo lo demás?

SUNHEE

Nosotros. La vida real.

(Sunhee se acerca a Daehong y lo besa).

(La banda sonora cobra fuerza: GOT7, «You are»).

SUNHEE (CONT.)

Deja de darle tanta importancia a lo que crees que debería estar pasando y concéntrate en lo que está pasando de verdad.

Fragmento del guion del episodio 16 de
Mi novio es una sirena abisal

ASUNTO: He estado leyendo una novela para mi club de lectura
Carolina Cabrera (JFK Airport) a "Rosa Morales - Resort Punta de Palma"
2 de junio a las 21:47 (EST)

Hola, mamá:

No estoy segura de qué pretendías el día que apareciste en mi oficina. Quizá tenías una incidencia que reportar al Servicio Terrestre de Atención al Pasajero y pensaste: «Bueno, ya que estoy aquí, voy a dejarle una tarjeta de visita a la hija a la que no veo desde hace diecisiete años». O quizá creíste que el correo en el que te pedía ayuda para pagar las facturas de Marien significaba que ya estaba preparada para perdonarte y retomar la relación desde cero.

¿Sabes qué? Cuando envié ese correo, ni siquiera yo estaba segura de si estaba preparada para perdonarte; pero un buen amigo me regaló hace unos días un libro que me ha hecho abrir un poco los ojos. Lo leí durante un vuelo desde Corea del Sur a Estados Unidos.

De algún modo, he decidido hacerlo: he decidido perdonarte.

Te perdono, mamá. Te perdono, porque en un par de meses cumpliré veinticuatro años y soy consciente de que tú también tuviste esa misma edad hace un tiempo, cuando vivíamos en aquel pequeño apartamento. Soy capaz de comprender que no naciste siendo mi madre y el miedo que tuviste que pasar en ocasiones al criarme sola y sin recursos en una ciudad como Nueva York. También comprendo, ahora más que nunca, lo difícil que es ser adulto y lo mucho que cuestan las facturas médicas y el alquiler.

Imagino lo que querías decirme cuando viniste a mi oficina. Lo que habrás planeado decirme durante todos estos años cada vez que pensabas en mí: que tomaste la mejor decisión para ambas. No sé si tienes razón o no. El caso es que ya no importa porque ahora sé que tú creías fervientemente en ello, creías que era lo mejor. Es probable que creyeras que, de hecho, era la única salida.

Así que ya está; si eso es lo que buscabas cuando viniste hasta mis oficinas, aquí lo tienes. Te perdono. Te perdono de verdad y con total sinceridad.

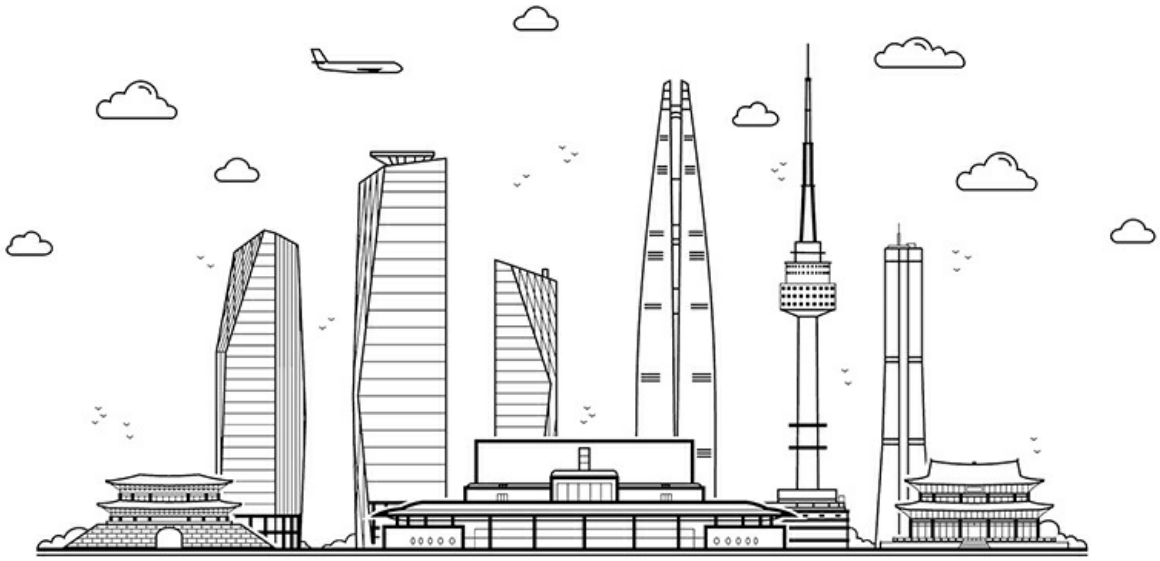
Pero no puedo retomar nuestra relación desde cero. Al menos, no por ahora. Tendrás que conformarte con este correo y con mi perdón. Tal vez más adelante pueda volver a escribirte. Puede que desee en algún momento volver a verte, pero no hoy.

Sé que lo entenderás, porque tú, igual que yo, también tuviste siete, quince y veinticuatro años.

Deseando que te encuentres bien,

Carolina

Carolina Cabrera
Ayudante de Mánager
Servicio Terrestre de Atención al Pasajero
Aeropuerto JFK - Nueva York - EE.UU.



MINHO

Tendría que haber imaginado que no habría nadie en casa de Dorian. Era un día laboral, al fin y al cabo. O eso creía Minho. Estaba casi seguro de que era lunes. Todavía era lunes cuando dejó el aeropuerto de Nueva Delhi, ¿verdad? Le costaba un poco ubicarse. Tampoco tenía demasiado claro qué hora era. Alrededor del mediodía. Su reloj de pulsera aún señalaba la hora de Corea y su teléfono seguía atrapado en el huso horario de la India, incapaz de conectarse a Internet desde que había aterrizado en Inglaterra.

Estaba agotado y le costaba pensar con claridad. Aquello no era una buena idea. Nada garantizaba que Dorian estuviese en Londres ahora mismo. Podría encontrarse en medio de una de sus rutas habituales a Los Ángeles y no tener planeado volver hasta dentro de varios días.

Se sentó entonces en los escalones, apoyando la espalda contra la pared. No era la primera vez que se sentaba allí, recordó. Su primera conversación a solas con Carolina había transcurrido en ese mismo lugar.

Simplemente, iba a cerrar los ojos unos segundos, se dijo a sí mismo. Después, se levantaría y pensaría qué hacer. Buscaría un hotel o llamaría a Dorian. Tampoco estaría mal escribir al trabajo. Debían de creer que seguía atrapado en Nueva Delhi. ¿Desde cuándo a Minho le importaba tan poco el trabajo? Solo unos segundos, se repitió, antes de solucionar las cosas.

Cuando despertó, la posición del sol que entraba por el pequeño tragaluz de la última planta había cambiado. Le costó enfocar dónde estaba y a quién tenía enfrente. Por un momento, creyó

que seguía en el hotel de la India, con Kaya. Nada más lejos de la realidad. Se había quedado dormido con la mejilla apoyada contra un escalón. A su lado, había alguien también sentado en las escaleras, como si llevara un rato esperando a que se despertara, observándole con curiosidad. Iba vestido con un chaleco beige y una camisa blanca con el logo bordado de las Aerolíneas Skywind. Minho sintió un alivio inmediato al verle.

—Creía que estabas en Los Ángeles —le dijo.

Se había quedado dormido en el último rellano de un bloque de pisos en medio de una capital extranjera. Sintió un escalofrío al pensar en lo que podría haberle ocurrido. Sin embargo, Dorian no parecía preocupado. Había un brillo divertido en la mirada.

—Y yo creía que estabas en la India. O de regreso a Corea.

Minho se incorporó, tratando de reprimir un gesto de dolor. Tenía los músculos del cuello entumecidos.

—Lo estaba. En la India, quiero decir. También tenía organizado el vuelo de regreso a Corea, pero lo cambié en el último segundo.

—Y viniste aquí —dijo Dorian, incrédulo—. Entre todos los sitios posibles.

—¿Qué sitios posibles?

—No lo sé. —Pese a su tono informal, había un resquicio de vulnerabilidad en su voz—. Nueva York, supongo.

Minho asintió. Parecía que sus sospechas respecto a Dorian eran ciertas.

—Estás al tanto de que Carolina y yo podríamos ser almas gemelas, ¿no?

Dorian esbozó una sonrisa cansada.

—Sí, estoy bastante al tanto de ese asunto.

—Vino a verme a Incheon…

—También estoy al tanto de eso.

—Pero está enamorada de ti.

Dorian no contestó. Se quedó unos segundos en silencio, contemplándose las manos apoyadas sobre las rodillas, con el ceño fruncido.

—¿Te lo ha dicho ella? —preguntó por fin.

—No con esas palabras —aclaró Minho—. Pero cualquiera puede verlo.

—Se le pasará —contestó Dorian—. Tarde o temprano se dará cuenta de lo que le conviene.

—¿Tú no eres lo que le conviene?

Dorian levantó la mirada.

—¿Cómo podría convenirle yo a alguien? Y mucho menos a alguien que ya tiene a una persona prácticamente perfecta destinada.

Minho soltó una carcajada.

—¿Se supone que esa persona perfecta soy yo?

Dorian se encogió de hombros en un gesto un poco infantil.

—¿No es obvio?

—No lo sé —contestó Minho, aún sonriente—. Acabas de encontrarme dormido en medio de las escaleras. Literalmente, no tengo ni idea de en qué día vivo. Me cuesta verme como el hombre perfecto que Carolina merece.

Dorian rio también. Una risa nerviosa que provocó en Minho una extraña mezcla de emociones. Quizá estaba afectado por el *jet lag* y Dorian era lo más parecido a un rostro familiar en aquel país, pero sintió la tentación de acercar la mano a la suya. Se reprimió. Pero no pudo evitar pronunciar en voz alta la pregunta que llevaba resonando en su cabeza desde que Carolina le había confesado la verdad:

—¿El único motivo por el que te apuntaste al club de lectura fue porque querías emparejarnos a Carolina y a mí?

Su voz sonó más insegura y débil de lo que había pretendido. Estaba muy cansado, no solo en ese momento y no solo físicamente. Estaba cansado de todas esas citas a ciegas y emparejamientos. Cansado de que todo el mundo viese en él lo que deseaban ver.

Dorian le dedicó una mirada culpable.

—Esa fue mi principal motivación —admitió—. Era más sencillo si Carolina tenía a otro chico en mente. Nuestra amistad funcionaba mejor cuando ella estaba con Randy. Pensé que, si se ilusionaba de nuevo, aunque fuese un simple amor platónico, volvería a disiparse la tensión entre nosotros.

Minho suspiró.

—Lo imaginaba.

Dorian hizo un movimiento extraño con la pierna, como si quisiera acercarse un poco a Minho pero se hubiese arrepentido en el último momento. ¿Estaría él también afectado por el *jet lag*?

—Pero no solo fue eso —continuó—. Me gustaste cuando coincidimos en aquel restaurante, y también me gustó Kaya cuando se me acercó en el Charles de Gaulle. Creo que una parte de mí quería conoceros a ambos un poco más.

Minho sintió una oleada de alivio. Se había dicho a sí mismo que se había subido a ese avión rumbo a Londres para tratar de ayudar a Dorian con el asunto de Carolina, y también para aclarar un poco sus propios sentimientos. En realidad, ahora se daba cuenta de que lo que había buscado era aquello: que Dorian le dijese exactamente lo que acababa de decirle.

—Me alegro de que os apuntaseis al club, fueran cuales fueran los motivos. Apenas llevamos unos meses, pero no quiero echarlo a perder. Me gusta lo que hacemos y me gusta saber que estáis ahí, que formamos parte de algo los cuatro juntos.

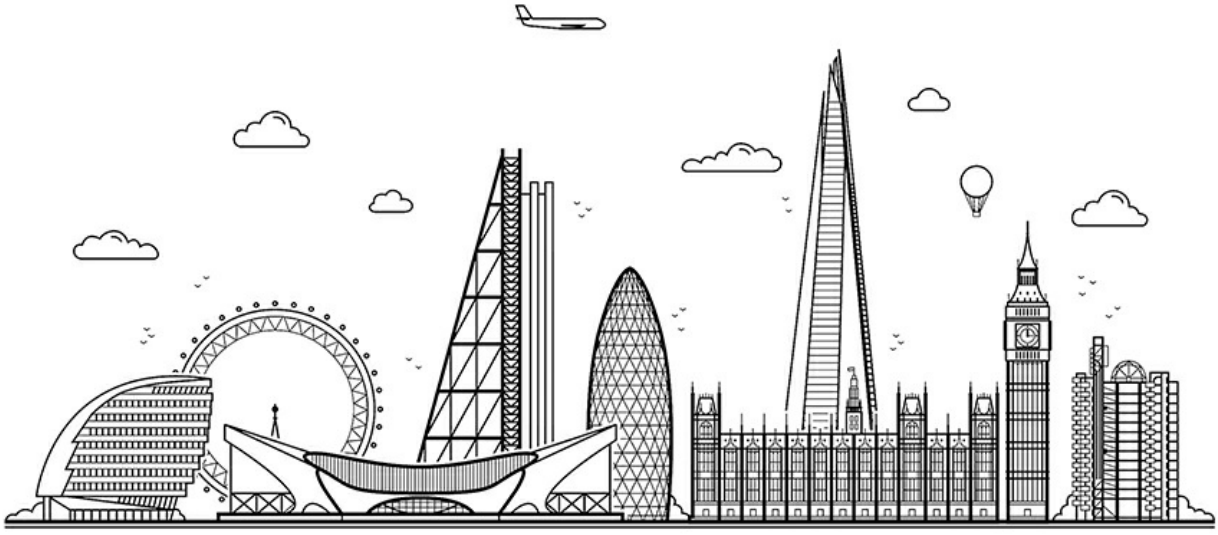
Dorian asintió en silencio; parecía repentinamente conmovido.

—Yo tampoco quiero echarlo a perder.

Tras una larga pausa en la que ninguno dijo nada, Dorian se levantó por fin del suelo, estirándose.

—Vamos dentro. Puede que yo no me haya quedado dormido en una escalera, pero acabo de bajarme de un vuelo largo y necesito descansar. Puedo prestarte algo de ropa y un sofá.

Minho se levantó también con rapidez. La parte del sofá sonaba de maravilla.



DORIAN

—¿Os habéis acostado? —preguntó Adriel, echando un vistazo a Minho desde la puerta entreabierta de la cocina—. Puedes decírmelo, sabes que no te voy a juzgar. De hecho, eso explicaría muchas cosas.

—Claro que no nos hemos acostado —se quejó Dorian en voz baja para que Minho no pudiera oírles—. ¿Y qué explicaría exactamente que lo hubiésemos hecho?

—Todo tu drama existencial —aclaró Adriel mientras llenaba de agua el hervidor eléctrico con una parsimonia casi insultante—. El hecho de que no te importe tanto que Minho y Carolina puedan estar juntos como que lo esté con cualquier otro tío. Ah, y que ahora mismo él este en el sofá de mi casa, con pintas de acabar de levantarse de la cama, comiéndose mis cereales y vestido con tu ropa. Tú no le dejas tu ropa a cualquiera, menos esa camiseta hortera con la cara del gato del Team Rocket.

—No es un gato, es un Meowth —repuso Dorian—. Y resulta que sí que me importa —confesó—. Me importa que Minho y Carolina puedan estar juntos. Cuando supe que ella había ido a verle a Corea, creí volverme loco.

Adriel se giró hacia él y le colocó en las manos una taza humeante de té.

—Y ahora es Minho quien ha venido a verte a ti —comentó con una sonrisa—. Y este otoño, gracias a tu ayuda, Kaya se quedará en este piso y hará prácticas en mi universidad. Sois un club de lectura bastante curioso. Un poco intenso para mi gusto, pero curioso.

Dorian contempló a Adriel con los ojos entrecerrados en un gesto de desdén, pero no se

atrevió a llevarle la contraria. En el fondo, tenía un poquito de razón. Quizá todo hubiese sido más sencillo si se hubiesen limitado a mandarse correos electrónicos.

—Vamos —le dijo a su compañero de piso—. Si seguimos aquí, Minho va a pensar que estamos hablando de él.

—Es que estamos hablando de él.

Dorian le ignoró, cogió otra taza de té y salió fuera, en dirección al cuarto de estar. Minho y Richa parecían estar viendo algo en la televisión. Le tendió a Minho una de las tazas, aunque él todavía llevaba un bol de cereales. Eran casi las ocho de la tarde, pero prácticamente acababa de despertarse. Dorian le había preparado una sopa de sobre y le había dejado ropa limpia. Después de darse una ducha, se había quedado súbitamente dormido en el sofá. El pelo se le había secado de un modo extraño, formándole remolinos a ambos lados de la cabeza, y tenía los ojos hinchados. Parecía mucho más real que las otras dos veces en las que habían coincidido en persona. Como si hubiese dejado de ser simplemente «el alma gemela de Carolina» y se hubiese convertido por fin en Han Minho, alguien con entidad propia en la vida de Dorian.

—¿Qué estáis viendo? —preguntó, haciéndose un hueco en el sofá al lado de Richa.

—Un *kdrama* —le explicó ella, absorta en la pantalla—. Una serie de televisión coreana que Minho ha encontrado en Netflix.

—No tenemos por qué verla si no queréis —intervino él, un poco avergonzado—. Pero a mis amigos les gusta, y Richa ha comentado que le apetecía probar algo nuevo.

—En realidad he comentado que pasaba de volver a ver más documentales sobre dinosaurios —apuntó Richa, dedicándole a Adriel una mirada angelical.

El aludido se sentó en uno de los sillones individuales, chasqueando la lengua con desdén, y le dio un sorbo a su té.

—No son dinosaurios, son reptiles mamiferoides —matizó—. Pero, si no os gustan mis nuevos temas de conversación, siempre puedo volver a hablar de Oscar Wilde.

—Los reptiles mamiferoides nos interesan muchísimo —se adelantó Dorian—. No dejes de contarnos cosas sobre ellos jamás.

Minho soltó una carcajada.

—A mí no me importaría que me hablases de Oscar Wilde —le dijo.

Adriel le sonrió, agradecido.

—Quizá podamos hacer un intercambio —sugirió—. Tú te quedas a vivir aquí con nosotros y mandamos a Dorian a Corea del Sur.

—Callad un momento —se quejó Richa—. Me estoy perdiendo toda la trama. ¿Quién es esa anciana?

—La bisabuela de la protagonista —respondió Minho—. Durante su juventud, ella también se enamoró de un sireno abisal. Por eso Sunhee puede entender lo que dice Daehong cuando están

debajo del agua, porque el novio de su bisabuela otorgó el don a toda su estirpe como regalo de despedida.

—No es mal regalo —comentó Richa—. Mi abuela también tiene un antiguo pretendiente en Udaipur que lleva años intentando reconquistarla. La última vez que fui de visita me regaló un vale de descuento para hacerme un blanqueamiento dental. Hubiese preferido el don de escuchar a las sirenas.

Los tres chicos rieron.

—¿Sabes qué? —le dijo Minho a Richa—. Acabo de regresar de la India, pero no he podido ver gran cosa: pasamos el fin de semana encerrados en el aeropuerto por culpa de una tormenta.

—¿En serio? —contestó ella—. Vaya faena.

—Bueno, no estuvo tan mal. Es un aeropuerto agradable.

Había algo en el tono de voz de Minho, y en la forma en la que había desviado la mirada hacia su taza de té, que atrajo la atención de Dorian. ¿Había pasado algo en Nueva Delhi entre Kaya y él? Antes de que pudiera analizar cómo sentirse, Adriel le distrajo.

—Mira, Dorian, ese personaje me recuerda a ti.

Dorian se fijó en la pantalla y frunció el ceño.

—¿El tipo de las escamas?

—Exacto. Acaba de lanzar al pescador la misma expresión, mezcla de desconcierto y suficiencia, que sueles ponerle tú a todo el mundo.

Richa rio.

—¡Es verdad! Dorian tienen los mismos gestos, son clavados.

—Él tiene cola de pez y branquias —dijo Dorian—. No somos clavados.

Pero Minho también parecía estar de acuerdo.

—Ya decía yo que el personaje me recordaba a alguien… —Al percatarse de la mirada de Dorian, soltó una carcajada—. No siempre tiene cola de pez, a veces adopta aspecto humano.

—Además, es el protagonista —intervino Richa—. ¿Quién no querría ser el protagonista?

—Depende de la historia de la que estemos hablando —contestó Dorian—. Y de quién la protagonice contigo.

Pese al tono ligero de la conversación, los ojos oscuros de Minho se iluminaron con un extraño entendimiento. Se quedó callado durante el resto del capítulo, contemplando la pantalla meditabundo. Dorian temió haber dicho o hecho algo que le hubiese incomodado.

Cuando llegó la hora de dormir, Adriel y Richa se retiraron a sus habitaciones, dejando a Dorian y a Minho a solas en el cuarto de estar. Dorian fue a buscar el edredón y la almohada a su dormitorio. Cuando regresó, Minho volvía a tener la mirada clavada en la pantalla inerte de la televisión.

—Sobre lo que le has dicho antes a Richa… —comentó—, lo de ser o no el protagonista…

¿No te parece a veces que todo es una historia?

Dorian colocó la almohada en el sofá y extendió el edredón.

—Supongo que sí, según cómo se mire.

Minho se giró hacia él.

—¿Y no te preguntas qué papel estás desempeñando en ese caso? Yo lo hago. —Se sentó de nuevo en el sofá—. Hace poco descubrí que la chica con la que estaba saliendo y mi mejor amigo sentían algo el uno por el otro.

Dorian abrió mucho los ojos. Se sentó junto a la mesita de café frente a él, para quedar a su misma altura.

—Joder, no debió ser una noticia agradable.

Minho se encogió de hombros.

—Supongo que fue lo natural, lo que tenía que pasar. Yo me limité a desempeñar mi papel en su historia. Ocurre lo mismo contigo y con Carolina.

Dorian lo observó, confundido.

—No estoy seguro de a qué te refieres.

Minho pasó la mano por la superficie suave del edredón, observando cómo se oscurecía el terciopelo, como si quisiera ganar tiempo antes de continuar.

—Sé que piensas que a Carolina le iría mejor si me escogiese a mí en lugar de a ti, que es la elección más sensata. El destino, incluso. Pero no te das cuenta de algo: yo solo soy el heredero de un conglomerado.

Dorian pestañeó un par de veces, confuso.

—¿Perdona?

—Soy ese personaje del *drama* que hemos visto antes, el que vestía de traje y ha ayudado a la protagonista cuando se ha caído de la bici.

—Ah, ¿el tío sexy que le ha gustado a Adriel? ¿Tú eres ese? ¿Por qué a ti te toca ser ese y a mí el monstruo abisal?

Minho sonrió a su pesar. En el fondo, parecía un poco alicaído.

—No es un monstruo, es un sireno —insistió—. Y Richa tiene razón: ¿quién no querría ser el protagonista?

—¿El heredero del conglomerado no es protagonista?

Minho negó con la cabeza.

—El heredero de un conglomerado siempre está ahí, en un montón de *dramas* románticos. Es un arquetipo de personaje muy popular. Siempre parece la opción más sensata para la chica: se llevan bien, es considerado, es más guapo que el verdadero protagonista, normalmente… —Levantó las manos en el aire, avergonzado, al darse cuenta de algo—. ¡No digo que sea el caso!

Dorian sonrió de medio lado.

—Seguro que Adriel opinaría que eso también se nos aplica.

—Da igual, lo importante es que al final ella nunca lo elige a él. Elige al otro: al sireno abisal, al cantante de rock indie, al zorro de nueve colas, al ladrón de guante blanco o al dueño del hurón que no para de tragarse dedales. Porque nadie querría quedarse con el heredero del conglomerado pudiendo quedarse con cualquiera de los otros. Él es la opción más sensata pero la más aburrida. Yo no soy el protagonista de esta historia: lo sois tú y Carolina.

Dorian frunció el ceño.

—¿Qué os pasa últimamente a ti y a Kaya? ¿Por qué estáis tan empeñados en pensar que sois aburridos?

Minho compuso un gesto sorprendido.

—¿Kaya se considera aburrida?

—Sí, joder, me lo dijo cuando fui a visitarla a París.

—Pero ella no es aburrida, es genial…

Dorian sonrió a Minho con ternura.

—Y tú también, idiota. No eres el heredero de un conglomerado. O quizá sí, pero ese arquetipo de personaje está muy infravalorado.

Minho soltó una carcajada.

—Quizá sea eso…

—Lo es, sin lugar a dudas —dijo Dorian—. Si esto fuera una historia, un *kdrama* o uno de los libros de nuestro club, tu nombre aparecería el primero en la sinopsis. Estoy seguro de ello.

Minho volvió a reír. No parecía estar demasiado convencido de las palabras de Dorian, pero al menos se había animado un poco. Cuando habló, lo hizo con voz firme:

—Si esto fuera una historia, un *drama* o uno de los libros de nuestro club, deberías salir corriendo de esta casa, subirte a un vuelo rumbo a Nueva York y explicarle a Carolina cómo te sientes. —Entonces alargó el brazo hacia Dorian y le sujetó la mano. Dorian tenía la sensación de que llevaba un tiempo queriendo hacerlo. Se quedó mirando el reloj de su muñeca, idéntico al de Carolina—. Es lo mínimo que os merecéis, después de todos estos años. Sé sincero y déjale decidir a ella qué es lo que le conviene.



CAROLINA

En días como aquel, Carolina echaba de menos a Dorian más que nunca.

Echaba de menos tenerlo cerca, pero sobre todo echaba de menos hablar con él. Mandarle un mensaje o llamarle por teléfono y preguntarle qué tal le estaba yendo la semana. Bromear sobre cualquier tontería y, tal vez, hablarle del correo que le había enviado hacía apenas dos días a su madre. No se lo había contado a nadie todavía.

No era la primera vez que Dorian y ella pasaban una temporada sin hablar demasiado. Podían llegar a estar semanas enteras sin dar señales de vida sin que su relación se resintiese lo más mínimo. Sin embargo, todo había cambiado desde que se habían unido al club de lectura. Carolina se había malacostumbrado a tener noticias de Dorian a diario, y el reciente distanciamiento le estaba resultando un poco doloroso.

En especial, porque era muy consciente de los verdaderos motivos detrás de tanta frialdad: la fiesta. La maldita fiesta en el solar y todo lo que había traído consigo. Carolina empezaba a dudar de que pudieran sobreponerse de aquello. Iba a resultar casi imposible volver a la normalidad, al *status quo* original en el que ambos habían decidido considerar lo que pasó en la Nochevieja de Candem como un pequeño lapsus momentáneo.

Carolina suspiró, desganada, y se bajó del metro para caminar sin demasiada prisa por las calles adyacentes a la avenida Roosevelt. La tarde era agradable y no sentía grandes deseos de llegar a casa. Lily le había mandado un mensaje hacía apenas media hora: Marien y ella se

llevaban a Julio y a Lorenzo al cine, y después cenarían en el centro comercial. A Carolina no le hubiese importado unirse a ellos a la salida del trabajo, pero, cuando se lo había propuesto a Lily, ella se había limitado a escribir: «Vete a casa, chachita. Hazme caso». Carolina le había hecho caso, por mucho que le hubiese sorprendido la respuesta. No es que tuviera nada mejor que hacer en realidad.

Quizá Dorian había percibido de alguna manera que llevaba un buen rato pensando en él, porque Carolina estaba cruzando por el paso de cebra cuando recibió una llamada inesperada. El *selfie* que se había hecho con el teléfono de Carolina hacía casi un año, una noche que se había quedado a dormir en el apartamento del Village, apareció en la pantalla, acompañado de la vibración propia de las llamadas entrantes.

Carolina recordaba bastante bien esa noche. No había sido especial y tampoco era la primera vez que Dorian dormía allí. Randy, Dorian y ella habían ido a cenar a un restaurante de comida mediterránea junto al río Hudson. Les habían sentado en la terraza exterior, habían pedido frittata y berenjenas y habían bebido un poco más de la cuenta. Era verano y estaban de buen humor. En aquel momento, Carolina creía estar enamorada de Randy, pero ahora se daba cuenta de que siempre lo había estado de Dorian. ¿Los había amado a los dos al mismo tiempo o había ignorado sus sentimientos hacia Dorian, transformándolos en un anhelo lejano e imposible, para que fuera compatible con lo que sentía por Randy? Ahora mismo, era incapaz de recordar de qué había hablado Randy durante la cena. Tampoco recordaba lo que llevaba puesto o si se había echado perfume antes de salir de casa. De Dorian, en cambio, lo recordaba casi todo. Recordaba cómo se había levantado de la mesa en un momento dado para encenderse un cigarrillo. Recordaba cómo ella lo había seguido con la mirada, observando en silencio cómo apoyaba los codos sobre la barandilla junto al río, se llevaba el cigarrillo a los labios y sacaba el encendedor. Recordaba sus vaqueros oscuros y su camisa de manga corta. Recordaba la pequeña pulsera de hilo trenzado que le había regalado un niño durante el vuelo y que todavía llevaba atada a la muñeca.

—Mierda —murmuró Carolina, regresando de golpe al mundo real, antes de aceptar la llamada entrante—. ¿Hola?

—Hola —contestó él—. Eh, ¿es mal momento? ¿Te pillo fuera de casa?

La voz de Dorian sonó cauta, como si estuviera nervioso. No era para menos, aquella era la primera vez que hablaban desde que se había marchado de Nueva York. Era la misma voz que le había preguntado: «¿Qué quieres que haga?», mientras la atraía hacía él. Carolina tragó saliva.

—Estoy llegando a casa ahora mismo —dijo mientras introducía la llave en la cerradura para abrir la puerta—. ¿Estás bien?

—Todo bien —contestó él, evasivo—. Escucha, te he enviado una cosa. Es un regalo de cumpleaños. Creo que ya ha llegado, lo habrá recogido Lily. Tiene que haber un paquete con tu

nombre en algún lugar, en el salón o en la cocina.

—¿Un regalo de cumpleaños? —repitió ella, aturdida, y cerró la puerta tras de sí—. Sabes que no cumplo años hasta agosto, ¿verdad? Llegas dos meses y medio antes.

Pese a que aún no eran las siete de la tarde, el salón de la casa estaba en penumbra por los pesados cortinajes. Encendió una de las luces. Efectivamente, sobre la mesa había un paquete bastante grande, parecía una caja de una tienda de ropa.

—En realidad, no me he adelantado —aclaró Dorian—. Voy con un poco de retraso. No es un regalo por tus veinticuatro, es un regalo por tu decimoquinto cumpleaños.

—¿Qué?

—Me he dado cuenta de que nunca llegué a regalarte nada en tu fiesta de quinceañera —contestó él con voz resignada—. Fue nuestro primer cumpleaños como amigos, llevábamos todo el verano viviendo juntos y no fui capaz de comprarte un simple detalle. Tampoco fui capaz de comprender del todo lo mucho que significa esa fiesta para una joven latina.

—Ya hemos tenido otras veces esta conversación —respondió Carolina con afecto, pasando la yema de los dedos por la caja de cartón sobre la mesa. Provenía de una tienda de ropa de Queens, según la dirección impresa en la propia caja—. Me encantó mi fiesta, me encantó el vestido que me encontró Lily y me encantó bailar contigo el vals delante de tanta gente, por mucho que a ti te horrorizase la idea.

—Ya, bueno, respecto a eso último… —comenzó Dorian, dejando la frase a medias—. Mira, antes que nada, ¿por qué no abres tu regalo?

—Vale, espera un momento.

Carolina dejó el teléfono sobre la mesa y despegó la parte superior de la caja de cartón, abriéndola con cuidado. Después, retiró el papel de seda que protegía el contenido. Cuando pudo ver lo que había debajo se quedó pasmada. Volvió a coger el teléfono, con las manos temblorosas.

—Dorian, esto es… ¿Cuánto te has gastado en esto?

En la caja había un vestido rosa empolvado, el mismo color que lucían las quinceañeras en sus fiestas. Sin embargo, no se parecía en nada al vestido que había llevado Carolina a los quince años: era un diseño para una mujer. Romántico y precioso, como el de una princesa de cuento. De tela vaporosa, ajustado en la cintura con un fajín del mismo color y salpicado de pequeños cristales que emitían destellos cuando la luz incidía sobre ellos. Carolina no había visto nada más bonito en su vida.

—¿Te gusta? —preguntó Dorian con timidez.

—Me encanta —respondió Carolina—. No tengo palabras.

Dorian soltó una carcajada de alivio.

—No estaba seguro. No se me dan bien estas cosas, pero lo vi y te imaginé en el acto con él

puesto.

—Aunque no tengo ni idea de cuándo voy a ponerme un vestido tan bonito como este… —se lamentó Carolina—. No suelen invitarme al tipo de eventos para los que ha sido diseñado.

—¿Por qué no te lo pones ahora? —balbuceó Dorian, inseguro otra vez—. Hazlo y me llamas después para contarme qué tal te queda.

Carolina se moría de ganas de probarse el vestido, pero también le daba miedo terminar ahí la conversación, aunque solo fuese de un modo temporal. Hacía apenas media hora hubiese considerado impensable que Dorian y ella pudieran hablar por teléfono de esa manera. Durante tanto tiempo y como si su amistad todavía tuviese futuro. Como si el daño no fuese irreparable.

—Vale —aceptó por fin—. Te llamo en diez minutos.

Se desnudó allí mismo, en medio del salón. Ventajas de estar sola en casa. Sustituyó la falda y la blusa que llevaba por el precioso vestido rosa. Una persona menos experimentada en los caprichos de la moda quizá hubiese tenido problemas para abrocharse sin ayuda la cremallera trasera, pero Carolina lo consiguió con asombrosa rapidez. El espejo del pasillo le devolvió una imagen de sí misma que le hizo retroceder de forma inmediata a aquel decimoquinto cumpleaños: a las guirnaldas decorando el patio trasero de esa misma casa, a la música y las conversaciones animadas de los invitados. A la comida que había preparado Lily y al esmoquin de alquiler que llevaba Dorian. A la vez, le devolvió la imagen de una mujer de veinticuatro años, muy diferente en muchos sentidos a la jovencita que había sido entonces.

Regresó a la mesa del salón y recuperó su móvil.

—¿Y bien? —preguntó Dorian al aceptar la llamada.

—Es un vestido maravilloso —contestó Carolina—. Me siento como si hubiese viajado al pasado.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—De eso se trata.

Había algo en su voz que hizo que Carolina se pusiera alerta. Se le aceleró el pulso. Una sensación familiar, la sensación de que volvían a caminar por terreno desconocido.

—Dorian, ¿qué está pasando? Va todo bien, ¿verdad?

Él no respondió. En su lugar, planteó otra pregunta:

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos la otra noche? —No hizo falta que aclarase de qué noche estaban hablando—. Sobre cómo serían nuestras vidas si no nos hubiésemos conocido de adolescentes. Si nunca hubiésemos tropezado el uno con el otro en la avenida Roosevelt.

—Lo recuerdo…

—La simple idea me da escalofríos —continuó Dorian—. Ese es el gran problema. No puedo actuar como si nuestra amistad no existiera y no fuera lo más importante, porque para mí siempre será lo más importante. Sé que no somos almas gemelas, pero ese primer día, cuando te conocí,

mi vida se reescribió por completo. Todo lo que estaba destinado a ser, todo lo que iba a pasarme, se convirtió en algo mucho mejor gracias a ti.

Carolina sintió algo húmedo deslizándose por sus mejillas. Ni siquiera estaba segura de en qué momento había empezado a llorar.

—Para mí nuestra amistad también es lo más importante, ya lo sabes. No tengo nada más importante que eso.

—Llevo todos estos años aterrorizado por hacer algo o decir algo que conlleve perderte —continuó Dorian—. Desde tu quince cumpleaños.

—¿Mi cumpleaños? —repitió ella.

—Estabas tan guapa con ese vestido rosa que no podía dejar de mirarte, no podía dejar de pensar en todo lo que habíamos vivido en los últimos meses. Todo lo que habías significado para mí. Cuando Lily nos obligó a bailar, creí que era el fin. Que te darías cuenta de lo que sentía por ti y dejaríamos de ser amigos.

De repente, todo cobró sentido.

—Te pasaste el resto de la fiesta sin dirigirme la palabra —recordó Carolina—. Huyendo de mí. Hasta que Marien me echó las cartas y mencionó a Minho por primera vez.

Solo que en ese momento no tenía nombre ni rostro. Solo era una posibilidad. Un escudo detrás del que Dorian llevaba protegiéndose todos esos años.

—Me comporté como un idiota —admitió Dorian—. Por eso quiero compensarte. Quiero volver a bailar contigo ese vals.

Carolina sonrió.

—Lo haremos, en algún momento.

—¿Qué mejor momento que ahora? Además, vas vestida para la ocasión.

Ocurrieron varias cosas al mismo tiempo. Dorian colgó el teléfono sin dar ninguna explicación. Desde algún lugar no muy lejos de allí, empezó a sonar una melodía suave. Carolina la reconoció al instante: «Tiempo de vals». El patio trasero, donde ya había empezado a anochecer, se iluminó de golpe como si alguien hubiese colocado allí varios faroles. Carolina contuvo una exclamación de sorpresa. Aquello no podía ser verdad.

Corrió hacia la puerta de la cocina que comunicaba con el patio trasero. Estaba descalza, no se había puesto los zapatos cuando se había probado el vestido, pero no le importó. Allí fuera, el mismo patio donde había celebrado su fiesta de quinceañera volvía a estar decorado con guirnaldas de flores; la misma música que había sonado entonces ahora provenía de unos pequeños altavoces portátiles, y ella volvía a llevar un vestido rosa. Pero esta vez no había invitados. Solo había una persona, aparte de ella.

Dorian la contemplaba con una sonrisa en los labios. Iba vestido con un traje oscuro de pantalón y chaqueta, semejante a su antiguo traje de chambelán, pero no se había puesto pajarita.

Llevaba los dos últimos botones de la camisa desabrochados y el pelo rubio revuelto, como era habitual.

—Estás preciosa —dijo él en una voz tan baja que Carolina apenas pudo escucharle.

La forma en que la miraba, una mezcla de anhelo y temor, hizo que ella se estremeciera. Quiso acercarse a él, pero a la vez se sintió incapaz de moverse. Estaba allí, Dorian estaba allí. Pensaba que lo había perdido, pero estaba allí.

—Todo esto… —comenzó Carolina, mirando a su alrededor, sin tener muy claro cómo terminar la frase.

Dorian se encogió de hombros, con otra sonrisa suave.

—Simplemente, quería compensarte por aquel día. Ya te lo he dicho, quiero volver a bailar contigo este vals.

Carolina le devolvió la sonrisa. Le costaba comprender cómo ninguna profecía le había advertido sobre eso: que llegaría un día en el que se sentiría así. Mientras notaba el suelo de cemento cálido bajo los pies y el ligero roce de su vestido nuevo contra los brazos y la cintura. Con la mano de Dorian, familiar y extraña al mismo tiempo, sobre la suya, cuando ambos recortaron la distancia que les separaba.

—Entonces —dijo él en español—. ¿Me concedes este baile?

Carolina soltó una carcajada, estaba demasiado nerviosa como para hacer otra cosa, y asintió.

Bailaron durante un buen rato, reproduciendo los mismos pasos de nueve años atrás. Ninguno de los dos dijo gran cosa, aunque ambos rieron cuando Dorian estuvo cerca de tropezarse con el vestido de Carolina.

—Te dije que había mejorado, pero ya no estoy tan seguro.

—Por suerte, esta vez no tenemos a todo el vecindario observando —bromeó ella.

Dorian sonrió, aunque, en lugar de continuar bailando, se detuvo en medio de la improvisada pista de baile. Pero no la soltó.

—Aquel día, creo que es la única vez que hemos bailado juntos en la que no he acabado besándote —dijo con sencillez.

Carolina asintió. El corazón le bombeaba con fuerza.

—¿No planeas besarme tampoco hoy, entonces?

Dorian soltó la mano que sujetaba la de Carolina y la deslizó por su brazo, hasta llegar al hombro, y la dejó allí. La otra continuaba sobre su cintura. Se acercó un poco más y apoyó la frente contra la de ella.

—No lo sé —admitió—. ¿Debería hacerlo?

—No si crees que al hacerlo vas a perderme —contestó ella con sinceridad.

Dorian volvió a separarse para mirarla a los ojos.

—Una amiga me dijo hace poco que, si sigo negándome a aceptar lo que siento por ti, te

acabaré perdiendo igualmente.

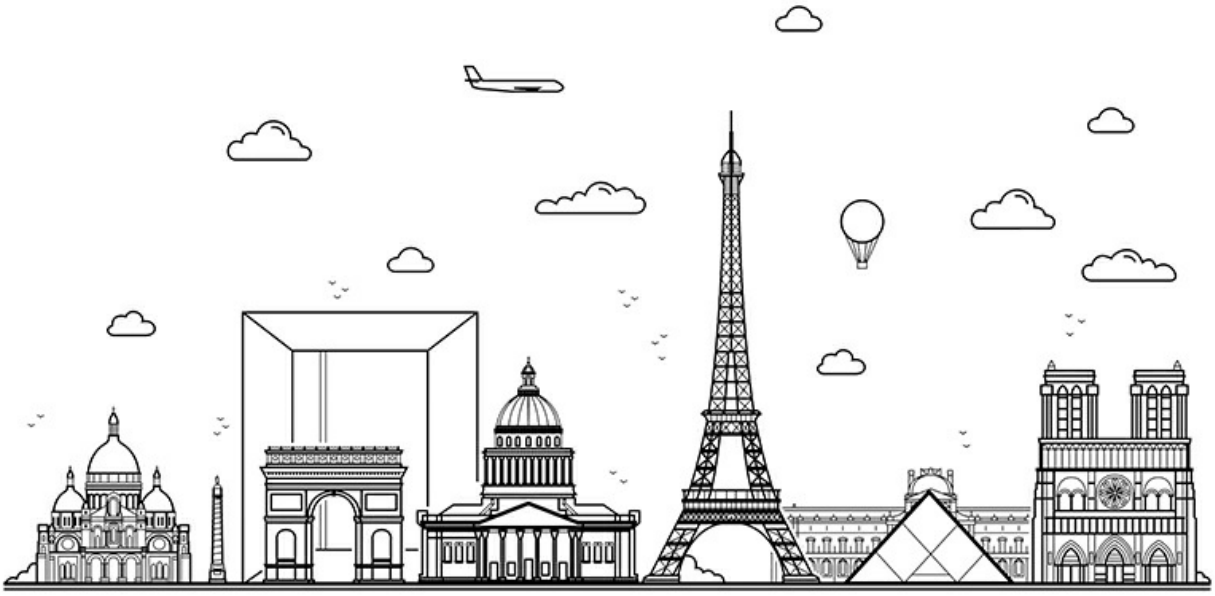
—¿Y qué sientes por mí? —preguntó Carolina, notando cómo toda su realidad, en ese momento, se condensaba en una simple pregunta.

Dorian sonrió de nuevo. Esta vez, parecía haber dejado la inseguridad a un lado. Soltó el hombro de Carolina y le acercó la mano al rostro, acariciándole la comisura de los labios con la yema de los dedos.

—Me da igual si tienes alma gemela, o quince tíos mejores que yo a tu alrededor —contestó —. Quiero que me elijas a mí. Me muero de ganas de besarte y no quiero dejar de hacerlo nunca.

Carolina asintió, presa de una repentina calma. Como si hubiera esperado esa respuesta y, al mismo tiempo, jamás hubiese creído posible que llegaría a escucharla.

—Entonces —le dijo a Dorian, acortando de nuevo la distancia entre ellos—, ¿a qué estás esperando?



KAYA

Querida Kaya:

He de admitir que me resulta extraño enviar una carta a mi dirección postal dirigida a otra persona. Aun así, me hace muy feliz saber que mi apartamento vuelve a estar ocupado. Mi relación con París y con esa casa siempre fue un poco complicada, como un antiguo amante que me exigía demasiado y al que regresaba una y otra vez, año tras año, incapaz de despegarme del todo. Tardé en darme cuenta de que París me estaba atando del mismo modo que llegó a atarme mi vieja casa familiar y nuestro pequeño pueblo natal.

Egoístamente, creo que fue eso lo que me animó a enviarte esa postal con las llaves. Pensé que, si te cedía el piso, dejaría de ser mío y, quizá así, por fin me sentiría libre para asentarme en un nuevo lugar. Me complace saber que, de algún modo, mi búsqueda de la libertad también propició la tuya. Recuerdo que eras una niña tímida y dulce, con cierta afición a jugar sola y a probarte los vestidos antiguos de tu abuela. Recuerdo lo mucho que me preguntaste sobre París la última vez que nos vimos, y cómo te brillaban los ojos cuando te hablé de mis viajes y de mi novela.

Hablando de Luz trémula sobre los tejados azules*, hace algo más de una semana recibí una llamada de mi editora estadounidense. Admito que resulta difícil contactar conmigo por norma general (detesto los teléfonos móviles y apenas uso el ordenador), pero le suelo enviar a Marinela Charalampidou una postal todos los años con la dirección y el teléfono fijo del lugar*

donde me esté quedando en ese momento, en caso de que tenga algún tipo de emergencia y necesite contactar conmigo.

*Llevaba varios meses viviendo en Turín en ese momento, colaborando en un refugio de animales. También llevaba mucho más tiempo tratando de no pensar en*Luz trémula sobre los tejados azules*, por muy difícil que me resulte esto último. La llamada de Marinela me conmovió sobremanera, siempre es agradable saber de ella. Además, me informó de algo muy curioso: una muchacha neoyorquina había visitado su editorial hacía pocos días. Una joven que afirmaba conocerte y formar parte de un club de lectura en el que se iba a comentar mi novela.*

Ni siquiera sé cómo aquello pudo despertar tantas emociones dentro de mí. En cuanto me di cuenta, estaba organizando todo para mi partida y comprando un vuelo con destino a un nuevo país.

Por eso te escribo, querida sobrina, al igual que también me he visto obligada a escribir a Marinela para facilitarle mis nuevos datos de contacto. Todavía no estoy segura de cuál será la dirección exacta de mi domicilio en esta ciudad (el estudio en el que estoy viviendo ahora mismo se queda algo pequeño para acoger a dos personas y no tardaremos en mudarnos a otro), pero, si necesitas algo de mí, puedes escribir aquí:

The Open Door

Gabriel's Wharf 56 Upper Ground

Londres (Reino Unido)

Con todo mi cariño y deseando que ese apartamento en Montmartre sea el punto de partida de una vida maravillosa,

Ingrid

Las palabras de su tía todavía resonaban en su cabeza incluso dos días después de haber recibido la carta. Kaya la había releído tantas veces que se sentía capaz de recitar pasajes enteros de memoria. Dos días. Dos largos días con sus cuarenta y ocho largas horas en las que Kaya era poseedora de la información más extraordinaria del mundo y, en lugar de llamar o escribir a toda prisa a Minho, Carolina y Dorian para hacerles partícipes de su descubrimiento, había decidido esperar un poco más.

Porque no sabía cuándo era aceptable que Minho y ella volvieran a hablarse, después de lo que había ocurrido en la India. Cuándo podrían retomar de nuevo su relación sin que el recuerdo les abrumara. Antes de dejar la habitación de hotel, Kaya le había pedido que fuera él quien enviase el primer correo cuando llegara a casa. Primero, a todo el club; después, solo a ella.

Minho no había escrito todavía y Kaya empezaba a sentirse un poco perdida. Temía haberlo echado todo a perder despidiéndose de un modo tan apresurado. Temía que su relación no volviera a la normalidad. Temía no revivir nunca lo que había vivido en ese hotel del Indira

Ghandi. Temía, en definitiva, haberse enamorado sin remedio y no haber sido capaz de sobreponerse a sus propios sentimientos.

Que el día hubiese amanecido con un cielo de color gris plomizo, amenazando París con una fuerte tormenta primaveral, no ayudaba a mejorar su humor en absoluto. Cuando salió del aeropuerto rumbo al centro tras su jornada de trabajo, ya diluviaba.

Al llegar a Montmartre, la tormenta había arreciado muchísimo. Tanto que casi asustaba. Iba a tener que quedarse en la pastelería hasta que amainara un poco. Su casa estaba justo enfrente, pero la lluvia era tan fuerte que Kaya había llegado hasta allí a duras penas, tratando de no resbalarse mientras chapoteaba por la calzada empedrada durante el trayecto desde la estación de metro. Estaba empapada de la cabeza a los pies.

Por suerte, mientras se refugiaba en la pastelería, podía pedir un chocolate caliente y un brioche. Kaya tenía la firme convicción de que el chocolate caliente y el brioche mejoraban instantáneamente cualquier situación, por muy terrible que fuera.

No había mucha gente dentro. Al menos, comparado con la escena de *Luz trémula sobre los tejados azules* que su tía Ingrid había ambientado en ese mismo lugar. Una escena que había releído una y mil veces, casi tanto como la carta: el primer encuentro con Isobel, el día de la tormenta. Solo había una pareja de ancianos pidiendo un café y algún cliente más aguardando su turno. Decidió esperar junto al cristal del escaparate hasta que el mostrador quedase libre.

La plaza du Tertre tendría que estar a rebosar de turistas ese mediodía, pero la verdad es que estaba intransitable con tanta lluvia.

—No parece que vaya a dejar de llover en un buen rato —dijo una voz a sus espaldas—. ¿Cómo ha podido cambiar el tiempo tan rápido?

Kaya se dio la vuelta, sintiendo que el corazón le daba un vuelco en el pecho. En primer lugar, porque esas eran las palabras exactas pronunciadas por Isobel en la novela. En segundo lugar, y mucho más importante, porque había reconocido la voz.

Minho la contemplaba con una sonrisa suave. Llevaba un paraguas en la mano y una gabardina para protegerse de la tormenta, pero parecía haberse refugiado en la pastelería mucho antes de que comenzase a llover con fuerza, porque estaba completamente seco.

Era una alucinación. Tenía que serlo porque Minho no pertenecía a ese lugar. Minho pertenecía al aeropuerto Indira Gandhi y al Bankside de Londres, pero, sobre todo, pertenecía a Incheon. A todos esos correos electrónicos reflejando un huso horario tan distinto al suyo. Su presencia allí, en un lugar tan cotidiano para Kaya, era muy difícil de asimilar.

Tuvo que reprimirse para no acortar de forma instintiva la pequeña distancia que los separaba. Recordó de nuevo la última conversación que habían mantenido y cómo se había visto obligada a alejarse de él para no alargar de forma innecesaria la despedida, consciente de que la noche que habían pasado juntos en la India era algo tan precioso y tan frágil que no tardaría en romperse en

mil pedazos.

Quiso decírselo y, a la vez, no quería mencionar el tema nunca más. Le bastaba con acercarse a él y volver a besarle. Se preguntó si Minho se lo permitiría.

No hizo ninguna de esas cosas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Minho compuso una mueca avergonzada y se encogió de hombros.

—Tenía millas de vuelo de sobra y pensé que gastar parte de ellas en los ocho mil novecientos cincuenta y siete kilómetros que separan Incheon de París era una opción tan buena como cualquier otra.

Algunos de los clientes de la pastelería se giraron hacia ellos al escuchar la risa de Kaya. Minho le sonrió con ternura.

—En realidad, he volado desde Londres —continuó—. Pensé que podía pasarme por París antes de regresar a Corea. No había decidido qué hacer cuando estuviera aquí: si me atrevería a llamar a tu puerta o si me quedaría escondido en esta pastelería indefinidamente. Supongo que la lluvia ha tomado la decisión en mi lugar.

—Eso parece —susurró Kaya, desviando la mirada hacia el ventanal y la cortina de agua al otro lado. El pulso le golpeaba en las sienes—. Resulta extraño estar aquí contigo —añadió—. Bajo otra tormenta.

Él asintió, clavando también la mirada en el ventanal. Ambos guardaron silencio, dejando que el sonido constante de la lluvia hablara por ellos.

—Los macaron de este sitio son excelentes —comentó Minho al cabo de un rato—. Tenías razón, Ingrid tendría que haberlos mencionado en la novela.

Kaya volvió a reír, sin tener muy claro adónde quería llegar con el repentino cambio de tema.

—Me alegra saber que han estado a la altura de tus expectativas.

—El café no es tan bueno.

Entonces lo comprendió. Fue consciente de que Minho por fin se había decidido entre el dilema de llamar a su puerta o quedarse escondido en la pastelería, y estaba dejando que ella también tomase su propia decisión. Era Kaya la que había salido huyendo la última vez. La que había insistido en que debían regresar a sus vidas cotidianas, cada uno en su lado del mundo.

Supo lo que debía decir a continuación. Los dos habían leído el mismo libro, al fin y al cabo.

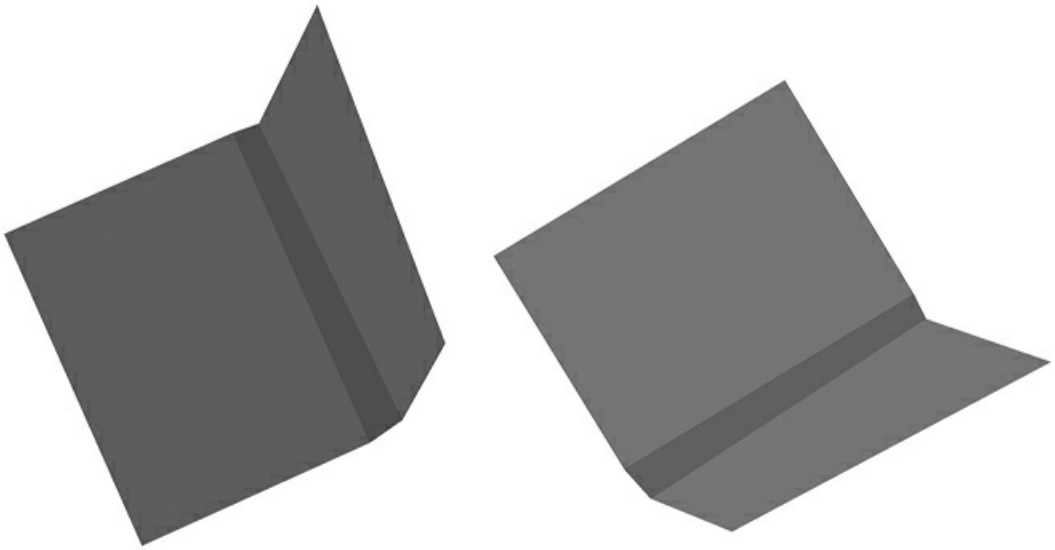
—Vivo justo enfrente. Si prefieres refugiarte de la lluvia en mi casa mejor que aquí, puedo prepararte una taza de café.

Minho le devolvió la sonrisa. Una sonrisa dulce y algo tímida, muy diferente a la que Ingrid había descrito para Isobel.

—Creo que nada me gustaría más ahora mismo que una taza de café.

Y así fue como empezó todo.

EPÍLOGO



—Vamos a morir —se quejó Minho, intentando no sonar tan nervioso como se sentía—. Y va a ser una muerte ridícula.

—No va a ser una muerte ridícula —intervino Dorian, que le tendió la mano para ayudarle a subir al tejado—. Será una muerte trágica. Pasaremos a formar parte de la historia oscura de Montmartre.

Minho se agarró con fuerza a la mano de Dorian y no la soltó, incluso cuando alcanzaron la azotea.

—No quiero formar parte de ninguna historia oscura —les advirtió Carolina, que parecía mucho más acostumbrada a trepar por los tejados de París de lo que Minho hubiese podido pensar hacía apenas unos minutos. La chica ya se había acomodado con una sonrisa satisfecha en el saliente de una de las chimeneas—. Así que intentad no caer al vacío.

—No pasa nada —trató de animarle Kaya—. La mayoría de los inquilinos de mi edificio suben a la azotea de vez en cuando. El hijo de mis vecinos se trae aquí a sus ligues; le sorprendí con una chica el viernes pasado, trepando desde la ventana del altillo. Creo que llevaban cerveza y kebabs para pasar la noche. Me invitaron a unirme a ellos, si no tenía nada mejor que hacer.

—Vaya —rio Carolina—. Los franceses sí que saben cortejar a las mujeres.

—Obviamente, lo rechacé —añadió Kaya, ruborizándose un poco y buscando la mirada de Minho—. Pero me dio la idea de traeros a vosotros.

—¿Lo ves? —dijo Dorian, y le dio un apretón cariñoso a Minho, que todavía le sujetaba con fuerza—. Si dos adolescentes cachondos y presumiblemente borrachos pueden subir y bajar de esta azotea y han sobrevivido en el intento, tú también puedes.

Minho rio a su pesar, y se acercó hacia donde estaban las chicas, soltando a Dorian por fin. Kaya le rodeó la cintura con los brazos y le hizo sentarse en el saliente de la chimenea, entre ella y Carolina.

—Además, no vamos a dejar que te caigas —le dijo Kaya. Después, un poco más bajito y contra el cuello de su camisa, añadió—: No pienso perderte de vista tan pronto, ahora que te he encontrado.

Minho sonrió con suavidad y le devolvió el abrazo, atrayéndola un poco más contra su cuerpo. Había pasado algo más de un mes desde que se había armado de valor y se había subido a un avión con destino a París. Un mes repleto de mensajes y llamadas telefónicas durante los días que Kaya y él habían estado separados. También de correos electrónicos desde el servidor de las aerolíneas. Pero, sobre todo, un mes marcado por los pocos momentos en que se les había permitido estar de verdad juntos. Paseando por la orilla del Sena entre los puestos de libros

antiguos, o desayunando café para llevar y bizcocho de cereza en las escalinatas del Sacré-Cœur. Minho atesoraba con cuidado todos y cada uno de esos momentos y, en especial, aquellos que habían pasado realmente a solas, en el apartamento de Ingrid Baudin. Las promesas susurradas entre besos y caricias bajo las sábanas. Despertarse junto a Kaya mientras los sonidos de los músicos ambulantes de Montmartre se colaban a través de las viejas contraventanas.

Por un momento, temió que su regreso a París, coincidiendo con la llegada de Carolina y Dorian, complicase las cosas. Su relación con Kaya todavía era reciente e inestable, y ninguno de los dos se había atrevido a ponerle un nombre. Mientras tanto, Carolina lucía en la muñeca el mismo reloj que llevaba él, con todo lo que eso simbolizaba, y la extraña e íntima conversación que Minho y Dorian habían mantenido la última vez que se vieron en persona todavía sobrevolaba entre ellos. Minho temía que todo aquello fuera demasiado. Solo habían coincidido los cuatro en una ocasión, y por aquel entonces las cosas eran muy distintas. Sabía que entre Dorian y Carolina también era todo muy distinto ahora: la forma en que se miraban, la forma en que se sonreían y la forma en que se tocaban. Habían dejado de lado toda esa contención previa, todo el miedo que llevaban años arrastrando.

Por todo ello, temió que esa breve escapada a París los cuatro juntos acabase desestabilizando lo que sea que estuviesen construyendo. Sin embargo, había resultado ser todo lo contrario.

Los cuatro encajaban, de alguna manera. Cuando estaban juntos, todo parecía más fácil.

Carolina estaba admirando el paisaje, con los ojos brillantes. Dorian se sentó a su lado, también fascinado por las impresionantes vistas. El amanecer bañaba los tejados de París de un tono azulado, tal como lo había descrito Kaya en una ocasión.

—Es maravilloso —murmuró Carolina—. No puedo creer que estemos aquí. Cuando me apunté al club de lectura, esperaba cualquier cosa menos acabar en un lugar así.

Minho rio con suavidad.

—Yo tampoco lo esperaba, ni mucho menos.

Dorian esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Podéis darme las gracias más tarde.

Carolina soltó una carcajada.

—¿Perdona? ¿A ti? ¿Creaste tú el club?

—Puede que no, pero sigo siendo el miembro más entregado: llevé tu libro hasta Incheon, ¿recuerdas? —le dijo a Kaya. Después, se giró de nuevo hacia Carolina—. ¿Y quién te convenció para que te unieses? Por no hablar de la fiesta de disfraces y del modo en que os cedí generosamente mis millas de vuelo.

Minho volvió a reír, con más fuerza.

—Tienes razón, Dorian. Tu dedicación resulta admirable.

—Un ejemplo a seguir —dijo Kaya con una sonrisa—. Por cierto, ¿deberíamos empezar?

—Supongo que sí —respondió Carolina, animada—. Hemos subido hasta aquí por algo, ¿no? Adelante, Minho, esta parte es tuya.

Minho asintió, sonriendo a su vez. Era cierto, ahora le tocaba a él. Aquella era la quinta reunión oficial del club de lectura de las Aerolíneas Skywind, y el presidente siempre abría la sesión.

—Muy bien, por fin ha llegado el momento: hablemos de Luz trémula sobre los tejados azules.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta novela jamás hubiese visto la luz sin la inestimable ayuda de varias personas.

En primer lugar, gracias a la agencia literaria Tormenta y a la editorial Nocturna, con quienes siempre es un placer trabajar. Gracias también a Greesty por sus increíbles ilustraciones para la cubierta.

Muchísimas gracias a Mer y Naza por vuestro asesoramiento en diferentes aspectos sociales y culturales presentes en esta historia; así como a Matt, que hizo un excelente trabajo como lector de sensibilidad de cultura mexicana. Infinidad de gracias a mi amiga María Charalampidou por servir de inspiración para la historia de los hermanos Marilena y Yorgos.

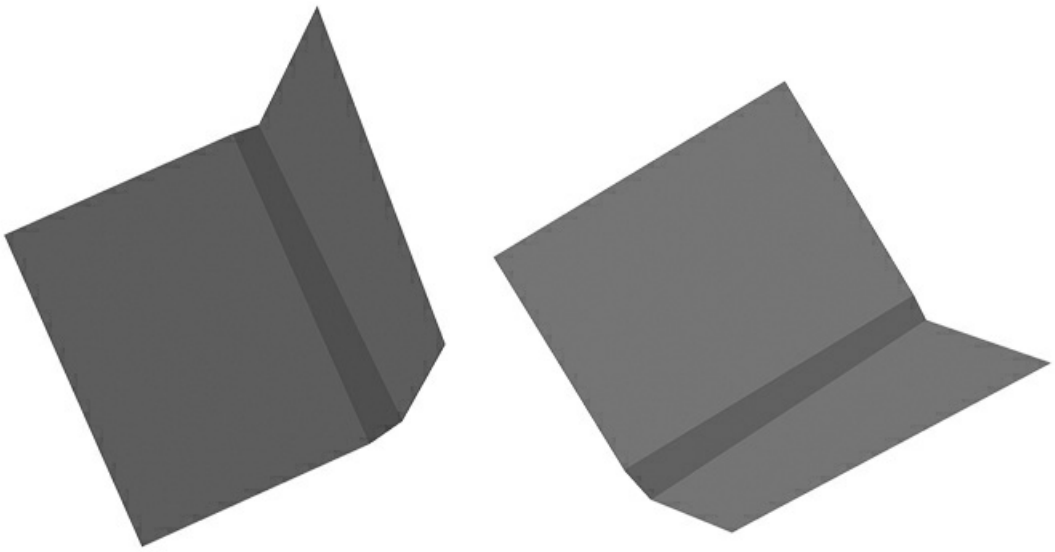
Y no puedo olvidarme de mis estupendas lectoras cero, que leyeron diferentes borradores de la novela y me ayudaron a pulirla: Tatiana, Susana, Isabel y Mairena.

En una novela como esta, debo hacer una especial mención al desaparecido (y siempre añorado) club de lectura Zadrake, del que fue un placer formar parte durante tantos años.

Gracias también a mis padres, familia y amigos, por el apoyo que dan siempre a mi carrera literaria y el entusiasmo con el que reciben cada nueva historia.

Y gracias a ti, lector, por unirte a la tripulación de Skywind.

LOS LIBROS DEL CLUB DE LECTURA DE LAS AEROLÍNEAS SKYWIND



MARZO

Luz trémula sobre los tejados azules, de Ingrid Baudin

El Principito, de Antoine de Saint-Exupéry

ABRIL

El diario de Bridget Jones, de Helen Fielding

MAYO

Antología poética, de Luz Méndez de la Vega

JUNIO

Por favor, cuida de mamá, de Shin Kyungsook

JULIO

Luz trémula sobre los tejados azules, de Ingrid Baudin

UN INSTANTE Y UNA CANCIÓN

1. «Mikrokosmos», BTS

Había un grupo de adolescentes jugueteando con una máquina de discos colocada junto a los baños. Parecía una de esas máquinas clásicas que funcionaban a monedas, pero, cuando una chica tecleó el código de la canción que quería escuchar, lo que sonó en el restaurante fue pop actual. Una canción dulce y vibrante al mismo tiempo, cantada en coreano.

2. «Waiting for Love», Avicii

Aun así, si hacía memoria, Carolina todavía podía recordar los días previos a ese 12 de junio. Sobre todo, recordaba la música. Recordaba las melodías de Selena Gomez, con las que había sustituido en su corazón a los Jonas Brothers, y también el sonido electrónico de Avicii.

3. «Quizás, quizás, quizás», Gaby Moreno

Había una radio encendida en algún lugar y sonaba la nueva versión de Gaby Moreno de «Quizás, quizás, quizás». A partir de entonces, Carolina siempre asociaría esa canción con Dorian Thoresby y con el día que lo conoció. El día que ella decidió traicionarle.

4. «Spring Day», BTS

Era una melodía un poco melancólica. Le sonaba, pero no era capaz de ubicarla del todo.

—Habla del fin del invierno y del comienzo de la primavera —les explicó. En el fondo, pensó Minho, era muy adecuada para una noche de finales de marzo como aquella.

5. «Tiempo de vals», Chayanne

Lily se había esmerado por conseguirle un vestido de color rosa en una tienda de segunda mano y había decorado toda la casa con guirnaldas de flores.

—Nos obligó a bailar el vals —murmuró Dorian, que arrugó la nariz en un gracioso gesto semejante al que había puesto en aquel momento hacía ya tantos años—. Delante de todo el vecindario.

6. «Life on Mars», David Bowie

Perdida en las ensoñaciones de su adolescencia, a Carolina le costó regresar al barrio de Candem. A la terraza con vistas a la avenida principal y al frío de la Nochevieja. A la canción de David Bowie.

—En ti —le confesó.

7. «Your song», Elton John

—Siento haber estropeado tu canción favorita —dijo Dorian por fin, sin poder contenerse.

8. «Sous le ciel de Paris», Edith Piaf

—¿Quieres que la quite de la lista de reproducción? Quizá no te apetezca volver a escucharla por primera vez, después de tanto tiempo, en una fiesta decadente donde casi nadie se ha tomado en serio el código de vestimenta.

9. «Ugly», 2NE1

Una vez, cuando tenían trece años, [Inna] les había colado en un noraebang *que solo admitía a mayores de edad, inventándose una trola de lo más elaborada.*

10. «Love in the Ice», DBSK

Se habían pasado toda la tarde encerrados en una de las salas privadas, cantando a voz en grito canciones de DBSK y 2NE1.

11. «Have you met Miss Jones?», Louis Armstrong

—Muy bien, hablemos del señor Darcy.

12. «La vie en rose», Edith Piaf

Al otro lado de la calle, uno de los numerosos músicos ambulantes del barrio tocaba para los turistas «La vie en rose» con su acordeón y, por primera vez, Kaya se alegró de que las ventanas antiguas aislaran tan mal el ruido exterior. Aquella iba a ser una inmersión completa en la experiencia parisina de los años setenta.

13. «Time After Time», Sam Smith

La canción era suave y nostálgica. Ella la canturreaba en voz muy baja. Hablaba de noches cálidas y maletas repletas de recuerdos.

14. «You Are», GOT7

Sunhee se acerca a Daehong y lo besa. La banda sonora cobra fuerza.

15. «La mer», Charles Trenet

Las promesas susurradas entre besos y caricias bajo las sábanas. Despertarse junto a Kaya

mientras los sonidos de los músicos ambulantes de Montmartre se colaban a través de las viejas contraventanas.

NOTAS

[1] «Resulta extraña esta sensación, no soy de esos que disimulan con facilidad».

[2] «No tengo mucho dinero, pero, oh Dios, si lo tuviera, compraría una gran casa en la que pudiésemos vivir».

[3] Aviso equivalente a: «Al salir, tengan cuidado para no introducir el pie entre coche y andén».

[4] Traducción de Aurora Echevarría Pérez. Grijalbo, 2011.